



DADIA  
CIÓN G



LA MARTINE

HISTOIRE  
DE LA  
TURQUIE



DR441

L2

1855

V. 4

C. 1

61717

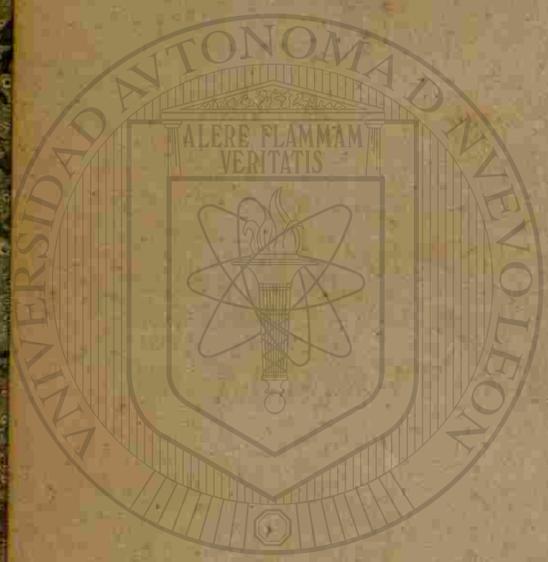
9 (A96)



1080044839

9(496)

E#7 C#167/12



HISTORIA

DE LA TURQUIA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA  
DE  
LA TURQUIA



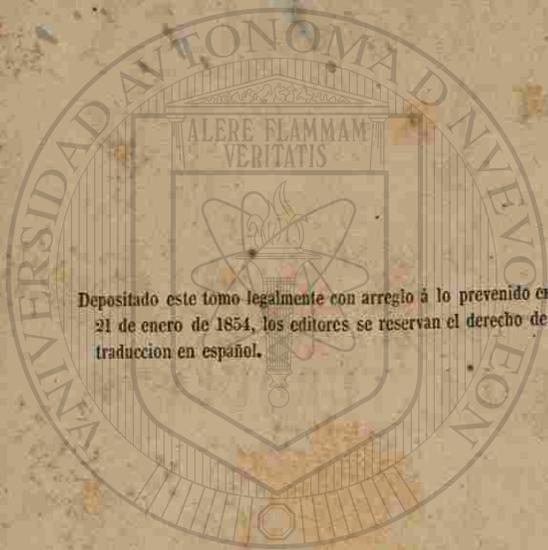
DE LAMARTINE

CON 30 LAMINAS

BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO



TOMO CUARTO



Depositado este tomo legalmente con arreglo a lo prevenido en el convenio de 21 de enero de 1854, los editores se reservan el derecho de propiedad de la traducción en español.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN *Biblioteca Universitaria*

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
PARIS  
LIBRERÍA DE ROSA Y BOURET

61717<sup>®</sup>

5031 1855

PARIS. — IMPRENTA WALDER, CALLE BONAPARTE, 44.

17337

DR441

L2

1855

v.4



F. DEL... LEÓN

HISTORIA

DE

# LA TURQUIA

LIBRO DÉCIMOQUINTO

1

Los dos hermanos que iban á disputar entre sí el imperio no se conocian mas que por el odio que se profesaban desde su infancia. Ninguno de los dos era conocido en la capital. Su padre, Mahomet II, no creia en la naturaleza, porque la habia ultrajado muchas veces con sus asesinatos familiares. Habia te-

IV.

1

DR441

L2

1855

v.4



F. DEL CENTRO DE NUEVO LEÓN

HISTORIA

DE

# LA TURQUIA

LIBRO DÉCIMOQUINTO

1

Los dos hermanos que iban á disputar entre sí el imperio no se conocian mas que por el odio que se profesaban desde su infancia. Ninguno de los dos era conocido en la capital. Su padre, Mahomet II, no creia en la naturaleza, porque la habia ultrajado muchas veces con sus asesinatos familiares. Habia te-

IV.

1

nido á sus dos hijos constantemente alejados de su trono y del lugar de su residencia, temiendo las intrigas de palacio ó las insurrecciones militares á que podian dar pábulo sus nombres.

A ambos los habia desterrado, al uno á Magnesia, al otro á Amasia, á las dos extremidades del Asia-Menor, para evitar entre ellos ligas ó rivalidades que pudieran trastornar la paz del imperio. El sentimiento fraternal no podia pues contrabalancear en ellos la ambicion, nacida con su sangre y cultivada en sus almas por sus madres, de apoderarse del trono de su padre excluyéndose mutuamente.

La coronacion de Bajazet II hizo entrever á Djem ó á *Zizim* la suerte que lo aguardaba segun la ley de Mahomet II, que autorizaba al hermano á matar á sus hermanos poniéndolos así entre el trono y la muerte. Si Djem no se hubiera rebelado por el trono, se hubiera rebelado por la vida; era menester reinar ó morir.

## II

Este jóven principe, infinitamente mejor dotado por la naturaleza que Bajazet II, no tenia aun

veinte años. Los retratos de los historiadores de Rodas, de Roma y de Francia, pais que conmovió con sus desgracias, lo describen de elevada estatura, de magestuoso continente, de figura griega ó italiana como la de su madre, esclava veneciana robada de una isla del Archipiélago, de mirada triste, de boca graciosa, de gesto afable, de una elocucion facil y llena de imágenes, en la que se descubria la poesia oriental de su cuna bajo la elocuencia varonil de su rango y la dignidad de sus infortunios. Se ha visto ya que sobresalia en los tres ejercicios de espíritu y de cuerpo que constituian entónces la caballeria de los persas ó de los turcos: hacer versos, manejar el sable, y disputar á fuerza y ligereza, con los miembros desnudos y untados de aceite, con los mas célebres luchadores de la Albania ó de la Persia. El valor mas grave que habia mostrado en su virreinato de Cilicia peleando contra los hijos de Caraman Oghli, el atractivo de su juventud, la dulzura indulgente de su gobierno, le habian conquistado el afecto de toda la Caramania, en donde suavizaba, aunque vencedor, el yugo de su padre. Los soldados y el pueblo de Magnesia eran adictos á su causa por el amor que habia sabido inspirarles. La ingrata fama y el caracter salvaje de Bajazet estimulaban á los asiáticos á preferir á Djem. Con tal disposicion en las poblacio-

nes y las tropas de Asia, la proclamacion espontánea de Djem debía responder unánimemente desde Erzerum hasta Brusa á la proclamacion de Bajazet. Toda la Caramania se levantó para sostener los derechos de su favorito. Djem no necesitó mas que consentir en la rebelion contra el candidato de los genízaros. Sus tropas corrieron á las armas voluntariamente, y cercaron en pocos dias á Magnesia con un ejército igual en número y mas entusiasta que el de Scutari. Se dirigió hácia Brusa, capital del Asia otomana con la vanguardia de su ejército, esperando entrar en ella sin obstáculo, y alzar trono contra trono. El tiempo y su popularidad consumarian la obra.

### III

Pero los turcos tienen un sentimiento del derecho en la familia y en la posesion hereditaria del gobierno que domina sus ímpetus y preferencias. Para ellos la legitimidad es divina, el capricho de las predilecciones populares humana. Bajazet II tenia en su favor la legitimidad.

El sultan de Constantinopla, al saber la proclamacion del sultan de Magnesia y su marcha á Brusa, se apresuró á embarcar algunos miles de genízaros con direccion al puertecillo de Mudania, próximo al monte Olimpo, para cortar el camino de Brusa á su hermano y disputarle la posesion de aquella capital de su padre. Los dos ejércitos llegaron al mismo tiempo á las opuestas puertas de la ciudad. Brusa, invitada en nombre de los dos sultanes á abrir sus puertas, temió engañarse y escoger la peor causa y fortuna, vaciló durante algunos dias, difirió obedecer bajo diversos pretextos: pero en tanto que las autoridades de Brusa negociaban así para ganar tiempo, el pueblo, ebrío en favor de Djem, le enviaba por encima de las murallas víveres, subsidios, y soldados. Sostenido por estas ovaciones populares, Djem atacó á los genízaros de Bajazet al pié de los muros de la ciudad, los precipitó en el mar, hizo prisionero á su general Ayas-bajá, y entrando vencedor en Brusa, fué conducido en triunfo al palacio de sus abuelos. Proclamáronlo segunda vez sultan, se acuñaron monedas, se hizo conmemoracion de él en las oraciones de las mezquitas; le entregaron el tesoro; gobernó por espacio de diez y ocho dias el Asia, y envió sus firmanes á la Europa desde esta capital de la Bitinia.

## IV

Sin embargo, ora porque no se hiciese ilusiones acerca de la desigualdad de sus fuerzas comparadas con las del sultan que poseia á Constantinopla, los visires, los bajás, los genizaros, la flota, las tribus del mar Negro y de la Europa, ora porque temiera aquella guerra fratricida que iba á ver en pugna la sangre de Othman, Djem trató de restablecer la concordia con condiciones equitativas entre él y su hermano.

Habia á la sazón en Brusa una sultana llamada Seldju-Khatun, tia de Mahomet II, hermana del abuelo de Djem y de Bajazet, que vivia honrada y estimada por su mérito en el antiguo palacio. Djem la suplicó que fuese á Constantinopla á interponer su sabiduría y su intercesion entre su hermano y él. La autorizó para que ofreciese á Bajazet la division desigual del imperio, division que daría á Bajazet la Europa, las islas, el Archipiélago, el mar Negro, la Servia, la Valaquia, el Adriático, dejándole á él la soberanía del Asia. Seldju-Khatun, seguida por un numeroso cor-

tejo de mujeres, de eunucos, de guardias y enviados inferiores, se dirigió á Constantinopla. Cumplió su mision con la doble autoridad de su ternura de tia y de su carácter de embajadora. Acogida con respeto por Bajazet, le expuso elocuentemente los peligros del imperio y los derechos de la sangre.

Bajazet sonrió: « Los reyes no tienen parientes, » fué su respuesta.

## V

Malograda esta negociacion el imperio fué entregado á la suerte de las armas. Djem, cuyo destino era sufrir alternativamente la traicion de sus amigos y de sus enemigos, de los musulmanes y de los cristianos, estaba ya vendido á Bajazet II por su camarero mayor Yacub. Bajazet habia prometido á este consejero íntimo de su hermano el gobierno de la Anatolia, si contribuia á extinguir la guerra civil aconsejando á Djem su propia perdicion. Yacub aconsejó en efecto al sultan de Brusa que dividiese su ejército en dos cuerpos. El uno, mandado por un general inepto, debia hacer frente en Nicea al ejército de Bajazet,

que avanzaba por la llanura; el otro, á las órdenes de Djem en persona, cubriría á Brusa y el monte Olimpo. Esta separacion del ejército en dos partes, debilitando ambas alas, dió la victoria á Bajazet.

Una batalla reñida bajo los muros de Nicea, cerca del obelisco de Constantino, hizo replegar á los partidarios de Djem hasta Ienischyr. Bajazet se aproximó á la ciudad, é incorporóse Keduk-Ahmed-Baja, primer general de Mahomet II, que volvía de Italia, cubierto de gloria, y á quien se creía animado de un implacable resentimiento contra Bajazet á consecuencia de antiguos agravios.

Djem vino de Brusa, y aumentadas sus fuerzas por bandas de turcomanos y caramanios, combatió heroicamente, pero en vano. La presencia de Bajazet, la disciplina militar de los genizaros, el nombre y los consejos de Keduk-Ahmed, y en fin, la traicion de Yacub, que hizo pasar el rio á la caballería de Djem, y que le cortó la retirada, contribuyeron á la derrota del sultan de Brusa. Solo la noche favoreció la fuga de los turcomanos y de los caramanios. Las tinieblas dejaron alguna esperanza de que podrian reunirse otra vez á Djem. Oculto en un bosque inmediato al campo de batalla con un puñado de partidarios, confiaba en encontrar al dia siguiente á sus tropas y tentar de nuevo la fortuna. El sol, al levantarse, le

mostró la vanidad de sus esperanzas. La derrota habia sido completa; él solo pudo huir escollado por sesenta ginetes hasta las ásperas gargantas de Ermeni, á dos jornadas de Ienischyr. Allí se paró para que descansaran sus caballeros y para curarse una herida que habia recibido al huir, de una cox que le dió un caballo en una pierna. Tan desprovisto habia salido de sus tiendas de Ienischyr despues de la batalla, que su gran visir tuvo que prestarle su propio manto para que se cubriera durante su sueño en el suelo, y lo librara del frio y la humedad de las noches.

En Koniah encontró á la sultana su madre, viuda de Mahomet II, y su haren. Cogió á su familia, sus tesoros y trescientos servidores, y por el camino de Tarsus fué á pedir asilo en Siria al sultan de Egipto. Alepo y Damasco lo recibieron como á un sultan desposeido, que habia de reconquistar muy pronto el trono. El sultan de Egipto le ofreció en el Cairo hospitalidad en el palacio de su visir y una corte digna de su rango. Entregado á la inaccion, y deseando adquirir á los ojos de los otomanos fama de santidad, que acrecentase el número y el fanatismo de los partidarios que habia dejado en Asia, hizo, mas como creyente que como príncipe, la peregrinacion de Jerusalem y de la Meca. Sus piadosos viajes

hicieron perder por algun tiempo sus huellas en los desiertos de la Arabia.

Volvamos á Bajazet II.

Al dia siguiente de su victoria, los turcomanos de Ermeni, que habian insultado y saqueado á Djem despues de su derrota, fueron á pedir á Bajazet el premio de su vencimiento y de su cobardía. El sultan les dijo que iba á darles la recompensa que merecian. Los hizo cercar por sus guardias, y los mandó crucificar en los árboles del bosque. « Ese es, dijo á « los paisanos turcos de aquellas provincias, el salario de los esclavos que toman parte en las disputas « de los sultanes. ¿Cómo se han atrevido esos miserables á levantar la mano y amenazar la cabeza « sagrada de mi hermano? »

Los genizaros, al volver á Brusa, exigieron en tumulto que se les permitiera saquear la ciudad en castigo de su traicion. Bajazet, que se avergonzaba de entrar como un devastador en su segunda capital, llegó á rogar con las lágrimas en los ojos para

ablandar á sus pretorianos: « Concededme á mí solo, les dijo, la ciudad de mis mayores. » Pero alentados por la impunidad del saqueo de Constantinopla, los genizaros eludieron las súplicas de su sultan. Bajazet no pudo librar la ciudad del saqueo mas que pagando el rescate de Brusa á sus soldados. Cada genizaro recibió mil áspres en compensacion de su parte de despojos.

Keduk-Ahmed, á quien los historiadores italianos y franceses llaman impropriamente Acomat, error sancionado por Racine, le llevó el ejército victorioso de Caramania á Constantinopla. El servicio que Keduk-Ahmed acababa de prestarle en Ienischyr no habia borrado por completo las primeras impresiones de Bajazet contra este *Belisario* de los otomanos. Un odio antiguo vivia grabado en su memoria. Un dia que Bajazet acompañaba, siendo joven, á su padre Mahomet II, á una de sus campañas, Keduk-Ahmed habia apostrofado rudamente, al revistar el ejército, al hijo del sultan, por la indisciplina que reinaba en las tropas de su mando.

« Te arrepentirás de tu insolencia cuando sea tu « soberano, le dijo Bajazet humillado.

— « Y yo, replicó el viejo guerrero, yo juro aquí, « por la cabeza de tu padre, que si llegas un dia á ser

« sultan, no desenayinaré mi alfange por un soberano  
« no como tú. »

En la revista de las tropas en la pradera de Scutari, Keduk-Ahmed apareció en efecto ante el sultan á la cabeza de la caballería de los spahis sin armas, y con el sable colgado en el arzon de la silla de su caballo.

« ¿Qué quiere decir ese traje? » le preguntó el sultan sorprendido. Keduk-Ahmed le recordó orgullosamente su juramento de no ceñir el sable para su servicio.

— « Te relevo del compromiso, le dijo Bajazet; eso  
« es acordarse de cosas muy atrasadas; olvida las faltas de mi juventud, y sírveme como has servido á  
« mi padre. »

## VII

Sin embargo, apenas volvió á Constantinopla, Keduk-Ahmed, orgulloso con su fama y el ascendiente que tenia sobre los genizaros, criticó altamente la cobardía del gran visir y del sultan, que en vez de combatir, negociaban con los caballeros de Rodas y

con los turcomanos siempre insurreccionados de Koniah. Gran visir en tiempo de Mahomet II, miraba con desden todo puesto secundario; era uno de esos hombres que no reconocian un superior sino á condicion de dominarlo.

Un recuerdo mas amargo de familia emponzoñaba el alma de Keduk-Ahmed contra el gran visir Ishak-Bajá. La jóven mujer de Keduk-Ahmed, robada de su haren por el príncipe Mustafá, ajusticiado á consecuencia de este crimen por su padre, era hija del gran visir Ishak. Despues de la muerte del raptor, Keduk-Ahmed habia juzgado á esta mujer demasiado culpable ó deshonorada para ocupar su lecho, y la habia repudiado y devuelto á casa de su padre. No olvidó este semejante ultraje. Las murmuraciones y las quejas de Keduk-Ahmed hubieran por otra parte contribuido á conservar este recuerdo.

Bajazet soportaba impacientemente la necesidad de un general tan querido de sus tropas, que daba tanto valor á sus servicios y que se imponía á su propio señor. Su cólera, que no osaba estallar en la calma y la reflexion, estalló en la embriaguez.

Keduk-Ahmed, invitado con los visires y los bajás del serrallo á un festin en el palacio, asistió á él por deferencia á su soberano. Bajazet, contra las reglas de la costumbre y los preceptos de la religion, mandó

servir vino de Chipre y de Schiraz, y obligó á beber á sus convidados con su ejemplo y sus provocaciones. Keduk-Bajá, austero observador de la ley del Coran, cedió con repugnancia á las instancias del sultan, y mojó sus labios en la copa. Bajazet bebió hasta embriagarse. Con el calor del vino, que vende los secretos del alma, el sultan, sublevando el peso de la opresion con que lo abrumaban el orgullo y las exigencias de sus generales, dijo imprudentemente que un reinado pacífico como el suyo no tenia necesidad de hacer pagar á sus pueblos la gloria y la codicia de ambiciosos soldados que devoraban el imperio, y que él sabria, reduciendo el número y el prest de los sediciosos genizaros, reprimir la soberbia de sus caudillos y reducirlos á la modestia y á la obediencia de los esclavos del sultan.

Keduk, señalado por estas palabras y trasportado él mismo por la audacia que le daban los vapores del vino, preguntó al sultan quien habia afirmado su trono, y se desató en violentas quejas contra la ingratitude de los soberanos y de los visires que cimentan su poder con la sangre de los soldados, pareciéndoles luego penoso el recompensar á sus viejos servidores. Manifestó á Bajazet, aun poco seguro para tener tanta arrogancia y ser tan olvidadizo, cuan peligroso era descontentar con tales revelaciones, si

llegaban á traspasar, á los genizaros que podian privarlo del trono que ellos le habian dado. Un silencio aterrador acogió este discurso.

A estas palabras, Bajazet olvidó toda prudencia; se ruborizó, hizo una señal á uno de su servidumbre y le habló en voz baja. Al fin del banquete trajeron, con arreglo á los usos del Oriente, cuando se quiere hacer alarde de munificencia, un vestido de honor á cada uno de los convidados. El que pusieron delante de Keduk-Ahmed era negro, signo siniestro de reprobacion y de luto. Keduk-Ahmed lo comprendió y se levantó para retirarse del serrallo y prepararse á morir.

« Quédate aquí, » le dijo con un acento que revelaba de antemano la sentencia del sultan, cuyo furor subió de punto con el vino; y con el gesto ordenó á los *chiaux* que despojaran al antiguo visir de sus vestidos, que lo azotaran con varas y lo extrangularan despues de haberlo ultrajado con sus golpes.

« Cobarde é ingrato tirano, exclamó entónces el visir que no necesitaba ya contener su enojo, puesto que meditas mi muerte, porqué con un refinamiento impio de venganza, me has obligado á manchar mi alma bebiendo vino contigo? »

Los verdugos habian desgarrado los vestidos de Keduk-Ahmed sobre su cuerpo y herido su espalda

con sus varas; ya traían el cordon para ahorcarlo, cuando el kishlar-aga, ó jefe de los eunucos, amigo secreto de Keduk, se echó á los piés del sultan; le rogó que suspendiese la ejecucion, á fin de averiguar si se sublevarian ó no los genizaros al saber la desgracia y la prision de su general.

Sorprendido con esta prudencia, mandó encerrar á Keduk desnudo y ensangrentado en la mazmorra del serrallo.

## VIII

Entre tanto pasaba la noche sin que el-hijo de Keduk-Ahmed, que adoraba á su padre y que velaba para aguardarlo, volviese á su casa. Inquieto con esta tardanza, corre á casa de uno de los visires convidados al festín, y averigua por él algunos detalles que le hacen adivinar lo demas. Temblando por la vida de su padre, si respira todavía, ó ambicionando vengarle si ha perecido, el hijo, cuya ternura excita su elocuencia, va presuroso al cuartel de los genizaros, los despierta, les arenga, les representa á su general victima de su adhesión á sus intereses, cayendo bajo

los deshonrosos golpes de un borracho, próximo á expiar durante la noche su virtud en un suplicio.

Con sus lágrimas, sus acciones y sus palabras, diez mil genizaros, todos ofendidos en la persona de su jefe, se esparcen por las calles, llaman á sus camaradas á las armas, los provocan á dirigirse al palacio, á incendiar el serrallo para libertar á su defensor de las injurias de un sultan ingrato, si llegan á tiempo, ó para vengar su muerte juntando su cadáver con el cadáver de su asesino.

Muy pronto treinta mil genizaros, con antorchas y los sables en la mano, se acercan á las puertas exteriores del serrallo, las derriban á hachazos, y se precipitan á través de los patios á las segundas puertas para penetrar en el palacio.

Bajazet II, advertido por el tumulto, por las antorchas, por los gritos de sus soldados, manda obstruir las puertas al jefe de los eunucos, y asomándose á un balcon elevado, pregunta con voz trémula á los asaltadores el motivo de haberse amotinado.

« Miserable borracho, gritan mil voces irritadas, « vuélvenos nuestro general, ó vamos á quemarte « vivo en tu serrallo.

— Os han engañado, respondió el sultan, vuestro general no ha muerto.

— « ¡Qué nos lo enseñen, qué nos lo traigan! » replican los soldados.

Keduk-Ahmed, sacado precipitadamente de su calabozo, ántes de que hubiera tiempo de volverle sus vestidos, apareció al lado de su señor á la luz de las antorchas, con la cabeza, los hombros, las piernas, los piés desnudos, cubierto únicamente con una camisa de tela ordinaria, rota y manchada de sangre por los golpes que le habian dado los esclavos. La indignación y el horror se redoblan en presencia de aquella desnudez, mas deshonrosa que la misma muerte á los ojos de los soldados. Bajazet hubiera sido despedazado si la víctima hubiese dejado hablar solamente su silencio: Pero el héroe fué tan magnánimo como habia sido ingrato el sultan. Con el gesto exigió á los insurrectos que respetasen al soberano.

« Sí, les dijo luego, os han engañado, el sultan  
« (¡ Dios lo proteja ! ) no ha meditado mi muerte. Con  
« el calor del banquete he faltado al respeto que todo  
« otomano debe á su señor; me ha castigado, tal vez  
« con excesiva severidad, pero yo merecia un castigo  
« y le debo la vida. No seais conmigo mas indulgentes  
« ó mas duros que yo mismo. Apaciguaos, pedid per-  
« don á vuestro señor por haber creído una calum-  
« nia, y haber violado el umbral de su sagrado ser-  
« rallo; yo voy á pedirle para vosotros el perdon que

« me concede á mí. Volved en paz á vuestros cuarte-  
« les, y olvidemos todos la memoria de esta noche de  
« error y de crimen. El que no sabe obedecer hasta  
« la muerte á su soberano no seria digno de ser obe-  
« decido por vosotros! »

## IX

La generosidad de este grande hombre calmó el furor de los genizaros. Al momento le pusieron los vestidos y las armas de que habia sido despojado, y lo llevaron en triunfo á su casa. Al dia siguiente volvió al divan con el simple título de visir, pero con la autoridad de un servidor impuesto á su sultan por el favor del pueblo y de sus soldados.

Bajazet II fingió haber restituido toda su confianza antigua á Keduk-Ahmed; pero bajo aquel disimulo ocultaba su sed de venganza. Fingió la necesidad de un viaje á Brusa para separar al bajá de sus partidarios. Keduk debia acompañarlo en virtud de las funciones que ejercia en el divan. Dispersos los genizaros bajo diversos pretextos en las guarniciones de Europa, ó encerrados en Constantinopla, no pudie-

rón concertarse para salvar á su general. Algunos dias despues de la llegada del sultan á Brusa, Keduk-Alhmed fué estrangulado en lo interior del serrallo. Se extendió el rumor de una muerte repentina y natural. Su crimen consistía en haber servido bien á su amo y en tener el sentimiento de su mérito y de su virtud.

Así pereció el mejor general de Mahomet II. La muerte arrebató á los genizaros su ídolo y su moderador. No tardó mucho Bajazet en arrepentirse.

X

De vuelta el sultan en Constantinopla, los genizaros, sospechando el designio mal disfrazado de aniquilarlos en la súbita desaparicion de su general y la diseminacion de sus *ortas*, volvieron sin orden á la capital, se comunicaron sus temores y se pusieron de acuerdo para impedir la ruina del cuerpo. Pero el respeto que profesaban á la casa de Othman y las exhortaciones de sus agas les hicieron ocultar sus sediciosos intentos bajo el manto de la disciplina. Temiendo sublevar por segunda vez contra ellos la ca-

pital, indignada todavía con el saqueo de Constantinopla á la muerte de Mahomet II, y perder así toda popularidad en el imperio, resolvieron limitar su revuelta á la ausencia y á la inmovilidad. Se retiraron ordenadamente y armados, y fueron á acampar en sus tiendas bajo los muros de Constantinopla, á la vasta llanura de Daud-Bajá, camino de Andrinópolis. Desde allí, su número, su silencio, su actitud, provocaban al sultan al temor, á la capital á la insurreccion.

Levantaron atrincheramientos al rededor de su campamento y se guardaron como tropas en presencia del enemigo. Abriéronse negociaciones entre ellos y los visires, con el objeto de lograr que los desagraviaran y dieran garantías á sus privilegios. Los soberanos otomanos reconocieron otra vez mas el peligro de aquellas corporaciones armadas que defienden las monarquías al par que las esclavizan. Bajazet II se vió obligado, despues de haber hecho vanas concesiones á sus exigencias, á pedir á sus pretorianos que le permitieran entrar en el campamento mas bien como suplicante que como emperador. Por la salvacion de la patria los exhortó á olvidar sus agravios; él les juró, por el alma de su padre, que no pensaba ni reducir su número, ni disminuir su sueldo, ni atentar á sus privilegios; les prometió no reinar sino por ellos y para ellos.

La presencia, las promesas, los juramentos del sultan; el orgullo, exaltado con la humillacion de su señor ante ellos; su rebelion, recompensada en vez de castigada, los inclinaron á entrar en la obediencia. Volvieron tranquilos, pero siempre con actitud amenazadora, á la ciudad. Bajazet, de costumbres pacíficas, no era aficionado mas que á los deleites sensuales; pero conoció que aquella milicia devoraria el imperio si no le daba otros despojos que devorar. Declaró la guerra al soldan de Egipto y de Siria.

## XI

El Egipto y la Siria, colonias religiosas de los kalifas árabes desde el tiempo de Mahomet, habian formado una soberanía independiente y con frecuencia conquistadora bajo los sucesores de los kalifas. Selah-Eddin ó Saladino, el mas heróico de estos soberanos, habia fundado allí la dinastía de los ayubitas sobre las ruinas de los fatimitas del Cairo y de los cruzados que habia echado del Oriente. Sus sucesores, cansados de la molicie y de la inmovilidad de los egipcios y de los sirios, razas enervadas á la sazón por larga

esclavitud, mas propias para las artes y la agricultura que para la guerra, habian buscado su fuerza contra sus súbditos y contra los cruzados en una raza militar, que no tenia mas oficio que el de la guerra. Esta raza era la circasiana, pueblo belicoso que vive en las faldas del Cáucaso, entre el mar Caspio y el mar Negro.

Los circasianos, escitas ó tártaros de origen, de costumbres independientes, de brazos robustos, de hábitos aventureros, de caracter ambicioso, son los albaneses del Asia. Indiferentes á las religiones y á las dinastías, amigos de la guerra, sirven y pelean por el sueldo y la gloria, y toman parte en todas las querellas de los grandes imperios, árabes, persas, sirios, egipcios, turcos, rusos, con quienes confinan por sus montañas. De esa suerte, los montañeses de la Helvecia alquilan su fidelidad y venden su sangre á las monarquías, sin averiguar en donde está la justicia. Los pueblos de esta naturaleza, aunque libres en su suelo, son admirables instrumentos de tiranía fuera de su patria.

Pero los circasianos tienen sobre los suizos el genio emprendedor, y la imaginacion caballeresca que hace soñar á los simples soldados con tronos y con imperios, precio de sus hazañas. Con un sable y un caballo los circasianos que bajan de las montañas

La presencia, las promesas, los juramentos del sultan; el orgullo, exaltado con la humillacion de su señor ante ellos; su rebelion, recompensada en vez de castigada, los inclinaron á entrar en la obediencia. Volvieron tranquilos, pero siempre con actitud amenazadora, á la ciudad. Bajazet, de costumbres pacíficas, no era aficionado mas que á los deleites sensuales; pero conoció que aquella milicia devoraria el imperio si no le daba otros despojos que devorar. Declaró la guerra al soldan de Egipto y de Siria.

## XI

El Egipto y la Siria, colonias religiosas de los kalifas árabes desde el tiempo de Mahomet, habian formado una soberanía independiente y con frecuencia conquistadora bajo los sucesores de los kalifas. Selah-Eddin ó Saladino, el mas heróico de estos soberanos, habia fundado allí la dinastía de los ayubitas sobre las ruinas de los fatimitas del Cairo y de los cruzados que habia echado del Oriente. Sus sucesores, cansados de la molicie y de la inmovilidad de los egipcios y de los sirios, razas enervadas á la sazón por larga

esclavitud, mas propias para las artes y la agricultura que para la guerra, habian buscado su fuerza contra sus súbditos y contra los cruzados en una raza militar, que no tenia mas oficio que el de la guerra. Esta raza era la circasiana, pueblo belicoso que vive en las faldas del Cáucaso, entre el mar Caspio y el mar Negro.

Los circasianos, escitas ó tártaros de origen, de costumbres independientes, de brazos robustos, de hábitos aventureros, de caracter ambicioso, son los albaneses del Asia. Indiferentes á las religiones y á las dinastías, amigos de la guerra, sirven y pelean por el sueldo y la gloria, y toman parte en todas las querellas de los grandes imperios, árabes, persas, sirios, egipcios, turcos, rusos, con quienes confinan por sus montañas. De esa suerte, los montañeses de la Helvecia alquilan su fidelidad y venden su sangre á las monarquías, sin averiguar en donde está la justicia. Los pueblos de esta naturaleza, aunque libres en su suelo, son admirables instrumentos de tiranía fuera de su patria.

Pero los circasianos tienen sobre los suizos el genio emprendedor, y la imaginacion caballeresca que hace soñar á los simples soldados con tronos y con imperios, precio de sus hazañas. Con un sable y un caballo los circasianos que bajan de las montañas

tienen ante ellos horizontes sin límite de fortuna y de poder. Sus conquistas son su patria; donde quiera que dominan se aclimatan. Todos son nobles, como el hierro que mata ó que esclaviza en sus manos. Dotados por la naturaleza, por el clima y por la educación de una inteligencia superior, de una elocución apasionada, de un orgullo aristocrático, de una intrepidez que justifica su ambición, de un desprecio hácia las otras razas que parece que las oprime por derecho de nacimiento, de un cuerpo vigoroso, de una estatura elevada, de un rostro varonil, de una ferocidad que no se ablanda mas que ante las mujeres ó los niños, los circasianos bajo el nombre de mamelucos, que han conservado hasta nuestros días, formaban desde el tiempo de Saladino, el ejército de los sultanes de Egipto. Ellos eran los genizaros del Cairo, como los epirotas eran los de Constantinopla. Con su caballería montada en caballos del desierto, habia echado Turan-Schah al Nilo á los cruzados de San Luis y hecho prisionero á este rey de Francia. Esta victoria dió á los mamelucos audacia para deponer á los sucesores de los *kalifas* y para crear en Egipto un gobierno extranjero. Su gefe electivo, llamado *soldan* ó *sultan*, reinaba el tiempo que le permitia su capricho. Sediciosos contra los soberanos, opresores con sus súbditos egipcios, rebeldes y tiranos á la vez,

este imperio de una soldadesca extranjera se mantenía con un alistamiento perpetuo de aventureros que bajaban del Cáucaso. Por un fenómeno que parecia prohibir á la tierra de Egipto el perpetuar la estirpe de sus tiranos, los mamelucos, apesar de sus numerosos harenos, no pudieron multiplicarse nunca bajo el cielo de Egipto. Sus hijos morian al nacer.

Tal era el imperio que Bajazet II iba á atacar. Ciento cincuenta mil hombres marcharon con él hácia las fronteras de Siria. Sesenta mil mamelucos lo aguardaban en los confines de la Caramania, cerca del monte Amano, contrafuerte del Tauro, en la misma llanura en que Dario habia aguardado á Alejandro.

La táctica empleada con éxito feliz por los infantes de Alejandro contra los ginetes persas, la misma que empleó contra los mamelucos egipcios Bonaparte, el cuadro, erizado de lanzas y de bayonetas era entonces desconocido de los otomanos. Cayendo los mamelucos sobre los turcos como un huracan de caballos y hierro, los dispersaron en grupos, cuyas fracciones no pudieron reunirse á la voz del sultan sino detras del rio profundo, cuyos puentes cubrieron los genizaros durante la derrota.

Volviendo á pasar Bajazet al dia siguiente los puentes para vengar su descalabro, vió de nuevo

precipitado todo su ejército en el río. Veinte mil muertos ó heridos, treinta mil prisioneros, una pronta retirada, una paz vergonzosa, fueron el único fruto de la campaña. Desde la aparición de Timur-Lenk en el Asia-Menor, la sangre y el honor de los turcos no habian corrido con tanta abundancia por la tierra otomana.



La guerra contra Venecia vengó á Bajazet II de este revés. Doscientos cincuenta buques cargados de tropas y cañones, al mando de su visir Mustafá-bajá, tuvieron un encuentro con la flota veneciana de ciento veinte bajeles, mandada por el almirante Grimani en el golfo de Lepanto. Mustafá inferior en táctica y en evoluciones navales, cubrió la flota de Grimani con una nube de flechas inflamadas, que pegándose á las velas y cordajes incendiaron en una hora las galeras de Venecia. Diez mil hombres perecieron en las olas, arrojándose al mar por huir de las llamas. Bajazet, que marchaba por la costa con su ejército de tierra, sitio á Lepanto, Coron, Modon,

y recobró el litoral de la Grecia que habian sublevado los Venecianos.

El desgraciado almirante Grimani, no atreviéndose á afrontar de nuevo á los otomanos para socorrer á los aliados de Venecia, volvió vencido al puerto con los restos de su flota. Humillado el senado de Venecia, descargó sobre la cabeza del almirante el peso de su vergüenza. Aunque Grimani, almirante y proveedor de Venecia hubiese construido y equipado con sus propios tesoros la flota que habia perdido, fué acusado de cobardía, de impericia ó de traicion, por los patriotas de Venecia. Preso y aherrojado, compareció ante toda la aristocracia de su nacion convertida en tribunal para juzgarlo.

Su hijo, el cardenal Grimani, apareció á su lado ante los nobles, sosteniendo con sus manos piadosas el peso de las cadenas de su infortunado padre. Los acusadores de Grimani pedian su muerte. Las súplicas de su hijo solo lograron que se le perdonara la vida. Fué degradado de todas sus dignidades, despojado de toda su fortuna, y desterrado á una isla oscura del Adriático. El orgullo de la república veía crímenes en los reveses de sus mejores ciudadanos.

Gonzalo de Córdoba, digno de su nombre de gran capitán por sus hazañas, salvó á Venecia llevando de Nápoles treinta bajeles y soldados aguerridos.

Las dos escuadras combinadas bajo sus órdenes persiguieron á la otomana de rada en rada, entraron en los Dardanelos, bloquearon á Lesbos, é hicieron temblar á Constantinopla. Una nueva paz restableció la armonía necesaria para el comercio entre las dos naciones, de las cuales una poseía la tierra, otra los mares de Levante.

Las fanáticas predicciones de un dervis de Begbazari, en el Asia-Menor, llamado Scheitankuli, perturbaron un momento la paz restablecida. Este dervis, malicioso y crédulo juntamente, como los innovadores religiosos, vivía diez años hácia en una caverna de las cercanías de Antalia. Predicaba el coran reformado y la legitimidad del kalifato de Alí contra la usurpacion de Abubekre y de Omar. El exterminio de todos los musulmanes rebeldes á sus oráculos era el primero de los artículos de su fé.

El pueblo, cuya ignorancia era alimentada por el misticismo, juzgó enemigos de Dios á todos los que

no creían en el nuevo profeta. Mató y descuartizó, á la voz de Scheitankuli al gobernador y los magistrados de Antalia. El bajá de la ciudad de Kutaiáh fué empalado en la plaza pública. Comprometidos con estos crímenes, los sectarios del dervis se obstinaron en la revuelta; los unos por el terror del suplicio, los otros por la exaltacion de su fé, el mayor número por el espíritu sedicioso contra los otomanos, que existía siempre en aquellas provincias de Asia Superior, se constituyeron en ejército de la reforma religiosa, proclamaron el cisma de los Persas y avanzaron bajo el estandarte de su agitador hasta las inmediaciones de Magnesia.

Korkud, hijo primogénito de Bajazet II, que gobernaba esta ciudad, reunió precipitadamente al rededor suyo á los genizaros de su provincia. Vencido por el ejército popular del dervis, Korkud debió su salvacion á su caballo. El sultan envió á su hijo un nuevo ejército mandado por el gran visir. Las bandas del rebelde, vencidas á su voz, fueron dispersas por los alfanges de los genizaros. El profeta huyó á Persia; el pueblo y el rey le recibieron como martir de su fé nacional. Sus milagros pueriles, astutamente combinados para subyugar la imaginacion de los persas, ávida de cosas sobrenaturales, convirtieron á Scheitankuli en árbitro de Persia. El rey fanatizado

le prestó sus ejércitos para obligar á sus verdugos á concluir con los sectarios de Omar.

El principal motivo de la desidencia consistia en afirmar ó negar que era menester lavarse los piés con agua, ó frotárselos con arena, en las abluciones que prescribe el coran. Millares de hombres perecieron por esta argucia. El odio entre persas y turcos, fundado, independientemente de la *Sunnah*, en fútiles disentimientos adquirió un carácter tan nacional como metafísico. Un dervis de la secta de Scheitankuli quiso vengar la derrota de este revelador en Kutaiab. Vino á Constantinopla, se acercó á favor de su trage al sultan, en el momento en que Bajazet se dirigia á caballo á la mezquita, y le pidió limosna. Inclinándose el sultan para darle una moneda, el falso mendigo le dió una puñalada en el pecho. El golpe no fué mortal, pero el peligro que habia corrido Bajazet, accesible hasta entónces para todos, hizo que se adoptaran medidas prudentes y severas respecto de los otomanos que se acercasen al sultan en sus audiencias: dos *chiaux* los sujetaban por los hombros para que no pudieran levantar el brazo. Esta etiqueta recelosa, desusada con el tiempo y la familiaridad de los últimos emperadores, no humilla ya ni á musulmanes ni á extranjeros.

## XIV

El carácter de Bajazet II mas inclinado hasta entónces á la sensualidad que al misticismo, pareció trasformarse con aquella puñalada de un fanático, y ver en él un aviso del cielo. Sus muchos reveses, las disensiones nacientes de sus hijos, la debilidad de sus fuerzas, gastadas en el haren y los festines, lo sumergieron en una melancolía meditativa y mística. Esta enfermedad es habitual entre los príncipes de su estirpe que han saboreado precozmente las delicias, el orgullo y la nada de la omnipotencia.

Bajazet apartó los ojos de la tierra y se abismó en las contemplaciones místicas de la filosofía y de la religion. Corrigióse en punto al vino y á los placeres del haren. Prescribió la represión rigorosa de los desórdenes y de los escándalos que deshonoraban el islamismo en la capital. Se prohibió la venta del vino en los basares. Pero los genízaros, corrompidos por el ejemplo, se sublevaron contra tales prohibiciones, y obligaron al sultan á que se doblegara ante los usos que él mismo habia estimulado en su juventud.

La oración, las conversaciones piadosas con los *scheiks*, la poesía, que cultivaba como su hermano Djem, sirvieron de distracción á las ocupaciones y cuidados que da el trono. Su mismo semblante, descrito por los embajadores de Venecia con rasgos enérgicos al principio de su reinado, palideció, y se enflaqueció con su vida ascética.

Su frente pensativa, su nariz larga y encorvada sobre el labio, su barba clara, sus cabellos negros pegados á las sienes, su boca sellada por una tristeza silenciosa, contrastaban con el rango supremo y con el título de jefe de una dinastía de conquistadores. Su humildad habia reformado su traje como su vida. Rechazó los colores brillantes, los bordados de oro, los gorros persas y los penachos que adornaban los trajes y los turbantes de su padre Mahomet II. En su lugar adoptó el *caftan* de lana y el *schal* de muselina rodeado á la cabeza sin ningún adorno. Los otomanos no le llamaban ya el sultan, sino el *scheik*, el *sophi*, el filósofo, el poeta, el santo. Poco reinaba por sí mismo; dejaba flotar el imperio entre las sediciones incesantes de sus genizaros, los consejos del divan y la mano de sus visires.

Daud-bajá, que acababa de vencer á los sectarios de Scheitankuli, habia sucedido en este puesto superior á Ishak-Bajá, desgraciado por los genizaros á

consecuencia del asesinato de su favorito Keduk-Ahmed. General Daud por espacio de mucho tiempo del ejército de Asia, agradaba á su señor por su piedad, y á las tropas por su energía militar. Los soldados veían en él un veterano de los ejércitos conquistadores de Mahomet, los pueblos un administrador paternal, el sultan un ministro íntegro y seguro. Él dió su nombre á muchos establecimientos de caridad, á mezquitas y á una llanura fuera de los muros de Constantinopla donde formó un *Campo de Marte* para las revistas y ejercicios de tropas en el momento en que el ejército se reunía para las expediciones de Europa.

Daud llevó por segunda vez al Asia el ejército del sultan para comprimir las sublevaciones de los turcomanos. De vuelta en Constantinopla adormeció, con una serie de negociaciones moderadas y firmes con los embajadores de las potencias occidentales los gérmenes de guerra que el pacífico Bajazet II queria sofocar á toda priesa. Estas guerras locales y estas ne-

gociaciones secundarias con el Egipto, las tribus turcomanas, los húngaros, los moros de España, los moros de Tunez, la corte de Nápoles, el papa, los venecianos, el Austria y aun los rusos, embarazan la historia sin interés. Las disensiones de los príncipes en la familia del sultan, germen de los crímenes que ensangrentaron el reinado de Bajazet y el siguiente, comenzaban á agitar al serrallo, al pueblo y al ejército.

Daud-bajá se retiró cargado de honores y enriquecido con una pensión de trescientos mil aspros, después de su ministerio de diez y siete años. Un nieto de los tschenderelis, cuatro veces grandes visires, Ibrahim Tschendereli, sucedió á Daud.

## XVI

El imperio se veía libre de la competencia de Djem por una multitud de aventuras, de reveses y de traiciones. Las referiremos de una vez para no dividir el interés que excitan las singulares vicisitudes de este infortunado heredero de Mahomet II.

Bajazet, tranquilo al fin, disfrutaba del cetro de

los otomanos, sin mas enemigos que sus propios hijos.

Ocho habia tenido de diferentes madres, igualmente queridos por él. Tres habian muerto ántes de llegar á la edad de las ambiciones. Siguiendo la costumbre de los sultanes habia diseminado los cinco restantes en diversas provincias del imperio. Sultan Ahmed ó Achmet gobernaba la Amasia; sultan Schehin-Schah la Caramania; sultan Alem-Schah la ciudad y la provincia de Mentese; sultan Korkud en Sarukhan; sultan Selim en Trebisonda. Sus tres hijas se habian casado en su primera adolescencia, una con un príncipe turcomano nieto del conquistador de Persia, Uzun-Hassan; la segunda con un hijo de Daud-bajá; la última con Nassuh-Beg, gobernador de la Dalmacia turca. Una hija de Djem, prometida desde la cuna al sultan de Egipto su huésped, viuda ántes de casarse, fué dada en matrimonio por Bajazet á su favorito Sinan-bajá, general en jefe del ejército de Asia. Así, dice Hammer, la hija de un emperador y la viuda de un soldan, era esclava de un simple bajá en un haren de Anatolia.

## XVII

La mala inteligencia que existía entre estas diferentes ramas de la casa de Bajazet II se dieron á conocer á los otomanos por un murmullo y una temeridad casi sediciosa de Korkud, su hijo mayor, contra los ministros de su padre. Un eunuco tan viril á la cabeza de las tropas, como elocuente en el consejo, Ali-baja, habia reemplazado al gran visir Tschendehli. Ali prefería secretamente á sultan Ahmed, y le preparaba en su pensamiento el trono.

Para humillar á Korkud, el eunuco separó de su gobierno de Caramania una provincia, cuyas rentas habian estado afectas en otro tiempo al sueldo de los grandes visires. Korkud, indignado con tal ataque á su autoridad, tolerado, si acaso no mandado por su padre, se embarcó en Satalia con ochenta servidores de su casa y se refugió en la corte del soldan de Egipto, enemigo apenas reconciliado de su padre.

A ejemplo de su tío Djem, Korkud coloró su desercion de los estados paternos, pidiendo pasaje á los mamelucos para ir á la Meca en peregrinacion al

santo sepulcro. El soldan recibió al fugitivo en el Cairo como heredero de Bajazet y no como un rebelde. Envió á Korkud el presente real de los tártaros.

« Nueve caballos de sangre, nueve recuas de nueve camellos, tres de dromedarios de carrera, dos recuas de diez y ocho camellos cubiertos con mantillas de brocado para su uso personal, setenta recuas de camellos para su servidumbre, cuarenta recuas de camellos para su cocina, nueve mil ducados de oro, nueve piezas de paño de oro y nueve pajes de maravillosa belleza. Cuarenta tambores tocaban la marcha delante de él; los visires y los servidores del estribo del sultan del Cairo fueron á cumplimentarlo á las puertas de la ciudad. Cincuenta carneros por dia, cincuenta quintales de azucar, cincuenta sacos de arroz, dos mil pollos, dos mil ganosos, ciento cincuenta quintales de miel y cinco bolsas de oro le fueron señaladas por semana para el gasto de su casa. Al acercarse, el soldan bajó del caballo ántes que él, le besó los ojos, como se besa á un hijo, en tanto que Korkud besó el cuello á su huésped como se besa á un padre. »

Però habiéndose negado lealmente á prestar auxilios al hijo contra el padre, y á dejarlo salir de sus Estados para que fuese á buscarlos en Persia, Kor-

kud arrepentido, no halló otra salida que la que le ofrecía la sumision, y escribió al gran visir para rogarle que lo disculpara con su padre. Atribuyó el abandono de su gobierno al deseo de visitar la Grecia. Este pretexto podia disimular tan naturalmente su imprudencia, quanto que Korkud era como su padre un príncipe piadoso, filósofo, contemplativo, entregado á la teología, á las letras, á la poesia, rodeado en Magnesia de poetas y literatos, impopular por esta razon entre los genizaros como un príncipe que perpetuaria el reinado de la paz.

El visir intercedió por el hijo y satisfizo sus quejas dando nuevas provincias á su gobierno.

## XVIII

La impune insubordinacion de Korkud alentó á los otros hijos de Bajazet II á ser mas osados. La ley fatal de Mahomet II, que autorizaba y que casi prescribia el fratricidio por razon de Estado, habia sancionado de antemano el odio y las disensiones constantes entre los hermanos; cada uno de los hijos del sultan veia en lontananza á la muerte de su padre asesinos

en sus hermanos, si no se anticipaba á ellos; de esa suerte, esta ley atroz y desnaturalizada no dejaba á los hijos del soberano mas eleccion que la muerte ó el crimen. El crimen, convertido en necesidad, debia ser frecuente en aquella casa condenada á reinar ó á morir. No tardó Bajazet en sentir las consecuencias de la sanguinaria legislacion dinástica de Mahomet II.

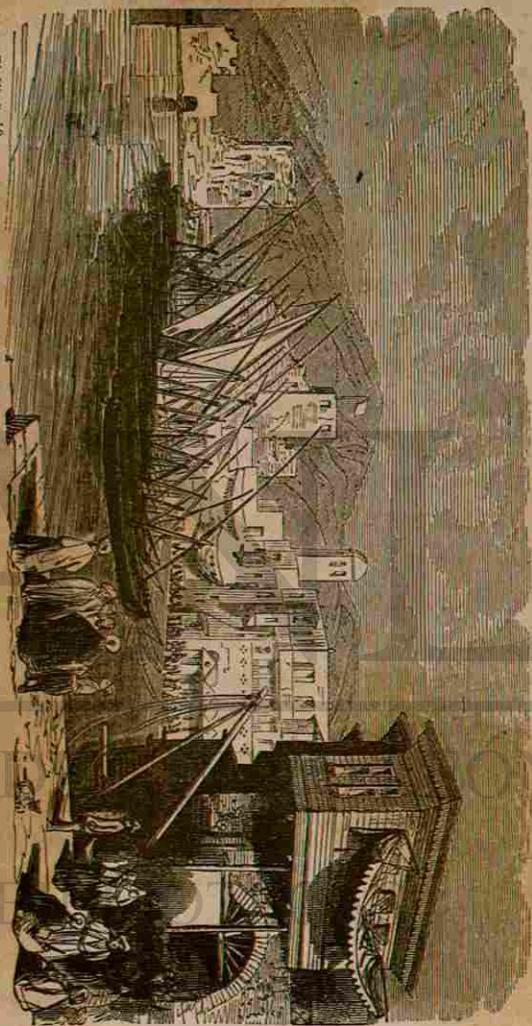
## XIX

Achmet, gobernador á la sazón de Amasia, aunque hijo segundo de Bajazet, habia sido escogido secretamente por su padre para heredar el trono. El sultan, los visires, los genizaros, desconfiando de la molicie contemplativa de Korkud, descubrian en Achmet el vigor y la madurez propias para el gobierno. El indolente Korkud, fiándose en la suerte que le habia hecho nacer el primero, no hacia nada para contrarrestar esta predileccion de su padre. Pero Selim, tercer hijo del sultan, príncipe de genio fuerte, de caracter receloso, de una ambicion capaz de pretender todo y atreverse á todo, soportaba con impaciencia, en el fondo de su gobierno de Crimea, la preferencia de

Bajazet en favor de Achmet. Temía que la proximidad de Amasia á la capital ofreciese á Achmed, en caso de morir el sultan, ocasion para apoderarse del reino ántes que él pudiera hacerlo; y como tuviese un hijo de edad de diez y seis años, llamado Soliman sultan, exigió de los visires para este hijo el gobierno de una provincia interpuesta entre Amasia y Constantino-  
pla, á fin de que Soliman pudiera anticiparse á Achmet y Korkud en la competencia eventual por el trono. Los visires le concedieron esta gracia por debilidad. Achmet se indignó; Bajazet revocó la concesion y envió á Soliman á gobernar á Caffa en el fondo del mar Negro.

Esta nueva distribucion de provincias irritó á Selim. Se quejó con un tono altanero, envenenando la queja con la amenaza. Abandonó sin autorizacion de los visires su gobierno de Trebisonda, demasiado distante del teatro de las ambiciones, para venir á residir en Caffa en el serrallo de su hijo Soliman. Bajazet, ofendido con tal audacia y con los preparativos militares de su hijo, le envió la orden de regresar á su residencia. Selim replicó exigiendo de los ministros un gobierno en Europa para observar desde mas cerca los sucesos.

La resistencia de los ministros á este insolente mandato del príncipe, lo obligó á declararse en re-



T. IV. p. 30.

CAFFA.

beldía bajo el pretexto de la ternura filial. Equipó una flota en Caffa, la cargó con sus tropas, atravesó el mar Negro, y desembarcó en Varna, cerca de las bocas del Danubio. Pretendía que, ausente veinte y seis años hacia de la corte de su padre, el Coran, que manda á los hijos visitar á sus padres, le imponía el deber piadoso de ir con este objeto á Andrinópolis, donde residía el sultan. Su acompañamiento era un ejército; el terror iba delante de él á la capital.

Los visires, consultados en tan apuradas circunstancias, aconsejaron la firmeza á Bajazet. Le hicieron presente cuales eran los decretos de Mahomet II y la sabiduría de las tradiciones que prohíben á todo heredero presuntivo de la corona el gobernar una provincia de Europa, para que no sirviera este gobierno inmediato de escabel para subir al trono en perjuicio del derecho de sus hermanos.

Bajazet, convencido, pero indulgente, envió el *molla* de Andrinópolis Nuredino Sarigurz, el mas consumado de sus negociadores, al ejército de Selim para calmar su ambicion é inclinarle á la obediencia. Selim correspondió á la benignidad de su padre aumentando su ejército y marchando mas rápidamente hácia la capital. Hassan-baja, beglerbeg de Rumelia, le salió al encuentro con veinte mil genízaros, azabs y spahis del ejército de Europa. Pero



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fuese vacilacion de los otomanos ante la guerra civil, fuese indecision de los genizaros, trabajados ya secretamente por Selim, Hassan-bajá se replegó sin combatir bajo los muros de Andrinópolis, seguido paso á paso por Selim, que acampó á las puertas de la ciudad en el espacioso valle de Tschukurowa; las fuerzas eran iguales, el favor del pueblo se compartia, la fortuna estaba en suspenso. Bajazet, aunque enfermo y con el corazon desgarrado, aplazó la decision presentándose en el campamento de Hassa-bajá. Llevado en litera en medio de unos y otros, lloró por la suerte de los dos ejércitos que le iban á inundar con una sangre igualmente querida. Sus lagrimas, el aspecto del padre y del hijo, dispuestos á dar la orden del combate y tal vez á encontrarse en la pelea, enternecieron á los otomanos, y ambos partidos depusieron las armas.

El beglerbeg Hassan-bajá sigilosamente favorable al hijo, fué al campamento de Selim á ajustar un convenio que evitando la guerra, asegurase la victoria á Selim. Por este tratado, el hijo licenciaba sus tropas, pero su padre le concedia los dos gobiernos de Widdin y de Semendria en Europa. Esto era convenir en los preliminares del imperio. Selim se fué sin ver á su padre, á tomar posesion de aquellos dos puntos avanzados del trono.

## XX

Entre tanto, el espíritu de agitacion se habia apoderado tambien del alma de Korkud. Veia comprometidos sus derechos con la independenciam de su padre. Sin aguardar el consentimiento de los visires, Korkud se dirigió desde su residencia de Antalia hácia Sarukhan, que Bajazet no habia rehusado incorporar en su gobierno de Antalia. Selim, en camino para Semendria, sabiendo la marcha de su hermano mayor, se paró con actitud hostil para presenciarm, segun decia, el desenlace de los trastornos de Asia.

Bajazet II, que le ordenó en vano alejarse, tembló por el imperio, que se veia amenazado así por ambos lados, y se fué con intento de llegar á Constantinopla ántes que el uno ú el otro de los dos competidores.

Aprovechándose de la ausencia de su padre, Selim acudió rápidamente á Andrinópolis, entró como dueño en el palacio, soltó á los presos, saqueó el tesoro, destituyó á las autoridades fieles al sultan, y puso en su lugar á sus mas ardientes partidarios.

El gran visir Ali-bajá, contrario igualmente á la ambicion criminal de Selim y á la mucha oposicion de Korkud, velaba por Achmet, favorito del divan y de su padre. Él decidió á su señor á reunir un ejército, vendido á la causa de Achmet, y á ponerse él mismo en camino para Andrinópolis con el objeto de reprimir y castigar los atentados de Selim.

Este se anticipó al sultan avanzando hácia la Tracia contra el ejército de su padre. En la cima de una colina próxima á la ciudad Tschorli (la antigua Tzurulum), Ali-bajá, acercándose á la litera de Bajazet, que no podia montar á caballo á causa de sus enfermedades, le señaló las hordas de tártaros y de circasianos enemigos del imperio, alistados por Selim que cubrian la llanura con sus tiendas, sus caballos, sus ejércitos. « ¿Viene de esa manera un hijo respetuoso á besar la mano de su padre, dijo al sultan, para borrar toda idea de perdon? ¿No viene mas bien como un parricida á precipitarlo del trono al sepulcro? »

Aun parecia que dudaba el desventurado sultan; por fin vencieron las reiteradas y unánimes instancias de sus visires y de sus bajás, vendidos á Achmet. Apoyó el codo en un cojin que le servia de cama, y con voz trémula por la cólera dijo:

« ¡Vosotros, mis visires y agas! ¡vosotros mis es-

« clavos! vosotros todos, mis soldados que comeis mi pan, marchad contra el rebelde. »

## XXI

A estas palabras, repetidas de fila en fila por los bajás y los agas á sus tropas, los veinte mil genizaros se lanzaron con ímpetu sobre aquella manada de bárbaros al grito de *Allah Kerim* (Dios es grande) y no les dieron siquiera tiempo de disputar la llanura. El combate no fué mas que la fuga. Selim montaba un caballo célebre en la historia de esta raza ecuestre, á quien el vigor de su carrera y el ruido retumbante de sus piés habian valido el dictado de *Kara-bulut* (la nube negra). Este caballo lo sacó del campo de batalla. Su page Ferrahd, que fué mas tarde esposo de su hija y su gran visir, viendo á su señor amenazado por un peloton de spahis montados sobre caballos turcomanos de la misma raza que Kara-bulut, se interpuso voluntariamente entre sus sables y la grupa del corcel de Selim. Rodó por el polvo bajo los piés de los caballos; pero su abnegacion salvó á Selim. Este principe, huyendo de noche y de dia á través de

El gran visir Ali-bajá, contrario igualmente á la ambicion criminal de Selim y á la mucha oposicion de Korkud, velaba por Achmet, favorito del divan y de su padre. Él decidió á su señor á reunir un ejército, vendido á la causa de Achmet, y á ponerse él mismo en camino para Andrinópolis con el objeto de reprimir y castigar los atentados de Selim.

Este se anticipó al sultan avanzando hácia la Tracia contra el ejército de su padre. En la cima de una colina próxima á la ciudad Tschorli (la antigua Tzurulum), Ali-bajá, acercándose á la litera de Bajazet, que no podia montar á caballo á causa de sus enfermedades, le señaló las hordas de tártaros y de circasianos enemigos del imperio, alistados por Selim que cubrian la llanura con sus tiendas, sus caballos, sus ejércitos. « ¿Viene de esa manera un hijo respetuoso á besar la mano de su padre, dijo al sultan, para borrar toda idea de perdon? ¿No viene mas bien como un parricida á precipitarlo del trono al sepulcro? »

Aun parecia que dudaba el desventurado sultan; por fin vencieron las reiteradas y unánimes instancias de sus visires y de sus bajás, vendidos á Achmet. Apoyó el codo en un cogin que le servia de cama, y con voz trémula por la cólera dijo:

« ¡Vosotros, mis visires y agas! ¡vosotros mis es-

« clavos! vosotros todos, mis soldados que comeis mi pan, marchad contra el rebelde. »

## XXI

A estas palabras, repetidas de fila en fila por los bajás y los agas á sus tropas, los veinte mil genizaros se lanzaron con ímpetu sobre aquella manada de bárbaros al grito de *Allah Kerim* (Dios es grande) y no les dieron siquiera tiempo de disputar la llanura. El combate no fué mas que la fuga. Selim montaba un caballo célebre en la historia de esta raza ecuestre, á quien el vigor de su carrera y el ruido retumbante de sus piés habian valido el dictado de *Kara-bulut* (la nube negra). Este caballo lo sacó del campo de batalla. Su page Ferrahd, que fué mas tarde esposo de su hija y su gran visir, viendo á su señor amenazado por un peloton de spahis montados sobre caballos turcomanos de la misma raza que Kara-bulut, se interpuso voluntariamente entre sus sables y la grupa del corcel de Selim. Rodó por el polvo bajo los piés de los caballos; pero su abnegacion salvó á Selim. Este principe, huyendo de noche y de dia á través de

los bosques de las orillas del mar Negro fué á pedir un asilo al Khan de los tártaros de Crimea, con cuya hija, madre de Soliman, se habia casado.

## XXII

El gran visir Ali-bajá, despues de haber llevado a su señor en triunfo á Constantinopla, pasó al Asia para pelear allí contra los restos de la secta fanática de Scheitankuli, que se habian reunido y amenazaban á Brusa. Este visir habia propuesto á Achmet una entrevista secreta en Asia, cerca de Kermian, en el pueblo llamado la Piedra de Oro. El objelo de esta entrevista era convenir en las medidas que debian tomar de comun acuerdo para que ocupara el trono persuadiendo al sultan á que abdicase, y ganando á los genizaros. Pero este eunuco, hábil en la guerra, en la politica y en los manejos de la cõrte, pereció pocos dias despues en una refriega contra las hordas del sectario. Sus designios perecieron con él. La muerte de este hombre de Estado consternó á Bajazet y á Achmet. Se le puede comparar á un Riche-lieu de los otomanos, pero bajo un príncipe me-

nos esclavizado que Luis XIII. Este era el primer gran visir muerto en el campo de batalla, con el sable en la mano, peleando por el imperio. Los poetas turcos, de quienes era el ídolo y el émulo, llenaron el Asia y la Europa con elogios marciales á su gloria. El historiador persa Idris, llamado por él desde Is-pahan para que escribiera en páginas inmortales los anales de los turcos, eternizó su memoria.

El imperio perdió en él el único moderador de sus agitaciones, bajo un reinado que degeneraba en la anarquía.

## XXIII

El schah de Persia, á cuyo pais habian ido á buscar otra vez un refugio los rebeldes, hizo echar á sus dos jefes en una caldera de agua hirviendo, y envió sus cráneos descarnados y montados en forma de copa para que se bebiera en ellos el *agua de la venganza*.

Entre tanto Selim, alentado por la muerte del eunuco que refrenaba su audacia, se dirigia de nuevo hácia Constantinopla para obligar á su padre á que

retirara el favor que dispensaba á Achmet y Korkud. Achmet estaba á la sazón en Scutari en frente del serrallo con un ejército de sus partidarios asiáticos. Ahmed-Bajá, nombrado gran visir despues de la muerte del eunuco Ali, se esforzaba inútilmente en atraer los genizaros al partido de Achmet-Sultan. Esta milicia, fanatizada por el oro y las seducciones de Selim, en quien descubria los vicios de su abuelo Mahomet II, se sublevó á la aproximacion de Achmet, saqueó los palacios del gran visir, de Mustafá-bajá, de Hassan-bajá, del gran juez del ejército de Asia y de todos los visires que se suponía partidarios de Selim.

El gran visir, concedido á los revoltosos por el sultan, fué reemplazado por Mustafá-bajá, antiguo negociador de Bajazet con el papa Alejandro Borgia, cuando ajustaba la cabeza de Djem.

Mustafá envió á Achmet á su gobierno de Asia para apaciguar á los genizaros.

Indignado Achmet con este deslucido que encerraba la pérdida de sus esperanzas, se alejó en efecto, pero para apoderarse de Koniah, en donde hizo cortar las narices y las orejas al enviado de su padre que le pedía la restitucion de la provincia. La cabeza del fiel beg que defendía por el sultan la ciudadela de Koniah fué enviada como un ultraje á Bajazet. Es-

tos insultos sangrientos acabaron de despopularizar á Achmet en Constantinopla.

Korkud, creyendo imposible en lo sucesivo la reconciliacion de su padre con sus dos hermanos, entró en Constantinopla disfrazado y seguido de dos criados, y se alojó con valerosa confianza en el principal cuartel de los genizaros, que eran sus enemigos. Creía que los ganaría para sí con su elocuencia, su seducción y su valor, y que se los arrebataria á Selim.

Lisonjeados los genizaros con tal confianza, pero inalterables en su necia adhesion á Selim, le hicieron los honores debidos al hijo de un sultan, y lo acompañaron, cuando despues de treinta años de ausencia fué al serrallo á besar la mano de su padre. El premio de la audacia de Korkud consistió únicamente en una insignificante hospitalidad.

Mientras que Achmet mendigaba socorros de los tártaros, Selim avanzaba por tercera vez con intento de apoderarse del trono por medio de la sedicion y quizá del parricidio. A la cabeza de seis mil caballos tártaros, había cruzado el Danubio por encima del hielo á principios de febrero (1312). Su aproximacion agitó á los genizaros de la capital. Estos soldados turbulentos presentian al parecer que su reinado iba á coincidir con el de este principe. Su corazón se

precipitaba hácia él, no porque fuese el mas digno, sino porque era el mas feroz de los hijos del sultan.

## XXIV

Pidieron con estrépito á Bajazet que nombrara por general suyo á Selim y que los llevara á pelear contra Achmet. Bajazet se veia obligado á escoger entre tres rebeliones: la de Selim, la de Achmet y la de los genizaros. Concedió lo que le pedia la mas amenazadora. El aga de los genizaros salió al encuentro á Selim, que se hallaba á algunas horas de distancia de su capital, y trajo en triunfo á Selim. Los visires, los bajás, el ejército, el pueblo, recibieron á Selim al desembarcar en el jardin del nuevo serallo; Korkud asistia humillado al triunfo de su dichoso rival.

Bajazet oia desde su palacio los clamores que lo destronaban por su hijo. Intentó recobrar á precio de oro el reino que perdía. En treinta años de paz habia reunido un tesoro propio, capaz de pagar un imperio. Envió á su tesorero á ofrecer á Selim trescientos mil ducados de oro, pagados aquel mismo dia, y una

renta anual de doscientos mil ducados si consentia en volver á su gobierno. Selim eludió todo, porque queria el trono. Bajazet lo nombró su sucesor á condicion de que aguardara á su muerte para tomar el título de sultan; que se le dejara el tesoro, y que sus hijos, reconciliados bajo su arbitraje, se perdonarian el haber nacido de una misma sangre. Selim, temiendo ofender la opinion pública, fingió aceptarlo todo, dejando que sus parciales, ansiosos de explotar su reinado, consumaran su obra.

## XXV

Seis dias despues (el 25 de abril de 1512), al levantarse el sol, el visir adicto á Selim, los genizaros, los spalhis, la muchedumbre, sublevada por los partidarios de Selim, inundó sin oposicion los patios del palacio. Su silencio enigmático ó respetuoso queria ser comprendido sin explicarse. Bajazet trató de oponerles la majestad de los derechos paternales, del título y de la edad. Sentóse sobre el trono, hizo abrir las puertas y les preguntó, con voz severa pero resignada, qué venian á exigir de él.

« Nuestro *padischah* es viejo, está enfermo, le res-

« pondieron algunas voces que no disimulaban bien  
« la insolencia bajo la compasion : el peso del impe-  
« rio se abruma ; el imperio se hunde con él. »

— « Sí, añadieron con tono mas imperioso los soldados diseminados por los salones, queremos que se ponga en su lugar á Selim. »

Doce mil voces de genizaros y de spahis, reunidos en los patios, repitieron con acentos iracundos el nombre y la aclamacion de Selim.

« Y bien, dijo con resignacion el sultan, abando-  
« nado de sus mismos guardias, de sus hijos y de sus  
« visires, renunció el imperio en favor de mi hijo  
« Selim. ¡ Que Dios bendiga su reinado y á los oto-  
« manos! »

¡ El nombre de Selim y el de *Dios es grande!* resonaron en el salon del trono, en los patios del palacio y en las siete colinas de Constantinopla. Nadie osaba protestar contra la fortuna de un usurpador y contra la voluntad del ejército. Los genizaros aprendian por segunda vez á quitar y dar el trono. La constitucion desaparece en donde los pretorianos disponen á su antojo de la corona ; el espíritu de cuerpo se convierte en derecho público ; el soldado es juez de la legitimidad del príncipe y de la libertad del pueblo. Todo el tiempo que reinó esta milicia, los otomanos tuvieron un señor pero no emperadores.

## XXVI

Entre tanto Selim, bajo la apariencia del pudor de su ambicion, habia tenido audacia suficiente para realizar su criminal intento. Manteníase de pié bajo el arco de la puerta que separa el primer patio del segundo del serrallo, rodeado de sus oficiales y visires mas adictos. Bajo este arco se paran los bajás ó los embajadores que aguardan respetuosamente la audiencia del emperador. En el mismo punto desemboca tambien, bajo la misma bóveda, la escalera sombría por la que baja el verdugo á sacrificar sus víctimas ; vestibulo siniestro del favor ó del suplicio, en donde el visir temeroso, que regresa de una victoria ó de una derrota, ignora si es llamado á palacio para morir ó triunfar.

Parecía que Selim aguardaba con hipócrita respeto á que su humillado padre lo llamase al trono que sus cómplices le hacian desocupar. Los visires vinieron á prosternarse ante él y lo condujeron á presencia de Bajazet II, sentado todavía sobre el *musnad*. Selim besó la mano que acababa de dejar sin

etro. Al despojarse de las insignias del poder supremo, afectó dejarlas con alegría. Pidió que le permitiesen retirarse con su haren, sus servidores y su tesorero al palacio antiguo, desde donde no ofuscaría su presencia al nuevo soberano, hallando en él al mismo tiempo la calma y el silencio que exigian sus años y sus achaques.

Los genizaros y el pueblo no le dejaron disfrutar por mucho tiempo de esta ilusion de los príncipes caidos. La misma capital no puede soportar dos tronos. Los clamores de la soldadesca, que levantaban hasta el cielo sus clamores pidiendo su bendicion para el reinado de Selim, eran considerados como otras tantas maldiciones del suyo : la importunidad de estos gritos, de estas fiestas que eran insultos para él, lo forzaron á pedir á su hijo un asilo mas apartado del palacio que le recordaba tan insolentemente su caida. Él indicó la pequeña ciudad griega de Demótica, especia de retiro adonde se refugiaban habitualmente por su clima dulce y su tranquila soledad los bajás, los visires, los príncipes y las viudas de los sultanes destronados.

Selim, ansioso de libertarse de la presencia de su padre, suavizó con esplendidez las condiciones de aquel retiro.

Veinte dias despues de haber conducido á Bajazet II

al serrallo antiguo, Selim escoltaba con pompa imperial el séquito que acompañaba al emperador desposeido, por el camino de Demótica, cabalgando al lado de la litera de su padre; parecia que escuchaba y recogia con deferencia filial los consejos que le daba Bajazet para la gobernacion del Estado. Los dos soberanos se abrazaron y se separaron á media jornada de Constantinopla; el uno para volver á la capital, el otro para continuar su viage hácia el destierro.

## XXVII

Sin embargo, como Diocleciano, como Carlos Quinto, como Napoleon, como todos los soberanos despues de su abdicacion voluntaria ó forzosa, que no se alejan con bastante celeridad segun los deseos de su sucesor, Bajazet II parecia que entorpecia su marcha para aguardar algun arrepentimiento y algun cambio de la fortuna. Dicese que la lentitud de su viage, motivada por una indisposicion, le parecia calculada á Selim, y que bajo el pretexto de enviar un médico griego á su padre, le envió un envenena-

dor. Un page italiano, familiar de Bajazet, que lo siguió á Demótica, lo afirma en sus memorias. La impaciente ambicion de un hijo que habia levantado tres veces la mano contra su padre no es propia para dementirlo; pero no existen pruebas. Bajazet, doliente por espacio de mucho tiempo, con el corazon desgarrado por la ingratitud de su hijo, con el espíritu alterado por su caida del trono, con el cuerpo atormentado por la gota y las vicisitudes de un viaje fúnebre, podia morir sin parricidio. La ocasion en que murió acusa la mano de su hijo. Falleció cuando era menester que desapareciese; esta es la única sospecha legítima de la historia; pero no se inscribe el nombre de parricida por una sospecha.

## XXVIII

Su reinado habia apaciguado pero tambien enervado á los Otomanos; no dejaba huellas mas que de reveses; sus virtudes personales eran virtudes domésticas, mas bien que virtudes soberanas. Ellas habian originado esa anarquía de pretensiones anticipadas al trono en los principes de su familia, que

hacen asemejar esta época de la monarquía otomana á la época de la Fronda en Francia. Pero esta Fronda francesa, suavizada por el carácter de una nacion civilizada y por la mano de Mazarín, iba á resolverse en asesinatos y fratricidios con las costumbres todavía sanguinarias de los Turcos.

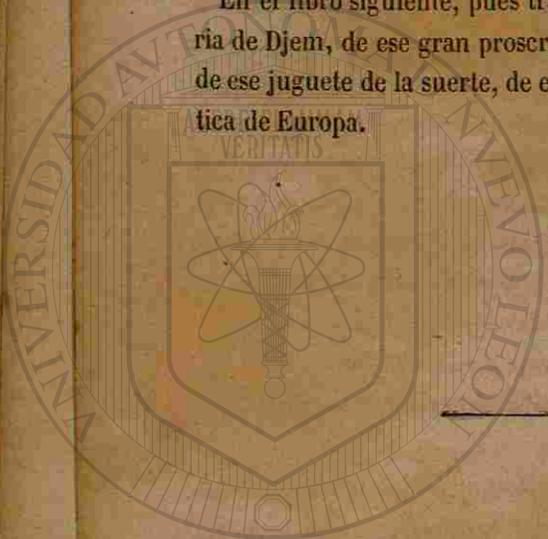
Un ministro diplomático, hábil y corruptor, habia logrado pacificar la Francia; los Otomanos necesitaban un Tiberio. Selim lo fué.

Antes de comenzar la narracion de este trágico reinado, es menester remontar algunos años al de Bajazet II, para seguir en uno de los mas dramáticos episodios el reinado, las aventuras y las desgracias del hermano que le habia disputado el imperio.

La historia de Djem, hermano y competidor de Bajazet II, forma cuerpo con la historia de los Otomanos. Pero despues de la derrota de este principe en Ienischy, el teatro de sus desventuras no es Turquía, sino Francia ó Italia. La historia de los sucesos de Turquía y de las aventuras de Djem en Europa hubiera complicado la de los dos hermanos entremezclándose paralelamente; nosotros hemos preferido, en obsequio de la claridad, tanto como por el interés del drama, referir sin confusion ni interrupciones el reinado del uno y la vida del otro. Para el entendimiento como para los sentidos, el orden nace

de la separacion de los objetos; la claridad, luz de la inteligencia nace del orden; y el interés nace de la claridad.

En el libro siguiente, pues trataremos de la historia de Djem, de ese gran proscrito de los Otomanos, de ese juguete de la suerte, de esa víctima de la política de Europa.

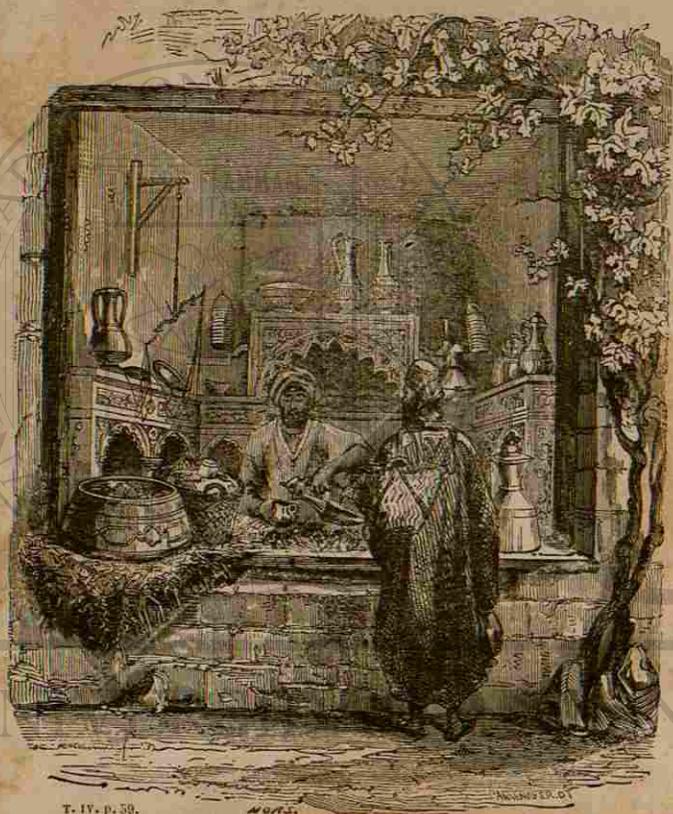


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





T. IV. p. 59.

TIENDA EN EL CAIRO.

## LIBRO DÉCIMOSEXTO

El imperio había tenido por un momento dos emperadores.

Puede recordarse que después de la victoria de Ienischyr, alcanzada por Bajazet II sobre su hermano y su rival, el joven emperador de Asia, Djem, se había refugiado con su madre, su mujer y sus hijos en la corte del soldan de Egipto. Acogido como sultan por este soberano, Djem, fuese por desaliento, por piedad, por política, había dejado su familia en

el Cairo, para ir á cumplir casi solo, á través de los desiertos, la peregrinacion de Jerusalem, de la Meca y de Medina, las tres ciudades santas de los Arabes y de los Otomanos. Este sultan y una sultana, hija de Mahomet, son los únicos miembros de la familia imperial de Turquía que hayan hecho, segun Murad-gea, la peregrinacion al sepulcro del profeta.

Sus amigos y sus enemigos lo perdieron de vista durante dos años escasos en estas peregrinaciones lejanas, en donde el camello de un peregrino llevaba al hijo de Mahomet II, al segundo emperador de los Otomanos, vestido con el traje de un beduino.

## II

Su madre y su jóven esposa, hija de un príncipe turcomano de la Caramania, le vieron regresar al Cairo, el 4 de febrero de 1482, bajo el disfraz que lo libraba de las asechanzas de sus enemigos. Parecia haber aceptado religiosa y filosóficamente su desgracia, y se resignaba á vivir en Egipto en una oscuridad contemplativa. Sus tesoros, suficientes para una vida privada en tierra extranjera, los respetos de los

mamelucos, su tierno afecto á su madre y su mujer, la fidelidad de algunos amigos, compañeros de su infancia, de su grandeza y de sus reveses, y sobre todo su aficion á la poesía, que libra al hombre desgraciado del sentimiento de las realidades para trasportarlo á los espacios imaginarios, le hacian soportar con mayor facilidad que á los ambiciosos sin genio y sin virtud, el destierro y el olvido del trono. Apenas de veinticuatro años de edad, Djem tenia ya en Turquía, en Persia y en Arabia la fama de un héroe y la celebridad de uno de los poetas mas perfectos del islamismo. La sangre de Mahomet II, su belleza, sus peregrinaciones, sus hazañas y sus reveses ennoblecian la dignidad de su infortunio. Él mismo se condenaba á la inaccion; pero sus amigos, sus partidarios en Caramania y los enemigos de su hermano no se conformaban con su ausencia; su suerte era comun, y no vacilaron en tentar de nuevo á la fortuna, y en perderle por salvarse.

## III

Kasim-Beg, este hijo proscrito de Ibrahim Caraman Oghli, que se habia adherido á la causa de Djem

contra Bajazet II, para recobrar sus Estados por este servicio prestado al mas popular de los dos pretendientes del trono, habia continuado despues de la derrota de Ienischyr errante, pero siempre armado, con sus antiguos vasallos, en las rocas inaccesibles del monte Tauro. Desde allí agitaba los valles, las llanuras, las ciudades; enviaba emisarios á Djem para exhortarle á volver á presentarse á sus fieles caramanios, mas que nunca ardientes partidarios de su causa. Otro parcial de Djem, tan considerable como Kasim, Mahmud-Beg, gobernador de Angora ó de Ancyra, y antiguo generalísimo de los genizaros bajo Mahomet II, decidido á hacer traicion á Bajazet II por resentimiento de su desgracia, prometia igualmente á Djem el entregarle á Angora y una parte del ejército de su hermano, en el momento en que desembarcase en la costa de Caramania.

Estas excitaciones y promesas hechas por hombres tan preponderantes en Asia, la certeza de los auxilios que los mamelucos de Siria prestarian á su empresa, decidieron por fin á Djem á probar otra vez fortuna. Confió su familia al soldan, y seguido de sus mas valientes compañeros, dejó el Cairo el 6 de mayo de 1482 para abocarse en Alepo con sus partidarios de Caramania. Kasim-Beg, Mahmud-Beg, muchos emires, begs y generales malcontentos del

ejército de Bajazet II habian acudido á Alepo á esperar al jóven sultan. Juntos entraron con las armas en la mano á través de las *Puertas de Hierro*, desfiladero del Tauro sobre la Siria, en la Cilicia, sublevando en nombre de Djem todas las poblaciones y todas las tropas diseminadas por su camino. La popularidad de Djem, la legitimidad de Kasim, la fama militar de Mahmud-Beg, querido de los genizaros, dieron en pocas semanas al pretendiente algunas provincias y un ejército superior al de Bajazet II. El Asia entera iba á escapársele al sultan. Ahmed-bajá, su general en Caramania, abandonado por parte de sus tropas, batido dos veces por Mahmud-Beg en la llanura de Koniah, habia metido apresuradamente en esta capital una guarnicion mandada por Ali-bajá, que fué despues gran visir; él mismo se replegaba ante las poblaciones sublevadas y procuraba mas bien ganar tiempo que batallas. Djem, Mahmud-Beg y Kasim, reunidos bajo los muros de Koniah, asediaban la ciudad, que resistia merced á la obstinacion de Ali-bajá. Un azar la salvó.

Mahmud-Beg, al abrazar la causa de Djem, habia tenido la imprevision de dejar á su mujer y á sus hijos como rehenes de los turcos en Angora, en el corazon de la Anatolia. Salió del campamento de Djem con una escolta para ir á buscar á su familia y

librarla del furor de Bajazet. Tropezando en el camino con un cuerpo considerable de enemigos, cayó muerto en la refriega, y su cabeza, enviada á Bajazet, reanimó la confianza abatida de este príncipe. Avanzaba este por todos los valles con los tres ejércitos reunidos de Constantinopla, de Brusa y de Amasia en Angora. Djem, debilitado, pero sin desalentarse por la pérdida de Mahmud-Beg, el mejor de sus generales, se replegó, combatiendo con Kasim, á las montañas. Este campo de batalla, fortificado por la naturaleza, lo igualaba con las fuerzas crecientes de su hermano. Bajazet II, ántes de penetrar con sus tropas en estos desfiladeros del Tauro, envió á Eregli, segundo aga de los genizaros, para que parlamentara con Djem. El jóven príncipe consintió en conferenciar. Su caballerizo mayor Sinan-Beg, y su *defterdar* Mohammed-Beg bajaron con salvos conductos á Eregli para tratar de las condiciones de la paz entre los dos hermanos. Djem ó sus embajadores exigian la plena soberanía de muchas provincias de Asia. Bajazet II vió en estas condiciones el desmembramiento del imperio. « Decid á mi hermano, dijo á Sinan-Beg, « que el imperio es una doncella que no puede cederse en matrimonio á dos hombres; que yo « moriré por defenderla, y que aquel que quiere « disputarme su posesion deje de manchar los piés

« de su caballo y las mangas de su caftan con la « sangre inocente de los Otomanos; que se retire á « Jerusalem, y me comprometo, si quiere vivir fuera « de mis fronteras, á darle una renta de doscientos « mil ducados de oro y veinte pages escogidos entre « los mas hermosos hijos de mis esclavas. »

Djem rechazó con indignacion estas proposiciones. « Un príncipe, exclamó, necesita un imperio, pero no oro. » Ahmed-bajá, reforzado por la numerosa caballería europea y asiática de Bajazet II, escaló las montañas por las gargantas de la Cilicia. No les quedaron á Djem y á Kasim-Beg mas que algunos fuertes inatacables, y algunos arenales al pié del monte Tauro sobre el mar, entre el golfo de Satalia enfrente de Chipre, y la rada de Telmisus (Macri) cara á cara de Rodas. Kasim-Beg, que no tenia nada contra sí mismo en las crestas del Tauro, defendidas por los hielos, adonde se refugiaba despues de sus reveses, conjuró á Djem á que buscara un asilo y alianzas entre los príncipes cristianos pasando á Rodas.

## IV

Estos consejos, aunque inspirados por una sincera adhesion, perdieron á Djem separándole de los Si-

rios, de los Egipcios y de los Persas, de cuya adhesion tenia pruebas, para tentar la fé sospechosa de los caballeros de Rodas y de los príncipes cristianos.

Durante el reinado de su padre Mahomet II, este joven príncipe, que gobernaba á la sazón la Carmania, habia recibido la mision de negociar la paz con Rodas. Los embajadores de la órden de San Juan de Jerusalem y los de Djem habian tenido á menudo conferencias en la costa de Cilicia en presencia suya. El hijo del sultan era conocido por los principales caballeros, y Djem habia aprendido á honrar en aquella nobleza cristiana el valor y la gracia de los guerreros europeos. Apreciaba su heroismo, y no sospechaba su perfidia. La experiencia iba á probarle que la barbarie y la política de las corporaciones corrompe hasta el heroismo, la religion y la virtud.

El príncipe, abrigado despues del licenciamiento de sus tropas en una caverna de las rocas de la Cilicia, á la vista del escollo de Arsinoe, envió á Rodas á Suleiman-bajá, uno de sus últimos y de sus mas fieles compañeros de desgracia, para preguntar al gran maestre de Rodas si los caballeros querrian recibir en su isla al hijo de Mahomet II, al sultan vencido, pero legitimo de los Otomanos, y si se comprometerian á asegurarle durante su residencia, la vida, y la liber-

tad que se debe en todas las religiones á huéspedes ilustres y voluntarios.

Suleiman, procurando ganar la costa para embarcarse en Telmissus, fué alcanzado por los ginetes de Bajazet II, sus cartas, abiertas por Ahmed, hicieron saber á este general que Djem estaba todavia oculto en las montañas, y que pensaba huir por mar á refugiarse entre los enemigos del sultan. Ahmed colocó la caballeria entre las rocas y el mar para espiar al fugitivo.

Entre tanto Djem, que no veía regresar á Suleiman, y que presentia alguna catástrofe, hizo partir para Rodas otros dos emisarios disfrazados para que negociaran acerca de su admision en la isla, y para preguntar á los caballeros si consentian en recibirlo libre, y en enviarle una galera de la Orden cerca de un peñon de la costa de Cilicia, que él les designaba.

Los caballeros de Rodas no dudaron en acordar todas las condiciones de salvacion, de seguridad, de libertad y de dignidad de asilo, pedidas por Djem.

Recibir un hijo de su implacable enemigo Mahomet II lisongeaba su generosidad; un sultan que proteger halagaba su orgullo; la esperanza de mejorar la suerte de este pretendiente, momentáneamente eclipsada, de volverle el trono conquistado por cristianos, y de exigir por este servicio un premio digno del imperio en favor de los intereses de su Orden, sonreía á su política. El gran consejo de la orden, convocado por el gran maestro, el mismo Pedro de Aubusson, vencedor de Mahomed II y salvador de la isla, ratificó con sus aclamaciones la pretension de Djem. Su salvo conducto fué entregado á sus enviados; una escuadra de galeras de la orden, mandada por el almirante de Castilla Zúñiga salió á toda vela del puerto de Rodas antes del amanecer para ir á explorar la costa vecina de Cilicia, y traer á la isla al huésped ilustre de los caballeros. El pueblo entero de Rodas subió á las torres y las colinas para asistir á esta vicisitud de la fortuna de los cristianos y de los otomanos.

## VI

En el interin, Djem y sus treinta compañeros, perseguidos por la caballería de Bajazet II é inquietos

por una dilacion que ponía en tanto peligro sus vidas, habian bajado por la noche á la playa para ver si descubrian las esperadas velas. El cabo avanzado de Macri, interpuesto entre la playa en que estaban y el canal de Rodas, les ocultaba aun al levantarse el sol por el horizonte las escuadras de Zúñiga. Djem, al oír el ruido del galope de un destacamento de spahis próximo á él, se metió con sus amigos en una barca de pescadores oculta detrás de una roca por precaucion de Kasim, y se entregó á las olas para bogar hácia la isla. Pero antes de desplegar la vela, escribió sobre su rodilla un adios terrible á su hermano y á su perseguidor Bajazet II, y atando esta carta á la punta de una flecha, subió al banco de los remeros, tendió su arco y lanzó la flecha que fué á parar á los piés de los spahis que estaban en la playa.

Los spahis cogieron la flecha y la carta y leyeron:

EL SULTAN DJEM AL SULTAN BAJAZET II, SU HERMANO  
INHUMANO.

« Dios y nuestro gran profeta son testigos de la  
« vergonzosa necesidad á que me reduces de refu-  
« giarme en tierra de cristianos. Despues de haber-  
« me privado de los justos derechos que tenia al im-  
« perio, me persigues incesantemente, sin haber

« sosegado hasta que me has visto buscar un asilo  
 » entre los caballeros de Rodas, enemigos irrecon-  
 « ciliables de nuestra augusta casa, para salvar mi  
 « existencia. Si el sultan nuestro padre hubiese po-  
 « dido prever que profanarias así el nombre tan res-  
 « petable de los otomanos, te hubiera ahogado con  
 « sus propias manos, pero confió que á falta suya el  
 « cielo será el vengador de tu crueldad, y yo deseo  
 « vivir para ser testigo de tu suplicio. »

Bajazet II recordó al recibir esta carta que era hermano y lloró. « ¿ Porqué, dijo, se ha fiado mas  
 « en los cristianos que en mí? »

## VII

Apenas habia lanzado Djem este adios mortal á la tierra otomana, vió las galeras de Zúñiga desembocando una á una por la sombra del cabo de Macri. Temiendo que fuese una escuadra de Bajazet II que intentara interceptarle el derrotero de Rodas, hizo remar de nuevo hácia la playa. Pero pronto una chalupa rápida, enviada por el almirante hácia su barco, le hizo saber que era la escuadra de Aubus-

son, enviada para recibirlo, y le entregaron los salvoconductos y la fé jurada de los caballeros.

La galera del almirante lo recibió algunos momentos despues, con todos los honores y consideraciones de un soberano, y la escuadra cargada con este glorioso depósito, entró al mediodia en el puerto de Rodas. Nunca desde que Paleólogo-bajá habia replegado sus trescientas velas ante los restos victoriosos de la isla, la ciudad de Rodas habia sentido mas orgullo ni alegría. El gran maestre Aubusson, seguido de todos los comendadores y de todos los caballeros de las diferentes lenguas de la orden, habia bajado el último escalon del muelle para recibir al huesped de la isla y de la cristiandad. El pueblo entero seguia sus pasos; el palacio de Francia, el mas capar y el mas espléndido de Rodas, habia sido preparado rápidamente segun convenia á un príncipe de Oriente. Djem rehusó al principio entrar en él por no molestar á los caballeros de Francia: « No con-  
 « viene, » dijo al gran maestre, « no conviene á un  
 « proscrito como yo, expulsar de su palacio á los  
 « soberanos de la isla. »

« Proscritos de vuestro nombre, » le respondió con falso respeto el gran maestre, « ocupan el primer  
 « lugar en todas partes, y ojalá seais pronto señor de  
 de Constantinopla como lo sois aquí. » Los caba-

llos de todas las naciones rivalizaban al parecer en generosidad y deferencias para hacerle olvidar sus infortunios. Las fiestas, los torneos, las cazerías, los espectáculos, dejaron admirar durante algunos dias á los Rodios la gracia, la destreza, el vigor en los ejercicios ecuestres, la elocuencia y la poesía de este bárbaro. Djem eclipsaba con el esplendor de su traje oriental, con la elegancia de sus maneras y la dignidad de sus palabras á los mas urbanos caballeros de las cortes de España, de Francia y de Italia. Hablaba la lengua italiana que habia aprendido en la córte de Mahomet II como un veneciano, y la lengua griega como un literato de Atenas. Aunque divisaba desde el alto mirador del palacio de Francia la nieve de las montañas próximas á la Licia y las velas de las flotas de su hermano, que lo buscan de rada en rada por los escollos de Macri, nada le recordaba en torno suyo su caída, sus reveses ó su cautiverio. Preparábase á pasar á Europa, adonde queria ir á solicitar las tropas de los húngaros y de los servios para atacar por otro lado el imperio.

Djem confiaba tanto mas en la buena fé y el interés de los caballeros de Rodas, cuanto que el gran maestre Aubusson acababa de celebrar con él un tratado, cuya existencia y firma atestiguan los archivos de Malta. Djem, para la eventualidad de su reinado fu-

turo, se obligaba á abrir todos los puertos de la Turquía á los barcos de los caballeros, á dar anualmente la libertad sin rescate á trescientos esclavos cristianos, y á pagar ciento cincuenta mil ducados de oro por indemnización de la hospitalidad y de los auxilios que recibia de la Orden.

Pero en el momento mismo en que el gran maestre firmaba con su huésped este tratado, negociaba aun mas secretamente otro con Bajazet II.

En cuanto supo este soberano la retirada de su hermano á Rodas, habia enviado allí dos emisarios griegos, agentes corrompidos de los crimenes de estado que se ensalzan ó condenan segun las circunstancias ó los resultados. Los griegos de la córte de Bizancio, procurando reconquistar la perdida importancia por medio del servilismo, llenaban el serrallo de los tureos con estos instrumentos de intrigas. Su mision, segun los historiadores de la Orden, era envenenar en Rodas al hermano de Bajazet II. Los acontecimientos posteriores hacen presumir con mas visos de certeza que su objeto era negociar primeramente la traicion con Aubusson y el consejo supremo de la Orden, fingirse luego expulsados de la isla por el gran maestre, que queria defender la vida de su ilustre huésped, pero en realidad, ir á dar cuenta á Constantinopla de los preliminares aceptados de

una vergonzosa negociacion entre la Orden y los ministros de Bajazel.

## VIII

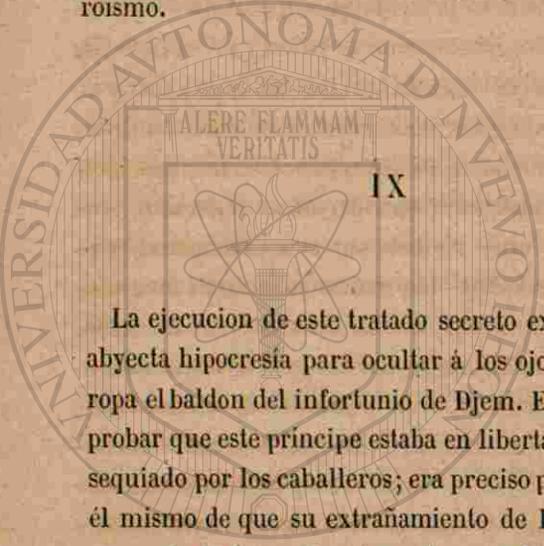
Los hechos justificaron demasiado estas sospechas; porque apénas fueron echados de Rodas los dos emisarios griegos, el gran maestre envió á Constantinopla como embajadores de la Orden á Guy de Mont, Arnaud y Duprat, para tratar de una paz permanente con la córte otomana.

Las conferencias mal disimuladas se abrieron en esta capital entre los caballeros citados y los dos plenipotenciarios de Bajazel II, que lo fueron Paleólogo bajá, el mismo renegado griego que habia sido vendido delante de Rodas, y Keduk-Ahmed bajá, el visir íntegro, pero insolente que hacia temblar al señor á quien servia. Keduk-Ahmed, absoluto y con una sola palabra, como soldado acostumbrado á romper los nudos con el sable, pedia abiertamente la extradicion de Djem y el tributo. Los caballeros, que habian ya vendido á su huésped y transigido con su conciencia, no podian deshonrarse en aquellos términos que los

envilecerian á los ojos de la cristiandad. Las negociaciones iban á romperse cuando Paleólogo-bajá, mas insinuante y mas habil que su rudo colega, le rogó que abandonara un instante las conferencias, y que lo dejara tratar á él solo y vencer los hipócritas escrúpulos de los enviados de Aubusson. Keduk-Ahmed comprendió á Paleólogo-bajá; fingió renunciar como inflexible otomano á tratar con los cristianos con otras condiciones que las de la servidumbre.

Pero luego que la negociacion encomendada á Paleólogo-bajá ocultó, bajo apariencias ménos deshonorosas, las bajezas que los turcos exigian de los caballeros, el ignominioso tratado se concluyó entre Rodas y Constantinopla. Estipulábase en él, que una paz eterna reinaria bajo el nombre de tregua entre los dos Estados; que se entregarían mutuamente los esclavos fugitivos de una ú otra religion; y en un artículo secreto se estipulaba que el hermano del sultan, el pretendiente al imperio, seria detenido hasta su muerte en uno de los castillos de la Orden; que en recompensa de esta perfidia y de este servicio, el sultan pagaria anualmente una suma de cuarenta y cinco mil ducados de oro á los carcéleros de Djem: tal era el precio infame, no de la sangre, pero sí de la libertad de un huésped que se habia puesto con confianza bajo la salvaguardia de la buena fé y del

honor de una orden de caballería cristiana! La deslealtad de este tráfico deshonoraba á la vez en la persona de Pedro de Aubusson á la religion y al heroísmo.



La ejecucion de este tratado secreto exigia la mas abyecta hipocresía para ocultar á los ojos de la Europa el baldon del infortunio de Djem. Era menester probar que este principe estaba en libertad y era obsequiado por los caballeros; era preciso persuadirlo á él mismo de que su extrañamiento de la patria era conveniente á su salvacion y á su vuelta al trono; y que al llevarlo por mar al occidente de córte en córte, la Orden queria presentar en él á los soberanos á un amigo, no á un cautivo. El consejo y los caballeros de Rodas se prestaron con deplorable astucia á estas maniobras de la política de su corporacion, con tanta mayor impudencia cuanto que todo el mundo recogia el fruto sin soportar la responsabilidad. Los mayores crímenes de la historia no han

sido quizá cometidos por tiranos, sino por asociaciones anónimas.

El gran maestre Pedro de Aubusson y sus cómplices expusieron al príncipe que su partida de Rodas convenia á los intereses de su causa y de su vida. Le hicieron presente que la proximidad de la Lycia y de la Caramania permitiria constantemente á su hermano el sostener en Rodas asesinos ó envenenadores que les impedirian responder de su seguridad; que el imperio, muy vigilado por esta parte por el ejército de Keduk-bajá, lo privaria siempre de toda ocasion de desembarco; que la Hungria y las márgenes del Danubio, habitadas por los mas terribles enemigos del islamismo, eran el punto mas vulnerable de las posesiones de su hermano; que los príncipes cristianos de Italia, de Francia, de España y especialmente el papa, no aguardaban mas que tener un pretexto para renovar las grandes coaliciones, religiosas ántes, políticas ahora, que podian ofrecerle un ejército para combatir contra su hermano; que su presencia en la córte de estos príncipes y sus compromisos en favor de los cristianos le aseguraban la alianza unánime de la Europa, y que un sultan restaurado por la cristiandad en Constantinopla seria la prenda segura de la solidez de su casa y de la paz del mundo.

## X

Djem, persuadido por estas insinuaciones, apremiaba al gran maestre para que lo transportara por mar á Venecia, de donde podria pasar por la Alemania á Hungría para reunir en torno suyo la coalicion de las córtes cristianas favorables á su causa. Su confianza á la sinceridad de sus pérfidos amigos era tan ciega que confirió plenos poderes á Aubusson para que tratara en su ausencia, de sus intereses con los visires ó los generales de su hermano, segun las circunstancias.

Durante estas conferencias el gran maestre hacia equipar una galera de la Orden para llevar á Djem á Europa. No fiando en nadie tanto como en su propia sangre para consumir la traicion premeditada contra su huesped, comunicó á su sobrino, el caballero de Blanchefort, las instrucciones secretas acerca del verdadero fin de la navegacion, y de los artificios que debian emplearse para disimular hasta el término del viaje, bajo la apariencia de servicios prestados á Djem, la cautividad prometida á Bajazet II.

Los honores imperiales disfrazaron la traicion con el respeto al partir de Rodas. Djem se embarcó con treinta de sus fieles otomanos en la galera de Blanchefort. La narracion minuciosa de los testigos oculares, cristianos y otomanos, de las vicisitudes de su travesía ó de sus diferentes escalas no dejan la menor duda acerca de las tenebrosas maniobras de sus carceleros. Lo siguieron paso á paso hasta hacerlo caer en el lazo.

## XI

Se embarcó el 1º de setiembre de 1482 para Europa. Los vientos contrarios ó las maniobras de los caballeros que montaban su galera lo detuvieron mas de un mes en el Archipiélago, á la vista de Rodas y de las costas de Cilicia. Lo hicieron saltar en tierra en *Cos*, dependencia de Rodas, que pertenecia entonces á los caballeros. Despues de una residencia que tenia sin duda por objeto malgastar tiempo, la galera que llevaba el heredero de Mahomet II, se hizo á la vela para la Sicilia. El puerto de Mesina ofreció provisiones al buque. Al costear la isla, Djem admiraba como poeta, al decir de los analistas, los

delfines que jugaban al rededor de la proa, lanzando por sus narices chorros de agua que brillaba con los rayos del sol. El espectáculo, desconocido para él, del volcan del Etna, iluminando la isla, el mar y el cielo, lo retenia durante la noche sobre el puente.

Los caballeros, para reservarse ellos solos el mérito y el precio de la cautividad del sultan de los otomanos, tenian cuidado de ocultar en los puertos y á los buques extrangeros el depósito precioso que llevaban á su bordo. Una noche, en que Djem y sus amigos, reunidos sobre el puente, cenaban alumbrados por multitud de lámparas, y gozaban de esta iluminacion de las olas, la tripulacion forzó á los pasajeros á apagar las luces y á bajar á oscuras á la cámara, temiendo caer en manos de los almirantes de Francia ó de Nápoles. Siete navíos encontrados el dia siguiente en la costa de Calabria, fueron asi eludidos con la reclusion de los pasajeros. Ya no se volvió á iluminar el puente.

Despues de seis semanas de misteriosa navegacion, Blanchefort desembarcó á su prisionero en el puerto de Niza. Djem, que se creia libre bajo la guardia, en apariencia honorífica de sus amigos de Rodas, y en uno de sus castillos de Europa, gozó con deleite del cielo y de las costas de Niza, que le traian á la memoria al mar de Cilicia. Él escribió sobre los encan-

tadores paisajes de Niza versos melancólicos, en que respiraba el recuerdo de la patria representada con un cielo parecido al suyo. Sin embargo, ansioso de proseguir su camino hácia la Hungría, se admiró de su larga permanencia en Niza, y dió á Blanchefort la órden de llevarlo, segun su promesa, á Venecia. Blanchefort y los caballeros, confidentes de las astucias de Aubusson, alegaron la imposibilidad de salir de una tierra francesa sin autorizacion del rey de Francia, á quien pertenecia Niza. Estimularon á Djem á que enviara uno de sus servidores á este soberano para que le diera permiso para salir de su país. Le aseguraron que este enviado volveria dentro de pocos dias á Niza con la respuesta, y tal vez con la alianza del Monarca. De esta suerte engañaban á un cautivo. Djem escogió para esta embajada al mas literato y al mas político de sus visires, Nassuh-Tchelebi, compañero de sus estudios y de sus hazañas en Asia. Los caballeros que acompañaban á Nassuh-Tchelebi lo hicieron detenerse á tres jornadas de marcha y desaparecer en una de sus encomiendas de Provenza. Cuatro meses de expectativa y de incertidumbre trascurrieron sin que lograrse Djem recibir ninguna noticia de su enviado. Él lo creia en la corte de Francia, detenido por la lentitud de las negociaciones.

delfines que jugaban al rededor de la proa, lanzando por sus narices chorros de agua que brillaba con los rayos del sol. El espectáculo, desconocido para él, del volcan del Etna, iluminando la isla, el mar y el cielo, lo retenia durante la noche sobre el puente.

Los caballeros, para reservarse ellos solos el mérito y el precio de la cautividad del sultan de los otomanos, tenian cuidado de ocultar en los puertos y á los buques extrangeros el depósito precioso que llevaban á su bordo. Una noche, en que Djem y sus amigos, reunidos sobre el puente, cenaban alumbrados por multitud de lámparas, y gozaban de esta iluminacion de las olas, la tripulacion forzó á los pasajeros á apagar las luces y á bajar á oscuras á la cámara, temiendo caer en manos de los almirantes de Francia ó de Nápoles. Siete navíos encontrados el dia siguiente en la costa de Calabria, fueron asi eludidos con la reclusion de los pasajeros. Ya no se volvió á iluminar el puente.

Despues de seis semanas de misteriosa navegacion, Blanchefort desembarcó á su prisionero en el puerto de Niza. Djem, que se creia libre bajo la guardia, en apariencia honorífica de sus amigos de Rodas, y en uno de sus castillos de Europa, gozó con deleite del cielo y de las costas de Niza, que le traian á la memoria al mar de Cilicia. Él escribió sobre los encan-

tadores paisajes de Niza versos melancólicos, en que respiraba el recuerdo de la patria representada con un cielo parecido al suyo. Sin embargo, ansioso de proseguir su camino hácia la Hungría, se admiró de su larga permanencia en Niza, y dió á Blanchefort la órden de llevarlo, segun su promesa, á Venecia. Blanchefort y los caballeros, confidentes de las astucias de Aubusson, alegaron la imposibilidad de salir de una tierra francesa sin autorizacion del rey de Francia, á quien pertenecia Niza. Estimularon á Djem á que enviara uno de sus servidores á este soberano para que le diera permiso para salir de su país. Le aseguraron que este enviado volveria dentro de pocos dias á Niza con la respuesta, y tal vez con la alianza del Monarca. De esta suerte engañaban á un cautivo. Djem escogió para esta embajada al mas literato y al mas político de sus visires, Nassuh-Tchelebi, compañero de sus estudios y de sus hazañas en Asia. Los caballeros que acompañaban á Nassuh-Tchelebi lo hicieron detenerse á tres jornadas de marcha y desaparecer en una de sus encomiendas de Provenza. Cuatro meses de expectativa y de incertidumbre trascurrieron sin que lograrse Djem recibir ninguna noticia de su enviado. Él lo creia en la corte de Francia, detenido por la lentitud de las negociaciones.

## XII

Entre tanto la peste, que estalló en Niza sirvió de pretexto á los caballeros para alejar mas á su cautivo del mar. Lo condujeron á una garganta estrecha y sombría de las montañas del Bugey, llamada Rossellon. La Orden poseía allí una encomienda. Aun se ven hoy los lienzos de muralla pegados á la roca, de la que parece que se han desprendido de un modo natural. A este aspecto, Djem no pudo prescindir de pensar que se hallaba en una prision. Sin embargo, se le permitió enviar desde allí á otros dos compañeros disfrazados al rey de Hungría, para saber si estaba expedito el camino á traves de la Suiza y de la Alemania. Sus dos emisarios, arrestados sin duda en el camino, no volvieron á aparecer; dos dias despues de su partida, un centenar de caballeros cubiertos de corazas rodearon de repente el torreón, cogieron los treinta compañeros de cautividad que tenía Djem, y no le dejaron mas que dos ó tres otomanos de su servidumbre. Estos treinta desterrados, fueron

embarcados en Niza y enviados á Rodas á merced de su fortuna.

Todos los paisanos de los pueblos vecinos al Rosellon, acudian, segun las crónicas, para ver en las ventanas del torreón al emperador de los turcos, huésped ó prisionero de los caballeros de Jerusalem. El duque de Saboya, de vuelta de la corte de Francia, adonde habia ido á saludar al nuevo rey Carlos VIII, se paró en el castillo de Rosellon. Djem, enamorado de la belleza de este príncipe de catorce años, le hizo presente de un sable de Damasco, incrustado de oro. Él excitó á este soberano á que lo sacara del poder de los caballeros. El duque de Saboya le prometió su apoyo; pero la Orden, que tenia privilegios y aliados en todas partes, era mas poderosa que un duque de Saboya. Sin embargo, los caballeros, inquietos con tal vecino y tal amistad, hicieron embarcar algunos dias despues á Djem en el Isere, y luego en el Ródano, para conducirlo, sin entrar por ciudades ni pueblos, á otra encomienda mas fuerte y mas aislada, situada en una peña casi inaccesible del valle del Puy en Velay. Se ignora cuantos meses ó años vivió Djem allí olvidado por todo el mundo.

## XIII

Bajazet II, informado por Aubusson de las tentativas de su hermano para interesar al duque de Saboya y al rey de Francia, había enviado á estas cortes un embajador, Husein-Beg, para prevenirlos contra toda alianza con Djem. El sultan, para conservar fieles á los caballeros de Rodas, les envió poco tiempo despues á este mismo Husein-Beg con un presente de reliquias, sacadas del tesoro de Santa Sofía, en Constantinopla. Era un cofre de ciprés, que contenia, si no miente la tradicion, una mano de San Juan Bautista. La reliquia, que pasó del monasterio de Petreion al tesoro del serrallo tureo de Mahomet II, volvió por precio de una traicion al altar de la catedral de San Juan en Rodas. Este piadoso tributo del sultan y los cuarenta mil ducados de oro que lo acompañaban, estimularon la fidelidad de Aubusson á cumplir las promesas de la Orden. La política de los caballeros veia además en la posesion exclusiva de Djem una amenaza permanente entre sus manos contra la seguridad de Bajazet II. Redoblaron, pues la vigilancia de la prision.

Sea que el rey de Francia, informado al cabo por Nassu-Tchelebi de la cantividad de su señor, hubiese hecho algunas tentativas para favorecer su evasion, sea que el castillo de Puy no les pareciese inaccesible á la corrupcion de los otomanos, amigos del cautivo, lo trasportaron del valle del Puy al castillo de Sassenage en el valle del Isere. Este castillo, limítrofe de la Francia y la Saboya, les pareció mejor para sus designios que una residencia en el interior. En el caso en que uno de los soberanos hubiese intentado arrancarles su víctima por fuerza, podian hacerlo pasar, segun les conviniera de un Estado á otro. La mansion del infortunado sultan en el castillo de Sassenage está llena de misterios y de amores románticos que la tradicion habia puesto en el número de las fábulas, y que testimonios, hoy irrecusables, de escritores turcos y cristianos han elevado al rango de verdades históricas.

## XIV

Djem, á pesar de sus muchas adversidades, estaba en la edad en que el corazon de los hombres busca

involuntariamente en el amor el olvido ó la recompensa de la ambicion defraudada; aun no habia cumplido veintisiete años. La sangre ardiente de su padre que corría por sus venas, y que daba color á sus mejillas, su fisonomía á la vez pensativa y heróica, su estatura marcial, su destreza en todos los ejercicios de la caballería oriental, sus destierros, sus desdichas, su melancolía, la grandeza y los rigores de este destino, que lo habian llevado, á través de tantas aventuras, de un trono de Oriente á un torreón de las montañas del Delfinado, conmovieron el corazón de Filipina de Sassenage, hija del señor del castillo, á quien los caballeros de Rodas habian confiado la guardia de su prisionero. La juventud, la belleza, la tierna compasion pintada en el rostro de la hija siempre presente de su carcelero, habian hecho nacer en el corazón de Djem una de esas pasiones lentas pero invencibles, á que tan bien predispone el infortunio, y que produciéndose bajo la forma de un simple consuelo del destierro, acaban por absorver toda la atención de la vida. Los amores de Djem y de Filipina, bien fuese porque el misterio los ocultara á los guardias del preso, ó porque una unión secreta y la promesa de ensalzar á su querida cristiana al trono de los otomanos, á ejemplo de sus antepasados, hubiesen apaciguado los escrúpulos del padre, encantaron

por espacio de muchos años la cautividad del príncipe. Las crónicas de la provincia del Delfinado aseguran, que el niño que nació de sus amores clandestinos en el castillo de Sassenage, fué educado por la hermosa Filipina, bajo la apariencia de un page, que se casó con una parienta de esta noble casa, y que la sangre de Othman corre quizá á estas horas por las venas de una oscura familia cristiana.

Algunas tentativas de evasion, urdidas por los turcos, servidores de Djem, y favorecidas por Filipina, han dejado igualmente rastro en la historia, y sus tradiciones al rededor de las ruinas de este castillo.

## XV

En estos ocios, que embellecia el amor, escribió Djem, en el estilo del poeta persa Hafiz, algunas de sus odas medio filosóficas, y medio amorosas. El poeta se consuela, saboreando los deleites reales, de la pérdida de las grandezas imaginarias que faltaban al príncipe caído. Una de estas odas ó *Ghazel*, conservada por los historiadores italianos de su vida, re-

cuerda la filosofía de Diocleciano y la poesía de Salomon y de Anacreonte.

« Toma tu copa, Djem, » se canta á sí mismo ; « to-  
« ma tu copa, y llénala del licor que da los sueños,  
« aunque estemos en la tierra del destierro, que ha-  
« bitan los francos. La suerte decidirá de nosotros  
« ¿ Qué sirve irritarse ó derramar lágrimas? Nadie  
« puede evitar el destino que le aguarda.

« Peregrino de la santa Kaaba (la Meca), yo he vi-  
« sitado en otro tiempo los desiertos de arena, yo he  
« habitado los valles y las cavernas de la Caramania ;  
« algunos pasos de un fiel en el recinto sagrado en  
« donde el peregrino hace sus paradas al rededor del  
« sepulcro del profeta, valen mas que toda la exten-  
« sion del imperio otomano

« ¡ Gloria y gracia á Alá! Yo soy ahora jóven, be-  
« llo y sano, aunque desterrado en la tierra de los  
« francos. El que siente en sí la salud, el vigor y la  
« juventud es en todas partes el sultan del uni-  
« verso.

« Diez y ocho pages de blondos cabellos como sus  
« hermanas; diez y ocho pages, hijos todos de los begs  
« de Albania, nos ofrecen con mano graciosa el vaso  
« de bordes dorados lleno de un vino tan trasparente  
« como su cristal.

« ¡ Ah! ¿ preguntad á Bajazet, si el trono que él

« ocupa puede hacer mas feliz á un sultan que lo que  
« yo lo soy? No, no, el imperio no dura mucho tiem-  
« po á nadie. Y si Bajazet os dice que las gran-  
« dezas de los señores del mundo son permanentes,  
« miente! »

En fin, una de sus tentativas de evasion fué burlada en el momento en que el príncipe, que se habia descolgado por medio de una cuerda del torreón al foso del castillo, iba á huir á la córte de Francia sobre un caballo preparado por sus amigos. La desventurada Filipina fué arrancada de sus brazos como cómplice de sus aspiraciones á la libertad.

Un castillo aislado á las orillas del Ródano recibió por la quinta vez la víctima de los caballeros de Rodas dentro de sus muros. El amor llegó sin embargo á entablar de nuevo por medio de mensajes raros y secretos entre Djem y Filipina una correspondencia por cartas, de la que subsisten algunos fragmentos en los archivos del Oriente.

## XVI

Así acabaron estos tristes amores, que habian hecho olvidar por espacio de dos años el tormento del cau-

tiverio y la pérdida de la patria, á un príncipe desventurado.

Aubusson, como si hubiese envidiado á su prisionero hasta las dulzuras de esta piedad de mujer, ordenó á su sobrino que arrancase á Djem del castillo de Sassenage, y que lo llevara de prision en prision á las encomiendas mas aisladas de la Orden, como para hacer perder su huella á los príncipes á quienes interesara su suerte. Estas nuevas prisiones duraron tres años. La política recelosa del gran maestre temia siempre que la compasion ó el soborno abriesen á este cautivo las puertas de estos torreones. Para cerrar con mano segura sus cerrojos, Aubusson mandó á su sobrino que condujera al prisionero al corazon de la provincia montuosa y sombreada de encinas del Limosin, al castillo de Bourgneuf, feudo de los de Aubusson, en donde este gran maestre habia nacido. Habitaba el castillo su hermana, soberana de Aubusson. Los caballeros hicieron construir en la cima de una roca una torre cuadrada de ocho pisos para alojar en ella al príncipe, á sus carceleros y sirvientes. Sveadeddin, segun uno de los compañeros de cautividad del sultan, describe así esta torre: «Sobre los subterráneos abiertos en la roca estaban «las cocinas; en el primer piso la habitacion de la «guardia; en el segundo, los servidores otomanos

«del sultan; en el tercero y el cuarto los aparta-  
«mientos de Djem; en los dos últimos pisos, los ca-  
«balleros encargados de vigilarlo y de distraerlo en  
«su soledad.»

## XVII

El horror y la desesperacion de tal residencia, que no esclarecian siquiera la aparicion de la hermosa Filipina ni sus cartas, impulsó á Djem á emplear todos los subterfugios posibles para evadirse de su prision. Hussein-Beg, uno de sus confidentes, llegó á salir y á llevar al príncipe de Borbon los indicios necesarios para libertar á su amo. Djelal-Beg, otro de sus visires, largo tiempo separado de él desde las violencias del castillo de Rossellon, y que habia recorrido las córtes de Italia para buscarle libertadores, volvió voluntariamente á compartir su cautiverio. Él le trajo noticias y esperanzas. El rey de Francia, el rey de Nápoles, el duque de Saboya, el rey de Hungría y el pápa, negociaban su rescate con la Orden de Jerusalem. Aubusson les daba esperanzas fallaces; pero tal prenda era demasiado preciosa en sus

manos para no pedir por ella una suma elevada. Los caballeros especulaban igualmente bajo todas las formas del ódio ó del afecto que inspiraba su rehen. Independientemente de las reliquias, de los presentes, de los cuarenta y cinco mil ducados de oro que el consejo de los caballeros recibia anualmente de Bajazet II por el rigor con que trataba á Djem, Aubusson, por una regia codicia que engañaba hasta el corazon de una madre y de una esposa, «arrancó «veintiseis mil ducados de oro á la madre y la esposa «del cautivo, refugiadas en el Cairo, con el pretexto «de emplear estas sumas en comprar la proteccion «de las córtes de Europa en favor del objeto de su «ternura. Se sobornó al visir depositario del sello «del príncipe, y cartas supuestas de Djem, selladas «de esta suerte, y dirigidas á su madre, á su mujer «y á diferentes soberanos del Occidente, hablaban «de la libertad de que gozaba.» La falsia y la estafa del gran maestro se calificaban de hábil politica; el héroe del sitio de Rodas no tenia escrúpulo en cometer estos crímenes de Estado.

## XVIII

Durante estas ignominias y este mal tratamiento, Aubusson, apremiado por los murmullos de los príncipes de la cristiandad, que pedian á Djem para instrumento de la ruina de Bajazet II, negociaba por pudor la libertad de su prisionero con estas cortes. Esperaba en cambio lograr del papa nuevos privilegios soberanos para la Orden, y la dignidad de cardenal para sí mismo. Pero cuanto mas irritaba con las dilaciones los deseos de la córte de Roma, mas subia el precio de su victima en provecho propio y en el de sus caballeros. En medio de estas circunstancias, afectando un interés paternal hácia Djem, le envió de Rodas á Bourgneuf, Sinan-Beg, y Ayas-Beg, dos partidarios del príncipe, detenidos hasta entónces por el gran maestro en las mazmorras de Rodas y puestos en libertad para ir á tratar con el sultan cautivo del perdon de su cautiverio. La Orden, dispuesta á traficar con Djem para convertirlo en pretendiente contra Bajazet II, sentia la necesidad de reconciliarse con un príncipe que podia volver á ocupar el trono

de Constantinopla, á fin de evitar que quisiera vengarse de sus perfidias.

Bajazet II, por su parte, informado de estas negociaciones entre la Orden y el rey de Francia, empleó para desbaratarlas, los medios que le habian servido para ganar á los caballeros de Jerusalem. Envió á Carlos VIII, por medio de un embajador, cofres de cedro y de oro, llenos de reliquias verdaderas ó falsas, que la conquista de Constantinopla habia dejado en el serrallo de Mahomet II. Pero estas reliquias, muchas veces apócrifas, bautizadas con los nombres mas santos por la supersticion fraudulenta de los griegos, y cuyo valor era inestimable para los primeros cruzados, habian caido en mucho descrédito en las cortes políticas de Europa. Carlos VIII no quiso siquiera dar audiencia al embajador de Bajazet II, quien regresó con sus desdeñadas reliquias al Oriente.

## XIX

El rey, penetrado de compasion y de ternura hacia Djem, juguete deplorable de la ambicion egoista de Aubusson, por su fiel emisario Nassuh-Tchelebi, in-

sistió con mayor empeño para que se pusiera en libertad al cautivo y lo entregara al papa. Carlos VIII seguía en esto, no solo las inspiraciones generosas de su corazon, sino los consejos de su política. Meditando una expedicion á Italia contra el rey de Nápoles, le importaba halagar al papa concurriendo á su deseo de poseer al príncipe otomano.

Pedro de Aubusson no osó resistir por mas tiempo á los deseos de dos cortes tan poderosas. El escándalo de la detencion del pretendiente otomano irritaba toda la Europa contra la Orden. El contrato entre el papa y el gran maestre estaba ratificado: los privilegios y las posesiones concedidas por la corte de Roma á la órden de Jerusalem compensaban con exceso los 45,000 ducados que daba Bajazet II por la cautividad de su hermano. Djem, trasportado á Marsella, y luego á Tolon, fué puesto en manos de los legados del papa, y Carlos VIII le dió una escolta de honor de cincuenta caballeros hasta Roma. Por un tratado secreto con el papa, el rey estipuló, que en el caso en que la corte de Roma revendiese á este príncipe con quien así se traficaba á otra potencia, la corte de Roma pagaría á la Francia una multa de 10,000 ducados de oro.

Pedro de Aubusson, aunque soldado y no sacerdote de la Iglesia, recibió con el sombrero de púrpura de

cardenal el precio de sus perfidias, recompensa que deshonoraba á la vez en él, al hombre y á la dignidad.

## XX

Despues de siete años de cautiverio, Djem salió de su prision seguido de un pomposo cortejo de amigos, y de caballeros franceses, y se embarcó en Tolon con su séquito en dos galeras de Rodas. El hijo del papa Inocencio VIII, Francisco Cibo, habia ido á esperarlo en Civita-Vecchia, para hacer una entrada triunfal en Roma. El sultan de Brusa, montado en un caballo ricamente enjaezado, marchaba vestido con su traje y sus armas orientales, al lado del hijo de Inocencio VIII, seguido de los caballeros de Francia y de Auvergne, de sus amigos, de sus visires, de sus begs, de los embajadores de todas las cortes cristianas, de los cardenales, de los prelados, de los príncipes, de los oficiales de la corte de Roma. Alojado como soberano en el Vaticano, y presentado al papa por su hijo, Djem, acordándose de que era príncipe y musulman, manifestó su reconocimiento á su huésped, pero se negó orgullosamente á quitarse el

turbante y á doblar la rodilla ante el pontífice de otro culto. Acercóse con noble dignidad á Inocencio VIII, y le besó el hombro, como hacen los turcos con sus iguales. Despues de esta recepcion pública, conversó con el papa acerca de su historia, sus infortunios, encarcelamientos, cruel separacion de su mujer, de su madre, de sus hijos, y de su deseo de ir á reunirse en Egipto con los objetos queridos de su corazon.

Su elocuencia y su dolor conmovieron el corazon compasivo de Inocencio VIII, hasta el punto de arrancarle lágrimas. No obstante, manifestó amistosamente á Djem que su precipitada vuelta á Egipto, perjudicaria sus intereses y las esperanzas que los príncipes cristianos fundaban en su elevacion al trono de los sultanes. Le prometió la intervencion del rey de Hungría, que estaba dispuesto á socorrerlo con un ejército para que realizara su causa al otro lado del Danubio; insinuó que su conversion á la fe cristiana le aseguraria el cielo y el trono, poniendo de su parte á toda la cristiandad. Djem, que no habia aprendido hasta entónces á honrar en la deslealtad de los cristianos las virtudes de su religion, manchadas por la ambicion de los caballeros de Rodas, respondió al papa que « la soberania del mundo entero no le haria abjurar la fé de sus padres, y que esta abjuracion, si tenia la debilidad

« de consentir en ella, justificaria la deposicion del  
« trono y la sentencia de muerte pronunciadas in-  
« justamente contra él por los legistas otomanos. »  
El papa, tan tolerante como político, cambió de con-  
versacion y colmó al jóven príncipe de proteccion y  
de magnificencia.

## XXI

Djem vivió tres años en el Vaticano en un esplendido destierro, aguardando que la liga de los príncipes cristianos lo llevara á Hungría para derribar á su hermano del trono de los otomanos. Un enviado del soldán de Egipto, que llegó entónces á Roma, besó el polvo de los pies del caballo de Djem, como si hubiese saludado al mismo sultan en Constantinopla. Este embajador egipcio traia á Djem cartas de su madre y de su mujer. Estas cartas le revelaron el indigno subterfugio del gran maestro Aubusson para arrancarles los veinte mil ducados, que logró de su ternura por medio de una falsedad. El papa se indignó y mandó á los caballeros que restituyeran parte de esta suma.

Mustafá-baja, negociador habitual del sultan Bajazet II en sus delicadas transacciones con los cristianos, llegó á Roma poco despues que Djem. Su mision tenia por objeto obtener del papa la reclusion perpetua de su hermano en los Estados pontificios, mediante cincuenta mil ducados de oro, pagados anualmente por el tesoro otomano.

Las esperanzas de Bajazet II iban mas allá de su cautividad; el carácter de Inocencio VIII, soberano dulce y bueno, impidió á Mustafá el insinuárselas al pontífice. Se creyó apereibir la mano de Bajazet en una tentativa de asesinato cometida contra Djem y castigada por el papa con la pena de muerte. Uno de los cómplices del crimen, Maerino del Castagno, confesó en la tortura que habian mediado las sugestiones y el oro del sultan.

## XXII

Pero á la muerte de Inocencio VIII y al advenimiento de Borgia, conocido bajo el nombre de Alejandro VI, Bajazet II se atrevió á todo con un pontífice que no conocia ningun escrúpulo.

Los agentes griegos é italianos que Bajazet II pagaba en Europa para que le dieran cuenta del carácter de las disposiciones de los príncipes cristianos, y sobre todo del sumo pontífice, motor natural de todas las alianzas contra el islamismo, le escribieron acerca de la venalidad del cónclave, de la simonía del pontificado, del escándalo que habia causado en la cristiandad el nombre de Borgia, al salir de la urna del cónclave. Caballero español, sobrino del papa Calixto III, viviendo en Valencia en relacion oculta con una beldad célebre, la famosa Venozza, padre de una hija aun mas hermosa y libertina que su madre, y dos hijos, de los cuales el uno debia asesinar al otro por celos y rivalidad de ambicion, Borgia, llamado á Roma por su tío y nombrado cardenal, habia ocultado sus amores y afectado la piedad, como candidatura obligada para el gobierno de la Iglesia. Retirado durante el reinado de los tres años que habia vivido el sucesor de su tío, Borgia habia hecho ir á Roma á la madre de sus hijos bajo apariencias irreprochables. El misterio encubria sus desórdenes y los de su familia. Una casa aislada á las márgenes del Tiber, en un barrio desierto de Roma, ocultaba sus escándalos bajo el velo de una abnegacion falsa y una hipócrita virtud. Algunos cardenales se equivocaron : las riquezas heredadas de su tío y la cor-

rupcion de las promesas habian hecho lo demás. Habia sido elegido papa sin que él mismo se atreviera á creer en este exceso inesperado de fortuna, de audacia y de ilusion, causado á la Iglesia. La perversidad era su genio. El reinado de uno de los mas hábiles malvados que han deshonrado el trono y el púlpito habia comenzado bajo estos auspicios; el veneno y el asesinato iban á coronarlo.

## XXIII

Semejante pontífice podia tambien vender la cabeza de un proscrito que habia comprado la Iglesia. Bajazet II envió á Mustafá-bajá á Roma con una carta. Esta carta, que existe, á lo que se dice, en los archivos del Vaticano, copiada literalmente por el protonotario apostólico Patriarches, estaba concebida en estos términos :

« El sultan Bajazet II, hijo del sultan Mahomet, al  
 « papa Alejandro, pontífice de la Iglesia de Roma.  
 « Vuestro legado me ha referido que el rey de  
 « Francia tiene intencion de reclamar á mi hermano  
 « Djem, que se halla en vuestro poder. Este deseo

« por su parte, es tan contrario á mis intereses como  
 « perjudicial á los vuestros y á los de toda la cris-  
 « tianidad.

« Yo creo, y vuestro legado es de mi opinion, que  
 « interesa á vuestra tranquilidad, al acrecenta-  
 « miento de vuestro poder, y á mi satisfaccion, que  
 « mi hermano, que está en vuestras manos, y que un  
 « día debe morir, llegue cuanto ántes al fin de su  
 « carrera; su muerte me será muy agradable, y á  
 « vós muy útil. Disponed pues lo mas pronto posi-  
 « ble que Djem deje las miserias de esta vida; que  
 « su alma, sea trasportada por vuestros cuidados á  
 « otra mansion, donde goce de un reposo seguro. Si  
 « cumplis mis votos, si me enviais su cuerpo á un  
 « punto de ultramar, que gustéis indicar, os man-  
 « daré tener allí preparada la suma de trescientos  
 « mil ducados de oro, con los que podreis dotar á  
 « vuestros hijos. Prometo ademas que no se hará  
 « mal alguno á ningun cristiano, cualquiera que  
 « sea su clase y condicion, ni en mar ni en tierra, ni  
 « por mí, ni por mis súbditos, si no media provoca-  
 « cion. Y para que no dudeis de mis promesas, juro  
 « llenar las condiciones que yo propongo, por el  
 « nombre del verdadero Dios, que crió el cielo y la  
 « tierra y todo lo que ellos encierran, por ese Dios  
 « en quien creemos y á quien adoramos vos y yo. »

## XXIV

Borgia comprendió con semejantes insinuaciones el valor del rehen que Inocencio VIII habia dejado en sus manos. Con la astucia que caracterizaba entonces la política romana de su casa, política cuyos crímenes ejecutaba Cesar Borgia, mientras que el historiador Maquiavelo escribía la teoría de ellos, el papa no dió demasiadas esperanzas ni desahució completamente á Bajazet II. Por la primera vez el soberano pontífice vicario de Cristo en Roma, envió un embajador al soberano, vicario de Mahoma. Este embajador de Alejandro VI en Constantinopla, era Jorge Bocciardo, gran maestre de ceremonias de los papas. Los analistas contemporáneos otomanos é italianos, cuentan que Bocciardo ofreció á Bajazet II, ó la prision perpetua de Djem por cuarenta y cinco mil ducados de oro pagados anualmente al papa durante la vida del príncipe, ó la muerte inmediata de Djem por trescientos mil ducados de oro pagados en cambio de su cadáver. A pesar de la autoridad de Sveadeddin, de Guichardin y de Sismondi, la historia

imparcial debe poner en duda el convenio del asesinato por trescientos mil ducados. Los sucesos subsiguientes y la vida misma de Djem la desmienten. Bajazet II, se ve por su carta, no habia reparado en algunos miles de ducados cuando trataba de la seguridad de su imperio. Pero entre tales criminales, la sangre pesa mas que el oro. El tratado se realizó con las condiciones de cuarenta y cinco mil ducados de oro que el sultan prometió pagar á Alejandro por cada año de la vida de su hermano, á quien el papa habia de guardar en eterno cautiverio. La caballería de Rodas y el gobierno de la Iglesia de Roma, traficaron con vergonzosa emulacion con sus interesadas condescendencias en favor del señor del imperio otomano. Bajazet II quedó tan satisfecho con las que pagaba á Alejandro VI, que juzgó que debia pedirle el sombrero de cardenal para el embajador romano Bocciardo, negociador de este tratado entre las dos cortes.

Temiendo que se evadiese de Roma para ir á inquietar á su hermano á las fronteras de Hungría, Djem fué encerrado por el papa en el castillo de San Angelo en Roma, sepulcro del emperador Adriano, convertido en capitolio, ciudadela, palacio y carcel de los papas de la Roma moderna. Allí languideció dos años en una cautividad espléndida á veces, sór-

didá otras, segun el interés que tenian los Borgias, el papa y sus dos hijos, en honrar á degradar á su huésped.

## XXV

Carlos VIII se aproximaba á Roma con un ejército francés en contra del rey de Nápoles, aliado de los Borgias. El papa dudaba si el jóven conquistador francés respetaria en él al pontífice supremo de la cristiandad, ó si iba á castigar sus crímenes y reprimir su ambicion. En esta incertidumbre creyó oportuno encerrarse con su hijo Cesar Borgia y sus tropas en el castillo de San Angelo, prision de Djem, para dejar pasar el torrente francés.

Abriéronse negociaciones. Carlos VIII exigió que Cesar Borgia, hijo y general del papa, cambiase de partido y se uniese á los franceses contra el rey de Nápoles. La política no le hizo olvidar la generosidad: exigió tambien que el sultan Djem, le fuese entregado para tratarlo como soberano y no como cautivo de su corte. La entrevista que tuvo lugar para poner en libertad al principe otomano entre Car-

imparcial debe poner en duda el convenio del asesinato por trescientos mil ducados. Los sucesos subsiguientes y la vida misma de Djem la desmienten. Bajazet II, se ve por su carta, no habia reparado en algunos miles de ducados cuando trataba de la seguridad de su imperio. Pero entre tales criminales, la sangre pesa mas que el oro. El tratado se realizó con las condiciones de cuarenta y cinco mil ducados de oro que el sultan prometió pagar á Alejandro por cada año de la vida de su hermano, á quien el papa habia de guardar en eterno cautiverio. La caballería de Rodas y el gobierno de la Iglesia de Roma, traficaron con vergonzosa emulacion con sus interesadas condescendencias en favor del señor del imperio otomano. Bajazet II quedó tan satisfecho con las que pagaba á Alejandro VI, que juzgó que debia pedirle el sombrero de cardenal para el embajador romano Bocciardo, negociador de este tratado entre las dos cortes.

Temiendo que se evadiese de Roma para ir á inquietar á su hermano á las fronteras de Hungría, Djem fué encerrado por el papa en el castillo de San Angelo en Roma, sepulcro del emperador Adriano, convertido en capitolio, ciudadela, palacio y carcel de los papas de la Roma moderna. Allí languideció dos años en una cautividad espléndida á veces, sór-

didá otras, segun el interés que tenian los Borgias, el papa y sus dos hijos, en honrar á degradar á su huésped.

## XXV

Carlos VIII se aproximaba á Roma con un ejército francés en contra del rey de Nápoles, aliado de los Borgias. El papa dudaba si el jóven conquistador francés respetaria en él al pontífice supremo de la cristiandad, ó si iba á castigar sus crímenes y reprimir su ambicion. En esta incertidumbre creyó oportuno encerrarse con su hijo Cesar Borgia y sus tropas en el castillo de San Angelo, prision de Djem, para dejar pasar el torrente francés.

Abriéronse negociaciones. Carlos VIII exigió que Cesar Borgia, hijo y general del papa, cambiase de partido y se uniese á los franceses contra el rey de Nápoles. La política no le hizo olvidar la generosidad: exigió tambien que el sultan Djem, le fuese entregado para tratarlo como soberano y no como cautivo de su corte. La entrevista que tuvo lugar para poner en libertad al principe otomano entre Car-

los VIII, el papa y el prisionero, en el castillo de San Angelo, atestigua la noble arrogancia que el hijo de Mahomet II conservaba apesar de su situacion. « Príncipe, » le dijo el papa presentándolo al joven rey, « ¿es cierto que deseais seguir al rey de Francia, que quiere llevaros á Nápoles consigo? »

— « Si no soy tratado como príncipe, respondió « Djem, con el disgusto de su dignidad menospreciada, poco importa que sufra aquí ó en otra parte « la cautividad que envilece en vos la lealtad de los « cristianos.

« No permita Dios, » se apresuró á replicar el papa, avergonzado de parecer el carcelero de un huésped libre, « que yo os considere como prisionero aquí; el rey de Francia y vos sois grandes soberanos, y yo no soy en este momento mas que « vuestro intérprete. »

Carlos VIII alentó al sultan con palabras regias, compadeció sus reveses, acusó á sus perseguidores, lo arrancó del sepulcro de Adriano, lo trató como á un soberano, y lo recomendó durante la campaña de Nápoles al gran mariscal de su corte para que este le tributara los honores de una magnífica hospitalidad.

Djem salió á caballo al dia siguiente de Roma con la escolta del rey y de Cesar Borgia. Asistió á la breve

campana de los Franceses en el reino de Nápoles, se detuvo cinco dias en Velletri, y algunos en Terracina. El destierro, la carcel, el amor, el sufrimiento, la alegría inesperada de su libertad, habian gastado su juventud : la muerte lo aguardaba en los umbrales de sus calabozos. La fiebre se apoderó de él en Terracina, y una galera lo trasportó moribundo á Nápoles, por disposicion de su amigo el rey de Francia.

Los escritores otomanos, franceses é italianos de aquella época en que los crímenes eran tan comunes en Italia, que toda muerte era imputada al crimen y al homicidio, están acordes en hacer responsables de la enfermedad y del fallecimiento de Djem á Alejandro VI y á su hijo Cesar Borgia. Nunca pintan á estos dos príncipes sin el puñal ó el veneno en la mano. Afirman que al dia siguiente de la forzosa libertad de Djem, el gran maestro de ceremonias del papa, Bocciardo, y Mustafá-bajá, embajador de Bajazet, llegaron de Constantinopla á Sinigaglia, trayendo noventa mil ducados de oro, tributo atrasado de dos años, que enviaba Bajazet al papa para pagar la prision de su hermano, que Juan de La Rovere, cardenal gobernador de Sinigaglia, enemigo de los Borgias, se apoderó de los embajadores y del tributo, que el papa, viendo malogrados los noventa mil

ducados que tanta falta le hacian por su miseria en Roma, se decidió á ganar los trescientos mil que le habian sido prometidos por el asesinato, y que hizo envenenar en Terracina al sultan Djem, ya en manos del rey de Francia, reservándose el reclamar de Bajazet II el precio del servicio tardío prestado de este modo al imperio otomano.

Otros historiadores mal informados tambien, confundiendo los nombres, las personas y las fechas, forjan el cuento de un barbero de Bajazet II llamado Mustafá, quien, instigado por él y con la complicidad del papa, habria entrado en Nápoles en la servidumbre otomana de Djem y le habria dado muerte al afeitarlo, con una navaja envenenada.

Estas dos fábulas son tambien desmentidas por los hechos y la sana crítica. Este supuesto barbero Mustafá, era Mustafá-bajá, uno de los negociadores mas ilustres de la corte de Mahomet II y de Bajazet II, hombre empleado por estos sultanes en los negocios de Estado y no en las abyeetas traiciones domésticas. Respecto del envenenamiento dispuesto por el papa, las fechas y el buen sentido lo relegan á la categoría de los crímenes quiméricos é inútiles. Se ha visto que Alejandro VI rehusó tres años merecer la gratitud de Bajazet y trescientos mil ducados de oro por la muerte de su prisionero, cuando podia disponer

de su víctima y hacerla morir por el hierro ó el veneno en secreto; y cuando este servicio hecho á Bajazet no podia ser pagado sino en su propia mano. Djem, sin embargo habia vivido; aun es poco. En tanto que Carlos VIII se aproximaba lentamente á Roma, escoltado por el terror que habia difundido en el Milanésado, en Toscana, en los Estados romanos, el papa, á quien, el rey iba á arrancar su prisionero, podia apresurarse á deshacerse de él, y á enviar su cadáver á Bajazet en cambio del precio ofrecido. Djem no obstante habia vivido y habia sido entregado á Carlos VIII. ¿Por qué locura habria aguardado el papa para descargar el golpe mortal sobre su víctima, á que se hallase esta en mano de otro soberano? y con qué título habria pedido el papa á Bajazet II los trescientos mil ducados, premio de su crimen, cuando no podia tener á los ojos de Bajazet el mérito del asesinato? Todas estas suposiciones ofenden al buen sentido. El crimen es á veces en los Borgias atroz, pero nunca intrépido. Sin duda este perverso pontificado no economiza las iniquidades, pero Alejandro VI no envenenó á Djem. Djem murió de la enfermedad de los principes caidos, de los principes proscritos, con el alma emponzoñada. La historia debe ser veraz hasta con los malvados.

## XXVI

Djem espiró en Nápoles en la noche del 24 de febrero de 1498, rodeado de los fieles compañeros de su destierro y del rey de Francia que deploraba el fin prematuro del príncipe que le debía la libertad, y que podía deberle un imperio, si hubiese vivido. Apesar de los vanos rumores populares que corrieron en Italia sobre su supuesta abjuracion de la ley del Profeta, murió fiel y aun martir de su religion. — «O Dios mio! exclamó pocos momentos ántes de dar su último suspiro, ¡si los enemigos de la fé quieren servirse de mí para designios funestos á los adictos al islamismo, llévate ántes mi alma á tí!» Estas últimas palabras recogidas por los testigos oculares de su agonía, desmiente bastante su abjuracion de la fé de sus padres, que preferia á la ambicion y á la vida.

Cárlos VIII lo lloró; hizo embalsamar su cuerpo y colocarlo en una caja de plomo y otra de ciprés en Gaeta, lo encomendó al cuidado de sus dos visires favoritos, Ayas-Beg y Djelal-Beg. Sinan-Beg, á quien la muerte de su amigo restituia la libertad de sus

sentimientos y la patria, fué á Constantinopla á participar á Bajazet II la muerte de su hermano. Bajazet II, sólidamente afirmado así sobre el trono, deploró la suerte de un hermano que él hubiese amado, si no lo hubiera temido. Envió á Nápoles una embajada y un cortejo de luto para recibir el féretro de Djem y para trasportarlo á Galipoli primero, y despues á Brusa, al sepulcro comun de sus padres, donde concluyen todas las rivalidades.

## XXVII

Cárlos VIII recibió piadosamente los tesoros, las pedrerías, las armas, los trajes que constituian la herencia del príncipe desterrado. Encargó á Nassuh-Beg, visir de Djem, que los llevara en uno de sus buques á Egipto para que los entregase á su madre y á su viuda.

Tal fué el fin del hijo de Mahomet II, el conquistador de Constantinopla. Rival de su hermano, ludibrio de los caballeros de Rodas, cliente de los cristianos, prisionero de un papa, protegido por un rey de Francia, victima de su destino, ha dejado en Eu-

ropa y en Asia una memoria romancesca y poética, perpetuada entre los otomanos y los cristianos por sus amores, sus aventuras, sus infortunios y sus poesías. Es el Carlos Eduardo mas perfecto de los Estuardos de Inglaterra, trasportado á la patria y á la casa de Othman. La historia, la novela, el poema se disputan su nombre; pero él mismo ha sido su propio historiador, y los turcos, que recitan hoy sus cantos, lo cuentan en el número de los poetas mas vehementes, mas amorosos y mas heróicos de su lengua. Con piadosa compasion se visita su tumba bajo los plátanos de la mezquita de Brusa. *Flor cortada del tallo de Mahomet II sobre el sepulcro del conquistador*, como él habia dicho de sí mismo en dos de sus versos. No ha tenido el imperio de Bajazet II, pero ha poseido el imperio de la imaginacion sobre los otomanos.

## LIBRO DÉCIMOSEPTIMO

Volvamos á Selim I.

Los hombres que deben su soberanía usurpada á cómplices, no pueden conservarla sin saciar ó sacrificar á estos autores de su criminal elevacion. El que sube al trono por la escalera del crimen, se mantiene en él con una sanguinaria tiranía.

Tal era la situacion de Selim al dia siguiente de la muerte natural ó el asesinato de su padre.

Los embajadores europeos, que residian entónces

ropa y en Asia una memoria romancesca y poética, perpetuada entre los otomanos y los cristianos por sus amores, sus aventuras, sus infortunios y sus poesías. Es el Carlos Eduardo mas perfecto de los Estuardos de Inglaterra, trasportado á la patria y á la casa de Othman. La historia, la novela, el poema se disputan su nombre; pero él mismo ha sido su propio historiador, y los turcos, que recitan hoy sus cantos, lo cuentan en el número de los poetas mas vehementes, mas amorosos y mas heróicos de su lengua. Con piadosa compasion se visita su tumba bajo los plátanos de la mezquita de Brusa. *Flor cortada del tallo de Mahomet II sobre el sepulcro del conquistador*, como él habia dicho de sí mismo en dos de sus versos. No ha tenido el imperio de Bajazet II, pero ha poseido el imperio de la imaginacion sobre los otomanos.

## LIBRO DÉCIMOSEPTIMO

Volvamos á Selim I.

Los hombres que deben su soberanía usurpada á cómplices, no pueden conservarla sin saciar ó sacrificar á estos autores de su criminal elevacion. El que sube al trono por la escalera del crimen, se mantiene en él con una sanguinaria tiranía.

Tal era la situacion de Selim al dia siguiente de la muerte natural ó el asesinato de su padre.

Los embajadores europeos, que residian entónces

en Constantinopla, nos hacen de este príncipe, en sus despachos á sus córtés, un retrato siniestro, perfectamente conforme con la idea que su reinado debía imprimir mas tarde acerca de él en toda la Europa. Su figura ofrecia los rasgos de su carácter puesto en relieve.

« Hombre de cuarenta y seis años, dicen, pero á quien su vigor de cuerpo, mantenido por el ejercicio continuo de las armas, rebaja al ménos diez y siete años, y que parece solo de treinta y seis; de un aspecto feroz y enteramente soldadesco, indiferente á todo lo que no fuese la guerra; de color encendido, de fisonomía cruel, y por esta analogía de costumbres, amado de los genizaros; sus piernas eran torcidas, alto de cuerpo, su rostro lleno y redondo, sus mejillas sanguíneas; sus ojos saltones y movibles tenian un brillo irresistible; sus cejas negras y espesas se cruzaban sobre la frente; no llevaba barba como los árabes, pero la costumbre de vivir con los circasianos le había hecho adoptar el uso de dejarse crecer los bigotes, que sombreándole el labio superior y bajándole por los extremos de la boca, daban un carácter terrible á su fisonomía. Este exterior feroz era realzado por el esplendor del traje y de las armas, lujo del soldado. Su caftán ó túnica era de púrpura y oro; los bordados

« daban á la tela la solidez de un metal; su gorro de escarlata, á la usanza del de Amurat y el de Mahomet II, sus antepasados, desaparecia enteramente bajo los anchos pliegues del retorcido schal que convertia su turbante en una corona. »

*Puesto que los grandes dignatarios del imperio y del serrallo se presentan ante mí, decia él, con gorros de oro puntiagudos y redondeados en forma de cúpulas, una corona semejante á la de los reyes de Persia es el único adorno digno del sultan de los otomanos.*

## II

Esta apariencia feroz y soberbia á la vez encubria sin embargo en Selim I algunos instintos del gobierno de un gran pueblo, y aun alguna instruccion que causaba sorpresa ver en él. Su sentido es bueno, su genio audáz; su cólera la impaciencia de su voluntad; su despotismo sin réplica, era el orden á todo trance en su imperio y en sus ejércitos. Su mirada pronta y segura descomponia los caracteres; penetraba las intenciones bajo las palabras; escogia bien

sus instrumentos y los hacia pedazos despues que lo habian servido; infatigable en el consejo como á caballo no se quejaba nunca del trabajo con sus visires; sin aficion á los placeres de la mesa, de los jardines, ó del haren, disputaba las horas al sueño para consagrarlas á la vigilancia de su administracion. En nadie se fiaba para ejecutar las leyes y los reglamentos de policia. Semejante á los kalifas árabes de Bagdad y Damasco, salia frecuentemente de dia y de noche de su serrallo, con disfraces que no permitian sospechar que fuese el sultan, para ir á escuchar la voz del pueblo en los cafés, en las tiendas y los cuarteles. El pueblo, los soldados, los magistrados, que conocian su vigilancia, lo veian en todas partes para observar y castigar. Por un singular contraste entre su carácter feroz y su cultivada inteligencia, Selim, como su padre Bajazet II y su tio Djem, robaba algunos instantes al trono y á los campamentos para consagrarlos á la poesia, este vestigio de una raza de pastores. La suya era lirica y belicosa como la de Antar, poeta guerrero del desierto. Vestigios de ella existen en esta magnifica imágen en dos versos que caracterizan tan elocuentemente la brevedad y la grandeza de su reinado: « ¡SEMEJANTE AL SOL DE OCCIDENTE, HE EXTENDIDO SOBRE LA TIERRA UNA SOMBRA INMENSE! »

No tiene Job simil mas vivo entre la rapidez de la vida y la grandeza de los recuerdos, que el que deja aquí abajo un nombre que se desvaneece.

La crueldad era mas bien en él un terror sistemático que una ferocidad natural. Primero se concretó á su familia, á sus rivales, á sus servidores. Desde su advenimiento al imperio, el pueblo miraba los destinos públicos que acercaban á él á sus cortesanos como tan peligrosos, que un turco, queriendo maldecir á otro le decia: « ¡Ojalá llegues á ser visir de Selim! » Esta era la fórmula que se empleaba para desear la muerte á su enemigo. Con efecto, sus visires en Crimea y en Turquía, pasaban frecuentemente del divan al suplicio. « Así, dice el historiador otomano, Solakzade, *llevaban siempre su testamento debajo de su traje, y al salir del consejo, se miraban como si hubiesen resucitado.* »

El gran visir Ali-baja, dos veces visir bajo Bajazet II, y vuelto al poder por Selim, le dijo un dia con la libre ironía de un hombre que no arrostra un abismo, sino despues de haber medido toda su profundidad: « Mi padischah, sé que mas pronto ó mas tarde me harás morir, á mí, tu fiel esclavo, con el primer pretexto que te se presente; ántes que llegue ese dia, concédeme algunos de libertad para que

« pueda arreglar mis asuntos mundanos, y prepárame para el juicio de Dios! »

« Pienso en ello con efecto tiempo hace, » le respondió el sultán con una carcajada que no disimulaba en verdad la alegría que le causaba la muerte, « y la única cosa que me impide concederte hoy lo que deseas, es la dificultad de hallar un gran visir que te reemplace. »

No se entregaba á mas distracciones que á las del ajedrez y la conversacion con los poetas; pero sus desazones eran sangrientas, aun en la explosion de su perpétua cólera.

En los primeros dias de su reinado, habiendo oido hablar de tres poetas turcomanos que habian ido á Constantinopla para recitarle versos en loor suyo, mandó que fuesen llevados á su presencia. Estos tres hombres rústicos, ignorantes de la etiqueta de las córtes, se arrojaron con tan torpe precipitacion á sus piés para besar su mano, que le tocaron con las vainas de sus sables. El sultán ordenó que les cortaran la cabeza por aquella involuntaria profanacion de la majestad real. Un momento despues conmutó esta pena en cien palos dados á cada uno de ellos en las plantas de los piés; por fin, ablandado por sus súplicas, y temiendo profanar en ellos el caracter de literatos, los despidió perdonándolos. Al dia siguiente apa-

recieron los tres poetas en su audiencia, vestidos con la indigente sencillez de sus montañas, para recitar sus poesías, cuya lectura habia sido tan desgraciadamente suspendida la víspera. Despues de haberlos escuchado un instante, Selim, ofendido por la grosería y la indecencia de sus versos, los mandó echar con ignominia del serrallo: « La poesia, dijo á sus cortesanos, es un vaso en donde no se deben verter esas inmundicias. »

## III

Selim I salió de Constantinopla para volver con el duelo de su padre. Los genízaros, ansiosos de tomar con él posesion del reino, lo aguardaban formados en las calles por donde debia pasar para entrar en el serrallo. Segun la costumbre de esta milicia, cuando comenzaba á agitarse ó á manifestar su descontento, los soldados entrechocaban en silencio sus armas para formar un ruido ferreo muy significativo para su sultán. Era el sintoma de una exigencia de gratificacion por el imperio que daba su movimiento sedicioso, y cuyo pago aguardaban sin la menor tardanza.

Prevenido Selim por esta actitud de los genizaros, quiso desde el primer día romper este yugo. En vez de entrar por las calles en que lo esperaban, volvió su caballo hácia el mar, siguió las murallas exteriores hasta las Siete Torres, y entró en un caique en el serrallo.

Pero como los genizaros no se dispersaran, y el murmullo creciera por instantes, llegando á penetrar en lo interior del serrallo, Selim pareció doblegarse y les envió una gratificación dos veces mayor que la que habian recibido en tiempo de Mahomet II y de Bajazet II. La subasta del imperio fué así sancionada por la vez tercera. Solo, que, como para circunscribir su forzada liberalidad á los genizaros, Selim derribó con su propia mano la cabeza de un jefe de *Sandjak* (ó feudo) que pretendía la misma gratificación para sus spahis.

## IV

La primera aparición de los rusos en los asuntos Otomanos data de fines del reinado de Bajazet II y de los primeros días del reinado de Selim I. La sal-

vaje brutalidad de este pueblo, que comenzaba apenas á entrar en la vida política, y que ignoraba todavía lo que era la cultura de las razas orientales, tiene mucha analogía con la actitud del último embajador de los rusos en Constantinopla en 1853, para que no sea observada por los historiadores.

Juan III, príncipe de Moscú, envió á Miguel Plesttscheief á negociar con la córte de Constantinopla un tratado de libre comercio en los estados del sultan. Plesttscheief tenia orden de su soberano de no hincar la rodilla ni ante Bajazet II ni ante Selim, de no conferenciar con los visires como órganos del gobierno, sino de tratar con los sultanes mismos, y de no ceder la precedencia á ningun embajador de las potencias de Europa ó de Asia. Plesttscheief sobrepujó la insolencia de su córte. Afectó desdenar los usos de la nacion que lo recibia; rehusó asistir al banquete dado en su obsequio por el festin, devolvió los trajes y los presentes diplomáticos que el divan le ofreció. Las ofensas que hizo á las costumbres otomanas y á la majestad del sultan sublevaron la indignacion de los embajadores de Occidente. « El soberano « de los rusos, » escribió el sultan, « con quien deseo vivamente contraer amistad, me ha enviado « un hombre grosero; yo no puedo pues hacerlo « acompañar á Rusia por ninguno de mis esclavos,

« por temor de que siga insultándolo. Respetado  
 « en Oriente y en Europa, me avergonzaría de expo-  
 « ner ó un otomano á tales afrentas; ¡ que me envíe  
 « un embajador civilizado, ó que envíe un ejército  
 « para sostener sus insolencias! »

Parece que se lee con dos siglos de anticipacion la historia de nuestros dias entre los rusos y los otomanos; el nombre de Plesttscheief es la única diferencia que existe entre aquellos y los actuales.

Mientras que Selim I escalaba así el trono, Korkud, salvado por los genizaros únicamente á causa de la hospitalidad que habia ido á buscar en su cuartel, se habia apresurado á salir de Constantinopla y á refugiarse en Magnesia.

El que no habia respetado el trono, ni la vejez, ni quizá la vida de su padre, no podia respetar la de su hermano que pretendia el imperio. Korkud no tenia ya que disputar el trono, pero sí que defender su vida. Se preparó pues muellemente mas bien á transigir que á pelear. Los fieles amigos de su juventud

que residian en Magnesia, y los que tenia entre los emires de Caramania le formaron un núcleo de partidarios suficiente para defender su cabeza. Mantúvose en una inmovilidad irrepreensible y fuerte á la vez, ofreciendo á Selim I reconocerlo y servirlo, con tal que se le dejase la posesion de su provincia. Una existencia estudianta en medio de los ocios de su palacio de Magnesia lo consolaba fácilmente de la pérdida del trono. La abdicacion es fácil para los príncipes amigos de la sabiduria mas que del poder.

Pero el ambicioso y turbulento Achmet, por tanto tiempo destinado al trono por su padre, y por tantas veces rechazado de él por las amenazas de su hermano, no podia resignarse á la usurpacion de Selim I. La importancia y el aislamiento de su gobierno de Amasia y de Sarukhan, las tropas turcomanas que sostenia por su causa, mas que para seguridad del imperio, los cuatro hijos, ya en estado de empuñar las armas, que habia tenido de varias mujeres, llamados Alaeddin, Murad, Soliman y Otlman, le prohibian ceder sin combatir. Mientras que él mismo reclutaba un ejército numeroso entre las tribus belicosas de las montañas de Amasia, el mayor de sus hijos, Alaeddin, atravesó rápidamente la Anatolia con doce mil caballos y se apoderó de Brusa en nombre del sultan, su padre. La posesion de esta capital asiá-

tica próxima á Constantinopla podia contrabalancear aun en Europa, la usurpacion de su tio.

Selim I, con la prontitud de resolucion que le habia valido el imperio, apaciguó pronto con algunas concesiones y suplicios las rivalidades originadas entre sus genizaros y sus spahis por las gratificaciones de los primeros dias de su reinado. Marchó con setenta mil hombres al monte Olimpo para sorprender á Alaeddin en los muros de Brusa. Al mismo tiempo envió su flota á bloquear todas las costas del Asia-Menor, desde el golfo de Alejandreta hasta el de Esmirna, para cortar la retirada por mar á todos los fugitivos de su familia que pudiesen por su evasion causar á su reinado las alarmas que Djem habia dado á Bajazet II.

Alaeddin, demasiado débil para resistir en Brusa al ejército imperial, se replegó rápidamente en busca de su padre Achmet, que ocupaba los desfiladeros de Angora. Achmet, rechazado pronto en las cercanías de Amasia, envió á sus dos hijos, Soliman y Othman, á pedir socorros á Ismael, Schah de Persia.

## VI

Durante esta campaña, Achmet habia salido de Amasia con lo mas selecto de sus tropas para acabar con el ejército disperso de su hermano. Habia dejado su haren en la ciudad. Selim I, informado de su ausencia, envió á Amasia un cuerpo selecto de caballería con orden de sorprender la ciudad y de apoderarse del haren y de la familia de Achmet, rehenes que codiciaba para inmolarlos ó venderlos á su hermano.

El gran visir de Selim, era entonces Mustafá-bajá, aquel mismo negociador de Bajazet II que hemos visto tratar con Alejandro VI de la muerte de Djem; hombre de estado hábil pero equívoco, uno de esos políticos que por humanidad ó temor de un cambio de fortuna, conservan amigos en ambos campos. Mustafá hizo prevenir á Achmet que Selim preparaba una expedicion contra sus mujeres y sus hijos. Achmet, emboscado en el camino, cayó con sable en mano sobre el destacamento de caballería, y vengó

en la sangre de estos spahis el atentado que iban á cometer contra su familia.

Una carta interceptada hizo sospechar á Selim I la connivencia de Mustafá en esta decepcion y esta derrota. La sospecha para él era el crimen. Hizo convocar ante su tienda un *divan* á caballo (signo de urgencia y de gravedad entre los turcos). Al presentarse ante él, cada visir recibió un *castan* de honor, favor habitual y significativo de la satisfaccion del señor. El gran visir recibió un *castan negro*, signo de reprobacion y de muerte. Sin esperar mas sentencia, los *chiaux* extrangularon á Mustafá-bajá con una cuerda de arco, instrumento de suplicio tomado del arma nacional de los tártaros, que no deshonraba la memoria al quitar la vida.

Hersek-Ahmed-bajá, anciano cuatro veces probado como gran visir por Mahomet II y por Bajazet II, fué nombrado otra vez para un puesto tan peligroso bajo tal amo.

Selim I, despues de haber hecho pasar á Achmet las fronteras de Persia, volvió con la mitad de sus tropas á Constantinopla. Quería derramar toda la sangre de Bajazet II, que corria por las venas de sus sobrinos. Cinco hijos de sus hermanos, muertos ántes de finar el reinado de Bajazet II vivian cautivos en el palacio de Brusa. Cinco oficiales de los geniza-

ros fueron designados para sacarlos de su prision y conducirlos á Constantinopla. Encerráronlos juntos en una habitacion del serrallo, dejándolos en la incertidumbre de si iban á recibir de su tio la libertad ó la muerte. Una reja y una cortina separaban esta sala del apartamento del sultan. De tal manera temia ser engañado por algun subterfugio, inspirado por la compasion, que quiso ser él mismo testigo, aunque invisible, de su suplicio.

Cinco *chiaux*, con cuerdas de arco en la mano, entraron á una señal de Selim, á ofrecer á aquellos jóvenes la muerte, que miraron con horror, pero sin debilidad. Solo el mas niño, de nueve años de edad, se arrodilló ante los verdugos é imploró la vida con lágrimas, prometiendo que serviría fielmente al sultan en clase de genízaro, por el pan que se le diera á comer y un *aspro* diario. La respuesta fué ahogarlo en presencia de sus primos. Los otros cuatro, agrupados en un ángulo de la habitacion fueron arrancados sucesivamente de los brazos los unos de los otros para espirar sobre la alfombra. El último, joven de veinte años, hijo de Alem-schah, dotado de una inteligencia, de una belleza y de un vigor heroicos, quiso vengar, al ménos al morir, el asesinato de su estirpe. Armado de su yatagan, que habia ocultado bajo sus vestidos, luchó con desesperacion contra

sus asesinos, derribó á cuatro, y cortó la mano al quinto. Iba á salvarse, cuando Selim I, recorriendo las cortinas que lo separaban de sus víctimas, llamó á otros chiaux en socorro de sus desarmados camaradas. El hijo de Alem-schah, despues de un nuevo combate, sucumbió por fin, y su cuerpo cayó sobre aquel monton de cadáveres. Por un hipócrita respeto del rango, despues de haberles quitado la vida, los desgraciados príncipes fueron llevados á Brusa por los genizaros que los habian conducido al suplicio, y sepultados con pompa en la tumba de su abuelo Amurat.

## VII

Korkud comprendió en presencia de esta proscripción de cuantas personas pudieran pretender el trono, que con ninguna resignacion podria evitar las asechanzas de su hermano. Trató pues de reunir en torno suyo á los emires y los begs de su gobierno. Pero Selim I, mas pronto para el crimen que Korkud para armarse, se presentó inopinadamente, con pretexto de cazar, á la cabeza de diez mil caballos á las

puertas de Magnesia, Korkud, sorprendido y cercado en la ciudad, solo tuvo tiempo para huir disfrazado por una puerta de sus jardines, que daba al bosque de los plátanos. Acompañado por un amigo fiel, Pialé, llegó á alcanzar un refugio en las montañas del Tekké, desde donde esperaba, como su tio Djem, bajar al mar y huir á Siria. Un resto de su pasada opulencia lo vendió.

Los dos caballeros fugitivos, cubiertos con toscos caftanes, carecian de alimento en la caverna que habitaban hacia dias. Rogaron á un pastor que apacentaba sus cabras en aquellas cercanías que fuese á comprarles pan en un pueblecillo de la llanura. Para que volviese con mas celeridad, Korkud le dió su caballo. Admirados otros pastores del magnífico caballo y la riqueza de su brida, sospecharon que los dos extranjeros eran príncipes ó emires. Los denunciaron á Kasim-Beg, gobernador de Tekké, nombrado por Selim, quien envió algunos soldados para que los trajeran á su palacio. Reconoció á Korkud y dió parte á Selim : el sultan le ordenó llevar los prisioneros á Brusa. Al aproximarse, mandó á Sinan-bajá que saliera al enuentro á su hermano, como para tributar este homenaje á su sangre real. Sinan hizo parar á Korkud en un kiosko imperial del bosque de Brusa á cierta distancia de la capital. La aco-

gida que recibió no presagiaba su suerte al príncipe proscrito. Se acostó en un mismo cuarto con el generoso Pialé, su compañero de estudios y de fuga. Una noche, separó Sinan á Pialé de su amigo, con un pretexto especioso. Korkud, dormido sin desconfianza, fué despertado para oír su sentencia de muerte. Solo pidió una hora de vida para hacer su oración y escribir el postrer á dios á su hermano y su verdugo. Sinan lo concedió. Korkud, despues de haber orado, escribió á su hermano una carta en verso con completa tranquilidad de ánimo, teniendo ante la vista el cordon fatal. Esta poesia fúnebre, llena de calma, de resignación, de piedad, atestiguaba la sublime filosofía del príncipe que conservaba hasta en la hora de la muerte el gusto y la serenidad para rimar su postrer suspiro. Al acabar el último verso, tendió él mismo el cuello al verdugo.

Selim I, mas sensible á la elegía de su hermano que á su muerte, sollozó leyendo sus versos. Dispuso un duelo de tres dias para llorar la víctima de la razon de Estado, que acababa de extrangular. Premió la fidelidad de Pialé, amigo inseparable de Korkud, y lo nombró guardian del sepulcro de su amigo. En cuanto á los pastores turcomanos de Tekké, que habian acudido á Brusa para pedir la recompensa de su delacion, hizo crucificar á quince de ellos en el

camino de Brusa, para enseñar á los pueblos, de qué manera remuneraran los príncipes, que se aprovechan del crimen, á los cómplices que les han ayudado á consumarlo.

## VIII

La vigilancia del Asia, que temia ver invadida por su belicoso hermano Achmet, lo detenia en Brusa. Achmet, reforzado con treinta mil persas y turcomanos, avanzaba en efecto hácia el corazon de la Anatolia. Ya contorneaba los bosques del monte Olimpo con sesenta mil caballos, arrollando las vanguardias y los bajás del sultan. Brusa temblaba dentro de sus murallas. Selim I, reuniendo todos los genizaros de Europa y todos los tártaros de Seadet-Ghirai, khan de Crimea, aliado suyo, cayó por los dos flancos del monte Olimpo sobre Achmet, y obligándolo á extender su centro, lo rompió con una carga de caballería, que dirigió en persona contra las tiendas de su hermano. El rompimiento del centro causó la derrota de las alas. El caballo de Achmet se desbocó al huir y corria por una senda estrecha al borde de un pan-

tano. La tierra movediza se hundió bajo sus plantas, y Achmet cayó en el foso. Mientras que salía de debajo del caballo, un emir turcomano, Dukaghinghli, que lo perseguía casi solo, se apeó, lo desarmó y le ató los brazos á la cintura. Achmet le ofreció en vano para obtener su libertad, el broche de diamantes que llevaba en su turbante.—Demasiado magnífico es para un simple esclavo del sultan como yo, « respondió irónicamente el bárbaro. » Los turcos acudieron y condujeron á Achmet á la presencia del sultan. Pero Selim I se negó á verlo.

Encerrado en una tienda despues de la batalla, Achmet escribió á su hermano para pedirle, no el trono y la libertad, sino la vida. El sultan fué inexorable. « Decidle, » « respondió al que le trajo la carta, « que un otomano que ha vivido con indigno reposo en Amasia, cuando peleabamos todos por la « religion y la patria contra la rebelion y el cisma « de Scheitankuli, y que, mas mujer que las mujeres gastaba su juventud en su haren, no es digno « de vivir. » Selim I sabia descubrir un crimen en todas las víctimas que queria herir, por toda gracia envió un cordon de oro á Achmet. El sentenciado, para comprar al ménos al morir los honores del sepulcro, se sacó del dedo un anillo que tenia engastada una piedra preciosa estimada por los joye-

ros genoveses de aquella época en un valor igual á la renta anual de toda el Asia Menor. Era un regalo hecho por Bajazet al mas querido de sus hijos. « Entregad, dijo, este anillo al sultan como un recuerdo, ¡ pidiéndole perdon por lo poco que vale! » — Y yo voy á darle, « replicó el feroz vencedor, « el único *Sandjak* (feudo) que conviene á un principe otomano vencido, el sepulcro. » Achmet, extrangulado horas despues, sin haber vuelto á ver ni á su mujer ni á sus hijas, que habian caido en poder de sus enemigos, fué sepultado con sus cinco nietos en el *turbe*, ó tumba de Amurat II en Brusa.

## IX

Las potencias de Europa y de Asia, exceptuando la Persia, se apresuraron á reconocer por medio de sus embajadores los derechos de la usurpacion, de la victoria y del crimen. Venecia se distinguió por la magnificencia y la adulacion de sus embajadas. La Rusia reparó las desatenciones de su primer embajador con la deferencia y los homenajes de su se-

gundo enviado Alexeief. Vassili, que reinaba entonces en Moscú, recordando al sultan de los turcos su origen tártaro, decia á Selim I en su carta : « Nuestros padres han sido hermanos, ¿porqué no hemos de vivir como hermanos ? » Alexeief cruzó los brazos sobre el pecho al presentarse ante el sultan.

ALE Selim lo hizo acompañar á Moscú por Kemal-Beg, príncipe de Menkub. Kemal entregó á Vassili una carta en árabe y otra en lengua servia. Los rusos y los otomanos celebraron el primer tratado de comercio estipulando una perfecta reciprocidad respecto á la libertad y la seguridad de sus súbditos. La Rusia, que veía ya en perspectiva la conquista y la union de los tártaros de la Crimea á sus posesiones, intentó en vano hacer entrar á Selim en una liga contra los Ghirai, sultanes de este país. Selim I se habia casado con una hija de Menghli Ghirai, amigo y protector de su juventud, mientras gobernaba á Caffa. Eludió toda hostilidad contra los tártaros de Crimea, miembros ya de su familia y fieles auxiliares del imperio. La guerra de Persia agitaba su alma desde sus primeros años. Tenia que vengar tres resentimientos : el uno nacional, la humillacion de las armas de Bajazet II ; el otro religioso, el cisma de los sonnitas y de los schiitas, que desgarraba el islamismo ; el último en fin, enteramente personal, el asilo que la

Persia daba á los hijos de Achmet, sobrinos suyos y pretendientes al trono de los otomanos.

La Persia, tan movible como el Océano en sus destinos dinásticos, exige una nueva mirada del narrador de estos acontecimientos en el momento en que Selim I meditaba contra ella su formidable expedicion de 1514. En aquella sazón se hallaba reunida y gobernada por uno de los príncipes mas guerreros y mas políticos de sus numerosas dinastías, por el schah Ismael Sophi.

La dinastía de los Sophis no debia el trono ni á la conquista, ni á la usurpacion, ni á la adulacion, ni al asesinato, pero á la virtud. Un sabio llamado Saffi-el-Din (ó el hombre de la fé pura), vivia en una condicion privada en el seno de las montañas habitadas por las tribus de pastores de Persia. Este filósofo solitario, heredero de las tradiciones del deismo puro, que habia precedido á la religion de Zoroastro y á la de Mahomet, no adoraba, decia él, mas que al Dios sin simbolo, de quien la naturaleza es la revelacion, la conciencia el oráculo, y la virtud el culto. No obstante, como la religion de Mahoma no profesa en el fondo ningun otro dogma que este deismo práctico, Saffi-el-Din concordaba en esto con el culto nacional, limitándose á depurarlo, á ejemplo de su mismo fundador, de todo aquello que podia manchar

su dogma y su moral, con las supersticiones ó el fanatismo popular. Él la predicaba con sus discursos y mas aun con su santidad, la cual le habia dado por sectarios á todos los que buscan á Dios á través de las fábulas, y la virtud debajo de los errores populares. La Persia, civilizada por tantos siglos de existencia y por tantos recuerdos de las religiones primitivas que, procedentes de la India, se habian infiltrado en sus primeras creencias, estaba mejor preparada que ninguna otra nacion del Oriente para el deismo filosófico, piadoso y práctico de Saffi-el-Din. Su fé se extendia como una claridad en las tinieblas. Sus dogmas sencillos tuvieron tanto mas influjo, cuanto que no se mezclaba en él ninguna ambicion, ningun fanatismo ni intolerancia, y evitaba las grandezas ó las riquezas de la tierra con tanta abnegacion como empeño los buscan otros, en lo que llaman los intereses de la verdad. La reputacion de santidad de este solitario era cosa tan sancionada en Persia en la época de la invasion de Timur-Lenk; que este conquistador, á la cabeza de dos millones de hombres, no se desdeñó de torcer su camino para ir á visitar al sabio en sus montañas. Timur, que buscaba la verdad y que honraba la virtud en todas partes, aun entre sus mismos enemigos los cristianos, á pesar de su mahometismo nacional, escuchó con

humildad y admiracion los dogmas y las máximas de este.

Jefe de pastores ¿qué quereis que os conceda, «le «dijo, en cambio de las verdades súblicas con que «habeis enriquecido mi alma? — Nada para mí, respondió el sophi al señor del mundo; os pido solamente la vida y la libertad de todos los prisioneros «cristianos ó turcos que habeis hecho con vuestras «conquistas.» Timur hizo este sacrificio al sabio caritativo á quien habia ido consultar.

Estos prisioneros, puestos en libertad en Persia por influjo del solitario, se establecieron con sus rebaños en las montañas, y adoptaron por reconocimiento los dogmas de su libertador. A estas tribus de pastores, preservadas de los vicios y de la servidumbre del resto de la Persia, debieron los descendientes del sabio el trono de Ispahan y de Bagdad.

## X

El hijo de Saffi-el-din heredó, como entre los hebreos, la sabiduría y la autoridad moral de su padre. Él recorrió predicando la palabra pura, la Persia y la

su dogma y su moral, con las supersticiones ó el fanatismo popular. Él la predicaba con sus discursos y mas aun con su santidad, la cual le habia dado por sectarios á todos los que buscan á Dios á través de las fábulas, y la virtud debajo de los errores populares. La Persia, civilizada por tantos siglos de existencia y por tantos recuerdos de las religiones primitivas que, procedentes de la India, se habian infiltrado en sus primeras creencias, estaba mejor preparada que ninguna otra nacion del Oriente para el deismo filosófico, piadoso y práctico de Saffi-el-Din. Su fé se extendia como una claridad en las tinieblas. Sus dogmas sencillos tuvieron tanto mas influjo, cuanto que no se mezclaba en él ninguna ambicion, ningun fanatismo ni intolerancia, y evitaba las grandezas ó las riquezas de la tierra con tanta abnegacion como empeño los buscan otros, en lo que llaman los intereses de la verdad. La reputacion de santidad de este solitario era cosa tan sancionada en Persia en la época de la invasion de Timur-Lenk; que este conquistador, á la cabeza de dos millones de hombres, no se desdeñó de torcer su camino para ir á visitar al sabio en sus montañas. Timur, que buscaba la verdad y que honraba la virtud en todas partes, aun entre sus mismos enemigos los cristianos, á pesar de su mahometismo nacional, escuchó con

humildad y admiracion los dogmas y las máximas de este.

Jefe de pastores ¿qué quereis que os conceda, «le «dijo, en cambio de las verdades súblicas con que «habeis enriquecido mi alma? — Nada para mí, respondió el sophi al señor del mundo; os pido solamente la vida y la libertad de todos los prisioneros «cristianos ó turcos que habeis hecho con vuestras «conquistas.» Timur hizo este sacrificio al sabio caritativo á quien habia ido consultar.

Estos prisioneros, puestos en libertad en Persia por influjo del solitario, se establecieron con sus rebaños en las montañas, y adoptaron por reconocimiento los dogmas de su libertador. A estas tribus de pastores, preservadas de los vicios y de la servidumbre del resto de la Persia, debieron los descendientes del sabio el trono de Ispahan y de Bagdad.

## X

El hijo de Saffi-el-din heredó, como entre los hebreos, la sabiduría y la autoridad moral de su padre. Él recorrió predicando la palabra pura, la Persia y la

Siria, y murió en la Meca, en donde aun se venera su sepulcro. Djuneid, su biznieto, se cubrió tambien con el manto sagrado del profeta, y continuó con un proselitismo inmenso la predicacion de la santa filosofía. Uzun-Hassan, ese conquistador turcomano de la Persia, cuyas guerras con el sultan Amurat II hemos referido, dió una de sus hijas por esposa al apóstol. Perseguido por otro rey de la Persia, por Djihan-Schah, Djuneid se refugió en la apartada provincia del Schirwan, y murió de un flechazo, disparado por los ginetes de Djihan-Schah. Haider-Sophi, hijo de Djuneid, murió igualmente á manos de los verdugos del tirano de la Persia. Su martirio reanimó la fé de los sophis. Su tumba fué el templo de la nueva fé. Dos de sus hijos proclamados sultanes fueron elevados al rango supremo por el pueblo, y precipitados del trono al sepulcro por otros competidores de provincia. El tercero de sus hijos, Ismael, sostenido por la popularidad de su nombre, de sus virtudes, de las desgracias de su familia, reunió en pocos años la Persia entera bajo su cetro. Descendiente del kalifa Ali por una filiacion remota, sagrado por este motivo para los mahometanos de la Persia, sectarios del hijo de Fátima, extraño á las tribus de las grandes provincias que habian sucesivamente prevalecido las unas sobre las otras, y que veian en él un árbitro de-

sinteresado de sus diferencias, conquistador de Bagdad, vencedor de los tártaros, Ismael-Schah, joven aun, no tenia ningun competidor dentro, ni enemigos fuera, excepto los turcos. Pero el cisma habia producido entre estas dos ramas de la familia de Mahoma una enemistad tan viva, que ninguna paz era larga ó sincera. El ódio religioso se habia convertido en ódio nacional, y circulaba un proverbio entre los otomanos: « Hay, decia el pueblo fanatizado por sus dervises, setenta veces mas mérito para con Dios y el profeta en matar en la guerra á un persa que á un cristiano. »

## XI

Selim I, bien porque participase, ó porque fuese participante de este fanatismo de su pueblo, provocó la guerra exterminando á todos los sectarios de Ali en Asia y en Europa. La predicacion y la rebelion de Schistankuli los habian multiplicado bajo Bajazet II, sobre todo entre los turcomanos y los caramanios de Asia. Selim mandó formar á sus espías listas de todos los sectarios de Ali, que existian en las ciudades ó en

las tribus de la Anatolia ó de la Rumelia. Estas listas contenian los nombres de cuarenta mil proscritos, desde la edad de siete años hasta una edad avanzada. A una señal dada, desde el serrallo de Brusa, estas cuarenta mil víctimas fueron inmoladas desapiadadamente, poniendo por pretexto la fé nacional. La herejía fué sepultada bajo estos cuarenta mil cadáveres. El horror de este crimen por piedad se hallaba de tal manera atenuado en aquella época por los sacrificios humanos que el fanatismo de los reyes y de los pueblos habia consumado en toda la Europa contra otros cismas en Italia, España y Francia, que los historiadores turcos alaban altamente á Selim por su piedad en aquella carnicería, que el embajador Justiniani, testigo presencial, habla de ella con indiferencia, y que el enviado de Venecia, Mocenigo, dice confidencialmente á P. Giovio, cronista de aquel tiempo: «que en « su opinion, ningun príncipe igualó jamás al sultan « Selim, autor de este crimen, en justicia y humanidad.» De tal suerte sofocó el fanatismo el grito de indignacion que debió lanzar la conciencia aun entre aquellos que son meros espectadores de semejantes atentados.

## XII

El grito de la sangre de estos cuarenta mil sectarios de Ali sublevó á la Persia que profesaba la misma doctrina. Ismael-Schah se movió de Tauris con un ejército de cien mil hombres aguerridos para vengar á sus coreligionarios. Llevóse consigo á las fronteras turcas á un hijo de Achmet para revindicar el trono de los otomanos, usurpado por el asesino de su padre. Selim aguardaba esta sublevacion de la Persia contra él. Tal vez á propósito la habia provocado con la horrible matanza de los cismáticos. Habiendo subido al trono por la guerra, solo la guerra podia afirmarlo en él. Sin embargo, como si lo hubiese sorprendido el peligro del imperio, convocó un divan á caballo en Brusa, y en un discurso marcial á sus visires, á sus bajás y á los feudatarios de *sandjaks*, proclamó la guerra santa, y señaló por punto de reunion general para las tropas la ciudad de Ienischyr, en el camino de Persia. Nadie, excepto un anciano genizaro, se atrevió á dar muestras de aprobacion ó desaprobacion; todos habian enmudecido aterrados por

su cólera. El viejo genizaro, prosternándose á los piés del sultan, le dió las gracias porque al fin iba á llevar sus soldados á la guerra santa. Para recompensar su celo, Selim le dió al punto uno de los mejores *sandjaks* ó feudos del imperio: dijo, «¡Aquel que tenga  
« doble corazon, dará á los otros; dijo, desgraciados  
« de los otomanos que buscan el reposo cuando su  
« sultan busca al enemigo de su religion y de su  
« raza! »

XIII

Selim I partió, sin entrar en su palacio, desde este divan, celebrado á caballo, para Andrinópolis, á fin de despertar allí con su presencia el mismo fanatismo. Convocó en aquella ciudad todas las tropas del Danubio, de la Grecia, de la Macedonia, de que podía disponer, merced á la paz general concluida con las potencias cristianas. Diez dias despues avanzaba hácia Constantinopla á la cabeza de sesenta mil hombres, y hacia plantar su tienda fuera de las murallas, en la *llanura de los elefantes*, cerca de la mezquita de Aiub. Allí fué á venerar las reliquias del

mártir de los otomanos, y ceñirse el sable de los sultanes.

Al dia siguiente de esta ceremonia, hizo venir de Magnesia á su hijo Soliman, de edad de veinte años, y le confió el imperio durante su ausencia. Mandó atravesar el Bósforo al ejército de Andrinópolis, y lo dirigió á marchas forzadas á Ienischyr para que se incorporara en aquel punto con el de Brusa. Nombró al eunuco Sinan-bajá, el mas experto de sus generales y de sus visires, gobernador general del Asia-Menor, á fin de que observara de cerca la conducta de su hijo en Constantinopla, y para que administrara las provincias de Asia, depósito inagotable de hombres, de armas y de oro para su ejército.

Apenas llegó á Ienischyr, escribió al schah Ismael un manifiesto en el cual, segun el precepto del Coran, amenazaba ántes de descargar, y advertia á su enemigo para que se preparara á combatir. Citaremos algunos pasages de este manifiesto porque caracteriza bien el espíritu de Selim I, el genio y el language de los hombres de Estado otomanos. El soldado, el sectario, el sultan, el estadista, el literato y el poeta aparecen con la pompa bárbara de los publicistas del Oriente.

## XIV

« Yo, gefe soberano de los otomanos, » dice Selim I, « yo, señor de los héroes del siglo, que reuno  
« en mi persona el poder de Feridun, la gloria de  
« Alejandro Magno, la justicia y la clemencia de  
« Cosroes; yo, exterminador de los idólatras, des-  
« tructor de los enemigos de la verdadera fé, terror  
« de los tiranos y de los faraones del siglo; yo, que  
« rompo los mas fuertes cetros, Selim-Khan, hijo del  
« sultan Bajazet II, hijo de Mahomet II, hijo de Amu-  
« rad, á tí, emir Ismael, gefe de las tropas persas,  
« semejante en tiranía á Sokah y á Efrasiab, tiranos  
« sanguinarios de la Persia, y predestinado á pere-  
« cer como el último Dario, yo te escribo :

« El Señor ha dicho : Nosotros no hemos creado  
« el cielo y la tierra para hacer un juguete de ella. »  
Aquí, despues de dos páginas de atroces injurias di-  
rigidas á Ismael para probarle que es indigno de  
empuñar el cetro de las criaturas de Dios, le declara  
que los ulemas de su imperio lo han juzgado, repro-  
bado y condenado á muerte. « Sin embargo, añade,

« conforme con el espíritu y la ley del Profeta, ántes  
« de dar principio á la guerra, te presentamos las  
« palabras del Coran en vez del sable, y te exhorta-  
« mos á que reconozcas y profeses el verdadero  
« culto. Por eso, » dijo Selim, « te dirigimos la  
« presente carta :

« Todos íenemos, » continua argumentando con  
su enemigo, « una naturaleza diferente, y el espí-  
« ritu humano se parece á las minas de oro y de  
« plata: lo puro y lo impuro andan mezclados. El  
« medio mas eficaz para remediar el mal es sondear  
« profundamente su conciencia, descubrir sus faltas,  
« invocar el perdon de Dios clemente y misericor-  
« dioso con un verdadero arrepentimiento y un  
« amargo dolor; nosotros te invitamos, por consi-  
« guiente, á entrar dentro de tí mismo, y á restituir-  
« nos el territorio violentamente segregado de nues-  
« tros Estados, sobre el cual no tienes mas que pre-  
« tensiones ilegítimas.

« Pero si por desgracia tuya, persistes en tu con-  
« ducta pasada, verás en poco tiempo tus llanuras  
« cubiertas con nuestras tiendas é inundadas por  
« nuestros soldados. Entónces se cumplirán milagros  
« de bravura, y la voluntad del Dios de los ejércitos  
« se manifestará entre nosotros. Por lo demás, sa-  
« lud á quien sigue la via de la salud ! »

## XV

Aumentándose constantemente el ejército llegó á Siwas, cerca de las fronteras de Persia, donde fué revistado por Selim. Juntáronse ciento ochenta mil combatientes, diez mil conductores de mulas con víveres, sesenta mil camellos; una flota cargada con arroz y cebada, anclada en el mar Negro cerca de Trapezun, de donde multitud de camellos trasportaban las provisiones al campamento. Ismael-Schah, con noticias del número de los otomanos, habia hecho replegar á toda la poblacion y mandado incendiar las cosechas de la frontera para dejar el desierto entre él y Selim.

Irritado el sultan con un obstáculo que atribuía á la cobardía de Ismael-Schah, le envió en señal de desprecio y de insulto un presente compuesto de un hábito, un palo, un cilicio y un limpiadientes, equipage ordinario de un dervis, haciendo así alusion á su abuelo el Sophi, que habia conquistado el trono por su misticismo y no por las armas.

La carta que acompañaba este presente estaba es-

crita en versos persas, compuestos por el mismo Selim: « *Los que usurpan los tronos,* » decia esta carta, *deben,* « *como el escudo, presentar á lo ménos* » *su pecho á las flechas. La desposada del imperio no* « *se deja abrazar mas que por el guerrero que besa* » *sin palidecer los filos del sable.* »

## XVI

Ismael-schah respondió á esta carta y á este presente enviando á un embajador que entregó á Selim I una cajita llena de ópio, signo del delirio de sus pensamientos. Entre tanto, la respuesta de Ismael al manifiesto del turco respiraba justicia, moderacion, y un imperioso desden hácia las amenazas de Selim: « Yo te escribo esto, » le decia negligentemente, « sin abandonar una cacería que prolongo » por recreo en estas mis llanuras de Ispahan. Haz « lo que quieras de mi embajador. » Selim I le hizo cortar la nariz y las orejas al enviado, llamado Schahkuli-Ayi, y mutilado así se lo devolvió á su señor.

## XVII

Cuarenta días de marcha por un país devastado separaban á Selim I de Tauris, en donde lo aguardaba Ismael. El ejército otomano, asustado con estas cuarentas marchas por el desierto, murmuraba y pedía sordamente la retirada. Los visires y los begs comisionaron á Hemdem-bajá, compañero de infancia del sultan y el mas familiar de sus cortesanos, para que le hiciera presente el disgusto de las tropas y los peligros de la obstinacion. Por toda respuesta, Selim I mandó cortar la cabeza á Hemdem-bajá y la hizo exponer delante de su tienda á las miradas de los genizaros. El terror apaciguó las murmuraciones; el ejército avanzó lentamente hácia el Tauris. El único enemigo con que tenia que luchar era el hambre y la sed. Los camellos perecian á millares: « ¿ Estás muerto ó vivo, Ismael? » escribió tercera vez el sultan al schah. « Ya llevo : por espacio de algunas semanas he marchado sin verte á tí ni ver á tu ejército; créeme, sigue mis consejos; si persistes en ocultarte, no eres hombre; cambia tu

« casco por un adorno de mujer, tu cota de armas « por una sombrilla y un abanico. » Para explicar mas claramente la carta, el portador de ella debía entregar estos tres objetos al schah de Persia.

Nada pudo arrancar á Ismael de su paciente inmovilidad. El extenuado ejército llegaba al fin á los valles inmediatos al Tauris. Al aspecto de aquellas áridas colinas, que á consecuencia de los incendios de los persas y los ardores del sol no ofrecian mas que el triste cuadro de la esterilidad y de la muerte á los ojos de los soldados, los genizaros cercaron en grupos tumultuosos las tiendas de su señor, pidiendo á voces el retroceder al país de la yerba y de las cosechas. Selim I montó á caballo, y presentándose de repente en medio de ellos : « ¿ Es este, » les dijo, « el lenguaje que usan mis fieles esclavos? Obedecer murmurando sin cesar, ¿ es por ventura obedecer? Que los que quieran volver á ver sus mujeres y sus hijos, se retiren! Que los cobardes se separen francamente de los bravos, armados con el sable y el arco por la causa de Dios! Por mi parte, yo no he venido hasta aquí para retirarme vergonzosamente. »

Un eclipse de sol, que oscureció el dia en aque- momento, favoreció la elocuencia del sultan. Los turcos vieron en él el presagio de la ruina de los persas,

adoradores en otro tiempo del sol, que les negaba su luz. Por fin, dos días despues, Selim I apercibió en el fondo de la llanura de Tchaldirán las innumerables tiendas del ejército de Ismael, que lo aguardaba como en un circo murado y dispuesto por la naturaleza para un combate á muerte entre dos razas enemigas.



El sultan mandó hacer alto para examinar con la vista el campo de batalla y celebrar un consejo á caballo con sus mas ejercitados generales. Todos, excepto el *defterdar* Piri-bajá, aconsejaron al sultan que diese un día de descanso á las tropas para que repararan sus fuerzas hombres y caballos. « La fuerza moral, » dijo el *defterdar*, « es la primera fuerza de los ejércitos; si vacilamos en bajar inmediatamente al llano y en atacar al enemigo apenas lo vemos delante de nosotros, nuestros soldados creerán que deliberamos en presencia del peligro, y los persas se imaginarán que su aspecto nos asusta; ver al enemigo y caer sobre él, es la única táctica de los valientes que confían en Dios y en sí mismos! »

« — ¡Este es un hombre, exclamó Selim I, porque no tendré un visir como él! »

Situado en una eminencia que dominaba el desfiladero y la llanura, lanzó su caballería al llano como si fuera un torrente. Ismael, sorprendido por la audacia y el número, pero lleno de confianza en la posición que ocupaba, estaba á caballo junto á un prisionero turco, cuya vida habia perdonado para que le enumerara los cuerpos que entraban al galope en la llanura. « ¿ Qué estandartes son esos rojos que cubren la altura como un rocío de sangre? » decia al prisionero. « — La caballería de Arikhal-Oglhi. — « — ¿ Y esos estandartes verdes que descienden á los barrancos? — Los ginetes de Castemuni, que manda el hijo de su sultan Iskendar; estos dos cuerpos forman la vanguardia de Selim I. » Al concluir de pronunciar estas palabras, una nube espesa de polvo se levantó en una de las pendientes del circo y dejó entrever una masa inmensa de infantería, vestida de encarnado. — « Esos son los Azabs, » dijo el prisionero. Cuando la nube de polvo que habian sublevado cayó al suelo, se elevaron otras dos, é Ismael apercibió á través de ellas la riqueza de las sillas de los feudatarios de Europa y de Asia, á que siguieron los estandartes con rayas amarillas y encarnadas de otra infantería. Parecia que se veían, dicen los historia-

dores de Persia, velos de mujer prendidos en la cabeza con alfileres de oro, que flotaban sobre los hombros de los infantes; eran las gorras de fieltro blanco de los genizaros con la manga de su fundador, agitados por el viento de la marea; los alfileres de oro eran la cuchara de cobre que llevan por delante estos soldados en la gorra, y que brillaba á la sazón con los rayos del sol. Por fin, Ismael preguntó por los grupos de caballos que piafaban detrás de los genizaros, sombreados á la derecha por estandartes verdes, y á la izquierda por estandartes encarnados, y en medio de dos altas y anchas banderas, la una de escarlata como el fuego y la otra blanca como la nieve. — « Gloria á Dios, » dijo el turco, « ¡ hé ahí al glorioso sultán, nuestro padischah; esas son sus banderas; á derecha sus spahis, á izquierda sus *silidhars*, detrás de él los guardias de corps! » Esta enumeración formidable arrancó un suspiro involuntario á Ismael. Él contempló como guerrero experto el orden de batalla que se ostentaba ante él en la otra mitad de la llanura á la vista de Selim I. Este príncipe, mas general que sultán, presidia todo, galopando en la llanura de un cuerpo á otro. Colocaba á la derecha su caballería, dividida en dos columnas bajo el mando del intrépido eunuco Sinan-bajá, cuyo valor no ofuscaba nunca la inteligencia; á la izquierda la in-

fantería de Europa á las órdenes de Hassan-bajá, beglerbeg de Rumelia; entre estos dos cuerpos, los innumerables *azabs*, soldados feudatarios de los dos continentes; detrás de ellos, en el centro del ejército, como el corazón en medio del pecho, los genizaros, esta reserva de las batallas, rodeados de un muro de carros y de camellos, que los protegían contra la caballería persa, tan justamente temida de los turcos por su elevada estatura, y el fuego de los caballos, tan heroicos como sus ginetes; los cañones, unidos entre sí por barras de hierro, estaban montados en baterías sobre dos eminencias á los costados del ejército de los turcos. El sultán, sus visires, sus oficiales, sus guardias colocados en una altura detrás de los genizaros, dominaban el orden de batalla. La fatiga y la falta de alimentos durante el camino habían sido olvidadas en el ejército otomano por el ardor de encontrarse al fin con un enemigo tanto tiempo buscado, y por la confianza de hallar pronto víveres, despojos, junto con la gloria, en aquellas espléndidas tiendas de los persas, brillantes de oro y sedería. Ciento veinte mil combatientes respiraban cólera y aguardaban á que Selim I diera la señal del combate.

## XIX

Ismael había formado de antemano su ejército, mas numeroso todavía, escalonado por la parte de Oriente, de donde podía caer sobre los turcos por el centro, dejando sus flancos cubiertos por dos cabos avanzados de las montañas inaccesibles á la caballería enemiga. Su confianza, justificada por veinte batallas, descansaba en diez mil ginetes escogidos, con corazas de mallas, cascos de acero bruñido con relieves de oro. Los caballos de estos ginetes llevaban una cubierta de acero, cuya flexibilidad se prestaba al movimiento de sus miembros, preservándolos de las flechas. Estos caballos persas de cuello de cisne, piernas nerviosas, con el ojo de fuego, las narices humeantes, y el corazón belicoso, respiraban sangre. Los veteranos que los montaban, se unían á ellos de tal suerte que parecían centauros. Además de esta caballería escogida, armada de lanzas y de mazas, Ismael contaba treinta mil caballos árabes y tártaros en su campamento, y sesenta mil infantes aguerridos con sus veinte años de campaña en Persia y el

Oxus. Ustadjluoghli, sultan de Diarbekir, antiguo compañero de sus guerras, era su principal teniente. Le había confiado el mando de la mitad de su ejército, y él mandaba la otra mitad. Su plan de batalla meditado despacio y estudiado sobre el terreno, consistía en dejar avanzar hasta su centro el tropel de los azabs, infantería de Selim, abandonarles el centro de la llanura, caer en seguida sobre los dos flancos de esta infantería, y romperla por varias partes con cargas de caballería; luego dar una de cuarenta mil caballos reunidos á esta infantería dispersa ó des-trozada, como una tempestad ecuestre que pulverizara la reserva del sultan.

## XX

Combinada así la batalla, pareció que ella sola se rompió por el ardor de los soldados. Los azabs, avanzando en columna cerrada, llegaron en pocos instantes hasta el centro fortificado de los persas, que los aguardaban inmóviles. Ismael y Ustadjluoghli retrocedieron á los dos extremos de la llanura, como para dar mas campo á sus dos alas de caballería, y cargaron con tal impetuosidad á la

columna aislada, que la rompieron de parte á parte. Hassan-baja y sus principales oficiales cayeron bajo el hacha de armas de los caballeros de Ismael; pero cuando el schah proseguia su carga para acabar con los genizaros, Sinan-baja que tenia ocultos los cañones detrás de los spahis, se volvió como para huir, rompió las cadenas de los cañones, mandó descargar las piezas á metralla sobre los ginetes persas, y la llanura quedó sembrada de hombres y caballos, derribados por este trueno de los ejércitos. El anciano Ustadjuoghli, rodó por el suelo arrebatado por el ímpetu de su caballo. Ismael le pasó por encima continuando su carga á la cabeza de los diez mil veteranos; pero los genizaros, emboscados detrás de los carros, y apuntando á los ginetes que se paraban ante aquel obstáculo, cubrieron muy pronto el suelo con un segundo muro de cadáveres. Ismael mismo, herido por una bala y tirado á los piés de su caballo, iba á caer en manos de los turcos. Su favorito Sultan Ali-Mirza estaba vestido con el mismo traje que el schah para salvar en caso de necesidad á su señor en la pelea, haciendo dudar quien de los dos era el rey de Persia. Arrojóse á los sables de los genizaros y gritó á los turcos que él era Ismael. Mientras que lo sacaban de su silla para hacerlo prisionero, un escudero de Ismael levantó al schah, lo volvió á poner á

caballo, y llamando á los ginetes que huían, lo conducia al galope hácia sus tiendas. El ejército persa aterrado por el cañon y la caída de su rey y de su general, no existia ya. Todos huían por el camino de Tauris, en donde el rey mismo, lleno de vergüenza y ensangrentado, no osó pararse.

Selim I pasó á cuchillo á todos los heridos y prisioneros que encontró en las tiendas. La sultana favorita de Ismael, sorprendida por los azabs en el haren de campaña del schah, fué presa del vencedor. El ejército otomano, enriquecido con los tesoros del campamento y embriagado con la victoria, encendió hogueras en todas las colinas, y desfiló al día siguiente por delante del sultan, tributándole el justo homenaje de su triunfo. Selim, saciado de orgullo y de venganza marchó aquel mismo dia sobre Tauris para añadir á su victoria el prestigio de una capital conquistada. Tauris abandonada le abrió las puertas. Allí recogió los despojos de Ismael, y envió á Constantinopla como trofeo las pedrerías, los brocados, las armas incrustadas de oro conquistadas en las Indias, los elefantes de guerra y los tesoros acumulados por Ismael. Mil artistas y artesanos escogidos entre los mas hábiles obreros de la capital de Persia, fueron dirigidos con estas riquezas á Constantinopla para naturalizar en ella la industria de los

persas. Pero la proximidad de Ismael, restablecido de su herida, á quien el afecto de sus pueblos ofrecia un segundo ejército, y la dificultad de mantener ciento ochenta mil hombres en una ciudad devastada, forzaron á Selim I á salir de Tauris despues de un alto de ocho dias. El orgullo de los otomanos estaba satisfecho; su ambición que los habia internado tanto en Europa, no tenia que retroceder para poseer el Eufrates y el Oxus. Las razas conquistadoras refluyen rara vez á su origen. Mas insaciable que sus soldados, Selim volvió á tomar el camino del Aderbidjan, provincia que baña el Aras, en donde pensaba pasar el invierno para ir á visitar en la primavera otras capitales de la Persia. Entretanto, los genízaros, impacientes por ver sus mujeres y sus hijos, sospechando la intencion de su señor, se amotinaron con mas insolencia que la vez primera, derribaron sus tiendas, apénas plantadas en las márgenes del Aras, rodearon la del emperador, y enarbolando en la punta de sus sables sus andrajosos vestidos para mostrarle el exceso de sus fatigas y de su desnudez, le pidieron á voz en grito su vuelta inmediata á Turquía.

## XXI

Selim I disimuló su cólera bajó una falsa piedad. Mandó levantar el campo y tomar de nuevo el camino de Kars; pero atribuyendo á su gran visir, Mustafá-baja, la insubordinacion de los genízaros á que se vió obligado á ceder, le mostró su desgracia, como en otro tiempo habia Mahomet II significado su muerte á su gran visir Mahmoud.

El ejército marchaba en silencio hácia Erivan: el sultan y el gran visir conversaban en medio de un grupo de generales. De repente se inclinó Selim y dijo algunas palabras en voz baja á uno de los mudos que iban á pñe al lado de su caballo. Obedeciendo este la órden secreta de su señor, se acerca sin ser visto al caballo del gran visir, le corta las cinchas á la silla, y hace caer rodando al suelo á Mustafá-baja en medió de silbidos y sarcasmos. Aquella demostracion del ejército contra un visir indigno por esta caida de mandar un pueblo ecuestre, sirvieron por la noche á Selim de pretexto para destituir á un servidor, que no sabia inspirar respeto á los soldados.

Piri-bajá, el intrépido consejero del ataque repentino de Ismael en el último consejo de guerra, fué nombrado gran visir en lugar de Mustafá. Pero ántes de licenciar el ejército en Erzerum, Piri-bajá, ya en desgracia, habia dejado el puesto á Sinan-bajá, el favorito mas preferido de Selim entre todos los visires. Sinan recibió la mision de conducir la caballería por el camino de Angora á Constantinopla. Selim, que abandonaba con pena la idea de volver á Persia en la primavera, pasó todo el invierno con la infantería y los genizaros en Amasia. Otras sediciones de esta milicia provocaron otra vez su cólera. Él los castigó como en Erivan, no descargando sobre los culpables, sino sobre los inocentes que no habian sabido evitarlas. Allí recibió cuatro mirzas persas, embajadores de Ismael. Estos enviados, cargados con ricos presentes, venian á reclamarle en nombre de su señor á la sultana favorita de Ismael, sorprendida por el vencedor en su tienda y conducida por él á Amasia. El amor que tenia Ismael-schah á esta cautiva le hacia ofrecer tesoros y provincias por su rescate. Selim no vió en ella mas que un instrumento para un cruel ultrage : la casó con Tadjizade-Tehelebi, uno de los secretarios de su divan, y violando el derecho de las gentes en los embajadores del schah, los puso en un calabozo, y los dejó morir en él léjos de

su patria. Antes de volver á Constantinopla, tomó por asalto la fortaleza de Turnataghi, situada sobre una roca casi inaccesible á orillas del Eufrates, donde el emir turcomano Alaeddaulet habia escondido sus tesoros, sus mujeres y sus sobrinos. Feroz en la victoria como en el asalto, mandó cortar la cabeza á todos los varones de la casa del príncipe de Sulkadr, pariente de este emir. El tio se vió obligado á presentarle en un canastillo las cabezas sangrientas de sus cuatro sobrinos. Selim las envió al sultan de Egipto, que se habia declarado patron de estos príncipes, y que habia solicitado la indulgencia del sultan en su favor. Este tributo era presagio de la guerra que meditaba contra los extranjeros tiranos del Nilo. Para prepararla regresó á Constantinopla.

## XXII

Lleno aun del resentimiento que le habian causado los desórdenes de los genizaros durante la campaña de Persia y su residencia en Amasia, Selim los convocó y les pidió que denunciasen ellos mismos á los instigadores ocultos de aquellas sediciones, que

Piri-bajá, el intrépido consejero del ataque repentino de Ismael en el último consejo de guerra, fué nombrado gran visir en lugar de Mustafá. Pero antes de licenciar el ejército en Erzerum, Piri-bajá, ya en desgracia, habia dejado el puesto á Sinan-bajá, el favorito mas preferido de Selim entre todos los visires. Sinan recibió la mision de conducir la caballería por el camino de Angora á Constantinopla. Selim, que abandonaba con pena la idea de volver á Persia en la primavera, pasó todo el invierno con la infantería y los genizaros en Amasia. Otras sediciones de esta milicia provocaron otra vez su cólera. Él los castigó como en Erivan, no descargando sobre los culpables, sino sobre los inocentes que no habian sabido evitarlas. Allí recibió cuatro mirzas persas, embajadores de Ismael. Estos enviados, cargados con ricos presentes, venian á reclamarle en nombre de su señor á la sultana favorita de Ismael, sorprendida por el vencedor en su tienda y conducida por él á Amasia. El amor que tenia Ismael-schah á esta cautiva le hacia ofrecer tesoros y provincias por su rescate. Selim no vió en ella mas que un instrumento para un cruel ultrage : la casó con Tadjizade-Tehelebi, uno de los secretarios de su divan, y violando el derecho de las gentes en los embajadores del schah, los puso en un calabozo, y los dejó morir en él léjos de

su patria. Antes de volver á Constantinopla, tomó por asalto la fortaleza de Turnataghi, situada sobre una roca casi inaccesible á orillas del Eufrates, donde el emir turcomano Alaeddaulet habia escondido sus tesoros, sus mujeres y sus sobrinos. Feroz en la victoria como en el asalto, mandó cortar la cabeza á todos los varones de la casa del príncipe de Sulkadr, pariente de este emir. El tio se vió obligado á presentarle en un canastillo las cabezas sangrientas de sus cuatro sobrinos. Selim las envió al sultan de Egipto, que se habia declarado patron de estos príncipes, y que habia solicitado la indulgencia del sultan en su favor. Este tributo era presagio de la guerra que meditaba contra los extranjeros tiranos del Nilo. Para prepararla regresó á Constantinopla.

## XXII

Lleno aun del resentimiento que le habian causado los desórdenes de los genizaros durante la campaña de Persia y su residencia en Amasia, Selim los convocó y les pidió que denunciasen ellos mismos á los instigadores ocultos de aquellas sediciones, que

deshonraban al ejército. Sea por libertarse de la pena que merecían sus crímenes, ó por complacer al sultan que les sugería el delatar á los que quería perder, los soldados nombraron á su propio agá, Iskender-bajá, á su segban baschi Othman, y al juez mayor del ejército ó cadi Asker, el virtuoso Djafar-Tchelebi. Sin esperar otras pruebas, Selim hizo extrangular en su presencia á los dos gefes de los genizaros y arrojar sus cadáveres insepultos á los perros y los cuervos.

Protegía al juez mayor de este suplicio el carácter sagrado de que se hallaba revestido. Un *fetwa* ó sentencia jurídica era necesaria para justificar la ejecución de la pena de muerte de un juez mayor del ejército, igual entónces al muftí. Selim lo mandó comparecer ante él para armarse pérfidamente de un *fetwa* pronunciado por su propia boca, y sin saberlo, contra sí mismo. Estos *fetwas* en Turquía son anónimos, á fin de que el nombre del culpable no influya sobre el juez ó el muftí, consultado por el sultan. « ¿ Qué castigo merece, preguntó Selim á Djafar, el que provoca á la sedicion y al crimen á los soldados del islamismo? — La muerte, respondió Djafar, si el crimen está probado. — Sin sospecharlo, pues, acabas de pronunciar tu propia sentencia, replicó el sultan. » Djafar, inocente é in-

dignado, se abandonó á las mas sangrientas quejás contra un ingrato que tendía así el lazo mortal á uno de sus mas fieles servidores. — « Tú morirás jóven y « execrado por la sangre pura que has vertido, dijo « al sultan, si no te arrepientes de tus culpas: morirás de remordimiento como el khalifa Harun-el-Raschid, verdugo de Djafar el Barmecida, el mas leal « y el mas justo de sus ministros. » La elocuencia, la poesia y la virtud de Djafar dieron en vano á sus últimos suspiros el acento de un juicio de Dios contra su asesino. El cordon ahogó la voz de la víctima de Selim.

Apénas se hallaba consumado este crimen, cuando el sultan creyó sentir sobre él la venganza del cielo. Un incendio ocasionado por el descontento de las tropas devoró la tercera parte de Constantinopla. El sultan, que habia acudido con el gran visir para cortar el fuego, llevado por el viento hasta los muros y los árboles del serrallo, gritaba, contemplando la indomable hoguera, extendida por el huracan: « ¡ Este « es el soplo ardiente de Djafar! ¡ Conozco que vá á « consumir la ciudad, el serrallo, tal vez á mí mismo! » Con sus gritos imploraba el perdon de su víctima.

## XXIII

Después de querer remediar en vano con el terror las insubordinaciones de los genizaros, Selim I apeló á una organizacion mas gerárquica y ménos independiente de esta milicia. Los genizaros, divididos hasta entónces en tres cuerpos de origen diverso, como lo hemos referido en las diversas formaciones de estos pretorianos, se componian de sesenta y dos escuadrones de genizaros propiamente dichos, de treinta y tres *odas* ó cuadras de *guardas de caza*, y de cien compañías de *yayas* ó infantiles. Puso todos estos cuerpos bajo el mando absoluto de un solo *aga*, ó general nombrado por el sultan mismo, y no designado ya por antigüedad. A las órdenes de este *aga*, un *aga* subalterno, cuatro generales, y un comisario imperial, ojo del sultan en la administracion superior de estas cohortes, fueron investidos con el mando general y particular de todos los genizaros. Esta organizacion concentraba en su mano la disciplina y los ascensos. El *aga* de los genizaros no estaba obligado á ponerse á la cabeza de su cuerpo, sino en las

campañas á que asistia el sultan en persona. El segundo *aga* resumia, durante estas ausencias, el mando de todas las tropas que guarnecian la capital.

## XXIV

Antes de partir para el Egipto, cuya conquista codiciaba cada vez mas, Selim I quiso contrarrestar con una marina imponente en los dos mares las escuadras de Rodas, Génova y Venecia, que humillaban todavía su pabellon por su superioridad. Se acordó de Piri-bajá, desgraciado por su insuficiencia en los consejos, pero estimado por su energía en la ejecucion. Un dia lo mandó venir al serrallo: « No he dormido en toda la noche, dijo, vuélveme el « sueño. Miétras esos *escorpiones*, los genoveses, los « venecianos, los cristianos de Rodas, los napolitanos, los sicilianos, los españoles, surquen impunemente el mar con sus naves, no reino en Asia ni « en Europa, ceñidas por este mar. Estoy como un « preso en un imperio, del que poseen ellos las puertas y los caminos. Necesito una marina proporcionada á la grandeza de mis posesiones. ¿Quieres tú

« dármele? ¿qué medio me propones? — Cuando  
 « convoqueis el divan de vuestros visires, le respon-  
 « dió Piri-bajá, llamadme, reprended mi negligén-  
 « cia en crear un arsenal digno de vuestro poder;  
 « mandadme imperiosamente y con amenazas que  
 « os equiepe quinientos buques de guerra, y que esta  
 « orden resuene en los oídos mismos de los emba-  
 « jadores extranjeros. Ellos se lo participarán á sus  
 « córtés, sus príncipes temblarán, y se apresurarán  
 « á renovar con vos las treguas que os han de apro-  
 « vechar tanto para realizar vuestro proyecto res-  
 « pecto del Egipto. »

Selim hizo al día siguiente lo convenido con Piri-bajá. Dirigióse al salir del divan con todos sus visires al puerto del *Cuerno de Oro*, debajo de Galata, á una ensenada en donde el agua profunda y la costa circular permitían construir un puerto militar y un arsenal para el armamento de los buques. Un cementerio sombreado de cipreses y lleno de sepulcros ocupaba entonces este espacio y parecía prohibir con su santidad todo uso profano. La impaciencia de Selim no se paró ante las cenizas de los muertos. Después de haber dibujado el plano del arsenal en el suelo, mandó abrir en su presencia sobre la colina que dominaba la bahía un foso inmenso, al que dió el nombre de *sepulcro de los sepulcros*. Transportáronse allí

respetuosamente los sepulcros de los otomanos, y se erigieron los mausóleos para el culto fúnebre de las familias. El arsenal, construido activamente por Piri-bajá, y poblado de hábiles obreros griegos, dió pronto un establecimiento naval, semejante al arsenal de Venecia. Las treguas continentales y marítimas fueron renovadas á porfía por todas las potencias cristianas con un Estado, que creaba una armada igual á su ejército de tierra. El puerto de Constantinopla recordó con su actividad y el número de los trabajadores y marineros, traídos de las islas del archipiélago, al puerto de Bizancio.

## XXV

Durante estas obras, Selim I fué á visitar á Andrinópolis para activar con su presencia el alistamiento del ejército de Egipto. Sinan-bajá, su gran visir, le parecía demasiado lento para facilitar la empresa de sus conquistas. Pensó en reemplazarlo con Ahmed-bajá, que habia sido cinco veces gran visir. Selim participó á Ahmed su próxima elevación. El anciano, agoviado por los años y las enfermedades,

alegó su imposibilidad. Para evitar con mas seguridad el nombramiento que temia, comunicó en secreto á Sinan-bajá el pensamiento de su señor. Sinan dejó entrever que tenia noticia de su próxima destitucion. El sultan creyó que este ministro habia aconsejado á Ahmed que se excusara con supuestas dolencias para conservar él su puesto. La cólera, tan pronta siempre para herir como para sospechar, estalló en el divan contra el gran visir. Desenvainó el sable para cortar la cabeza á Sinan. El eunuco evitó el golpe, huyó del palacio, montó en el caballo que tenia preparado, y huyó á las montañas del Hemus, haciendo perder sus huellas á los *chiaux* que lo perseguían.

Cuando Selim vió calmada su cólera y disipadas sus prevenciones, buscó en vano al rededor suyo á un ministro capaz de reemplazar á un visir tan hábil. Mandó publicar en Andrinópolis y en los pueblecillos inmediatos al Hemus, que el sultan habia reconocido la inocencia del gran visir y que lo volvia á su gracia. Informado Sinan por sus amigos de este arrepentimiento de su señor, se fió en él y regresó á Andrinópolis. Selim le repuso en sus funciones y le dispensó otra vez su amistad, maldiciendo el enojo que habia estado á punto de privarlo del mas fiel y experto de los visires.

## XXVI

Sinan preludió la guerra de Siria y de Egipto con la conquista de Diarbekir, capital de la provincia de este nombre, en las fronteras indefinidas de la Persia, ocupadas por los kurdos, pueblos tan pronto aliados como independientes de los persas. Esta expedicion y las conferencias preliminares con los kurdos las encomendó al literato persa Idris, ilustre por sus talentos de escritor y de negociador. Idris escribió mas tarde la historia de los otomanos hasta Selim. Los turcos le debieron parte de su nombradía, extendida por él en la lengua persa. La ciudad de Diarbekir es la antigua Amid de los persas, en los mantiales montañosos del Tigris, al que la rapidez de su curso ha dado este nombre, que significa *flecha*. Bajo sus muros, segun la historia de Persia, combatió Sapor por la vez primera con la cabeza cubierta con un casco de oro, en forma de cabeza de toro. Timur la habia conquistado y cedido á los príncipes *turcomanos* de la dinastía del *Carnero Blanco*. Los kurdos llamaron á Idris y se la entregaron á él para

los otomanos. La ciudad, cercada de murallas y de torres de granito negro, proyecta como Jerusalem su sombra sobre un valle siniestro, poblado de sepulcros. Algunos jardines bañados por derivaciones del Tigris circundan la ciudad de higueras, albréchigos, y perales que recuerdan los vergeles de Damasco. La historia de Timur por Ahmed-Ben-Arabschah describe con lenguaje oriental su ciudadela, pintándola como inaccesible. « Este fuerte es el ave Anka, « cuyo nido está tan alto que el cazador no puede al- « canzarlo; es un principe á quien nadie se atreve á « pedir la mano de su hija, mucho tiempo hace nu- « bil, y sin embargo siempre virgen; porquealzada « sobre la cima de la montaña, no presenta á la vista « mas que torres sobre torres. No hay ninguna dife- « rencia entre su bóveda y la bóveda celeste, á no ser « la de que esta se mueve incesantemente, mientras « que la suya permanece siempre fija é inalterable. « Detrás de este fuerte, hay un valle tan extenso co- « mo el alma de los justos; desde este valle se ven « jardines que riegan límpidos manantiales y que « entrecortan bosques abundantes en caza y frescos « pastos. Por otro lado se ven rocas cortadas á pico « que los mas intrépidos no se atreven á escalar, y « cuyas formas ofrecen el aspecto de un alfabeto de « piedra, imposible de deletrear. El camino sube de

« fuerte en fuerte, de puerta en puerta. La ciudad « que guarnece al castillo, recibe víveres y agua, y « resiste á todo influjo bueno ó malo, porque el cielo « le ofrece su alimento. »

La próxima ciudad de Mardin y toda la provincia del Kurdistan se sometieron despues de diversas peripecias á las armas y á la política de Idris. El castillo del *Olvido*, llamado de esta manera por sus horribles calabozos, abiertos en la roca, en donde se olvidaban eternamente los prisioneros de los reyes de Persia; las ciudades de Nizibe y de Dara, situadas cerca de las orillas del Tigris, en el punto en que entra en la Mesopotamia del Norte, siguieron la suerte de Diarbekir. Nizibe, célebre en otro tiempo, no se distinguia mas que por sus ruinas; Dara, fortificada con murallas de sesenta piés de elevacion y diez de espesor, destacaba sobre el horizonte sus sesenta torres. Mossul, separada únicamente por el Tigris de la antigua Ninive, que Nuredino habia embellecido con mezquitas y palacios, empleando en estas obras á los artistas de Bagdad, y que ha dado con su industria femenina su nombre á la muselina, tejido aereo destinado para turbantes, fué al mismo tiempo arrancada á los persas y unida al imperio otomano por Idris. La antigua Edesa, ciudad cercada como una isla por los brazos del Tigris, poseida sucesivamente por Ale-

jandro el Grande, por los persas, por los árabes, por los cruzados, por los kurdos, pasó del poder de Ismael-Schah al de Selim. Todo el territorio que se extendía entre el Eufrates y el Orontes se convirtió en provincia otomana. Idris entregó á los jefes de las diferentes tribus, mosaicos de razas, el estandarte, el tambor y las colas de caballo, signo de la soberanía de estos nuevos feudatarios. El imperio otomano debe á su política mas que á sus armas estas provincias, en que habia nacido, cuya lengua y costumbres conocia, y que sedujo mas bien que unció al yugo de los turcos. Idris era uno de esos negociadores que valen mas que un ejército. Selim, que apreciaba su talento, lo destinaba á pacificar y á organizar el Egipto despues de la conquista. La muerte arrebató á Idris prematuramente; su nombre, sus escritos y sus conquistas pacíficas han inmortalizado los servicios que prestó á los otomanos.

## LIBRO DÉCIMOCTAVO

## I

Apénas hubo la primavera del año de 1516 derretido las nieves del monte Taurus, barrera semejante á los Alpes entre la Turquía y la Siria, Selim I mandó marchar á su gran visir Sinan-bajá con una vanguardia de cuarenta mil hombres sobre Cesaréa en Capadocia. Sinan debia pasar de allí al Eufrates por las puertas de hierro, que abren la Siria entre dos rocas del Taurus, divididas por un terremoto.

El sultan ocultaba todavía su pensamiento de invadir la Siria y el Egipto con una marcha oblicua de

jandro el Grande, por los persas, por los árabes, por los cruzados, por los kurdos, pasó del poder de Ismael-Schah al de Selim. Todo el territorio que se extendía entre el Eufrates y el Orontes se convirtió en provincia otomana. Idris entregó á los jefes de las diferentes tribus, mosaicos de razas, el estandarte, el tambor y las colas de caballo, signo de la soberanía de estos nuevos feudatarios. El imperio otomano debe á su política mas que á sus armas estas provincias, en que habia nacido, cuya lengua y costumbres conocia, y que sedujo mas bien que unció al yugo de los turcos. Idris era uno de esos negociadores que valen mas que un ejército. Selim, que apreciaba su talento, lo destinaba á pacificar y á organizar el Egipto despues de la conquista. La muerte arrebató á Idris prematuramente; su nombre, sus escritos y sus conquistas pacíficas han inmortalizado los servicios que prestó á los otomanos.

## LIBRO DÉCIMOCTAVO

## I

Apénas hubo la primavera del año de 1516 derretido las nieves del monte Taurus, barrera semejante á los Alpes entre la Turquía y la Siria, Selim I mandó marchar á su gran visir Sinan-bajá con una vanguardia de cuarenta mil hombres sobre Cesaréa en Capadocia. Sinan debia pasar de allí al Eufrates por las puertas de hierro, que abren la Siria entre dos rocas del Taurus, divididas por un terremoto.

El sultan ocultaba todavía su pensamiento de invadir la Siria y el Egipto con una marcha oblicua de

las puertas de hierro al Eufrates. Sinan-bajá debia tomar únicamente la extremidad de la Siria con el objeto de concluir la conquista del país persa entre el Eufrates y el Tigris, para ir á proteger la Meca y Medina contra Ismael-Schah. Los mamelucos de Egipto y de Siria comprendian sin embargo el objeto de aquellas invasiones de su territorio. Salieron al encuentro con una numerosa caballería hasta las puertas de hierro, para oponerse al paso de Sinan. Informado Selim de la reunion de los mamelucos que le interceptaban el camino, convocó el divan para deliberar acerca de la declaracion de guerra á los señores del Egipto y de la Siria.

El pretexto de impiedad de los mamelucos que querian impedir la piadosa cruzada de los otomanos á la Meca y á Medina, ciudades santas de los musulmanes, autorizó la declaracion de guerra á los ojos de los fieles. Selim, segun la prescripcion del Coran que dice: « *No castigareis á vuestro enemigo antes de advertirlo con un manifesto,* » envió á Karadjabajá y al juez mayor del ejército, Sirekzade-Rokneddin al sultan de Egipto para decirle que « *reflexionase ó temblara.* »

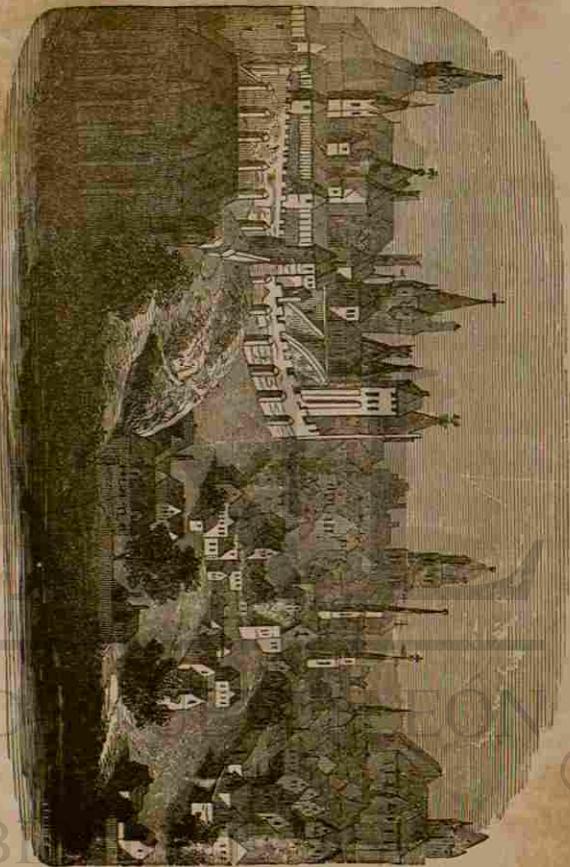
Este sultan era entonces Kanssu-Ghauri, elevado á esta soberanía militar por su valor y por los votos de los mamelucos circasianos. Respondió á este men-

saje reuniendo cincuenta mil hombres en Alepo, segunda capital de la Siria, que hace frente á los desfiladeros del Taurus, y que cubre á la vez el camino de Damasco y el de Beiruto.

## II

Selim I, que partió de Constantinopla en pos del gran visir Sinan, estaba ya en Aintab, á diez marchas de Alepo, con ciento veinte mil hombres escogidos entre los veteranos del imperio. Kanssu-Ghauri despidió sus embajadores despues de haberlos cargado de hierro y haberlos injuriado de palabra, segun la costumbre de los guerreros de Circasia. No obstante, mandó que los acompañase un embajador egipcio para que propusiera al sultan de los turcos que mediara, para evitar la guerra, entre Schah-Ismael y su persona. Para que la querella fuese irremediable, Selim hizo cortar los cabellos y afeitar la barba del enviado de los mamelucos, y lo envió á la frontera de Siria, despojado de su turbante, con una gorra de mujer en la cabeza, montado en un burro cojo y flaco, á fin de que provocara la risa del pueblo.

Para sostener tales ultrajes, Selim desembocó con ciento sesenta mil hombres en las llanuras de Siria, entre Alepo y el pié del Taurus. La pradera de Dabik fué el campo de batalla de los dos ejércitos, Selim, que temia la caballería de los mamelucos, renovó contra ellos la táctica que le dió la victoria de Tauris contra los persas. Estableció sobre su frente un muro de carros y camellos para que recibieran el primer empuje de las cargas de los circasianos, y ocultó en los dos flancos una artillería tanto mas temible cuanto que los mamelucos habian desdeñado hasta entónces su uso en campo raso. El combate por parte de los circasianos fué una carga y una retirada. Espantados con el número de los otomanos, estrellándose en los obstáculos insuperables que habia opuesto Selim á sus caballos, destrozados á derecha é izquierda por la artillería que cubrian y descubrian alternativamente los genizaros que la guarnecian, abandonaron á su sultan y volvieron grupas, dirigiéndose á Alepo. Kanssu-Ghuri, de edad de mas de ochenta años, fué el último que se retiró, salvando al ménos el honor de su raza. Envuelto por un peloton de spahis, fué precipitado del caballo por un *tschausch* que le cortó la cabeza y que se la llevó á Selim colgada en el arzon de la silla, de su barba blanca. Indignado el sultan con aquella ofensa hecha á la vejez, al trono



T. IV. p. 176.

ALEPO.

y al heroísmo, mandó dar muerte al tschausch. Dentro de Alepo, siguiendo las huellas de los mamelucos fugitivos, Selim encontró un millón de ducados de oro en el tesoro de los egipcios; tres mil caftanes bordados de oro y perlas, forrados con pieles de lince y marta cebellina, y montones de trigo y de cebada para proveer el ejército. Los habitantes de Alepo, sujetos á una raza extranjera, recibieron á los turcos como á sus libertadores. El reinado de los circasianos no era mas que el yugo de la soldadesca. Señores por señores, los sirios preferían á los nuevos.

Alepó encerraba entónces en su recinto doscientos mil habitantes industriosos y ricos. Limitada por una parte por el Oronte y el valle delicioso de Antioquía, por la otra por el Eufrates, su territorio y su comercio la convertían en rival de la opulenta Damasco. La Siria entera no podía dudar en seguir la suerte de su capital. Selim no se detuvo allí mas que el tiempo necesario para establecer su gobierno. Abandonando el litoral de la Siria marítima á su propia caída, dejó el monte Líbano á su derecha, y avanzando por el fértil valle de Baalbeck entre el Líbano y el Anti-Líbano, acampó pocos días despues en las mesetas que dominan á la reina de la Mesopotamia y de la Siria, á Damasco. Los árabes, los drusos, los maronitas, pueblos que cubren el Líbano y el Anti-Líbano

con sus belicosas tribus, le abrieron las puertas de Damascó. El aspecto de esta ciudad le hizo casi olvidar á primera vista la magestad y las maravillas de Constantinopla. Extendida al pié de las últimas montañas del Anti-Libano, desde donde la vista cae, como de un promontorio sobre sus murallas de mármol amarillo y negro, sobre sus cúpulas, sobre sus alminares, tan numerosos como los mástiles de los navíos en una bahía, bañada por los ramales tortuosos del Chrysorhoas, de azuladas aguas, que se dividen á sus puertas para fecundar sus jardines, y que se reunen en seguida para formar estanques en su llanura, sombreada por un bosque circular de árboles frutales que dejan caer sus frutos sobre pastos abundantes como los de los Alpes; capital del desierto, puerto de las caravanas de Bagdad, cuyas filas de camellos se ven desde la altura marchar lentamente por los llanos sin otros límites que su cielo de rosa ó de azul, poblada con cuatrocientos mil habitantes, cuyos palacios, talleres y tiendas elevan el murmullo de la vida en medio del silencio del aire, Damascó, por su situación, su clima, su industria, su magnificencia, sus monumentos, su población, sus recuerdos, hubiera llenado los deseos de un conquistador ménos insaciable que Selim. Su historia la hacía tan interesante á los ojos de los turcos como su

esplendor. «*Signo de belleza sobre la faz del mundo, dicen de ella los poetas musulmanes de la Arabia, plumage de los pavos reales del paraíso, collar de las tortoias celestiales, Irem de infinitas columnas,*» honrada por el profeta mismo que la habia visitado durante sus viajes á Siria, diciendo de ella en un versículo del Coran, «*que los ángeles de Dios han extendido sus alas sobre aquella ciudad,*» mansion de los khalifas ántes que Bagdad, decorada con una mezquita superior á la de Córdoba, á la de Jerusalem, á la del Cairo, cuyas bóvedas están sostenidas por cuarenta columnas de pórfido, de mármol rosado y de granito egipcio, en donde seiscientas lámparas, pendientes de cadenas de oro, alumbraban la cúpula, conteniendo un ejemplar del Coran, de la mano misma de Alí, el favorito y el secretario del Profeta, peregrinacion de todo el Oriente, sepulcro de las esposas viudas de Mahoma, elevada por Nuredino al rango de las ciudades mas cultas del Asia, próxima á la santa caverna de Rubua, á donde los musulmanes van á venerar la cuna del profeta Jesus, ofreciendo á cada paso dentro y fuera de sus muros monumentos, vestigios, sepuleros de los profetas, de los santos, de los sabios, de los poetas del islamismo, el prestigio que tenia Damascó para con los turcos realzaba la grandeza de su posesion. Selim permaneció en ella para saborear la

conquista, y para conversar con los sabios, los literatos y los santos de la Arabia, cuyos nombres eran venerados por los islamitas. Por un momento olvidó los cuidados de la guerra para escribir poesías místicas, conocidas bajo el título de *Divan de las poesías persas de Selim*.

Pocos días despues de su entrada en Damasco, el sultan fué á hacer una visita respetuosa al sabio y venerable Bendakhschan, cuya fama de ciencia y de virtud llenaba el Oriente. El solitario enmudeció en presencia del sultan. « ¿Porqué ese silencio? le preguntó el médico de Selim. « No al visitado, al que visita le toca hablar el primero, » respondió el santo. Habiéndole entónces pedido Selim consejos: « El khalifato es una cosa pesada, » dijo el solitario al sultan, que venia á reemplazar á los Khalifas; « los sultanes son, como nosotros, instrumentos impotentes del Criador; pero deben además gobernar á los pueblos. El que tiene una carga lijera tiene mas medios para salvarse que el que soporta un imperio; pero el deber del soberano es conservar la carga que le ha sido impuesta. » Selim pidió humildemente la bendicion al scheik.

## III

Selim I no tomó el camino de Egipto hasta la primavera próxima; destrozado este país por facciones que se disputaban el trono á la muerte de su anciano sultan, muerto en Alepo, se agitaba sin unidad bajo los mamelucos. Sinan-bajá avanzaba por Gaza, última ciudad de la Siria marítima ántes de entrar en el desierto de El-Arisch, que separa al Egipto de la Siria. Su artillería como en Alepo, disipó la vanguardia de los circasianos que habia llegado á las puertas de Gaza para disputar el pasaje. Selim lo seguia con cien mil combatientes por el valle del Jordán, Safad, Jerusalén y Ramla. Llegó sin encontrar enemigos hasta las murallas del Cairo. Tumanbai, elegido por fin sultan de los mamelucos, pero vendido por los jefes del partido opuesto, aguardaba á los turcos detrás del monte Mokattam. Combatió por la honra mas que por la victoria. Veinticinco mil ginetes circasianos cubrieron con sus cadáveres las márgenes del Nilo. Tumanbai y dos de sus intrépidos mamelucos juraron no sobrevivir á su raza y dar

muerte á Selim. Cayeron con un puñado de valientes sobre el centro de los otomanos, en donde se veia flotar el estandarte del sultan, derribando todo lo que se oponia á su paso ; creyeron que habian herido al sultan, pero el golpe lo recibió el visir que cubria á su señor con su cuerpo y que murió por él. Selim lloró la pérdida de Sinan-bajá : « He ganado el Egipto, gritó, pero « he perdido á Sinan. » El Cairo abrió sus puertas como Damasco al ejército otomano. Los mamelucos tranquilizados con una amnistia general, entraron á reconocer la soberanía del vencedor. Despues de haberlos halagado algunos dias, Selim cercó la ciudad con sus tropas y pasó á cuchillo á cincuenta mil en tres dias. Ejemplo de exterminio seguido en los nuestros con los restos de esta aristocracia extranjera, adherida al Egipto, como la lepra á un cuerpo enervado.

Entre tanto, Kurtbai, uno de los begs que habian embestido á Selim durante la batalla, estaba escondido en una casa del Cairo. Selim lo supo, le envió un caftan de honor y un Coran, prenda de perdon. Kurtbai, fué á dar las gracias al sultan : « Tú eres el héroe de los caballos, » le dijo el sultan. « — Es verdad, respondió el circasiano, » y ponderó el valor de su raza. « Tus cañones son los que nos han vencido, añadió; pero nos han vencido como asesinos « que se ocultan para herir á mansalva. Nosotros des-

« deñamos semejantes armas. El Profeta no admite  
« como armas leales mas que el arco y el sable. Un  
« veneciano nos trajo un dia cañones como los tuyos;  
« nosotros los rehusamos. ¡ Y bien! nos dijo el infiel,  
« profetizando nuestra ruina, el que viviere, verá pe-  
« recer vuestro imperio, destrozado por estas mis-  
« mas balas que despreciais! Pero todo perece; es la  
« ley del hado : ¡ y vos tambien pereceréis cuando lle-  
« gue vuestra hora! »

La conversacion se envenenó : Selim, que tenia intencion de ser generoso, se enfureció y llamó á los chiaux para que cortaran la palabra al circasiano. Ciento cincuenta sables brillaron sobre la cabeza del beg. « ¿ De qué te servirá mi cabeza ? » gritó, sin palidecer, al sultan ; « muchos valientes apuntan á la « tuya, y nuestro jefe Tumanbai espera aun en « Dios. Toma pues mi cabeza sangrienta, verdugo, y « ponla sobre el seno de tu mujer. » A estas palabras, rodó su cabeza á los piés del sultan.

## IV

Con efecto Tumanbai venia al pié de las pirámides á afrontar la caballeria de los otomanos. Seis mil spa-

muerte á Selim. Cayeron con un puñado de valientes sobre el centro de los otomanos, en donde se veia flotar el estandarte del sultan, derribando todo lo que se oponia á su paso; creyeron que habian herido al sultan, pero el golpe lo recibió el visir que cubria á su señor con su cuerpo y que murió por él. Selim lloró la pérdida de Sinan-bajá: « He ganado el Egipto, gritó, pero « he perdido á Sinan. » El Cairo abrió sus puertas como Damasco al ejército otomano. Los mamelucos tranquilizados con una amnistia general, entraron á reconocer la soberanía del vencedor. Despues de haberlos halagado algunos dias, Selim cercó la ciudad con sus tropas y pasó á cuchillo á cincuenta mil en tres dias. Ejemplo de exterminio seguido en los nuestros con los restos de esta aristocracia extranjera, adherida al Egipto, como la lepra á un cuerpo enervado.

Entre tanto, Kurtbai, uno de los begs que habian embestido á Selim durante la batalla, estaba escondido en una casa del Cairo. Selim lo supo, le envió un caflan de honor y un Coran, prenda de perdon. Kurtbai, fué á dar las gracias al sultan: « Tú eres el héroe de los caballos, » le dijo el sultan. « — Es verdad, respondió el circasiano, » y ponderó el valor de su raza. « Tus cañones son los que nos han vencido, añadió; pero nos han vencido como asesinos « que se ocultan para herir á mansalva. Nosotros des-

« deñamos semejantes armas. El Profeta no admite « como armas leales mas que el arco y el sable. Un « veneciano nos trajo un dia cañones como los tuyos; « nosotros los rehusamos. ¡ Y bien! nos dijo el infiel, « profetizando nuestra ruina, el que viviere, verá pe- « recer vuestro imperio, destrozado por estas mis- « mas balas que despreciais! Pero todo perece; es la « ley del hado: ¡ y vos tambien pereceréis cuando lle- « gue vuestra hora! »

La conversacion se envenenó: Selim, que tenia intencion de ser generoso, se enfureció y llamó á los chiaux para que cortaran la palabra al circasiano. Ciento cincuenta sables brillaron sobre la cabeza del beg. « ¿ De qué te servirá mi cabeza? » gritó, sin palidecer, al sultan; « muchos valientes apuntan á la « tuya, y nuestro jefe Tumanbai espera aun en « Dios. Toma pues mi cabeza sangrienta, verdugo, y « ponla sobre el seno de tu mujer. » A estas palabras, rodó su cabeza á los piés del sultan.

## IV

Con efecto Tumanbai venia al pié de las pirámides á afrontar la caballeria de los otomanos. Seis mil spa-

his cayeron bajo las cimitarras de los mamelucos. Las barcas del Nilo y la rapidéz de sus caballos en el desierto los libertaban del ejército de Selim. Envió á Mustafá-baja, su constante negociador, á su sultan Tumanbai para ofrecerle la posesion del Egipto y la paz, á condicion de que pagase el tributo de feudatario. Mustafá y los cinco ginetes que lo acompañaban fueron asesinados al pié de las pirámides por los mamelucos.

La guerra continuaba sin resultado contra esta caballería nómada, tan difícil de coger como el polvo de sus desiertos. La traicion de un scheik árabe, vendido por dinero á Selim, puso término á este estado de cosas. Tumanbai, separado momentáneamente de sus ginetes, habia pedido asilo al scheik de una tribu que habia librado en otro tiempo de las mazmorras del Cairo. Se fiaba en el reconocimiento de la tribu. Hassan-Meri, gefe de esta tribu, habia fingido fidelidad al sultan proscrito. Le habia salido al encuentro en el desierto de Djize, y le habia dado un banquete bajo sus tiendas. Tumanbai, rendido de fatiga y agotadas sus fuerzas por las heridas, habia dejado á sus compañeros sentarse y gozar del festín, y se habia retirado para descansar en una caverna de las rocas que guarnecen el rio. Miétras dormia el sultan, el pérfido árabe comunicó á los turcos el

sitio adonde se habia retirado su huésped. El aga de los genizaros habia acudido con quinientos caballos. La madre de Hassan-Meri, sospechando la traicion de su hijo, lo habia conjurado en vano á que no entregara á su sultan : « Dios castiga á los traidores, » habia dicho á su hijo. La codicia, vicio del árabe, triunfó de la santa hospitalidad, virtud del desierto. El aga de los genizaros, Ayas-bajá, entró en la caverna en que dormia Tumanbai. Le ató las manos con su cinturon, lo hizo montar á caballo, y lo condujo al Cairo. « Alabado sea Dios, » exclamó Selim recibiendo al vencido, « ahora el Egipto es mio! »

El redoble de los tambores y las salvas de la artillería anunciaron al Cairo que su sultan habia caido prisionero. Selim mandó que le desataran las manos, lo hizo sentarse en un divan, y lo trató como hermano. Despues de algunas quejas mútuas sobre la injusticia de esta guerra y la muerte de los embajadores : « Sultan de Rum, dijo el sultan de Egipto, tú no eres culpable de nuestras desgracias y de la caida

de este imperio, sino esos traidores que veo á tu lado, » señalando con el gesto á dos begs que habian vendido su patria á Selim. Tumanbai, admirado por el sultan á causa de su belleza varonil, su brillante traje, su serenidad y su elocuencia, fué confiado mas como un huésped que como un prisionero á Ayasbajá, aga de los genizaros.

Otro beg de los mamelucos, Schadibeg, general de Tumanbai, vendido igualmente por una tribu de árabes, cayó pocos dias despues en las manos de Selim. Su juventud, su gracia, su vigor, su coraza de acero de Damasco admiraron al sultan. Quiso ver si la inteligencia de aquella raza circasiana correspondia á la belleza del rostro. *El hombre está oculto bajo la lengua*, dice el proverbio turco. « ¿Qué has descubierto en el mundo desde que vives? le preguntó Selim. — Nada bueno, respondió Schadibeg. — « ¿En ese caso, porqué combates por cosas despreciables? — No he combatido por las de este mundo, « sino por obedecer al Coran que dice: « ¡Armaos contra aquel que se arma contra vosotros! El que pelea por su casa y por sus bienes muere mártir. — « No he marchado contra vosotros, dijo Selim, « mas que para castigaros por haber derribado y « muerto á vuestros soberanos. — ¡Calumnia! replicó Schadibeg; treinta años hemos obedecido al

« padre de Kaitbai, nuestro sultan, y solo hemos castigado al hijo, porque violaba nuestras leyes; era « la voluntad de Dios; la muerte es el fin de toda « vida; el mundo no durará quizá mas para ti que « para nosotros, porque Dios ha dicho al Profeta: « *Tú eres un cadáver, y ellos son cadáveres, y el dia « del juicio final, os acusareis los unos á los otros « delante del Señor.* »

## VI

Selim trató á Tumanbai y á Schadibeg como huéspedes mas bien que como vencidos. Quería llevarlos á Constantinopla y colmarlos allí de honores. Pero habiendo oido un dia al pasar por las calles del Cairo á un hombre del pueblo que gritaba: « ¡Larga vida á Tumanbai! el sultan temió dejar vivir á príncipes cuyos reveses no habian extirpado su nombre del corazon de sus antiguos esclavos. Bajo pretexto de conceder el talion á un beg de los mamelucos, á quien habia colgado su padre en la puerta de la gran mezquita el de Tumanbai, entregó este sultan y

Schadibeg al hijo de la víctima, que los ahorcó con sus propias manos en el sitio en donde su padre había sufrido el mismo suplicio.

En seguida organizó el Egipto como provincia tributaria del imperio, dividiendo la autoridad en muchas magistraturas civiles y militares, distribuidas entre los árabes y los restos de los mamelucos, que habían vendido su casta ó su patria á su ambicion. Empleó un mes en visitar las mezquitas, las academias, las bibliotecas del Cairo, en donde los sucesores de los kalifas habian dejado señales de su culta teocracia. Indiferente á las civilizaciones anteriores, que no recordaban con sus monumentos mas que el paganismo, no se dignó siquiera echar una mirada á las pirámides, esos enigmas que no contenian bajo sus montes de piedras mas que supersticiones ó sepuleros.

Antes de salir de Egipto, se invistió á sí mismo con todos los derechos de los antiguos khalifas sobre las ciudades santas de la Meca y de Medina. Apesar de su deseo de subyugar el Egipto superior y la Etiopia, los murmullos de sus soldados lo obligaron á llevar el ejército á Constantinopla, dejó á Khairedin en la ciudadela del Cairo con una guarnicion de cinco mil hombres para dominar el Nilo, y para evitar las tentativas de independenciam de este goberna-

dor, envió á su mujer y á sus hijos en rehenes á Filopópolis. Mil camellos cargados de oro y de plata, de piedras y de armas preciosas llevaban en pos de sí los tesoros de los mamelucos. La última sombra de los khalifas, Motawakel, á quien los opresores del Cairo aparentaban honrar en el Cairo, al paso que lo despreciaban, siguió á Selim á Siria. Este príncipe llevaba asi, en su cortejo, como vencido, á este sucesor de los khalifas, que habia dado á sus antepasados la autorizacion para tomar el titulo de sultan.

## VII

Durante las primeras marchas por el desierto de El-Arisch, Selim, pensativo y triste, se paraba de vez en cuando para contemplar su ejército de ciento sesenta mil hombres á su partida, reducido ya á una larga fila de hombres y de caballos, extenuados y diezmados por la fatiga, la guerra, las enfermedades y las guarniciones dejadas en el país conquistado. « Por fin, dijo á su gran visir Yunis-baja, el Egipto « queda atras, y mañana entraremos en Gaza. » — « Si, respondió Yunis, que habia augurado mal de

« esta campaña, ¡cual es el fruto de tantos trabajos y  
 « tanta sangre vertida, sino el de un ejército perdido  
 « en estos arenales del Egipto, gobernado hoy por  
 « traidores! »

Esta terrible censura, dirigida á la ambicion de conquista de su señor, pareció tan inoportuna y tan imperdonable al sultan, que sin pararse á reflexionar, dando rienda suelta á su cólera, mandó cortar la cabeza al visir, que iba aun á caballo junto á él. Admirada y enmudecida la tropa pasó con horror por encima del cadáver de aquel, á quien obedecía un momento ántes de aquel acceso criminal. La servidumbre del gran visir lo sepultó allí mismo, y sus hijos edificaron mas adelante sobre su tumba una caravana, que lleva aun el nombre de Yunis.

Piri-bajá, consejero de la victoria de *Tauris* y creador de la flota, fué nombrado segunda vez gran visir. Hallábase á la sazón á bordo de uno de los buques que trasportaban desde Alejandria á Constantinopla á los heridos, los enfermos del ejército, las mujeres y los esclavos de los mamelucos. Mientras llegaba su gran visir á Damasco, Selim organizó la Siria como habia organizado el Egipto, y recibió los tributos de los árabes nómadas, que cubrian con sus tiendas los desiertos de la Mesopotamia desde Palmira hasta Babilonia. Los embajadores de Venecia

habian pagado hasta entónces un tributo anual de ocho mil ducados de oro á los mamelucos señores de la Siria, por la isla de Chipre, sometida á la república. Venecia envió por la misma causa su tributo á Selim, señor actual de la Siria.

Sea por imitar la piadosa modestia del khalifa Omar, sea por una piedad sincera, cuyos vestigios se ven en sus poesias á través de la ferocidad de su carácter, Selim, durante su residencia en Damasco, faltó de su palacio algunos dias, saliendo disfrazado de él con el traje de un simple peregrino. Fuése así á visitar los santos sepulcros de Jerusalén y de Hebron, y volvió sin que sus visires ni su ejército hubiesen sospechado su ausencia. Dos meses permaneció en Alepo. Hersek-Ahmed-bajá, antiguo servidor de su padre y de su abuelo, cinco veces visir y siempre respetado por sus señores, murió allí. Educado en la religion musulmana, Ahmed-bajá era hijo de un cristiano de Servia, de Estéban Cossarich, duque de Saba.

## VIII

De vuelta al fin del mes de julio, Selim I relevó á su hijo Soliman de los cuidados de la administracion,

que habia ejercido con moderacion y sabiduría durante las campañas de su padre. Le hizo magníficos regalos y lo envió de nuevo al apartado gobierno de Sarukhan. Al mismo tiempo invistió con la soberanía hereditaria de la Crimea á su cuñado Mohammed-Gherai, hijo primogénito de la casa real de los tártaros de Crimea. Lo adhirió mas al imperio señalando á este príncipe y á sus sucesores una renta sobre el tesoro otomano de mil aspros diarios.

« — ¿ Sabes , decia algunas veces á su gran visir Firi-bajá, que halago á estos tártaros porque los temo mas que á los mamelucos y á los Persas ? »

« Sus caballos no necesitan herraduras. Cruzan á nado los rios que nuestros ejércitos no pueden atravesar sino por los puentes; y hacen en un dia las marchas que nos cuestan cinco á nosotros. Quiero pagarles para que nos sean fieles tanto por el interés como por los lazos de la familia. » Esta política previsorá duró hasta la conquista de la Crimea por los rusos, en la dinastía de los sultanes. El corazon de los tártaros de Crimea es todavía otomano.

## IX

El papa Leon X ocupaba en aquella época la silla de San Pedro; él habia llevado de Florencia á Roma la afición de los Médicis á las letras, las artes y el comercio. Este papa, mas político que piadoso, y mas filósofo que pontifice, trataba de provocar en Europa una cruzada literaria en favor de la Grecia, semejante á la que el liberalismo poético de nuestros dias suscitó por los Helenos. Leon X y la corte pontificia, mas apasionados por el renacimiento de las letras y de la filosofía platónica, que por los vestigios del cristianismo en Oriente, daban á este zelo clásico el colorido de un amor ferviente á los santos lugares, teatro de los misterios cristianos en Jerusalén. Los soberanos del Occidente no pensaban ya en renovar las expediciones aventuradas y populares de las cruzadas. Querian no obstante agradar al papa y á sus súbditos católicos, asegurando á las raras peregrinaciones que iban á los santos lugares el respeto debido á los objetos que veneraba el mundo occidental. La corte de España mas adicta que las demas monar-

quias de Europa á la corte de Roma, envió con este objeto un embajador á la de Selim. Quería España que el nuevo señor de la Siria confirmase las franquicias y los privilegios del santo sepulcro, juntamente con el libre acceso de los peregrinos, por el pago de un tributo anual, semejante al que las potencias católicas pagaban ántes de la conquista de Egipto á los mamelucos, poseedores de los Santos Lugares. Los turcos que consideran al Cristo como al mayor de los profetas inspirados por Dios ántes de la venida de Mahoma, veneraban también su sepulcro. Su religion, que prescribe las peregrinaciones como un acto de fé y de piedad, comprendia y favorecia en los cristianos esta visita á los Santos Lugares. Este instinto irreflexivo, pero universal, de la humanidad, que impele á los hombres á atribuir cierta virtud santificante y milagrosa al polvo mismo que ha pisado la suprema santidad del hombre divino, estaba de acuerdo con este respeto á las peregrinaciones. En vez de proscribir las, las estimulaban. Selim acogió pues favorablemente al enviado español, y le prometió concluir con su soberano el tratado de inmuni-  
dades y de privilegios del santo sepulcro de Jerusalén, apenas le enviara el rey de España un plenipotenciario para ajustar el convenio.

## X

Selim I pacificó despues en Asia los trastornos suscitados por un ermitaño fanático, que vivia en una caverna de las montañas de Tokat, y que provocaba, en nombre de un futuro mesias, á los supersticiosos asiáticos de estas provincias á rebelarse contra todo poder humano. Teniendo que ir de Andrinópolis á Constantinopla, á causa de la peste que devastaba la Turquía europea, se ocupó en embellecer su capital, y en construir una mezquita, tributo de su reinado, que todo sultan debe á su culto.

Sus visires lo excitaban á la conquista de Rodas. No se creia él con las fuerzas navales ni con el tiempo necesario para una empresa, en la que habia fracasado el mismo Mahomet II. Un dia que su gran visir Piri-bajá habia hecho botar al agua un buque de guerra recién construido y armado sin noticia suya, cuando estaba maniobrando con orgullo de Piri-bajá en las aguas del Mármara, cara á cara del serrallo : « Mandad meter esas cáscaras de nuez en el arsenal, » le dijo con cólera el sultan; yo no tengo hombres

« para esos buques; quereis embriagarme con mi  
 « poder, inspirarme el deseo de sitiár á Rodas, y re-  
 « novar en mi reinado la humillacion de mis prede-  
 « cesores; no ha llegado la hora, y además, añadió  
 « con tristeza, la providencia no me deja tiempo  
 « para empresas largas: la vida se me acaba. »

Este presentimiento melancólico era el primer sín-  
 toma de la peste que habia respirado en Andrinópolis  
 algunos meses ántes. Quiso volver á gozar del aire  
 del Hemus, pero detenido en el camino por la fiebre  
 y la inflamacion de un tumor en la ingle, se apeó  
 del caballo y espiró bajo una tienda en el sitio mismo  
 en que habia presentado la batalla parricida á su  
 padre, como si la Providencia lo hubiese aguar-  
 dado en aquel teatro de su culpable ambicion, para  
 mostrarle la nada de todas las cosas, aun la del cri-  
 men!

## XI

Solo Piri-Bajá sintió la muerte de Selim I, este  
 gran visir la ocultó á los soldados y á los pueblos  
 hasta la llegada de su hijo Soliman. Al sepultarlo los

médicos en secreto bajo su tienda, encontraron en  
 su cuerpo siete señales de color de sangre, que cor-  
 respondian, dijeron los astrólogos, á los siete asesi-  
 natos de sus dos hijos y de sus cinco sobrinos. En el  
 gobierno usó de la ferocidad que lo habia conducido  
 al trono. Lo mismo llenaba de cadáveres su divan  
 que sus campamentos. Su mufti Djemali, casuista del  
 imperio, sentenciaba siempre conforme lo exigian  
 su ambicion y su cólera. Los otomanos llamaban á  
 Djemali el *mufti del cesto*, porque contestaba un *si* ó  
*no* seco, que echaba en un cesto que bajaba por su  
 ventana, á todas las preguntas que le hacian los  
 cadis ó el pueblo. Sus sentencias pronunciadas á  
 peticion del sultan, aunque severas, son prover-  
 biales é irrecusables por su conciencia é indepen-  
 dencia. Por eso no eran bastante conformes á la  
 impetuosidad de Selim. Un dia que el sultan estaba  
 á caballo al lado del mufti, en el camino de Andri-  
 nópolis á Constantinopla, Selim echaba en cara á  
 Djemali su indulgencia: « ¿porqué, le decía no has  
 « sentenciado á los cuatro mercaderes que he con-  
 « denado á perecer por haber comerciado en seda  
 « con la Persia? ¿No es permitido matar á las dos  
 « terceras partes de los habitantes de la tierra por  
 « el bien de la restante? — Si, respondió Djemali,  
 « con tal que la existencia de estas dos terceras par-

« tes deba causar la desgracia de los otros. Pero la « desobediencia de estos mercaderes no está prohibida. » Al volver á Constantinopla el sultan mandó poner en libertad á los mercaderes, y quiso reunir en Djemali los dos empleos de juez del ejército de Europa y del de Asia. Djemali no los aceptó, no queriendo, dijo, alterar en él la independendencia del mufti con ninguna ambicion política.

Djemali preservó constantemente á los cristianos de las persecuciones de Selim por causa de religion. Habiendo mandado este una vez al gran visir que impusiera la creencia por medio del terror, á fin de extender el islamismo en el imperio, el gran visir, horrorizado con tal orden, acudió á Djemali. Djemali aconsejó al patriarca griego que se presentara con todo el clero en la audiencia de Selim con el Coran y los compromisos de Mahomet II en la mano. El Coran prohibe convertir por la fuerza; las promesas de Mahomet II obligaban al sultan á tolerar y á proteger á los cristianos. A falta de este título escrito que se habia extraviado, el patriarca llevó antiguos genizaros, testigos de la conquista que atestiguaban bajo juramento las palabras del conquistador. Selim revocó la orden á instancias de Djemali, y se contentó con quitar á los cristianos las iglesias mas hermosas de Constantinopla para convertirlas en mezqui-

tas, autorizándolos para que construyeran otras mas arregladas al pequeño número de fieles que encerraba la capital.

Este príncipe dejó al morir á los soberanos otomanos un siniestro ejemplo usurpando el trono á su padre y haciendo perecer á sus hermanos. Habia aumentado la fama de su estirpe con una victoria en Persia, y dos conquistas, la Siria y el Egipto; pero habia pervertido la moral y la política de los otomanos con el influjo soldadesco de los genizaros, que combatia en vano, despues de haberle debido el trono; con el despotismo sanguinario sustituido á la absoluta paternidad de las costumbres de su casa; y sobre todo, por el escándalo que dió al Oriente este parricida coronado. El fártaro aparecia en él bajo el sultan. Habia fortalecido el carácter conquistador de los otomanos con la guerra, pero tambien lo habia hecho bárbaro y sanguinario. Su reinado es uno de aquellos que se querria ver borrados de la historia de un pueblo, porque afligen y humillan la humanidad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LIBRO DÉCIMONONO

Parecia que la naturaleza se habia complacido en reunir en Soliman, hijo de Selim I, todos los dones que necesita un príncipe para elevar á su nacion por medio de la guerra, la legislacion y la política, á la cumbre de su destino. Hasta aquí hemos visto desigualmente repartidos estos dones entre los soberanos de la raza otomana, guerrero el uno, padre el otro, legislador este, conquistador aquel, restaurador de los ejércitos del imperio el último; pero no hemos visto aun reunidos en uno todas estas cir-

cunstancias juntamente con la prodigalidad, el equilibrio y la armonía que constituyen al grande hombre. Este hombre grande iba al fin á aparecer en Soliman II.

Tenia Soliman veintidos años en el momento en que la muerte de su padre le llamaba al trono sin impaciencia, sin crimen y sin competidor. La majestad precoz del soberano se mezclaba en sus facciones con la gracia y la modestia de la juventud. Su semblante no convenia mas que á un sultan. A través del velo de su color moreno brillaba la energía de su padre, templada por la dulzura de su madre, hija de un kan de Crimea, mas bien circasiano que tártaro. Parecia á la vez mas jóven por los rasgos, mas pro-  
 vecto por la espresion de su figura. « Era su frente  
 « espaciosa y elevada, como un fruto que ha hin-  
 « chado la savia, dice un poeta turco de su tiempo,  
 « su nariz aguileña, su boca grave, delgado y casi  
 « femenino por sus contornos el óvalo de sus me-  
 « jillas; aun no velaba su naciente barba ni la me-  
 « lancolía ni la firmeza de sus labios. Sus ojos ne-  
 « gros, cubiertos de párpados algun tanto graves y  
 « sombreados de largas cejas, tenian la mirada recta  
 « y profunda, pero sin intimidacion ni orgullo, se  
 « bajaban á menudo como los de un jóven acostum-  
 « brado al temor de un padre escrutador de sus sen-

« timientos, y al recogimiento de una reserva infan-  
 « til. La sombra del vasto turbante de muselina  
 « blanca y el peso de los pliegues de la tela que le  
 « daba vueltas, obligaban á Soliman á plegar el  
 « cuello y á encorbar un poco la cabeza bajo el  
 « peso de este tocado, contrastando la inmovilidad  
 « de esta actitud de anciano con la infancia del per-  
 « fil. Sin tener la estatura soldadesca de su padre,  
 « llevaba bien el caftan bordado de oro del caballero,  
 « y manejaba el sable, el arco y el caballo con la  
 « destreza de un jefe de tártaros.»

Tal era, segun la correspondencia de los embaja-  
 dores y los retratos de los pintores venecianos, el  
 aspecto exterior de Soliman II, en el primer periodo  
 de su reinado. Entónces correspondia su alma con  
 su fisonomía. La naturaleza habia impreso en ella  
 sus gracias, la aspiracion á la virtud y á la gloria, la  
 modestia, el atractivo de lo bueno y de lo bello, el  
 valor moderado por la justicia, la noble ambicion y  
 la magnanimidad de los instintos. Estas virtudes no  
 necesitaban para desarrollarse con toda su fecundidad  
 sino la libertad de darse á luz sin despertar los celos  
 de un padre suspicáz, y el poder supremo para hacer-  
 las irradiar sobre todo un pueblo. El amor, única de-  
 bilidad temible en este carácter, no era en Soliman  
 un vicio, sino una virtud mas de su naturaleza. Mas

susceptible de excesiva ternura que de vergonzosas sensualidades, podía el amor embriagarle, pero envilecerle, jamás. No era el deleite lo que buscaba en su haren, sino la ternura; las caricias de una esclava le humillaban; el corazón de una amante era á sus ojos igual á la posesion de un imperio. La severa sujecion en que habia vivido bajo Selim I, ora léjos de Constantinopla en los gobiernos de Saroukhan y Magnesia, ora en el puesto confiado á su juventud durante la guerra de Persia, le habia proporcionado muy temprano una política natural conforme á lo delicado de su situacion. De esta manera se hallaba preparado para los manejos de las córtes sin haber todavía reinado. Había ensayado el trono sin ocuparlo. Precozmente y por necesidad habia aprendido estas dos virtudes de los soberanos, conocer los hombres, y saber elegirlos.

11

Habia enviado á Magnesia el gran visir Piri-bajá, inmediatamente despues del último suspiro de Selim I, al kiaya de los silihdáres para informar á So-

liman de la muerte de su padre, y apresurar la vuelta del joven príncipe á Constantinopla, ántes de divulgar el interregno. Soliman no precipitó su vuelta á ejemplo de Bajazet II ó Mahomet II como príncipe impaciente, temeroso de que se le escapara el trono. Dió el tiempo conveniente á las lágrimas de un hijo que llora á un padre, severo sí pero á quien se echa de ménos. Adelantóse en seguida hácia Constantinopla con un cortejo digno del heredero del imperio. La muerte de Selim era aun un misterio en Europa y Asia. Piri-bajá, que la habia ocultado á las tropas con llamadas de médicos y consejos celebrados en la tienda, donde se hallaba el féretro, no la reveló á los genizaros sino en el momento en que Soliman entraba en el arrabal de Scutari, en frente del serrallo.

Al rumor de la muerte del sultan que les debia el trono, así como ellos mismos le debian la guerra, la gloria, la dominacion, los genizaros prorrumpieron en el campamento en alaridos de dolor, pisotearon sus gorras, abatieron las tiendas en señal de desolacion. Esta milicia temblaba de cólera por no poder ya encontrar un amo tan parecido á ellos, y tan dispuesto á someterles el pueblo.

Piri-bajá puso el sello del sultan en los furgones que contenian el tesoro. Encargó á Ferhad-bajá que

condujese lentamente el cortejo fúnebre de Selim, y disfrazándose él mismo de correo del ejército, llegó á Constantinopla para abrir las puertas del serrallo á Soliman II. El nuevo sultan se encerró allí con el gran visir hasta la llegada del féretro de su padre. El 1º de octubre de 1520 al medio dia, formados los genizaros en fila en los patios del serrallo, el mufti, los ulemas, los jueces del ejército, los bajás, begs, emires y grandes dignatarios de la capital besaron la mano al hijo de Selim. Este príncipe, vestido de negro y acompañado de Piri-bajá, salió á caballo por la puerta de Andrinópolis para ir á recibir fuera de la ciudad el cuerpo de su padre. Los bajás mismos condujeron el ataud, seguido del sultan, que se habia desmontado para acompañar á pié el convoy. El cuerpo fué depositado en la sexta colina de la ciudad, sitio destinado de antemano para la construccion de una mezquita, que eternizara la memoria del muerto. Antes de entrar en el serrallo, puso Soliman la primera piedra en el cimiento del monumento paterno.

## III

Pero los genizaros, sin respetar el dolor del hijo, interrumpieron sus lágrimas, pidiendo insolentemente el donativo forzoso, precio degradante de su obediencia al nuevo régimen. Habian arrancado á su corruptor Selim I cincuenta ducados de sueldo. A Soliman II le exigieron ochenta. El uso que habia llegado á ser ley no le permitia al sultan regatear con los que daban y quitaban el imperio. Abrióse las cajas de Selim, y se tiró á la soldadesca la suma con el rubor, que hacia salir al rostro, su vil y sórdida avaricia.

Comenzó Soliman su reinado con un acto de reconocimiento. Nombró visir á su preceptor Kasin, bajá de tres colas, anciano á quien miraba como su segundo padre. El mismo dia dió libertad á todos los esclavos egipcios que habia traído Selim de Cairo. Sacó de las cárceles á todos los mercaderes que se hallaban presos y amenazados de muerte por haber comerciado con la Persia. Los otomanos y los cristianos vieron en esta reparacion de las injusticias de Selim el presagio

de un reinado de justicia. Un solo hombre en todo el imperio trató de aprovecharse de la vacilacion de uno á otro reinado, rebelándose contra la autoridad del nuevo sultan. Este hombre era uno de esos Albaneses serviles y traidores á la vez para con los señores que los emplean. Ya habia hecho traicion una vez al kan de los tártaros en favor de los turcos; ahora vendia á los últimos en provecho propio. Era su nombre Djanberdi Ghazali. Nombrado por Selim gobernador de Siria, alzó bandera como rebelde en la ciudad de Damasco, declaróse independiente, atravesó el Líbano, sublevó á los árabes y drusos, se apoderó de Beiruto, y reuniendo veinte mil mercenarios á sueldo, osó marchar sobre Alepo.

Desdeñose Soliman de medirse él mismo con tan despreciable rebeldé. Envió á Alepo á Ferhad-bajá, su tercer visir, hombre de consejo y ejecucion, á propósito para vencer y pacificar á la vez. Con su rápida marcha á Siria, á la cabeza de ocho mil spahis, hizo Ferhad levantar el sitio de Alepo, siguió á Djanberdi hasta en frente de Damasco, dióle batalla bajo los mismos muros de esta capital, degolló ó dispersó á sus partidarios, y envió la cabeza del traidor á los piés del sultan. Quiso este, al recibir tal tributo del sable de Ferhad, enviar la cabeza de Djanberdi al dux de Venecia, Loredano, su aliado, para que par-

ticipase de la alegría de esta victoria. Pero el embajador de Venecia en Constantinopla le hizo entender, aunque con dificultad, que los soberanos de Occidente no cambiaban entre sí las cabezas de sus enemigos.

## IV

Ayas-bajá I, el fiel servidor de Selim, fué nombrado gobernador de Siria. A Ferhad-bajá se le envió con su ejército victorioso á las fronteras de Persia, con encargo de observar los movimientos de Ismael-schah que se estaba disponiendo para vengar en el hijo los reveses que le habia hecho experimentar el padre.

Pero la brutalidad de los húngaros que acababan de matar en plena paz al embajador de Soliman, Behramtschausch, llamaba al jóven príncipe á otras provincias. Ahmed-bajá, beglerbeg de Europa, recibió orden de formar un núcleo de ejército en Ipsala, y de reunir allí treinta mil *azabs* de los Sandjaks ó feudos de Europa. Ferhad-bajá, á quien habia ilustrado la victoria de Damasco, se dirigió á Sofía, capital de la

Bulgaria, con sus veteranos de Siria, treinta mil camellos cargados de municiones, veinte mil carros cargados de trigo y cebada para mantener una reunión tan numerosa de hombres. Muy pronto el sultán mismo, ardiendo en deseos de adquirir legítimamente la gloria de las armas que tan necesaria era á su autoridad, despues del reinado militar de un soldado como Selim I, salió de Constantinopla con Piri-bajá, los generales mas aguerridos de su padre, cuarenta mil spahis y treinta mil genizaros. Jamás, despues de los dias de Amurat y Huniade, habian atravesado los valles de Bulgaria tales torrentes de hombres.

El mismo Soliman, acampado en una simple tienda de soldado en las márgenes del Danubio, frente á la Hungría, estuvo dando prisa por espacio de diez dias y otras tantas noches á la muchedumbre de paisanos búlgaros y mineros armenios que construian un puente en el Sava, cerca de Belgrado, para el paso del ejército. Durante estos preparativos de invasion, el gran visir Piri-bajá, adelantándose á su señor con un destacamento de genizaros, que habian pasado el rio en balsas, sorprendia á Semlin, ciudad húngara, tomaba castillos, ejercia sangrientas represalias en los prisioneros, y esparcía el terror y la fuga en las llanuras de Peterwarden. Concluido el puente

el 28 de julio, se lo llevó al siguiente dia el Sava en una crecida. Reparado apénas, y seguro Soliman de que podria interceptar en la ribera izquierda del Danubio los socorros que los húngaros habian de intentar enviar á Belgrado, asedió con todo su ejército á esta ciudad, teatro dos veces de los reveses de los otomanos. Y aunque se defendió heroicamente con un puñado de caballeros, consternada por su aislamiento en ambas márgenes del rio, vendida por búlgaros y servios, aliados no muy seguros de los húngaros, capituló al vigésimo asalto, al pié de las ruinas de su torre principal, llamada Torre sin miedo. Todas las plazas fuertes de la Syrmia, Carlovitz, Mitrovitz, Perkas, Uilok, se entregaron por terror á la caída de Belgrado. Soliman, generoso despues de la victoria, arrancó á los caballeros húngaros de la venganza de sus soldados; no permitió que se redujera á esclavitud á los prisioneros, despidió á los servios á sus montañas á que difundieran entre sus paisanos la magnanimidad del nuevo sultán. Se trasportó á Constantinopla á los soldados búlgaros, que hicieron colonias en los sombríos bosques, que cubrian las márgenes del Bósforo, descuajes y villórrios que llevan aun hoy dia el nombre de Belgrado. Antes de consagrar á Dios único la principal iglesia de Belgrado, convertida en mezquita, permitió á los búlga-

ros llevar consigo, lo que en el diario de sus campañas llamaba, sus ídolos, es decir, el cuerpo de una santa servia llamada Swata Patniza, (santa Veneranda), los vasos sagrados, las imágenes griegas, un brazo de santa Bárbara y un retrato milagroso de la virgen María.

La enfermedad y muerte de tres de sus hijos, aun en la cuna, le obligó á volver despues de este triunfo á Constantinopla, donde su gloria se entristeció con este luto. Los embajadores de las potencias occidentales le felicitaron por la conquista de Belgrado, baluarte ya inexpugnable de la Búlgaria contra húngaros y polacos. El embajador de Rusia, Juan Morosof, enviado por el czar de Moseú Vasili II, propuso al sultan una alianza ofensiva y defensiva entre las dos razas. Acogió Soliman con júbilo la amistad de los czares, pero reusó lealmente el firmar una alianza entre los ejércitos de los dos países, temiendo ser arrastrado á las hostilidades contra los tártaros de la Crimea, amigos de los otomanos, y contra los príncipes de la casa de Gherai, aliados con un indisoluble parentesco á la de Othman.

Un nuevo tratado de paz, navegacion y comercio con la república de Venecia, estipuló entre venecianos y otomanos todas las condiciones del derecho de gentes en uso hoy entre las mas civilizadas na-

ciones. Los súbditos de la república, y sucesivamente los súbditos, navegantes y comerciantes de las demás naciones, sin distincion de sectas, adquirieron formalmente derechos de proteccion sobre sus navíos, cargamentos, propiedades, libertad y religion. Soliman II, en su primer paso, sacaba á los otomanos del camino de la barbarie, para hacerles entrar en el derecho comun de la hospitalidad recíproca. La Europa asombrada bendijo el nombre del hijo de Selim I. Su administracion interior se revistió del mismo carácter de equidad, magnanimidad y dulzura que tomaba su política en el exterior. No temblaron mas por sus cabezas los visires, sino que recibieron la juiciosa recompensa de sus servicios y espontáneos consejos. Habiendo pedido su preceptor Kasim-bajá, cuarto visir, el descanso que necesitaba su ancianidad, Soliman le asignó una renta de cuatro mil ducados de oro, ascendió á su hijo al rango de begs y le hizo donacion del palacio y jardin que habia ocupado en Magnesia, miéntras le daba lecciones de política y gobierno.

## V

Dueño de Belgrado, de esta última ciudadela avanzada de los búlgaros en su territorio de Europa, ya no le quedaba más que emancipar sus mares de Asia del terror que inspiraba á sus posesiones marítimas la isla de Roda, siempre armada y amenazadora. Una mirada de su política sobre el Occidente le garantizaba la inmovilidad, y quizá la indiferencia de la cristiandad. El papa Leon X, luchaba contra el monge alemán Lutero, que apartaba del centro católico romano girones de Alemania, Suiza, Italia y Francia. Luis II, rey de Hungría, tenía que habérselas contra la perenne anarquía de su aristocracia húngara y polaca, Carlos V y Francisco I alternativamente vencedores y vencidos, se estaban preparando para hacer de Europa un campo de batalla. Inglaterra, siguiendo á su rey en el cisma, iba á desmembrar en un día tres reinos del catolicismo; la cruzada de la monarquía universal formada por Alemania, los Países-Bajos, el Franco-Condado, Bélgica y España, las Indias Occidentales, recientemente descubiertas, preocupa-

ban al mundo cristiano más que las cruzadas para el sepulcro de Cristo en Jerusalén. Los caballeros de Rodas, abandonados á sí mismos, como un puesto avanzado sobre los otomanos, podían ser atacados impunemente en Oriente, sin que por su causa se levantara un brazo en Occidente. Perfectamente informado por sus embajadores de las disposiciones de las cortes, comprendió Soliman que había sonado para él la hora de vengar en Rodas la grande humillacion de Mahomet II.

Pero más leal que Mahomet, escribió al gran maestro de la Orden, pidiéndole la cesion de la isla, necesaria para la seguridad de sus propios estados. Jurábase por el Coran, respetar la libertad y propiedades de la Orden, y permitir á los caballeros que transportasen sus tesoros, sus navíos é institucion religiosa á un sitio ménos injurioso al poder de los otomanos en Asia. Prohibían á la Orden de Jerusalén sus institutos y el honor negociar con los musulmanes la paz, con mucho más motivo la vergüenza. A la vuelta de su embajador, Soliman, para quien Piri-bajá había construido una marina, dió el mando de la flota y del ejército de expedicion á su tercer visir Mustafá-bajá. Esta flota de trescientas velas llevaba doce mil combatientes.

Mientras que aparejaba para salir de los Dardane-

los y doblar los cabos que se adelantan dentro del Archipiélago, desde el cabo Sigeo hasta el Crio, (Cnido) donde aparece Rodas sobre las olas, Soliman mismo avanzaba todo lo ancho de Anatolia hasta la ribera del golfo de Marmoritza. Cuatro leguas de mar separan solamente al golfo de Marmoritza de la isla de Rodas. En este mismo golfo, llamado en otro tiempo golfo de Physcus, fué donde Alejandro alcanzó á los persas de Dario, y navegaron los ingleses en la primavera de 1801, para dirigirse á Egipto con un ejército de desembarco, y arrojar á los franceses del Nilo.

Inmediatamente despues de desembarcar la flota de Mustafá-bajá sus doce mil genizaros en una pequeña bahía abierta de la isla de Rodas, los trescientos navíos descargados de sus tropas, cañones y víveres, partieron á la vista de los caballeros para el golfo de Marmoritza, y transportaron en el mismo día á las playas de la isla al sultan y sus cien mil combatientes. Esto era el 28 de julio de 1522, aniversario del día en que había dado Soliman el primer asalto á Belgrado en el año anterior. Cien cañones de sitio y los doce colosos de bronce que habían abierto la brecha en las torres de Constantinopla bajo Mahomet II, empezaron á lanzar contra las fortificaciones de Rodas balas de doce palmos de circunferencia.

Estas rocas de metal, cuyas señales se ven aun en los muros de Rodas, atestiguan con su masa la realidad de esta fabulosa artillería. La poblacion de la isla, investida por ciento doce mil combatientes, treinta mil marineros, trescientos navíos y la multitud de esclavos, que seguian tan numeroso ejército, se había retirado toda entera á la ciudad. Cuarenta y cinco mil habitantes del campo con sus familias, ganados, provisiones y aperos de labor, al abrigo de las bóvedas de los puertos, iglesias y casamatas, esperaban su salvacion de la intrepidez de los caballeros y de la inexpugnabilidad de sus bastiones.

## VI

Era gran maestre Villiers de l'Isle-Adam, uno de aquellos hombres que trasforman las cosas humanas, y por su carácter se elevan de tal modo sobre el nivel de la fortuna, que fuerzan á los reveses mismos á servir de relieve á su memoria. L'Isle-Adam era francés, como Aubusson; tan valiente y aun mas virtuoso que el salvador de Rodas, no manchaban en él las perfidias de la política ni el heroismo del sol-

dado, ni la fé del hombre religioso. La única candidatura con que se habia presentado para obtener el título de gran maestro, que acababan de conferirle, era la veneracion de sus hermanos. Ausente de Rodas durante la eleccion, el peligro de la Orden hizo callar á la envidia. Solo un caballero portugués, canciller de la Orden, Amaral, protestó, por una odiosa rivalidad de ambicion, contra la eleccion de los caballeros. La envidia y la decepcion le arrancaron unas de aquellas palabras que entrebren los abismos del corazon humano y son presagio de castigos trágicos. «Si Rodas ha de ser gobernada por L'Ile-Adam, exclamó delante de algunos confidentes de su ódio, lo mismo es para mí que sea esclava de los otomanos.» Se asegura, pero sin que haya pruebas de ello, que inmediatamente despues de la eleccion de su rival, dio Amaral libertad á uno de sus esclavos, encargándole llevase á Soliman una carta en que se le indicaba la hora y los medios seguros de atacar á la isla; y se añade que bajo pretesto de traer al canciller el rescate, le entregó el esclavo el precio de su traicion.

Sea como quiera, advertido del peligro de Rodas, se apresuró L'Ile-Adam á salir de Marsella con un puñado de caballeros franceses para ir á combatir ó morir en el puesto que le habian designado sus her-

manos. La fortuna señaló su travesía con funestos presagios: el fuego consumió entre Marsella y Sicilia la galera que le conducia; no pudo arribar á Mesina sino en una tabla. Habiéndose embarcado en el puerto de Mesina en otra galera, cayó un rayo durante la tempestad, y fundió la hoja de su sable en la vaina. Estos augurios contristaban sin conmoverta á esta alma intrépida que no aceptaba otro presagio divino mas que su deber.

Apénas desembarcó en la isla, empleó en fortificar la ciudad los talentos de un ingeniero italiano de Brescia, llamado Martin Engui. Era Martin Engui el Vauban del siglo; tenia de este el ingenio y la virtud. Por sus esfuerzos, llegó á ser Rodas en pocos meses la ciudad casi inexpugnable de la cristiandad en los mares de Oriente. Una tercera faja de murallas cubrió con una triple coraza los otros dos recintos coronados de macizas torres y precedidos de profundos fosos, verdaderos abismos abiertos á pico en la roca, ante los cuales habia naufragado Mahomet II. Los dos puertos se obstruyeron con moles que avanzaban una hácia otra en el mar, y que como cuatro promontorios sostenían castillos y baterías erizadas de cañones de un calibre casi igual á las balas de los turcos. Cadenas de hierro de enormes anillos, echadas de un promontorio á otro y aferradas á masas

de granito, prevenian hasta las sorpresas nocturnas de los brulotes que pudieran intentar el incendio de las galeras. Cinco bastiones principales correspondiendo á los ángulos del perímetro de Rodas, llegaron á ser otras tantas ciudadelas independientes una de otra, confiadas por L'le-Adam á los caballeros de las cinco provincias, responsables de su defensa y animados recíprocamente por la emulacion de su nacion. El mando de un ejército movible de socorro, que pudiese volar á las brechas mas amenazadas, se confió al héroe de mas nombradía en la Orden, al caballero de Grolée, nacido en las montañas del Del-finado, tierra de caballeros donde nació Bayardo. Seis mil caballeros ó soldados ejercitados en las armas, cuyo oficio era la guerra, y el martirio la muerte, compusieron este ejército de socorro, que por el reducido diámetro de la plaza podia dar cara á la vez á todos los puntos de la circunferencia.

Tales eran las defensas de Rodas cuando Soliman la envistió por mar y tierra. Las tempestades mismas no podian romper el círculo de hierro y fuego con que iba á ceñir la ciudad de los caballeros, porque además de las bahías de la isla, donde los navios turcos anclaban en tiempo de calma, la vecina rada de Marmoritza en frente, y las rocas de Macri, que encubren una bahía inaccesible á las grandes olas, les

susministraban, en caso de tormenta, próximo y seguro abrigo para vigilar á la simple vista el estrecho canal entre Licia y Rodas.

## VII

Apénas hizo anclar á su armada de 300 bajeles, y cubiertas las colinas de Rodas con una nube de tiendas, envió Soliman el último mensaje al gran maestro, ofreciéndole las condiciones de la paz ántes de abrasar la plaza. « Atiende y reflexiona, decia á L'le-Adam este mensaje; si no aceptas lo que propongo, juro por el Coran rebajar tu capital al nivel de la yerba que crece al pié de sus murallas. » Ni la religion, ni el heroismo, ni el honor permitian á L'le-Adam entregar la patria de su Orden á los otomanos. Ella debia ser su tumba. Abrióse el sitio con el fuego de 300 piezas de artillería, tronando noche y dia contra la plaza. Respondieron los caballeros con un fuego igual y á cubierto, alejando así por espacio de treinta dias del pié de los bastiones las escalas de los sitiadores. Durante el tronar reciproco de las baterías, que hacia hervir, segun dicen historiadores de

vista, al canal de Lycia, y deslizarse las rocas resbaladizas del Taurus; los diez mil mineros armenios abrian, sin saberlo los sitiados, inmensos subterráneos hasta bajo los cimientos de los bastiones. Al trigésimo dia de sitio, miéntras el gran maestro y los caballeros asistian devotamente al santo sacrificio de la misa en la catedral de San Juan, una conmocion parecida á un temblor de tierra, sacudió las bóvedas del edificio, suspendiendo los cánticos sagrados en los labios de los sacerdotes con un grito de terror. Era el bastion de Inglaterra, cuyo flanco exterior se derrumbaba en la sima del fuego, abierta por los zapadores en sus cimientos. L'Ile-Adam que estaba arrodillado, se levanta con el intrépido arranque de un hombre á quien anima el peligro en lugar de abatirle « *Deus in adjutorium meum intende* » exclama, profiriendo un versículo de los salmos que le obligaba á recitar todos los dias la disciplina de su profesion, « ¡ayúdeme mi Dios! » y saliendo del templo espada en mano « corramos á la brecha, dice á los caballeros, esta hora exige de nosotros un sacrificio de sangre » vuela á los escombros del arruinado bastion, coge una pica, lucha con los restos cuerpo á cuerpo contra los azabs que escalan los escombros, derriba á diez por su misma mano en la mina que hay descubierta, da tiempo al caba-

llero de Golée para que llegue corriendo con sus seis mil veteranos, reunidos en las iglesias, y hace retirarse en tropel á los turcos hasta al pié de sus baterías.

## VIII

Estas minas, estos asaltos, estos ataques y la diversa fortuna de un asedio obstinado continuaron renovándose á todas las horas del dia y de la noche hasta el veinticuatro de setiembre. Empezaba á temer Soliman el descabro de Mahomet II. Por lo mismo convocó á todos sus visires á un consejo de guerra en su tienda. Piri-bajá, cuyo talento era la audacia, le mostró con un gesto el estrecho sitio que ocupaba la ciudad en los flancos de la isla, y la inmensa superficie de tiendas, soldados y navios que cubrian las colinas y las olas. Miéntras que torpemente igualemos, dijo á los generales que dirigian el sitio, las fuerzas de los sitiados á las nuestras, no atacando cada vez sino un punto de la circunferencia, dejaremos la superioridad á esos hombres que combaten en número igual, cubiertos por las empaliza-

vista, al canal de Lycia, y deslizarse las rocas resbaladizas del Taurus; los diez mil mineros armenios abrian, sin saberlo los sitiados, inmensos subterráneos hasta bajo los cimientos de los bastiones. Al trigésimo dia de sitio, miéntras el gran maestro y los caballeros asistian devotamente al santo sacrificio de la misa en la catedral de San Juan, una conmocion parecida á un temblor de tierra, sacudió las bóvedas del edificio, suspendiendo los cánticos sagrados en los labios de los sacerdotes con un grito de terror. Era el bastion de Inglaterra, cuyo flanco exterior se derrumbaba en la sima del fuego, abierta por los zapadores en sus cimientos. L'Ile-Adam que estaba arrodillado, se levanta con el intrépido arranque de un hombre á quien anima el peligro en lugar de abatirle « *Deus in adjutorium meum intende* » exclama, profiriendo un versículo de los salmos que le obligaba á recitar todos los dias la disciplina de su profesion, « ¡ayúdeme mi Dios! » y saliendo del templo espada en mano « corramos á la brecha, dice á los caballeros, esta hora exige de nosotros un sacrificio de sangre » vuela á los escombros del arruinado bastion, coge una pica, lucha con los restos cuerpo á cuerpo contra los azabs que escalan los escombros, derriba á diez por su misma mano en la mina que hay descubierta, da tiempo al caba-

llero de Golée para que llegue corriendo con sus seis mil veteranos, reunidos en las iglesias, y hace retirarse en tropel á los turcos hasta al pié de sus baterías.

## VIII

Estas minas, estos asaltos, estos ataques y la diversa fortuna de un asedio obstinado continuaron renovándose á todas las horas del dia y de la noche hasta el veinticuatro de setiembre. Empezaba á temer Soliman el descabro de Mahomet II. Por lo mismo convocó á todos sus visires á un consejo de guerra en su tienda. Piri-bajá, cuyo talento era la audacia, le mostró con un gesto el estrecho sitio que ocupaba la ciudad en los flancos de la isla, y la inmensa superficie de tiendas, soldados y navios que cubrian las colinas y las olas. Miéntras que torpemente igualemos, dijo á los generales que dirigian el sitio, las fuerzas de los sitiados á las nuestras, no atacando cada vez sino un punto de la circunferencia, dejaremos la superioridad á esos hombres que combaten en número igual, cubiertos por las empaliza-

das sobre los que pelean sin mas abrigo que el sable. Aprovechémonos de la inmensa superioridad numérica de nuestros soldados, y demos un asalto general en lugar de esos asaltos parciales, en que se consume el tiempo y el ejército. »

El asalto general fué acordado para el dia siguiente. Para poder abrazar de un golpe de vista los ataques á los cinco bastiones, para que las tropas pudieran ver al sultan de todas partes, hizo Soliman construir durante la noche una plata-forma de madera sobre una cresta avanzada de la colina de San Estéban, y colocándose allí á la vista de todos y viéndolo todo, asistió al escalamiento, por sus ciento veinte mil soldados, de unos muros que no eran ya sino montones de escombros. Siete veces aparecieron los turcos en lo alto de las murallas, y siete veces vió el sultan, á través del humo de los cañones y del brillo de las espadas, rodar sus cadáveres por los fosos. La carnicería inunda de sangre los dos lienzos de los muros; millares de turcos espiraron dentro de las fortificaciones; millares de cristianos murieron rechazándolos á los fosos. La noche y el cansancio separaron á los combatientes, sin que los unos hubieran avanzado, ni los otros reulado un paso. En todas partes á la vez habia peleado L'Ile-Adam; su sangre habia enrojecido el estandarte de la Orden, que ar-

rancó dos veces de manos de Grolée para reunir á los caballeros con esta insignia suprema de la religion y del honor. Condujéronle vencedor, aunque herido, á su palacio, sobre una litera de picas. Setecientos caballeros y tres mil soldados quedaban sepultados en su triunfo. Los paisanos de la isla, los ancianos, los niños, las mujeres mismas habian combatido en esta larga pelea de un dia. Hubo que llorar sobre todo á una jóven griega de un valor feroz, igual á su hermosura, cuyo cadáver tendido, con los brazos abiertos al rededor de otro cadáver, obstruia la bóveda de la puerta de San Nicolás; era el cuerpo sangriento de una jóven de la isla de Cos, querida de un jóven caballero de Auvernia. Viendo, desde el pié de la muralla donde asistia al combate, caer al amante á quien seguía con los ojos y el corazon por entre la nube de humo que habia sobre su cabeza, habia entrado en su cámara loca de dolor, y ahogando en la cuna, con sus propias manos, á dos gemelos, frutos de su amor, para sustraerlos de la esclavitud de los turcos, á quienes creia ya dueños de Rodas, y revistiéndose despues con el uniforme de la Orden y las armas de su amante, habia volado á pelear y morir en la brecha junto al cuerpo de su querido. Los rodios reunieron en la misma tumba al caballero, la hija de Cos y sus dos hijos.

Quince mil turcos colmaron con sus cadáveres el foso de San Damían.

## IX

No pudiendo Soliman acriminar la intrepidez de sus soldados, acusó la impericia de sus generales, pero no los castigó por su desgracia. Como juez indulgente y equitativo se contentó con echar una reprimenda á Ayas-Beg beglerbeg del ejército de Europa, con enviar á Egipto al seraskier Ahmed-baja, y con reemplazar con Behram-Beg al capitán-baja ó grande almirante Mustafa-baja. Estos generales multiplicaron en vano los asaltos contra todos los bastiones de las diferentes naciones ó lenguas de la Orden; encontraron héroes en todas partes.

Ochenta mil turcos habian perecido en tres meses bajo los muros de Rodas por el fuego, el hierro ó las enfermedades que la infeccion de los cadáveres esparcia en el aire del otoño. Pero Soliman tenia la conciencia de su voluntad y los recursos de un imperio. Los valles de Licia que desembocan del interior de la Anatolia en el golfo Marmoritza, le traian

sin cesar nuevos refuerzos; sus flotas le proveian de todo género de vituallas. No habia precio de oro, de tiempo ó sangre, á sus ojos, superiores á la posesion de Rodas. Quería que su reinado datase de la emancipacion del Archipiélago, como lo habia dado con la emancipacion del Danubio. No ignoraba las escaseces de la ciudad. Se asegura que por cartas lanzadas en la punta de una flecha desde lo alto de una torre del puerto, le instruía el gran canceller Amaral de la extremidad á que se veia reducido L'Ile Adam con los débiles restos de sus combatientes. Los caballeros dieron crédito á estos rumores motivados por la conocida animosidad del gran canceller contra el Gran-Maestre, y por las odiosas palabras proferidas por Amaral despues de la eleccion de L'Ile Adam. La confesion arrancada por el tormento á un servidor portugués de Amaral, confirmó harto ligeramente estas sospechas. Arrestado y acusado Amaral se indignó en vano de que la declaracion de un servidor cobarde ó pérfido, obtenida por medio del suplicio, prevaleciese sobre cuarenta años de fidelidad y servicios á su orden, á su religion, y á su honra, fué decapitado en virtud del juicio del consejo, y murió negando el crimen que se le imputaba. En los reveses, las corporaciones tienen necesidad de achacar la desgracia á la trai-

cion. El gran canciller era un envidioso, su orden hizo de él un traidor. Su muerte no pudo retardar un dia la caída de la isla. Los cuarenta mil refugiados griegos, encerrados cuatro meses hacia dentro de los muros de una ciudad que se venia á tierra é iba á reducirlos á la esclavitud de los turcos, murmuraban contra la obstinacion de los caballeros, y pedian una capitulacion que salvase al ménos sus vidas y su libertad de la venganza de Soliman. Conspiraban abiertamente contra los opresores de la isla que estaban jugando con la sangre de sus súbditos griegos por un vano honor de cuerpo, vana compensacion de su próxima servidumbre. Con el gesto se mostraban, en el vecino Archipiélago y costa de Cilicia, las ciudades griegas, sometidas al yugo de los turcos, y gozando bajo esta dominacion tolerante de sus bienes, religion, costumbres y comercio. El partido griego y el de la orden combatian á mano armada en las murallas mientras que los turcos daban el asalto á las fortificaciones.

Informado Soliman de todo por los espías griegos, resolvió abrirse ancho camino hasta el corazon de la ciudad. Acumuló en una sola bateria de cuarenta piezas de cañon las enormes bocas de fuego de Mahomet II, diseminadas hasta entonces frente á los diferentes bastiones de la plaza. Un fuego continuo, vo-

mitando moles de marmol y plomo, pulverizó y allanó al fin en el muro una brecha inabordable para los sitiados. Un torrente de balas y bombas rodaba sin interrupcion á través de este brecha desde las alturas de la ciudad hasta el puerto. La ciudad atravesada de alto en bajo no podia juntar sus girones bajo ésta perpétua lluvia de muerte. Para unir la persuasion al terror se enarboló el 10 de diciembre, por orden de Soliman, un estandarte blanco en su tienda. Cesó el fuego: dos parlamentarios turcos se adelantaron elevando con sus manos una carta decorada con la cifra de oro del sultan. Abriéronse conferencias, y el 22 de diciembre, en señal de conquista del islamismo, los muezzines llamaron á los creyentes á la oracion desde lo alto del campanario de la catedral de S. Juan, convertida en mezquita, mientras que la música turca ejecutaba aires marciales en lo alto de la torre de S. Nicolás.

## X

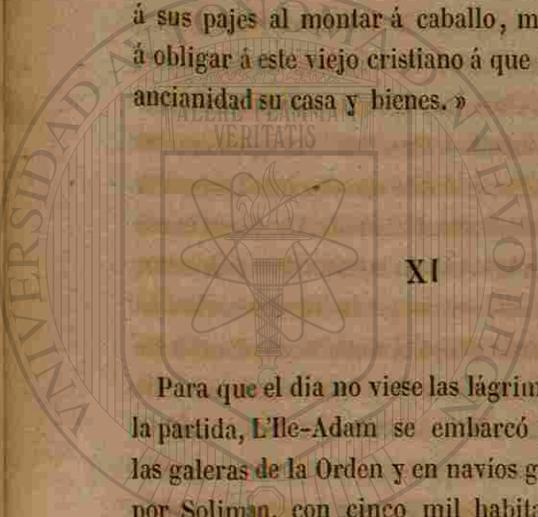
Entre tanto habia retirado Soliman su ejército á alguna distancia de la ciudad para evitar el saqueo

y dejar á los caballeros y al pueblo de Rodas suficiente tiempo de evacuar con honra la ciudad, tan heroicamente defendida. El seraskier Ahmed-bajá vino en su nombre á invitar á Villiers de L'Ile-Adam á una conferencia bajo la tienda. El Gran-Maestre, confiando en la palabra del vencedor, se fué allí en compañía de un caballero de cada lengua para que fueran testigos delante de toda la Orden. El viejo guerrero estuvo esperando largo tiempo al aire libre como un pretendiente, expuesto al viento y á la nieve delante de la tienda de Soliman, hasta que el divan, que se hallaba reunido en aquel momento, concluyera sus deliberaciones. Informado el sultan de esta falta de respeto á la ancianidad, al rango y á la desgracia, se apresuró á mandarle un caftan y una pelliza de honor, y á introducirle en su presencia con todas las consideraciones de soberano á soberano. Cumplimentóle por su valor y virtud, dignos, le dijo, de los mas grandes guerreros, de quienes hubiese leído las hazañas en las historias. Felicitó á los cristianos por tener héroes como él. « Si « tuviera yo servidores como tú, añadió, los estimaría en mas que uno de mis reinos. »

Villiers de L'Ile-Adam llevaba en su fisonomía el dolor y la humillacion de un vencido. « Consuélate, « le dijo el sultan, achaque es de soberanos y guer-

« reros como nosotros, ganar y perder al antojo de « la fortuna, ciudades y provincias. » Acordó al Gran Maestre y á los caballeros todas las condiciones de honor y seguridad en la retirada, compatibles con la victoria. L'Ile-Adam entró en la ciudad igualmente admirado de vencedores y vencidos. Al dia siguiente montó á caballo Soliman, vestido de simple askindji, y seguido solo de dos pajes vestidos del mismo modo, fué á visitar bajo la garantía de la tregua, las ruinas de la ciudad que iba al fin á poseer. Entró á la hora de comer en el palacio del Gran Maestre y en la sala en que comian en comunidad estos monjes guerreros. Con uno de sus pajes, que hablaba el griego, pidió hablar á L'Ile-Adam, quien reconociéndole, le recibió como huésped, y no como soberano. Largo tiempo se entretuvieron el anciano y el jóven en la terraza del palacio, que domina la ciudad, el mar y el Asia Menor, cercada como jardín por las nevadas cimas de las montañas de Cilicia. Penetrado el sultan de estimacion hácia el héroe de Rodas, le propuso por sí mismo un plazo mas largo y condiciones mas llevaderas para la evacuacion de la isla. El Gran Maestre le ofreció como presente cuatro magnificas copas de oro, cinceladas y enriquecidas de topacios, que decoraban el tesoro de la Orden. El sultan se enterneció hasta llorar al con-

templar los preparativos de eterno destierro que imponían la victoria y la capitulación á los viejos oficiales de Rodas, para quienes esta isla había llegado á ser pátria. « No sin dolor y vergüenza, dijo á sus pajes al montar á caballo, me veo precisado á obligar á este viejo cristiano á que abandone en la ancianidad su casa y bienes. »



XI

Para que el día no viese las lágrimas y el rubor de la partida, L'Ile-Adam se embarcó por la noche en las galeras de la Orden y en navíos griegos prestados por Soliman, con cinco mil habitantes de la isla, caballeros ó familias de la misma, identificados con la Orden, que preferían correr su suerte mas bien que quedarse en una region sometida ya á los musulmanes.

El sol al salir alumbró á esta flota, meciéndose aun al través de las rocas escarpadas de la isla. Las ruinas y colinas estaban cubiertas de los que se quedaban, implorando con los brazos, levantados al cielo, la proteccion de Dios en favor de sus compatriotas.

Largos y tristes adioses contestaban del puente de las galeras con cinco mil voces estallando en suspiros á la vista de murallas y campos, cuya pérdida les rasgaba el corazon. Soliman mismo se enterneció. El mar alborotado por las tempestades del invierno, aumentaba la tristeza del espectáculo, Los navíos de L'Ile-Adam maltratados por las olas, estuvieron errando de escollo en escollo á través del Archipiélago durante veintidos dias, ántes de aportar uno á uno á la costa veneciana de la isla de Candia. Allí desembarcó Villiers de L'Ile-Adam con su colonia de expatriados, y pasándoles revista en la playa, lloró con ellos la pérdida de la pátria. Pasó el invierno en Candia en la sombría y dura hospitalidad de los venecianos. Los reyes de Europa, indiferentes á la decadencia de este monasterio soberano de guerreros, que en lugar de servir embarazaba su política, permanecieron sordos á las quejas de los caballeros. Mas dócil á las instancias de Roma, el rey de España, se prestó á cederles la isla de Malta, árida y despoblada entónces, como puesto avanzado, no ya contra el Asia, sino contra el Africa. Allí llevaron el espíritu feudal, monástico y aristocrático, genio anticuado de una institucion que nació en otra época y no podia conservarse sino en una isla. Cuando abordó Villiers de L'Ile-Adam á esta roca árida, sin otro horizonte que las olas entre Afri-

ca y España, echó de ménos las colinas, las sombras, las aguas, las majestuosas perspectivas de Rodas. Las riquezas de la Orden, aun intactas en el continente, edificaron en pocos años una ciudad, puertos y arsenales inexpugnables sobre las rocas de Malta; pero la distancia de la costa de Asia, la ociosidad, la opulencia, la decadencia del espíritu religioso, la licencia de costumbres en una juventud militar, que tenia reglas sin la fé de una institucion monástica, la ambicion, la intriga, las rivalidades de nacion, la anarquía, depravaron rápidamente á este convento de nobles y soldados, vestigio póstumo de las cruzadas, destinada á perecer por la mano misma de los cristianos.

El héroe de Rodas, L'Ile-Adam, testigo ya en Malta de esta corrupcion del instituto, cuya caída habia ilustrado, murió de dolor mas bien que de viejo, contemplando los vicios, los desórdenes é insubordinaciones de esta anarquía militar á quien ya no santificaba el fanatismo; pero el nombre y virtudes de este grande hombre prolongaron los destinos de la Orden por la inmortalidad de sus hazañas.

## XII

Conquistada Rodas, arrastró consigo la caída de todas las islas vecinas en el Archipiélago griego, que dependian de los caballeros; Cos, Leros, Kalymna, Nisyros, Chalceis, Limonia, Telos, Symé. Las mujeres griegas de la isla de Syme eran célebres como buzos para arrancar las esponjas y el coral en el lecho del mar. Soliman, que las habia empleado durante el asedio en anudar cables debajo del agua á los anillos de las rocas para aproximar sus máquinas de guerra á las murallas, les concedió el privilegio de usar turbantes de muselina blanca, privilegio reservado hasta entónces á las mujeres musulmanas. Mientras duraba el sitio habia empezado á edificar una nueva ciudad en Rodas, en un valle mas espacioso y fértil, en el sitio de la antigua Rodas, llamada *valle de los jacintos*. Los restos de estas construcciones otomanas mezcladas con ruinas de mármol y pedestales de estatuas de ninfas en bosques de naranjas, obstruyen todavía el suelo, donde Soliman

levantaba su kiosko. Pero tan pronto como los caballeros evacuaron la isla, mandó Soliman levantar los baluartes de la ciudad conquistada, aprovechando los inmensos trabajos de los cristianos para defender á la isla contra su vuelta. El palacio del gran maestro y el de los caballeros, que estaban en la parte de la ciudad, medio arruinados por las bombas entre los cuarteles, mezquitas y alminares de los nuevos conquistadores, quedaron en pié como monumentos de un campo de batalla entre dos razas que habian trastornado la tierra, el mar y los peñascos con su lucha.

Después de un mes de residencia en su conquista, dejó Soliman en Rodas una parte de su ejército para reedificarla, y entró en Constantinopla con el nombre de príncipe dos veces conquistador en ménos de dos años de reinado. Su triunfo recordó en el hipódromo los triunfos de los emperadores griegos en Bizancio, mas aun que los de los salvajes tártaros. Su genio era ya europeo mas que asiático. La política y el corazon le hacian meditar en silencio un completo cambio de visires mas conformes en ideas y costumbres á su carácter que los groseros visires formados en los campamentos por su padre. Mientras no habia aun conquistado por sí mismo este renombre militar que tan apreciable es para un

pueblo conquistador, se habia servido con parsimonia de aquellos soldados colocados en el divan por su popularidad entre la soldadesca. Ahora ya que Belgrado y Rodas, presente hecho por él mismo al imperio, igualaban casi á los ojos de los otomanos al regalo de Constantinopla de Mahomet II, podia sacudir el yugo de su divan, y reinar, no como protegido sino como señor de sus ejércitos. Buscaba á su alrededor un visir grande por su talento. La casualidad y la amistad le habian proporcionado uno, acomodado á la vez á su política y á su corazon: supo presentirle y amarle, y le elevó al rango para el que habia nacido predestinado.

## XIII

La historia de Ibrahim, favorito de Soliman II es uno de aquellos cuentos vulgares en las costumbres de Oriente, en que el Occidente se figuraría que estaba leyendo las quimeras de las fábulas. Ibrahim era hijo de un pobre pescador griego de Parga, en la costa dálmata del Adriático. Sorprendido un dia en la barca de su padre por piratas turcomanos de Cili-

cia, y siendo aun niño de una rara hermosura, fué vendido como esclavo en Esmirna á una mujer viuda y rica del valle de Magnesia, para que tuviera cuidado de sus jardines. A sus gracias é inteligencia, que lisonjeaban el orgullo de esta viuda, debía Ibrahim los cuidados maternos de su educacion. Aprendió de los maestros mas célebres de Magnesia el Coran, lenguas, elocuencia, poesia y música, principalmente á la que daban la preferencia sobre las demás artes los voluptuosos habitantes de la Ionia. Ora fuese que meditara adoptarle un día como hijo, ó que quisiese mas bien aprovechar los talentos de su esclavo para alquilarlo ó venderlo mas adelante á gran precio á alguna familia poderosa de Magnesia, lo vestía con los mas ricos atavíos. Por todas partes divulgaba los dones que habia recibido de la naturaleza y la educacion. Hacia alarde de su hermosura en los lugares públicos, haciendo ostencion de que le siguiera este adolescente. Hombres y mujeres le envidiaban tan bello esclavo.

Era el tiempo en que Soliman, relegado por su padre á su gobierno, habitaba en Magnesia. Cazando un día á caballo en las praderas del valle; oyó en las márgenes de un arroyo los deliciosos sonidos de una flauta, que herian sus oídos á través de los plátanos, y revelaban en el músico tal arte y talento que no

eran propios de un pastor. Aproximóse, y viendo á Ibrahim quedó encantado de su figura, respuestas y talento para la música; pagó con la prodigalidad de un heredero del trono al jóven esclavo; le admitió en su serrallo, dióle libertad, embriagóse con los sonidos de su instrumento, se asombró de su ciencia, de su inteligencia, de su aptitud para todos los ejercicios del cuerpo y del espíritu, perfeccionó sus talentos con las lecciones de sus propios maestros, gustó cada dia mas de su conversacion y le hizo el compañero favorito de sus estudios y distracciones. De esclavo de una pobre mujer de aldea, llegó á ser Ibrahim, á los veinte años, el amigo del futuro sultan de un imperio.

Muerto Selim I, llevó Soliman á su favorito, á Constantinopla, al Danubio y á Rodas, para formarle á la vez para la guerra, el gobierno y la política, sin darle por entónces otras funciones que las de confidente y amigo.

Dotado Ibrahim de esta aptitud pronta y universal de los jóvenes griegos de Dalmacia, se elevaba en ciencia, valor, talento y fortuna. Pensaba, combatía, administraba secretamente con el sultan. Su intimidad modesta y el oficio de tocador de flauta le libraba de la envidia de los visires. No veian en él mas que un instrumento de los placeres de su señor.

## XIV

Entre tanto había resuelto Soliman emancipar al estado del ignoble gobierno de estos jefes de la soldadesca, que su padre había metido en el serallo, sacándolos de los campamentos. Quería gobernar por sí mismo, y las costumbres otomanas no admitían el gobierno personal del sultan. Buscaba un visir que administrase el imperio en su nombre. Aprovechándose de la rivalidad de Piri-bajá y Ahmed-bajá, que agitaban al divan para destituir á Piri-bajá, y alejar Ahmed enviándole á su gobierno de Egipto, nombró gran visir al jóven Ibrahim con asombro y confusion de todos los viejos compañeros de armas de Mahomet II, y aplauso del pueblo, cansado ya de su opresion y turbulencia. Piri-bajá se retiró con dignidad á sus jardines del Bósforo, colmado de honores y gratificado con una pensión de diez mil ducados. El ambicioso Ahmed se alejó con la venganza en el corazon, resuelto á hacer arrepentirse á su señor de haberle postergado á un favorito desconocido en los campamentos. Investido apénas del gobierno de Egipto trató de corromper á los genizaros

del Cairo, y arrastrarlos á la traicion con el cebo del oro y dignidades, que tan rica provincia constituida en soberania independiente bajo su cetro aseguraría á su ambicion. Sus insinuaciones no hicieron mella en la antigua fidelidad de estas tropas otomanas. Entonces acarició los restos del partido de los mamelucos, estos antiguos señores del Egipto, prometiéndoles restaurar su dominacion si querian reconocerlo por sultan de Egipto y combatir á sus órdenes contra los genizaros, dueños de la ciudadela del Cairo. Los mamelucos corrieron en tropel á sus banderas. En un combate encarnizado bajo los baluartes de la ciudadela, los genizaros vencedores rechazaron á Ahmed y mataron mas de cuatro mil mamelucos. Pero un anciano de estos circasianos educado en esta ciudadela, que conocia sus entradas subterráneas, informó á Ahmed de la existencia de un conducto mal cegado que hacia comunicar antiguamente la fortaleza con la ciudad, y penetrando Ahmed una noche en la plaza con sus mamelucos, sorprendió y degolló á los seis mil genizaros que la guarnecian, y se proclamó sultan de Egipto sobre los cadáveres de sus compatriotas, pasados á cuchillo. Rodeóse de visires, dividió las provincias entre sus cómplices, ajustició á los gobernadores enviados por Soliman para volver á la obediencia á Egipto.

Pero la traicion echó pronto por tierra lo que la traicion habia construido. Uno de los tres visires nombrados por Ahmed para gobernar con él el nuevo imperio, llamado Mohammed-Beg, habia permanecido secretamente fiel al sultan, y velaba, como la venganza, en el divan mismo del traidor. Un puñado de turcos emboscados por sus órdenes en una casa del Cairo, esperaban la hora de sorprender y herir al usurpador. Mohammed-Beg les daba los avisos y señales. Un dia que habia salido Ahmed de la ciudadela con una escolta poco numerosa para tomar un baño en las estufas de la ciudad, los genizaros confidentes de Mohammed salieron armados de su emboscada, asaltaron las guardias del sultan y forzaron las puertas del baño. Advertido Ahmed por el tumulto no tuvo mas tiempo que para escaparse por el techo, á medio afeitado, lanzarse desnudo en un caballo y refugiarse en la ciudadela. Pero Mohammed-Beg abrió sus puertas á los genizaros que persiguian á Ahmed. El recinto de la ciudadela vino á ser á su voz un campo de batalla entre los partidarios del usurpador y los turcos. Los mamelucos cubrieron el suelo con sus cadáveres. Ahmed no escapó á la muerte sino con la fuga. Seguido solamente de veinte mamelucos montados, atravesó á nado el Nilo, y se refugió en el desierto en casa de un scheik árabe que le entregó á

Mohammed-Beg. Su cabeza fué enviada á Constantinopla. El Egipto sublevada un momento volvió á la obediencia; Mohammed-Beg fué recompensado por su fidelidad al sultan, con el empleo de intendente general de los rendimientos del Nilo bajo el nuevo gobernador de Egipto Kasim-Beg.

## XV

Despues de este triunfo, estrechó Soliman los lazos que le unian con su jóven visir, dándole por esposa á su hermana. Semejante favor tenia por objeto desalentar á la envidia. La magnificencia de las fiestas celebradas en el serrallo y en la capital con este motivo, añadió á la autoridad del visir el prestigio de su parentesco con el señor del Imperio. La descripcion de estas fiestas atestigua el esplendor á que habia llegado en ménos de tres siglos la córte de los príncipes otomanos. Ayas-baja, segundo visir, estaba encargado de las funciones de paraninfo ó representante del esposo. Vino con cortejo al serrallo á invitar al sultan mismo á las bodas. Aceptó Soliman la invitacion, y en términos magníficos hizo el elogio de su

Pero la traicion echó pronto por tierra lo que la traicion habia construido. Uno de los tres visires nombrados por Ahmed para gobernar con él el nuevo imperio, llamado Mohammed-Beg, habia permanecido secretamente fiel al sultan, y velaba, como la venganza, en el divan mismo del traidor. Un puñado de turcos emboscados por sus órdenes en una casa del Cairo, esperaban la hora de sorprender y herir al usurpador. Mohammed-Beg les daba los avisos y señales. Un dia que habia salido Ahmed de la ciudadela con una escolta poco numerosa para tomar un baño en las estufas de la ciudad, los genizaros confidentes de Mohammed salieron armados de su emboscada, asaltaron las guardias del sultan y forzaron las puertas del baño. Advertido Ahmed por el tumulto no tuvo mas tiempo que para escaparse por el techo, á medio afeitado, lanzarse desnudo en un caballo y refugiarse en la ciudadela. Pero Mohammed-Beg abrió sus puertas á los genizaros que persiguian á Ahmed. El recinto de la ciudadela vino á ser á su voz un campo de batalla entre los partidarios del usurpador y los turcos. Los mamelucos cubrieron el suelo con sus cadáveres. Ahmed no escapó á la muerte sino con la fuga. Seguido solamente de veinte mamelucos montados, atravesó á nado el Nilo, y se refugió en el desierto en casa de un scheik árabe que le entregó á

Mohammed-Beg. Su cabeza fué enviada á Constantinopla. El Egipto sublevada un momento volvió á la obediencia; Mohammed-Beg fué recompensado por su fidelidad al sultan, con el empleo de intendente general de los rendimientos del Nilo bajo el nuevo gobernador de Egipto Kasim-Beg.

## XV

Despues de este triunfo, estrechó Soliman los lazos que le unian con su jóven visir, dándole por esposa á su hermana. Semejante favor tenia por objeto desalentar á la envidia. La magnificencia de las fiestas celebradas en el serrallo y en la capital con este motivo, añadió á la autoridad del visir el prestigio de su parentesco con el señor del Imperio. La descripcion de estas fiestas atestiguan el esplendor á que habia llegado en ménos de tres siglos la córte de los príncipes otomanos. Ayas-baja, segundo visir, estaba encargado de las funciones de paraninfo ó representante del esposo. Vino con cortejo al serrallo á invitar al sultan mismo á las bodas. Aceptó Soliman la invitacion, y en términos magníficos hizo el elogio de su

amigo que era ya su cuñado. Presentes dignos de un rey de Persia colmaron las bandejas de su hermana. Durante ocho dias seguidos hubo espléndida mesa para todas las órdenes civiles y militares. Al noveno acompañó el sultan á la esposa al palacio de Ibrahim, seguida de toda su corte civil, religiosa y militar, entre dos muros de seda y oro que formaban las paredes de las casas ricamente colgadas en todas las calles que atravesaba el cortejo imperial. Sentado en la sala del festin imperial entre el Mufti y el preceptor de príncipes, ennobleció y santificó el banquete con las sabias conferencias que se suscitaron entre los doctores, letrados y poetas de sus academias. Serviale el copero mayor los sorbetes, bebida de agua á medio helar, endulzada y perfumada, que la religion permitia, en una copa hecha de una sola turquesa tallada y guarnecida de oro, piedra preciosa, única en su especie, pasada de conquista en conquista de los reyes de Persia al tesoro de Timur y los sultanes.

Al décimo dia se paseó por las calles el trofeo nupcial de los otomanos, llamado *Palmas de las Bodas*. Estas palmas artificiales, simbolo de la generacion, imitan todas las formas de árboles y animales, de modo que pueden con su confusa reunion ofuscar la vista de los espectadores. Su masa y elevacion prodigiosa son un signo de la potencia de los esposos, y

presagio de la fecundidad de los matrimonios. Hay á veces necesidad de ensanchar las calles, abatir las puertas y techos para hacerles sitio. Una de estas palmas para el matrimonio de Ibrahim se componia de sesenta y cuatro mil maravillas de la naturaleza ó el arte. Por ocho dias recibió al sultan el favorito en su palacio construido sobre el hipódromo. Desde allí asistió á las iluminaciones, luchas y regocijos públicos, y á los epitalamios recitados por los poetas en honor de los jóvenes esposos.

Cuatro meses despues de estas bodas, envió el sultan á Ibrahim á Egipto con una flota de doscientas velas que conducia un ejército honorífico. El objeto de este viaje y cortejo era arreglar soberanamente ciertas cuestiones de rivalidad, suscitadas entre el gobernador de Egipto Kazim-baja, y el intendente general Mohammed-Beg. Para aumentar la majestad de su gran visir y favorito con un acto que pareciese hacer creer que le habia hecho su colega en el imperio, le acompañó Soliman hasta las islas de los Príncipes. El historiador otomano de este reinado, Djelalzadé, nota que esta deferencia casi obsequiosa de un sultan, acompañando á su visir, es única en la historia del Oriente. Pero Soliman queria engrandecer así á los ojos de los pueblos el prestigio de su propia autoridad, honrándola él mismo en la persona del

amigo que era su depositario. La naturaleza y el rango le habian hecho demasiado grande para temer las comparaciones y rivalidades con sus servidores; se abandonaba á la amistad, seguro de encontrar siempre la omnipotencia.

## XVI

El viaje de Ibrahim por el Archipiélago, á Rodas, Siria y Egipto, no fué mas que el triunfo de un próconsul que llevaba consigo la sombra de su Señor. Pacificó las diferencias, limitó las atribuciones, organizó con precoz sabiduría la conquista; fijó en ochenta mil ducados al año el contingente del impuesto de Egipto para el tesoro de Constantinopla. Nombró gobernador de Egipto en lugar de Kasim, al beglerbeg de Siria Suleiman bajá. Su vuelta á Constantinopla renovó las pompas y respetos de su partida. Los genízaros le salieron al encuentro como para la entrada del sultan. Soliman II le envió un caballo árabe con arneses que valian doscientos mil ducados, para que fuese mayor la magnificencia de su cortejo. Ibrahim ofreció á su Señor un turbante

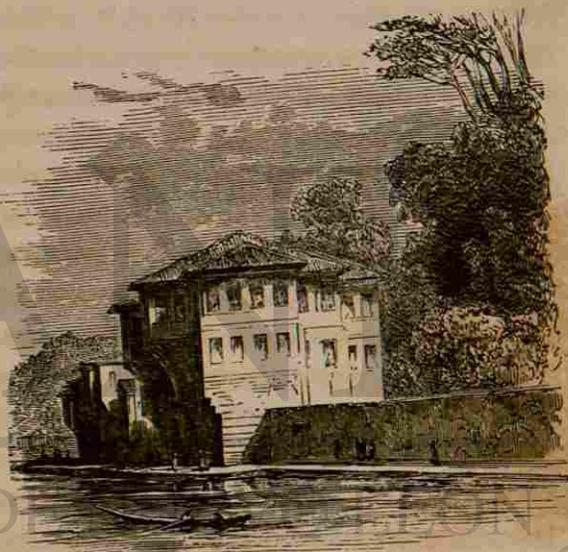
enriquecido con piedras preciosas de un valor igual. El Señor y el esclavo afectaban de intento igualarse en su munificencia.

## XVII

Demasiado habia mostrado Soliman durante la ausencia de su gran visir, que la fuerza que daba á su ministro la prestaba solo á su carácter. Durante una estancia que habia hecho en Andrinópolis para distraerse con el ejercicio de la caza, los genízaros de Constantinopla, poco dóciles todavía, se habian sublevado. El pretexto de su insubordinacion era la prolongada ausencia del sultan que consumia, segun ellos, el tiempo en los bosques del Hemus, en lugar de presidir á los cuidados del gobierno en la capital. Sublevados á consecuencia de estos murmullos, y ávidos siempre de ocasiones de tumulto, habian saqueado el palacio del gran visir Ibrahim, de Ayasbaja, del defterdar y el cuartel de los judíos. La capital consternada se preguntaba si iba á volver á ver los tiempos de Selim.

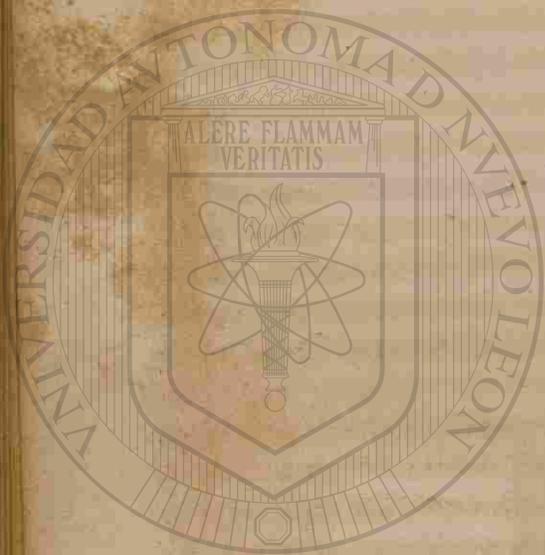
Soliman recibió la nueva de estas sediciones y

robos mientras estaba á caza de ciervos en el valle de Toundja, vecino á Andrinópolis. Sin entrar en la ciudad volvió la cabeza de su caballo hácia Constantinopla, y seguido de un corto número de sus familiares, llegó sin que le esperasen al palacio de las aguas dulces de Europa, kiosko de placer en un valle sombrío, á algunos pasos del arrabal de Ayub. Advertido por los fugitivos de la ciudad y las vociferaciones de esta soldadesca, de los nuevos escesos con que los genizaros estaban consternando en aquellos momentos á la capital, vuelve Soliman á montar á caballo, se precipita en medio de los facciosos, los reprende y somete á la disciplina, échales en cara sus crímenes, les manda entrar en sus cuarteles y denunciar al instigador. Esechado al principio, insultado luego, es rechazado por la sedicion, siempre creciente, hasta las puertas del serrallo, donde su caballo herido por el hacha de un genízaro cae debajo de él. Vuélvese el sultan á pesar de la nube de piedras y flechas que llueven sobre su cabeza, estiendo tres veces su arco, mata de tres flechazos otros tantos genizaros de los mas próximos al serrallo; despues, armándose con el sable defiende con un puñado de bostandjis la entrada contra esta turba, y da tiempo á los spabis para que vengar en socorro de su señor. Los genizaros asombrados de tan intré-



FE  
T. IV. P. 248.

PALACIO DE LAS AGUAS DULCES. ®



pida majestad y abrumados por las imprecaciones de la capital, caen á sus piés, huyen ó vuelven á sus cuarteles. Soliman les arenga, con el sable aun sangriento en la mano. Perdona á los soldados, castiga con indulgencia á los gefes, destituye á Mustafá, aga de los genizaros, sospechoso de debilidad ó complicidad en sus escesos. Todos vuelven á entrar en orden. Pero convencido Soliman, por estas turbulencias de que la ociosidad de estos pretorianos era un peligro perpétuo para el trono, llamó á Ibrahim de Egipto para concertar con él una guerra pronta y popular, diversion necesaria para la turbulencia de sus soldados.

A la vuelta de Ibrahim se resolvió la guerra siempre santa, nacional, popular, es decir la guerra de Persia. Echemos una mirada sobre este imperio despues de la derrota de Schah-Ismael en Tauris.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

XVIII

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aunque dueño de la Persia, Ismael-Schah por la retirada de Selim despues de su victoria de Tauris, habia muerto de vergüenza y dolor en Ardebil. Ha-

bíale sucedido tranquilamente su hijo Tahmasp, de diez años de edad. Los tártaros uzbegs se habian aprovechado de la minoridad de este niño para invadir el Korasan, provincia fronteriza que domina la monarquía persa. El jóven Thamasp, aguerrido ántes de tiempo y secundado por los soldados de su padre, habia rechazado los tártaros. Ardía en deseos de vengar en los turcos la afrenta de la jornada de Tauris y de reconquistar las riberas de la Mesopotamia enclavados en el imperio turco. Sus ejércitos paulatinamente reformados y adiestrados bajo su mando por la gloria que su jóven soberano les habia reconquistado, estaban prontos á nua nueva lucha con los otomanos. Así dos príncipes igualmente jóvenes y ávidos de gloria, uno en Ispahan otro en Constantinopla, esperaban con igual impaciencia la hora de medirse en el campo de batalla de sus padres.

« Si en tu naturaleza viciada enteramente por el  
« cisma, » escribió Soliman á Thamasp, « hubiese  
« un átomo de honor, hubieras muerto de ver-  
« güenza como tu padre; pero has sobrevivido para  
« ser objeto de nuestra desdeñosa compasion y para  
« temblar bajo la eterna amenaza de mi sable.  
« ¿ Porqué no has enviado embajador á mi córte, á  
« donde afluye todo el mundo, y que puede compa-  
« rarse al cielo, para que nos preste vasallage y se

« prosterne á nuestros piés? Tu delirio y orgullo me  
« deciden, si Dios lo permite, á pasar á Oriente,  
« quiero plantar mi tienda en el Iran, en Turan, en  
« Samarcanda y el Korasan. Solo mis campañas vic-  
« toriosas contra Belgrado y Rodas, estas dos forta-  
« lezas, las mayores de la tierra, y maravilla del  
« mundo, han podido retardar hasta ahora mi expe-  
« dicion á Persia. La casa de los falsos dioses en  
« Occidente es por nuestros esfuerzos el templo del  
« islamismo, el sitio de sus ídolos ha sido cambiado  
« en mezquita de creyentes; guárdate ahora, que di-  
« rijo hácia tí mis riendas victoriosas. Te aviso, porque  
« es uso de héroes declarar la guerra con anticipa-  
« cion al enemigo. Vístete el hábito de monge de tus  
« antepasados, quita de tu cabeza la corona, acepta  
« la condicion de dervis, y ocúltate en el retiro de  
« tu humildad. Si quieres venir á mendigar á mi  
« puerta un pedazo de pan en nombre de Dios, te lo  
« daré generosamente; de lo contrario, aunque te  
« escondas en el polvo como la hormiga ó huyas por  
« los aires como el pájaro, no dejaré de alcanzarte.  
« Responde á este firman, que hiere como el destino,  
« y aconséjate de las circunstancias. Feliz el que si-  
« gue la voz de la salvacion! »

Esta carta era una declaracion de guerra en términos semi-salvages y caballerescos de los princi

pes de Oriente; pero los consejos de Ibrahim decidieron á Soliman á terminar primero algunas querellas del imperio en el Danubio con los húngaros, válacos, moldavos y transilvanos, enemigos mas cercanos é inquietos de sus provincias de Europa, ántes de conducir sus ejércitos á ciento cincuenta jornadas de Constantinopla en el corazon de la Persia. Estos consejos prevalecieron en el espíritu del sultan sobre su deseo de medirse con Thamasp. Su juventud le daba la paciencia, esta virtud de los designios bien concebidos. No le faltaban pretextos para operar sobre el Danubio, pero no eran todos legítimos.

La viuda y un hijo de siete años del último soberano de Valaquía, cautivos de Selim, se consumian en Constantinopla. Indignados los boyardos ó señores feudales del país por esta desheredacion del hijo de su príncipe, habian elegido en su lugar á un monge de su raza llamado Radul. Los diputados que habian enviado á Selim los boyardos, para que se sancionase la eleccion, fueron ahorcados como facciosos. Se corrió á las armas. El monge soberano, vencido por Mohammed-Beg lugar teniente de Selim, habia implorado ayuda á Juan Zapolya, conde húngaro y otro de los Huniades. Temiendo la intervencion del heroico Zapolya, fingieron los turcos reconocer el derecho de los boyardos de elegir á su prin-

cipe. Trescientos caballeros turcos habian llevado á Radul la investidura del sultan; pero en el momento en que el monge alargaba la mano para recibir la carta, bandera, tambor y haz de armas, simbolos de la soberanía, el comisario turco le derribó á sus piés de un golpe del haz de armas. Al rumor de esta traicion, franqueó Zapolya la frontera de Valaquia con sus húngaros, y despues de cinco victorias restableció sobre el trono de los valacos á otro monge del mismo nombre y familia. Este segundo monge Radul, no consolidado en Valaquia, habia tratado con el sultan, yendo á Constantinopla á ponerse á merced de su generosidad. Habiale retenido Soliman honrosamente, enviando en su lugar otro boyardo llamado Wlad para que gobernase la Valaquia en su nombre. Pero pronto llamó á Wlad y restituyó á Radul el principado tributario.

Por aquel mismo tiempo, uno de aquellos belicosos obispos soberanos que á la par combatian, gobernaban y catequizaban en esas comarcas bárbaras, Pablo Tomori, habia humillado á los turcos venciendo á Ferhad-Beg general de Soliman en Siria. La cabeza del general otomano cortada por el obispo, cuarenta banderas y una multitud de esclavos habian sido enviados por Tomori en homenaje al rey de Hungria. Frangipani, general del emperador Maxi-

miliano, llamado al Danubio desde Italia con diez y seis mil soldados aguerridos que vendian su sangre á los príncipes, habia igualmente vencido á Kosrebajá en Croacia. El honor del nombre otomano y la reparacion de tantos reveses exigian una campaña decisiva en las fronteras del imperio. Soliman la abrió por sí mismo; Ibrahim mandaba á sus órdenes. La administracion de ambos era un solo pensamiento. En lugar de distraer su amistad los cuidados del imperio, la concentraban en una voluntad y accion incesantemente comunes. Además de las reuniones diarias del divan, á que asistia Soliman desde una ventana con celosías que daba á la sala, los dos amigos se escribian á todas las horas del dia, y se acostaban á menudo en el mismo cuarto para instrirse aun durante los intervalos del sueño de los negocios del estado. Disgustado Soliman de la ignorancia y rusticidad de los guerreros, visires y cortesanos de su padre, solo en Ibrahim encontraba la elegancia del talento, las luces de la conversacion, los horizontes de la política que caracterizaban á él mismo. Apasionado de la música como Saul, como María Estuardo de Escocia, como Carlos II de España ó como Federico de Prusia, el talento de Ibrahim para tocar la flauta ó el violin era un atractivo mas que le unia á su favorito.

Los sonidos de estos instrumentos mitigaban el fastidio del trono.

## XIX

Cien mil hombres y trescientos cañones salieron con él de Constantinopla. Dejó segura su capital en manos de un mufti ilustrado y de un caimacan, especie de dictador, cuya fidelidad habia experimentado en Egipto. Era el mufti Kemal-bajá-Zadé; el caimacan Kasim, antiguo gobernador del Cairo. Sucedia esto el 23 de Abril de 1526, dia especialmente feliz para los otomanos, porque se enviaban todos los años en el mismo los caballos de las cuadras del sultan á pacer el forrage en los campos fecundados por la primavera, y porque era lunes, dia en que el profeta Mahoma emprendió los dos grandes viajes del hombre, el nacimiento y la muerte.

El diario de las campañas de Soliman que tenia á la vista hora por hora durante un largo reinado, permite á la historia seguir paso á paso la marcha del sultan. Avanzó el ejército en columna hasta Sofia.

Una disciplina severa é inexorable preservó á las ciudades y campos de Bulgaria de todo daño por el paso de las tropas. Soliman é Ibrahim vengaban sin piedad á los paisanos de la menor opresion de los soldados. El sultan y el visir se separaron en Sofia para marchar en dos columnas sobre Peterwardein, plaza fuerte de Hungría en las llanuras mas allá del Danubio. Asediada Peterwardein por cien mil hombres de Soliman y otros, cien mil auxiliares que se le habian incorporado en el Danubio, en doce dias cayó en poder de Ibrahim. El sultan entró en ella por entre una hilera de mil cabezas de húngaros cortadas. De allí siguió por el Danubio y el Drava hasta Enek, por donde pasaron este último rio doscientos mil turcos sobre un puente construido por los ingenieros del ejército, avanzando lentamente por un suelo pantanoso hasta Mohacz, nombre obscuro entónces, y despues ilustrado con la sangre de dos razas, mezclada en la batalla. Los húngaros fortificados esperaban allí á los turcos en unas colinas plantadas de viñas que dominan los pantanos de Kraso. El grito de guerra de los otomanos, *¡Dios lo quiere!* que habia sido el grito de los cruzados, porque todos los pueblos alistan á Dios en su causa, estalló por sí mismo en todo el ejército á la vista de los húngaros escalonados en las lomas de Mohacz. Sucedia esto el 28 de

agosto de 1526 al caer el dia, Ibrahim vestido con el sencillo traje de paje del serrallo, como para desaparecer mejor delante de la magestad de su señor, vino muchas veces durante la noche á las tiendas de Soliman para concertar con él la batalla.

Al salir el sol, Soliman cubierto con una coraza damasquina de plata y oro, ornada la frente con un turbante blanco sobre el cual ondulaban tres plumas negras de avestruz, se colocó encima de una eminencia para dominar con la vista á los dos ejércitos. Rodeado de sus visires y bajás, distribuyó con una palabra á cada uno su puesto, papel y órdenes. Sabia que la victoria está en el pensamiento mas bien que en el brazo del general. Sus triunfos en sus dos primeras campañas daban á sus mandatos la autoridad de la experiencia, del genio y la fortuna. Sus lugar-tenientes mas antiguos creian ya en él. Hizo que asistieran á este consejo de guerra no solo sus generales, sino tambien soldados veteranos elegidos en cada cuerpo, á fin de que el pensamiento de la batalla circulase de boca en boca en las filas.

Despues de haber promulgado y motivado rápidamente sus disposiciones, se volvió sonriendo hácia un viejo genizaro llamado Altudja, que asistia silencioso á la deliberacion con la coraza en la espalda, el casco en la cabeza, el carcax acuestas y el sable en la

mano. « Veamos, » dijo al soldado, « ¿sabes tú algo mejor? ¿Tienes que dar algun consejo á tu padischah? — Sí, » dijo el veterano, « es batirse inmediatamente. » Este consejo pareció al sultan la mejor inspiracion. « ¡ O Dios mio! » exclamó levantando las manos al cielo y dejando caer algunas lágrimas de emocion, « la fuerza y la victoria están en tí solo; ven en ayuda del pueblo de tu profeta. » A estas palabras esparcidas de boca en boca por el frente del ejército, todos los caballeros se precipitan de los caballos teniendo la brida con los dientes; prostérnanse en el polvo, extendiendo los brazos en ademan de orar, y montan despues á caballo, blandiendo sus sables á la vista del sultan. Por una prevision experimentada del arranque compacto é irresistible de la caballería húngara, Soliman habia ordenado á sus soldados abrirse delante de las cargas de estos escuadrones, y cerrarse en seguida, despues que pasaren para evitar su choque, y oprimirlos entre sus flancos. Con este designio habia dejado vacío un espacio inmenso entre su línea de batalla, los bagajes y reserva, para que la base de sus movimientos no fuera jamas alcanzada y comprometida por las repentinas irrupciones de la caballería enemiga. El gran visir Ibrahim mandaba el ejército de Asia á la cabeza; Kosrew-bajá el ejército de Europa en segunda línea, el sultan en medio de los ge-

nizaros, como una nube ocultando el rayo, tenia á sus órdenes la reserva.

La batalla siguió instintivamente las fases que el genio de Soliman é Ibrahim le habian trazado de antemano. La caballería húngara bajo el mando del obispo Tomori, salvó como una ola irresistible el ejército de Asia, que se abrió en frente de ella, viniendo á desvanecerse entre la primera y segunda línea del ejército otomano. El rey de Hungría Luis II, seguido de sus mas esforzados caballeros y de su reserva de coraceros cargó sucesivamente sobre el ejército de Asia y el de Europa, atravesó estas dos líneas bajo una nube de flechas y una lluvia de fuego, llegando hasta la eminencia donde el sultan le esperaba con treinta mil genizaros. Descubriéronse baterías de cañones que abrieron anchas brechas en los flancos del ejército húngaro. Pero lo que no habia sido derribado por la metralla se encarnizaba en el asalto de la eminencia donde brillaba la coraza de Soliman. Treinta caballeros del rey comprometidos bajo juramento á morir juntos ó hacer prisionero al sultan, llegaron hasta la cima de la colina. Separados de su padischah por el tumulto de la pelea, los genizaros rechazaban en los flancos de la loma los asaltos del rey. Un grupo de pajes y eunucos moria á los piés del sultan por cubrir su persona. Tocaban ya los ca-

balleros su coraza con la punta de sus lanzas, cuando á los gritos de los pajes llegaron corriendo los genízaros, y cortando por detrás las piernas á los caballos húngaros echaron al suelo revueltos en sangre á los ginetes. Sus cabezas cortadas fueron el primer trofeo de la victoria. Las líneas del ejército de Asia y Europa reformadas y replegadas por Ibrahim aprisionaron al ejército húngaro entre tres murallas de hierro y fuego. Las descargas de artillería lo hacían pedazos. Unos morían buscando la fuga, otros alcanzados en ella por los genízaros se hundían con sus caballos en el fango de los pantanos. Así desapareció el rey Luis, sin que jamás pudiera ser hallado su cuerpo á pesar de los rastros de su sangre. Su casco de acero mal templado, dijeron sus pajes, había sido hendido de un lanzazo, la sangre inundaba sus espaldas; su caballo le llevaba casi exánime hácia el pantano. El agua estancada del Danubio fué su única tumba. Esté era el segundo rey de Hungría, á quien la ambición de sus nobles empujaba, para su desgracia, á una lucha desigual con los turcos, despues de la fatal jornada de Varna. Era el segundo héroe coronado cuyo cuerpo buscaban en vano los turcos vencedores entre los cadáveres sobre el campo de batalla. Dos horas habían bastado para que se decidiera la suerte entre dos príncipes y razas. Dos días y dos noches

estuvo rodando el Danubio los cuerpos de los hombres y caballos que se habían precipitado en el río para evitar el hierro ó el fuego de los turcos. La llanura y el pantano se había tragado el resto. Las músicas de los dos ejércitos agrupadas por Ibrahim en la eminencia, en que se habían levantado las tiendas del sultan, difundían sonatas de victoria por las tinieblas en la llanura enmudecida. Al día siguiente recorrió lentamente el sultan á caballo con Ibrahim el campo de batalla, buscando el cuerpo del rey de Hungría, consolando á los heridos, felicitando á sus soldados y gozando sin inhumanidad de su fortuna. Mandó construir un kiosko y cavar un pozo en el sitio mismo donde se había librado de las lanzas de los húngaros. Su coraza abollada y su casco roto llevaban las marcas de sus golpes.

## XX

En una parada militar semejante á la de los reyes de Persia ó de Alejandro, Soliman, sentado en un trono de oro, bajo una tienda de escarlata, recibió al siguiente día el homenaje de sus visires, bajás y ge-

balleros su coraza con la punta de sus lanzas, cuando á los gritos de los pajes llegaron corriendo los genízaros, y cortando por detrás las piernas á los caballos húngaros echaron al suelo revueltos en sangre á los ginetes. Sus cabezas cortadas fueron el primer trofeo de la victoria. Las líneas del ejército de Asia y Europa reformadas y replegadas por Ibrahim aprisionaron al ejército húngaro entre tres murallas de hierro y fuego. Las descargas de artillería lo hacían pedazos. Unos morían buscando la fuga, otros alcanzados en ella por los genízaros se hundían con sus caballos en el fango de los pantanos. Así desapareció el rey Luis, sin que jamás pudiera ser hallado su cuerpo á pesar de los rastros de su sangre. Su casco de acero mal templado, dijeron sus pajes, había sido hendido de un lanzazo, la sangre inundaba sus espaldas; su caballo le llevaba casi exánime hácia el pantano. El agua estancada del Danubio fué su única tumba. Esté era el segundo rey de Hungría, á quien la ambición de sus nobles empujaba, para su desgracia, á una lucha desigual con los turcos, despues de la fatal jornada de Varna. Era el segundo héroe coronado cuyo cuerpo buscaban en vano los turcos vencedores entre los cadáveres sobre el campo de batalla. Dos horas habían bastado para que se decidiera la suerte entre dos príncipes y razas. Dos días y dos noches

estuvo rodando el Danubio los cuerpos de los hombres y caballos que se habían precipitado en el río para evitar el hierro ó el fuego de los turcos. La llanura y el pantano se había tragado el resto. Las músicas de los dos ejércitos agrupadas por Ibrahim en la eminencia, en que se habían levantado las tiendas del sultan, difundían sonatas de victoria por las tinieblas en la llanura enmudecida. Al día siguiente recorrió lentamente el sultan á caballo con Ibrahim el campo de batalla, buscando el cuerpo del rey de Hungría, consolando á los heridos, felicitando á sus soldados y gozando sin inhumanidad de su fortuna. Mandó construir un kiosko y cavar un pozo en el sitio mismo donde se había librado de las lanzas de los húngaros. Su coraza abollada y su casco roto llevaban las marcas de sus golpes.

## XX

En una parada militar semejante á la de los reyes de Persia ó de Alejandro, Soliman, sentado en un trono de oro, bajo una tienda de escarlata, recibió al siguiente día el homenaje de sus visires, bajás y ge-

nerales. Con sus propias manos puso un plumero de avestruz en el turbante del gran visir. Una pirámide de cuatro mil cabezas de vencidos coronada con las de los barones, caballeros y obispos muertos en el combate, se elevaba en frente del dintel de su tienda.

Treinta mil cadáveres de húngaros fueron sepultados por sus órdenes en inmensos fosos, cavados por los akindjis al borde del pantano. El incendio de Mohacz alumbró con su llama á esta sepultura de los héroes de Hungría. Los prisioneros que escaparon de la carnicería de los akindjis, fueron reunidos en convoyes para ir á poblar los valles de Asia. Las mujeres, niños y ancianos fueron puestos en libertad y dejados en su patria.

No teniendo ya enemigos al frente avanzó Soliman hasta Ofen, que le abrió sus puertas. Trató á esta capital como soberano paternal y no como conquistador. Vida, bienes, religion y honra de los habitantes fueron protegidos contra la ferocidad de los soldados. No quiso llevarse otros despojos que los gigantescaos cañones, fundidos por el ingeniero húngaro para Mahomet II, las antiguas estátuas de bronce de Hércules, Diana y Apolo, que fueron á decorar el hipódromo de Constantinopla, y la sabia biblioteca de Ofen. Un puente, rápidamente construido por su orden sobre el Danubio, condujo al ejército á Pesth.

En esta capital recibió á las diputaciones de los nobles húngaros. Les prometió reconocer por rey á Juan Zapolya, candidato para el trono, presentado por ellos, cuya ambicion é incapacidad política le prometian un vasallo sin riesgo para el imperio.

Miéntas que emprendia la vuelta á Constantinopla con la flor de su ejército, los cuerpos destacados, abandonados á la codicia y ferocidad de los jefes, asolaban, robaban, martirizaban, incendiaban las ciudades y castillos de Hungría. Rebaños de esclavos encadenados, y millares de bueyes y carneros, presa de la guerra, repasaron el Danubio bajo las lanzas de estos soldados.

Despues de hacer su entrada triunfal en el serrallo, se ocupó Soliman en embellecer á la capital con los antiguos despojos de Ofen y Pesth. Los viejos turcos murmuraban viendo levantarse sobre el hipódromo las estátuas que les recordaban los aborrecidos ídolos, destruidos por la religion del Profeta.

Soliman é Ibrahim despreciaban estos escrúpulos de un populacho ignorante, que consideraba al arte como impiedad. Un poeta del viejo partido turco-mano, llamado Fighani, escribió un distico acusador contra el visir. « Miéntas el antiguo Ibrahim, decia este distico jugando con el nombre de Abraham, derribaba los ídolos, el nuevo Ibrahim los le-

vanta para ofuscar con ellos á Dios único. » Para su-  
focar la sedicion en su primer murmullo, hizo el  
gran visir pasear irrisoriamente por la ciudad á Fig-  
hani, autor de los versos, montado en un burro, sím-  
bolo de la estupidez.

## XXI

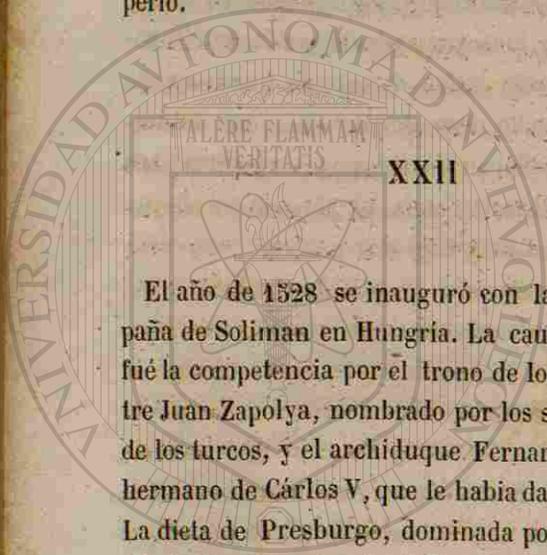
Hubo algun alboroto en Asia ocasionado por los  
turcomanos á consecuencia de la reparticion injusta  
de los impuestos. Un descendiente del famoso der-  
vis Hadji-Begtaschi, patron venerado de los geniza-  
ros, llamado Kalender, sublevó á millares de dervi-  
ses, y por medio de estos, al populacho de los cam-  
pos de Anatolia. Kosrew-bajá, el gobernador de Ca-  
ramania y el bajá de Alepo, reunidos cerca de Tokat  
contra Kalender, sucumbieron en la batalla dada  
contra este ejército de fanáticos. El gran visir mismo  
marchó con un cuerpo de genizaros contra Kalender.  
Su política y caricias para con los turcomanos, que  
componian toda la fuerza del rebelde, desprendieron  
del mismo á sus partidarios. Abandonado por todos

fué decapitado por Ibrahim; su cabeza sujeta al ar-  
zon de la silla de un aga fué llevada al sultan.

Convocó Ibrahim en Tokat á los generales y begs,  
que se habian dejado vencer por Kalender. « Porqué;  
les dijo con un tono que anunciaba su suplicio, ha-  
beis cobardemente huido delante de una tropa de  
miserables y medio desnudos dervises, hez del im-  
perio. ¿ Todos callaban de terror y vergüenza? Los  
verdugos rodeaban la tienda. El gobernador de Its-  
chil, Mohammed-Beg, hijo del antiguo gran visir  
Piri-bajá, se prosternó á los piés de Ibrahim, y to-  
mando por todos la palabra: « Nuestros padres, dijo,  
ántes de empezar la batalla tenian la costumbre de  
invocar la asistencia de Dios, de hacer votos por el  
sultan y de tomar consejo de los guerreros mas ex-  
perimentados de barba blanca; mas nosotros hemos  
despreciado estas sabias costumbres, el orgullo y  
loca presuncion han atraido sobre nosotros estas  
desgracias; para expiarlas, aquí tienes el sable y  
nuestras cabezas. Ibrahim se dejó ablandar por esta  
resignacion, perdonó á los generales, y llevó consi-  
go á Constantinopla á Mohammed-Piri como hom-  
bre de buen consejo y elocuencia.

A la vuelta de su ministro hizo el sultan abrir so-  
bre la sala del divan aquella pequeña ventana, cu-  
bierta con una cortina, desde donde se creia que

asistia invisible á las deliberaciones del consejo. Los otomanos llamaron á esta ventana el ojo ó la oreja del sultan, abierta siempre sobre el gobierno del imperio.



El año de 1528 se inauguró con la tercera campaña de Soliman en Hungría. La causa de la guerra fué la competencia por el trono de los húngaros entre Juan Zapolya, nombrado por los señores, cliente de los turcos, y el archiduque Fernando de Austria, hermano de Carlos V, que le habia dado esta corona. La dieta de Presburgo, dominada por Carlos V, habia declarado usurpador á Zapolya en 1526. Vencido por Fernando en Tokai, refugiado en los Estados de Sigismundo, rey de Polonia, Zapolya invocaba el socorro de los polacos y de los turcos para recobrar el trono. Los franceses secundaban sus reclamaciones en Turquía y Polonia contra el hermano de Carlos V, Luis Gritti, hijo natural de Andrés Gritti, dux de Venecia, diplomático otomano, favorito del gran visir y del sultan, y su consejero en todos los asuntos

de Europa, servia con ardor en el divan la causa de los franceses, de los polacos y de Zapolya. Ibrahim, vencido por los esfuerzos del embajador de Francia y de Gritti, recibió en audiencia pública al embajador del pretendiente húngaro.

« ¿Porqué no ha pedido antes tu señor la corona de Hungría al sultan? le dijo Ibrahim. ¿No ha comprendido lo que significaba la conservacion del palacio real de Ofen en la época en que se incendió esta ciudad? »

El segundo visir, el viejo y brutal Mustafá-bajá, habló mas rudamente á los húngaros : « ¿Qué esperas tú, le dijo, y como un correo de un *ban* de Transilvania se atreve á llamar al sultan padre de un príncipe tan pobre como tu amo? ¿Dónde están tus tributos y tus presentes? ¿Cómo se ha atrevido tu señor á entrar en Ofen pisado por los piés del caballo de nuestro padischa? ¿No sabes tú que todo rincon de tierra sombreado por el sultan ó su caballo queda sometido á su dominacion? »

« Nosotros hemos dado muerte al rey Luis de Hungría, repuso con mas dulzura el hábil Ibrahim, hemos conquistado su palacio, hemos comido y dormido en sus salones, su reino nos pertenece. Locura es creer que los reyes son reyes por la corona; el oro, las piedras preciosas ni la diadema no ha-

« cen reinar : quien hace reinar es el hierro. El sa-  
 « ble obliga á obedecer; el sable debe guardar lo  
 « que conquista; que tu amo reconozca al sultan por  
 « señor, y nosotros exterminaremos, no solo á Fer-  
 « nando, sino á todos sus amigos; nosotros allanare-  
 « mos las montañas con las herraduras de nuestros  
 « caballos. Nosotros no dormimos, estamos prepara-  
 « dos á entrar en campaña; los dos rivales habrán  
 « agotado ya sus fuerzas con la contienda, y los ejér-  
 « citos del sultan los vencerán á los dos sin mucho  
 « trabajo. No te hablo como los turcos, es decir bre-  
 « vemente; los turcos hacen mucho y hablan poco.  
 « ¿ Te sorprende el verme sonreír? Me sonrío al ver  
 « que vienes á pedir á los países adquiridos con  
 « el filo de la cimitarra; sabe que tenemos uñas mas  
 « atroces que los halcones; nuestras manos quedan  
 « donde las hemos puesto, á ménos que no las corten;  
 « conserva en la memoria estas palabras, porque son la  
 « pura verdad; la tierra recibe toda gota de agua que  
 « cae: nosotros oímos las palabras que se nos dirigen.  
 « Vosotros pensais siempre en Belgrado. Veo que has  
 « bebido vino de Syrmia, y que las copas de Tokai  
 « han acariciado tus labios. Tú nos hablas de la Po-  
 « lonia; sabe que sin hacer la guerra á la Polonia,  
 « nos da actualmente mas de cincuenta mil ducados  
 « anuales, porque los tártaros venden á los turcos los

« esclavos que sacan de Polonia, y los polacos nos  
 « pagan su rescate. Si quisieramos, en una campaña  
 « la devastariamos y la rendiriamos. »

## XXIII

El embajador de Zapolya habia comprendido el favor secreto de Ibrahim á través de la elocuencia semi-griega y semi-tártara del jóven gran visir. Soliman lo recibió al dia siguiente en medio de su córte: « Yo acepto, le dijo el sultan, la alianza de tu  
 « señor. Hasta ahora su reino no le ha pertenecido  
 « realmente, mio es por el derecho del sable, pero  
 « en recompensa de su adhesion á mi persona, lo  
 « protegeré tan eficazmente contra Fernando y el  
 « Austria, que podrá dormir tranquilamente. »

« Ahora, añadió el gran visir, llamaremos á tu  
 « señor rey y no ban de Transilvania. El sultan  
 « marchará en persona contra sus enemigos. Ve,  
 « nosotros no le pedimos ni tributos ni presentes. »

Una diplomacia tan hábil encontraba bastante recompensa en el grande y legitimo dominio que iba á ejercer en Hungría con el jefe elegido por el pue-

blo. La política de Soliman y de Ibrahim igualaba el refinamiento de las córtes mas famosas en Europa por su astucia, y las sobrepujaba en elocuencia. El genio griego y el otomano asociados en este gobierno de dos cabezas acababa por medio de la palabra, lo que habia principiado por la guerra. Luis Gritti, vendido por su interés á Ibrahim y á Soliman, tenia la ventaja de conocer las córtes europeas y de poseer el arte de un italiano. Este consejero oculto tenia cada vez mas favor en el serrallo, y podia aspirar, profesando el islamismo, al gobierno del imperio que lo habia adoptado. Zapolya lo nombró pronto su embajador cerca de la Puerta.

## XXIV

El archiduque Fernando envió por su parte un embajador á Soliman para reclamar de él la Hungría. « ¿ Porqué no me pedís tambien á Constantinopla? » respondió irónicamente el sultan. « Vuestro amo no ha tenido bastantes relaciones de amistad y vecindad con nosotros; decidle que yo iré pronto á hacerle una visita con todo mi acompañamiento. » Mandó que le dieran bolsas de oro y lo despidió.

Algunas semanas despues nombró á Ibrahim generalísimo del ejército contra el Austria, con un sueldo extraordinario de sesenta mil ducados de oro para la campaña. Djelalzade trascribió el nombramiento y las atribuciones del generalísimo en estos términos, que revelan la naturaleza de las funciones del teniente general del imperio.

« Yo ordeno, decia Soliman, que seas desde hoy y para siempre mi gran visir, y el seraskier nombrado por mí majestad en todos mis Estados. Mis visires beglerbegs, jueces militares, legistas, seides, scheiks, mis dignatarios de la corte y columnas del imperio, sandjakebs, generales de la cavallería ó de la infantería, todo mi ejército victorioso, todos mis esclavos grandes ó pequeños, mis funcionarios y empleados, los habitantes de mis reinos y de mis provincias, los ciudadanos y paisanos, los ricos y los pobres, todos en fin reconocerán mi sobredicho gran visir como seraskier, lo estimarán y lo venerarán como tal, mirarán lo que diga á crea como una orden emanada de mi boca, que hace llover perlas, escucharán su palabra con toda la atencion posible, recibirán sus recomendaciones con todo respeto sin discrepar un ápice de lo que mande. El derecho de nombrar y destituir los beglerbegs, los sandjakebs y los demás fun-

« cionarios desde los mas altos hasta los mas bajos,  
 « sea en mi bienaventurada Puerta, sea en las pro-  
 « vincias, queda á discrecion de su buen juicio y  
 « claro talento. Así debe cumplir los deberes que le  
 « imponen las atribuciones del gran visir y del se-  
 « raskier, no desviarse del camino del derecho y de la  
 « justicia, dar á cada hombre el rango que le con-  
 « viene. Cuando mi sublime persona entra en cam-  
 « paña, ó euando algun acontecimiento exige el en-  
 « vio de un ejército, el seraskier es el único juez de  
 « sus actos; nadie debe dejar de obedecerlo. Todas  
 « las disposiciones que juzgue convenientes para la  
 « investidura de los sandjaks, de los feudos y de los  
 « empleos, para el aumento de sueldo, distribucion  
 « de presentes, excepto los que hayan sido hechos al  
 « ejército en general, son aprobados de antemano y  
 « sancionados por mi majestad. Si contra mi su-  
 « blime orden ó ley fundamental, un miembro de  
 « mi victorioso ejército (Dios nos preserve de ello!)  
 « fuese rebelde á la orden de mi gran visir y seras-  
 « kier, si uno de mis esclavos oprimiese al pueblo,  
 « seria preciso dar parte inmediatamente á mi su-  
 « blime Puerta, y el culpable ó los culpables, cual-  
 « quiera que fuese su número, recibirian el castigo  
 « que hubiesen merecido. »

## XXV

Doscientos mil hombres siguieron al sultan y al gran visir al otro lado del Danubio. Zapolya vino á recibir la investidura del reino á Mohacz, en la misma llanura que habian fecundado tres años ántes los cadáveres de treinta mil húngaros. Soliman lo coronó en el palacio de Ofen y marchó de allí contra Fernando por el camino de Viena. Puso sitio, pero en vano, á la capital de Austria, defendida por sus murallas y por diez y seis mil héroes despues de muchos asaltos y de salidas sin número, Soliman dispuso uno general para el 14 de octubre. Una brecha de cincuenta toesas junto á la puerta de Carinthia parecia al fin que ofrecia una entrada á los otomanos. El valor de los alemanes lo colmó con los cadáveres de los genizaros. El desaliento, las murmuraciones y el pánico refluyeron de los fosos de Viena al campo de Soliman. Veinte mil turcos habian perecido bajo estas murallas; el otoño lluvioso y frio amenazaba con devorar el ejército á su vuelta. Ibrahim levantó el campo en la noche del 15 de oc-

tubre, cubriendo con el silencio y las tinieblas una retirada semejante á una fuga. Las salvas del cañon de Viena saludaron al rayar el dia la partida de los otomanos. Las campanas de la ciudad, mudas desde el primer dia del sitio, fueron echadas á vuelo.

« Qué ruido es ese? » preguntó Soliman al croata Zedlitz, uno de los prisioneros que llevaba consigo.

« Un signo de fiesta y alegría, » respondió Zedlitz. Soliman, sin irritarse contra aquella alegría que contrastaba con su tristeza, mandó dar un caftan de honor al prisionero y lo envió libre á Viena. Quería seducir así á los que no habia podido vencer, y preparar los corazones á la paz. « Nobles y generosos capitanes, » escribió el gran visir á los vieneses por medio de Zedlitz, « sabed que no habiamos venido á conquistar vuestra ciudad, sino para pelear contra vuestro archiduque Fernando, que nos disputa la Hungría. Vosotros podeis enviarnos embajadores para tratar acerca de la suerte de vuestros compatriotas, que hemos hecho prisioneros. »

En el primer alto que hizo el ejército, despues de levantar el sitio de Viena, Soliman recompensó á sus visires, á sus generales, á sus genizaros y á todos los cuerpos del ejército con presentes y aumento de sueldo, dando de esta suerte á un reves el aspecto de

una victoria. No pudiendo domar á la fortuna queria engañarla. Ibrahim, á quien se decia que pensaba dar Soliman la corona de Hungría, si la campaña de Viena hubiese sido decisiva, entregó esta corona á Zapolya al volver á pasar por Ofen.

El sultan y el ejército entraron por Belgrado en las fronteras de la Turquía. La Hungría, destrozada por Zapolya y Fernando le quitaba toda inquietud respecto de estas provincias.

## XXVI

Las fiestas por la circuncision de cuatro príncipes, hijos de Soliman, se mezclaron en Constantinopla con las de una campaña en que la política del sultan pretendia hacer admirar un triunfo. Todas las corporaciones del imperio se sentaron durante doce dias consecutivos en banquetes dados por el soberano á los magnates de su corte, á su ejército y á su pueblo. El favor de Ibrahim no habia disminuído con su fortuna. El último dia de estas fiestas de la circuncision, que se llaman tambien las bodas, el sultan, exaltado él mismo con la embriaguez general, le pre-

guntó: « ¿Cuáles eran en su opinion las fiestas mas  
« espléndidas, las que tuvieron lugar cuando se cele-  
« bró el matrimonio de su hermana, ó las que aca-  
« baba de presenciar por la circuncision de sus  
« hijos?

« Nunca ha habido ni habrá, exclamó el gran  
« visir, fiestas comparables á las de mi boda. —  
« Como tienes valor para decir eso? » repuso el sul-  
tan casi celoso. — « Sí, » continuó el favorito,  
« vuestra majestad no ha tenido en su boda un con-  
« vido comparable al que ha honrado la mia con  
« su presencia, puesto que el padischah de Stambul,  
« de la Meca, de Medina, del Cairo y de Damasco, el  
« Salomon moderno se ha dignado sentarse á mi  
« mesa. — Tienes razon, » respondió el sultan,  
« me doy por vencido; pero es por mí mismo; te  
« doy las gracias por haberme recordado mi der-  
« rota. »

## XXVII

Mientras que nuevos enviados de Fernando de Austria iban á solicitar á Constantinopla el reconocimiento de este príncipe como rey de Hungría, la

Francia continuaba apresurando al sultan para que se negara á este acrecentamiento de poder de la casa de Austria. Instigado por la Francia habia emprendido Soliman sus campañas de Hungría y de Viena. La duquesa de Angulema habia enviado á su córte, durante la cautividad de Francisco I, al conde de Frangipani para disuadirlo de toda concesion al Austria y para prometerle el concurso de la Francia en armas y buques contra Fernando. La respuesta del sultan, redactada por Ibrahim, es un testimonio de la inteligencia política y del estilo de este gran ministro. Trasladamos íntegro este comentario de una diplomacia que el Occidente llamaba bárbara:

« En el nombre de Dios clemente y misericor-  
« dioso!

« Por la gracia del Altísimo (cuyo poder sea eter-  
« namente honrado y glorificado, y cuya palabra  
« divina sea exaltada); por los milagros abundantes  
« en beneficios del sol de los cielos de la profecía,  
« del astro de la constelacion del patriarcado, del  
« pontífice de la falange de los profetas, del corifeo  
« de la legion de los santos, Mahoma el purísimo  
« (que la bendicion de Dios y la salvacion sean con  
« él!); y bajo la proteccion de las almas santas de  
« los cuatros amigos que son Abu-Bekre, Omar,  
« Othman y Alí (á quienes Dios bendiga!);

« Schah-Sultan, Soliman-Khan, hijo de Selim-  
« Khan, siempre victoriosos :

« Yo, que soy el sultan de los sultanes, el rey de  
« los reyes, yo que distribuyo las coronas á los prin-  
« cipes de la tierra, sombra de Dios en el mundo,  
« emperador y señor soberano del mar Blanco y del  
« mar Negro, de la Rumelia y de la Anatolia, de la  
« provincia de Sulkadr, del Diarbekir, del Kurdis-  
« tan, del Aderbidjan, del Adjem, de Scham, de  
« Haleb, de Egipto, de la Meca, de Medina, de Jeru-  
« salén, de todas las comarcas de la Arabia y del  
« Yemen; y además de otras muchas provincias que,  
« por su poder victorioso, han conquistado mis glo-  
« riosos y angustos predecesores, con numerosos  
« países que mi gloriosa majestad ha sometido á mi  
« espada flamigera y á mi triunfante acero; yo en  
« fin, hijo de Sultan-Selim, hijo de Sultan-Bajazet II,  
« Schah-Sultan, Soliman-Khan :

« A TI, FRANCISCO,

« QUE ERES EL REY DEL REINO DE FRANCIA.

« La carta que habeis dirigido á mi córte, asilo de  
« los reyes, por medio de Frangipani, hombre digno  
« de vuestra confianza, y ciertas comunicaciones  
« verbales que le habeis recomendado, me han he-  
« cho saber que el enemigo amenaza y devasta

« vuestro reino, que estais ahora prisionero y que  
« pedis socorro y apoyo aquí para adquirir vuestra  
« libertad. Todo lo que habeis dicho ha sido expuesto  
« al pié de mi trono, refugio del mundo; los detalles  
« explicativos han sido perfectamente comprendidos,  
« y mi ciencia angusta los abarca en todo su con-  
« junto. Que en estos tiempos haya emperadores der-  
« rotados y prisioneros no es cosa que deba sorpren-  
« der. ¡Que vuestro corazon cobre aliento! ¡Que  
« vuestra alma no se deje abatir! Siendo esto así,  
« nuestros gloriosos predecesores y nuestros ante-  
« pasados (que Dios ilumine su última hora!) no han  
« dejado de entrar en campaña para combatir al  
« enemigo y hacer conquistas; y yo tambien, si-  
« guiendo sus huellas, he sometido en todas las esta-  
« ciones provincias y fortalezas poderosas y de difícil  
« acceso; yo no he dormido ni de dia ni de noche,  
« y jamás me descuío la espada. Que la justicia di-  
« vina (cuyo nombre sea bendito!) nos haga fácil  
« la ejecucion del bien! Que su voluntad, cual  
« quiera que sea, nos aparezca claramente!

« Por lo demás, interrogad á vuestro enviado so-  
« bre el estado de los negocios y los acontecimientos;  
« sean como quieran, creed lo que os diga, y sabed  
« que es así. »

## XXVIII

En la misma época escribió Soliman á Francisco I, que habia reivindicado la iglesia del Santo sepulcro de Jerusalén.

« Me habeis hecho saber que existe en la plaza  
 « fuerte de Jerusalén, que forma parte de mis esta-  
 « dos, bien guardados, una iglesia que estuvo en  
 « otro tiempo en poder del pueblo de Jesus, y que  
 « ha sido posteriormente cambiada en mezquita; sé  
 « detalladamente todo lo que habeis dicho respecto  
 « de esto. Si fuese solo una cuestion de propiedad,  
 « en consideracion á la amistad y al afecto que  
 « existen entre nuestra gloriosa majestad y vos,  
 « vuestros deseos quedarían cumplidos; pero no se  
 « trata de bienes muebles ó inmuebles : se trata de  
 « un objeto de nuestra religion; porque en virtud  
 « de las órdenes sacrosantas del Dios altísimo, cría-  
 « dor del universo y bienhechor de Adam, y segun  
 « las leyes de nuestro profeta, el sol de los dos mun-  
 « dos (sobre quienes recaiga la bendicion y la sa-  
 « lud!) esta iglesia se halla convertida de tiempo

« inmemorial en mezquita, y los musulmanes hacen  
 « en ella y han hecho el *namaz* (oracion canónica).  
 « Ahora bien, alterar con un cambio de destino el  
 « lugar que ha tenido el título de mezquita, y en el  
 « cual se ha hecho el *namaz*, seria contrario á nues-  
 « tra religion : en una palabra, aunque este acto  
 « fuese tolerado por nuestra santa ley, no me seria  
 « posible acojer con benevolencia vuestra pretension.  
 « Pero exceptuando los lugares consagrados á la ora-  
 « cion, en todos los que ocupan los cristianos, nin-  
 « guno puede inquietarlos ni turbarlos, bajo el ala  
 « de mi proteccion soberana, les es permitido cele-  
 « brar los ritos de su religion; y ahora, establecidos  
 « con toda seguridad en los edificios de su culto y en  
 « sus cuarteles, es imposible que nadie los atormente  
 « y los tiranice en lo mas mínimo. ¡ Qué así sea ! Es-  
 « crito en la primera década de la luna de mohar-  
 « ram-al-haram, año 935 de la hegira (mediados de  
 « setiembre de 1528 de Jesucristo). De la residencia  
 « en Constantinopla, la bien pertrechada y bien guar-  
 « dada.»

## XXIX

Las rivalidades de patronato sobre la Hungría, las escitaciones de la Francia, la necesidad de dar curso en el exterior á la inquietud de los genizaros, y sobre todo la ambicion de medir sus fuerzas con las de Carlos V, el Soliman del Occidente, hicieron volver al sultan á Belgrado en 1532. Doscientos cincuenta mil hombres lo precedian. M. de Rinçon, embajador de Francia lo aguardaba allí. Quince mil tártaros, mandados por Sahib-Gherai, hermano del khan de Crimea, aliados perpétuos de los otomanos, se incorporaron con su ejército. Esta campaña, que no fué mas que una serie de sitios contra las ciudades y los castillos de los magnates rebeldes de Zapolya, mostró la disciplina del ejército y la magnanimidad de Soliman. Devolvió casi por todas partes las ciudades conquistadas á los héroes húngaros que las habian defendido bien contra él, contentándose con vencer y exigir juramento de fidelidad al rey que él protegía contra el hermano de Carlos V. Solo Kasim-Beg, uno de sus generales mas aventureros y mas fanáticos,

devastó la Estiria y el Austria con un cuerpo de veinte mil caballos indisciplinados. Los jóvenes de ambos sexos cogidos en estas excursiones y atados á la grupa de los caballos de los adkinjis fueron llevados como rebaños de esclavos y vendidos á precio vil en los campamentos. El conde de Lodron, el margrave de de Brandeburgo vengaron estos pillajes de hombres en Priggiliz en un desfiladero en que perecieron diez mil turcos. Kasim-Beg y Othman sucumbieron allí á manos de los ginetes estirios ó húngaros. Pablo Bakics, uno de estos héroes, alcanzó con su lanza á Othman, lo derribó en tierra, y le atravesó el corazon con un puñal. El casco embutido de oro de Kasim fué enviado á Carlos V.

Durante estos combates parciales, Soliman y las masas de su ejército avanzaban por los ásperos senderos de la Estiria hasta el pié de las torres de Gratz. En el dintel de una de estas torres se esculpió la figura del sultan, en memoria de esta aparicion, que hizo temblar á la Alemania y á la Italia.

Los turcos que tropezaban contra mil castillos y numerosos destacamentos de intrépidos voluntarios, sin hallar en ninguna parte un ejército, refluieron muy pronto con un botin de cuarenta mil esclavos. De vuelta en Belgrado, Soliman dirigió al imperio y las córtes de Europa y de Asia cartas victoriosas, en

que acusaba la cobardía de Carlos V, que no se había atrevido, decía, á defender en persona contra él la Alemania. « Príncipe, escribía, tan imposible de encontrarse en un campo de batalla, como al lado de las mujeres. »

El rey de Polonia, Sigismundo, le envió embajadores á Belgrado, para implorar su alianza y su protección contra los tártaros de Crimea. Soliman concedió á los polacos lo que pedían: prohibió á los khanes de la casa de Gherai que repitiesen sus incursiones en Polonia. El 18 de noviembre entró vencedor sin combate en Constantinopla.

Pero mientras que Carlos V se eclipsaba ante él en Alemania, el almirante genovés, Andres Doria, comandante de la flota de la Italia, del papa, de la España, limpiaba el mar de bajeles otomanos, aterraba las costas de Morea, é insultaba impúnemente la misma embocadura de los Dardanelos. Los turcos, invencibles en el continente, han poseido raras veces el mar. Además de no ser el ingenio naval propio de las razas pastoriles, otra cosa explica en la historia esta inferioridad de los otomanos. En tierra peleaban ellos mismos; en el mar peleaban por ellos los griegos, sus esclavos ó sus súbditos. Estos griegos, excelentes marinos, pero súbditos ó esclavos, no hallaban en su fé ni en su orgullo de raza el principio de herois-

mo que daba la victoria á los musulmanes en los campos de batalla. Luego, las guerras navales no son levadas en masa, de las que no se exige mas que impetuosa y valor; las guerras navales son un arte. Se puede improvisar un ejército, pero no una flota. Los buques, esos instrumentos de la guerra marítima se construyen, se arman y se acostumbran á las evoluciones del mar con lentitud.

Los otomanos no han tenido nunca la administración naval que crea y conserva las flotas. Situados entre tres mares, dos estrechos y un archipiélago, no han sabido nunca poseerlos apesar de ocuparlos. Cada raza tenia su genio, mas influente en su destino que la misma geografía. El almirante de una pequeña república, que no poseia mas que una roca y un puerto en el Mediterráneo, como Génova, hacia temblar al señor del Asia y de la Europa en Constantinopla.

## XXX

Estas humillaciones en sus costas y el deseo de proseguir en Persia los planes abortados de su padre

Selim I, hicieron á Soliman II mas accesible á los consejos de paz con Cárlos V y Fernando. Recibió en Constantinopla sus embajadores, y él mismo consintió en enviar, por la vez primera desde la fundacion del imperio, un embajador á Viena. Fernando lo recibió sentado sobre un trono cubierto con paño de oro, rodeado de los grandes de Bohemia, de Austria y de algunos magnates de Hungría, partidarios suyos. La paz, bajo el nombre de tregua, fue concluida por la intervencion del mismo Cárlos V, que consintió en prometer al sultan la restitution de los puertos de Morea, conquistados por Doria, y en enviar á Constantinopla las llaves de la fortaleza húngara de Gran, como signo de deferencia. Soliman se comprometia por su parte á respetar las posesiones que Fernando poseia en el territorio de Hungría.

Estas condiciones, aceptadas en Viena, fueron llevadas por los embajadores de Fernando á Constantinopla para que las ratificase Soliman. La narracion de la residencia de estos embajadores en su córte, sacada de los archivos españoles, caracteriza al siglo, los lugares y los hombres. El gran visir Ibrahim recibió con un júbilo poco disimulado las llaves de Gran, que le trajeron, prometiéndoles contentarse con aquel homenaje, y no insistir en la entrega real de la fortaleza.

« Ibrahim, dicen, los tuvo largo rato en pié, dándole tiempo para contemplar el rostro del gran ministro que removía con el pensamiento el mundo desde Viena hasta Bagdad. Se parecía al sultan; su figura era ovalada y fina, los ojos negros y dulces, la tez tostada por seis campañas, la boca entreabierta, dientes blancos separados los unos de los otros, y agudos como pepitas de granadas. Les habló con la elocuencia y la jaéncia natural á los griegos de la Albania, su patria. Al principio, les dijo, el prest de estos genízaros que hacen temblar el Danubio y el Eufrates no era mas que de medio áspro por dia; despues hemos podido elevarlo sin dificultad á dos, á tres, á cinco áspros; ahora, el soldado raso recibe ocho. Nuestra marina necesita gastos enormes; pero el tesoro es tan rico que apenas se nota lo que se extrae. Ayer mismo saqué de él mil cargas de caballos, es decir, dos millones de ducados de oro para equipar una flota contra la Italia... Cincuenta mil tártaros bastarian para subyugar el mundo... No somos tan bárbaros como creen los cristianos. Yo mismo he hecho llevar á millares de mujeres, de muchachos y de prisioneros á varios bosques para preservarlos de la esclavitud; muchos han hecho lo mismo. Yo gobierno este vasto imperio; yo doy los empleos, distribuyo las

«provincias, lo que doy dado está; lo que rehusó re-  
 «husado queda; aun cuando el mismo Padischah  
 «quiere conceder ó ha concedido alguna cosa, si yo  
 «no sanciono su decision, es como si no hubiese hecho  
 «nada, porque todo depende de mí: guerra, paz,  
 «política, tesoro. Os hablo así para estimularos á  
 «hablarme con confianza.» Habiendo examinado  
 luego el sello de Carlos V que traía el tratado: «Mi  
 «señor, dijo, tiene dos sellos semejantes, de los que  
 «él guarda uno, y yo tengo el otro, porque no quiere  
 «que haya ninguna diferencia entre los dos. Si se  
 «manda hacer trajes, los pide iguales para mí; todo  
 «lo que quiero construir lo paga de su bolsillo. Él  
 «ha levantado á su costa este palacio, este salon en  
 «que os recibo... Mi emperador ha dado la Hungría  
 «al rey Juan Zapolya, y nadie podrá quitársela.  
 «Guardaré muchas consideraciones á la reina María  
 «de Hungría (reina desposeida, viuda del rey Luis II,  
 «muerto en Mohacz); se le devolverán su dote y sus  
 «dominios personales... Si hubiera permanecido una  
 «hora mas en Ofen, hubiera caido en mis manos. Mi  
 «señor la hubiera tratado como á una hermana... La  
 «gloria de los grandes soberanos consiste en honrar  
 «á los vencidos...»

Y como los embajadores se mirasen entre sí admirados de semejante lenguaje, y pareciese por su fiso-

nomía que atribuian al veneciano Gritti una elocuencia tan civilizada y tan magnánima, Ibrahim adivinó su pensamiento en su silencio, segun dice el manuscrito latino: «No creais, añadió sonriéndose, que me  
 «inspira Gritti estas palabras; Gritti no me hace que-  
 «rer y decir lo que yo quiero y digo; por el contra-  
 «rio, yo hago decir y querer á Gritti lo que me con-  
 «viene. Os lo repito para que no lo ignoreis: yo soy  
 «el señor, y lo que yo quiero, lo quiere el sultan.»

## XXXI

En semejante lenguaje se comenzaba á revelar la *embriaguez del flautista*, elevado por la amistad de su señor al nivel del trono, que querria ocupar muy pronto. En esta alternativa de un espíritu ébrio de grandeza, parecia que se presentia á distancia que la fortuna lo abandonaba.

La narracion de su última conferencia con Ibrahim manifestó mas á las claras el carácter jactancioso del griego, convertido en señor de su amo. Entre otras preguntas indiferentes que tuvieron lugar ántes de entrar en materia, hizo Ibrahim la siguiente:

« ¿Porqué no está la España tan bien cultivada como  
 « la Francia? » Le respondieron que se debía atribuir á la sequedad del pais, á la expulsion de los judíos y de los moros, y al orgullo de los españoles, que preferian el manejo de las armas al del arado. « Ese  
 « orgullo, observó Ibrahim, está en la sangre; los  
 « griegos igualmente son arrogantes y generosos. »  
 Por fin abrió la conferencia con una parábola : « El  
 « mas terrible de los animales, el leon, no puede ser  
 « domado por la fuerza, sino por la astucia, por el ali-  
 « mento que le da su guarda, y por el influjo del há-  
 « bito; el guarda debe llevar un palo para intimidarlo :  
 « ninguna otra persona podria darle de comer. El  
 « leon es el principe, los que lo guardan son sus con-  
 « sejeros, sus ministros; el palo es la verdad y la  
 « justicia, que deben ser las cualidades del principe.  
 « Yo guio á mi señor, el gran emperador, con la vara  
 « de la verdad y de la justicia. El rey Carlos es tam-  
 « bien un leon; es menester pues que sus embajadores  
 « lo domen de la misma manera. » Y poniéndose luego  
 á hablar de su poder : « Lo que yo hago, dijo, he-  
 « cho está; yo puedo hacer un bajá de un palafrene-  
 « ro; puedo dar provincias y reinos á quien me aco-  
 « mode, sin que mi señor se ocupe en saber lo que  
 « he hecho; si manda algo que desapruebo, no se  
 « ejecuta; y por el contrario, si él desaprueba algo

« de lo que yo mando, no por eso deja de llevarse á  
 « efecto. La paz, la guerra, y los tesoros del imperio  
 « están en mis manos, mi señor no está mas lujosa-  
 « mente vestido que yo; mi fortuna está intacta, por-  
 « que él paga todos mis gastos. Sus reinos, sus pro-  
 « vincias, sus caudales me están confiados y hago de  
 « ellos lo que me acomoda. Yo he vivido con el sul-  
 « tan desde mi adolescencia; he nacido en la misma  
 « semana que él. Cuando subia al trono, envió un  
 « embajador á Hungría con la esperanza de entablar  
 « con los húngaros relaciones de buena vecindad y de  
 « recibir el pésame por la muerte de su padre, y la  
 « enhorabuena por su advenimiento; pero se apodera-  
 « ron del mensajero y lo encerraron en un calabozo.  
 « Otro tschausch que recibió la misma mision sufrió  
 « el mismo tratamiento, probablemente porque juz-  
 « garon que era un alto personaje; todo esto irritó  
 « mucho al gran padischah. Poco tiempo despues, el  
 « rey de Francia fué vencido en Pavia, y su reina  
 « madre escribió á mi señor las siguientes palabras :  
 « Mi hijo, el rey de Francia, ha sido hecho prisionero  
 « por Carlos, rey de España, yo creia que Carlos hu-  
 « biera tenido la generosidad de ponerlo en libertad,  
 « pero lejos de eso, lo ha tratado indignamente. Ven-  
 « go pues á suplicarte, gran emperador, que muestres  
 « tu magnanimidad rescatando á mi hijo. Conmo-

« vido el padischah con las desgracias de los france-  
 « ses, é irritado con la conducta de Carlos V, buscó  
 « el medio mas eficaz de favorecer á la suplicante, y  
 « pensó en vengar el indigno trato infligido á sus en-  
 « viados por el rey de Hungría, con tanto mas mo-  
 « tivo, quanto que la mujer del rey Luis era hermana  
 « de Carlos V. Luis salió el encuentro al padischah,  
 « y los dos defendieron sable en mano sus pretensio-  
 « nes al trono. El acero decidió la cuestion y nos  
 « confirió el derecho de reinar: Yo he vencido los  
 « húngaros, porque el padischah no estuvo en la ba-  
 « talla de Mohacz; iba á montar á caballo, cuando  
 « le envié la noticia de nuestra victoria. En seguida  
 « tomamos á Ofen, y nuestro derecho prevaleció. »

Ibrahim habló largamente de la conquista de Ofen,  
 de la matanza de los prisioneros, que no habian pe-  
 recido por orden suya ni del sultan, sino por su  
 propia culpa. Luego habló otra vez de las pretensio-  
 nes exageradas de Hobordansky, del sitio de Viena,  
 haciendo notar que habia reconocido á menudo las  
 fortificaciones yendo disfrazado, y con un turbante  
 de color, en lugar del blanco. « Durante este tiempo,  
 « dijo, Carlos V estaba en Italia amenazando á los  
 « turcos con la guerra y á los luteranos con una  
 « forzada conversion á sus antiguas creencias; ha  
 « venido á Alemania y no ha podido lograr nada. No

« es digno de un emperador comenzar una cosa y no  
 « terminarla, decir y no hacer. De esa suerte ha  
 « convocado un concilio que no se ha verificado; ha  
 « asediado á Ofen y no lo ha tomado; debia haber  
 « reconciliado á su hermano Fernando y al rey Juan,  
 « y no lo ha intentado; si yo quisiera convocar hoy  
 « un concilio colocaria á Lutero á un lado y al papa  
 « á otro, y los obligaria á restablecer la unidad; el  
 « sultan y yo haríamos así lo que Carlos V hubiera  
 « debido hacer. Si el rey de Hungría hubiese muer-  
 « to en su cama, tal vez Fernando tendria algunos  
 « derechos á su sucesion; pero como ha perecido en  
 « el campo de batalla, su reino nos pertenece, por-  
 « que lo hemos conquistado; nosotros hemos inva-  
 « dido la Hungría; hemos devuelto su castillo á tu  
 « hermano (dirigiendose á Gerónimo de Zara, uno de  
 « los enviados austriacos), hemos recibido el home-  
 « naje de todos los gobernadores; hemos permane-  
 « cido en Hungría mientras nos ha parecido conve-  
 « niente, y no hemos hallado quien nos opusiera  
 « resistencia. » Después de este preámbulo y otras  
 digresiones, pasó Ibrahim al objeto especial de la  
 conferencia, á la carta de Carlos V: « Esta carta, dijo  
 mostrándola en la mano, « no es una carta de un so-  
 « berano prudente y moderado; Carlos V enumera  
 « en ella con orgullo sus títulos y otros que no posee.

« ¿Cómo se atrevé á llamarse rey de Jerusalén? ¿No  
 « sabe que el gran emperador posee esta ciudad?  
 « ¿Piensa arrebatár al sultan sus Estados, ó se pro-  
 « pone mostrarle así su desprecio? ¿Ya he oído que  
 « los señores cristianos van en peregrinacion á Jeru-  
 « salén en traje de mendigos? ¿Cree Carlos V que será  
 « su rey porque visite á Jerusalén como méndigo?  
 « Yo prohibiré la entrada en esa ciudad á todos  
 « los cristianos. » El embajador Cornelius Duplicius  
 Schepper trató de disculpar lo mejor que pudo el tí-  
 tulo que se había arrogado Carlos V, diciendo  
 que eran prácticas de cancillería, que no significaban  
 nada. « Además, continuó Ibrahim, Carlos V coloca  
 « á Fernando y á mi señor al mismo nivel, con ra-  
 « zon quiere á su hermano; pero no debe por eso re-  
 « bajar la dignidad del gran padischah con esta com-  
 « paracion. Mi señor tiene muchos sandjakebs, mas  
 « poderosos y ricos en tierras y hombres que Fer-  
 « nando. » Dirigiéndose luego á Gerónimo de Zara:  
 « Tu pariente y el de tu hermano Nicolás, el sand-  
 « jakeb de Kara-Amid, tiene mas tierras y adminis-  
 « trados que tu rey. Cincuenta mil ginetes le deben  
 « el servicio militar; sus spahis y sus feudatarios son  
 « mas numerosos que los de Fernando; mi señor  
 « tiene además otros sandjakebs como estos. El em-  
 « perador Carlos V debería avergonzarse de escribir

« una carta semejante. Cuan diferente y verdadera-  
 « mente régia es la carta que el rey Francisco nos ha  
 « enviado durante la campaña de Hungría, y en la  
 « cual firma con sencillez, Francisco, rey de Fran-  
 « cia. Por eso el gran padischah, queriendo honrar  
 « á Francisco, y rivalizar en nobleza con él, no ha  
 « hecho tampoco la enumeracion de sus títulos en  
 « su respuesta, y le ha escrito como á un hermano,  
 « tiernamente amado; por esta razon tambien ha re-  
 « cibido Barbaroja la orden de obedecer á Francisco  
 « como al gran padischah. Si Carlos V hace la paz  
 « con nosotros, en ese caso será emperador, porque  
 « harémos que así lo reconozcan los reyes de Francia  
 « y de Inglaterra, el papa y los protestantes. ¿Creeis  
 « que la amistad que une á Carlos V y al papa sea  
 « muy segura, sobre todo si recuerda este último el  
 « saqueo de Roma y el tratamiento que se le ha dado  
 « en su cautiverio? Yo he comprado por sesenta mil  
 « ducados un diamante arrancado de su tiara. Este  
 « rubí, (mostrando un anillo) estaba en la mano del  
 « rey de Francia, cuando cayó prisionero. ¿Y qué-  
 « reis que el rey Francisco ame á Carlos V? »

Al acabarse esta conferencia, Ibrahim condujo al  
 mismo Soliman, por la noche, á casa de su confidente  
 Gritti, intérprete de la negociacion, para hablar fa-  
 miliarmente con los enviados de Austria y de España.

Los visires y los cortesanos se indignaron porque se derogaban de aquella suerte á las reglas de la etiqueta y murmuraron contra un favorito que habia robado con sortilegios la razon y la libertad á su señor.

## XXXII

Apénas ratificó Soliman II la tregua y despidió á los embajadores, nombró de nuevo á Ibrahim seraskier ó generalísimo del ejército de Persia y lo envió á Koniah, capital de la Caramania, para reunir allí las tropas y preparar la campaña. Iskender Tchelebi, buen administrador de la hacienda del imperio, acompañaba á Ibrahim á Koniah como vice-seraskier. Sus riquezas, su lujo iban á la par con el prestigio que tenia en el ejército. Poseia el genio militar. Mil doscientos caballos, contingente de sus dominios en Asia, lo seguian; seiscientos esclavos, magníficamente vestidos y con la cabeza cubierta de gorros encarnados bordados, servían sus tiendas. Ibrahim igualaba con dificultad la suntuosidad de Iskender y temia que el vice-seraskier lo eclipsara á los ojos de la tropa y que le robara el afecto del sultan. Guar-

dian del tesoro del ejército, en calidad de defferdar ó ministro de Hacienda, Iskender-Tchelebi, aunque íntegro, inspiraba sospechas con su magnificencia. Una baja intriga de Ibrahim las fomentó. Una noche, durante la marcha de los carros que llevaban el tesoro, el grito de ¡ladrones! dado por soldados, confidentes de Ibrahim, detuvo la marcha del ejército. Ibrahim acudió, é hizo arrestar á treinta guardias de los que escoltaban el tesoro. Interrogados é inspirados por los enemigos de Iskender, declararon en presencia de los instrumentos de tortura que eran cómplices de Iskender y que iban á saquear el tesoro en provecho de él.

No se pasó adelante temiendo herir la autoridad del sultan que habia nombrado al vice-seraskier. Acreditada la calumnia por los declarantes bastaba para perder lentamente al rival de Ibrahim. Iskender que presentia su perdicion en la enemistad sorda del gran visir, procuró perderlo á su vez, aconsejándole que fuese directamente al centro de la Persia, á Tauris, en donde podia caer en algun lazo tendido por Tahmash á su ambicion de gloria. Ibrahim siguió este consejo y marchó con ciento cincuenta mil hombres contra esta ciudad. Penetró en ella sin combate, y dirigió al sultan su parte triunfal de sus conquistas. Soliman avanzó tambien con su ejército de reserva,

Los visires y los cortesanos se indignaron porque se derogaban de aquella suerte á las reglas de la etiqueta y murmuraron contra un favorito que habia robado con sortilegios la razon y la libertad á su señor.

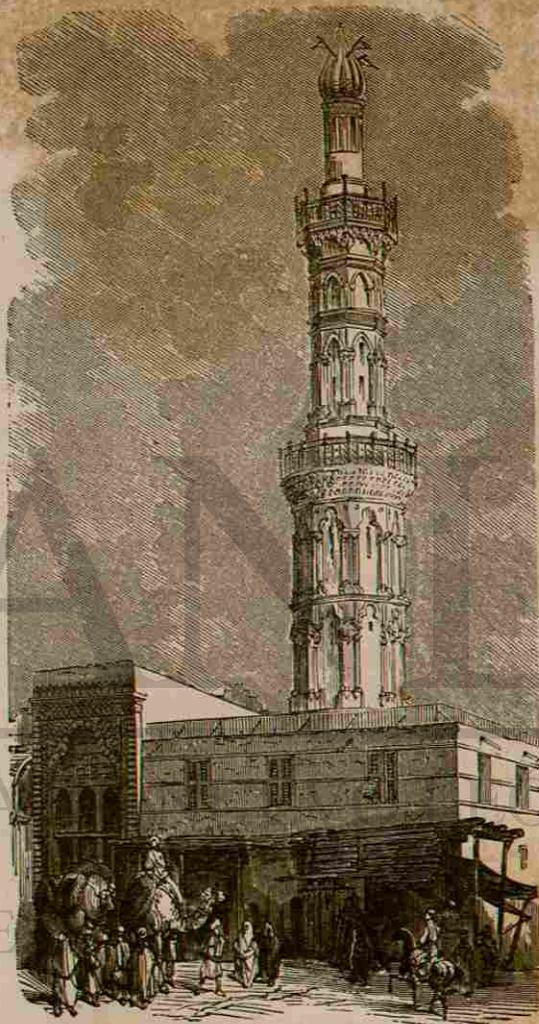
## XXXII

Apénas ratificó Soliman II la tregua y despidió á los embajadores, nombró de nuevo á Ibrahim seraskier ó generalísimo del ejército de Persia y lo envió á Koniah, capital de la Caramania, para reunir allí las tropas y preparar la campaña. Iskender Tchelebi, buen administrador de la hacienda del imperio, acompañaba á Ibrahim á Koniah como vice-seraskier. Sus riquezas, su lujo iban á la par con el prestigio que tenia en el ejército. Poseia el genio militar. Mil doscientos caballos, contingente de sus dominios en Asia, lo seguian; seiscientos esclavos, magníficamente vestidos y con la cabeza cubierta de gorros encarnados bordados, servían sus tiendas. Ibrahim igualaba con dificultad la suntuosidad de Iskender y temia que el vice-seraskier lo eclipsara á los ojos de la tropa y que le robara el afecto del sultan. Guar-

dian del tesoro del ejército, en calidad de defferdar ó ministro de Hacienda, Iskender-Tchelebi, aunque íntegro, inspiraba sospechas con su magnificencia. Una baja intriga de Ibrahim las fomentó. Una noche, durante la marcha de los carros que llevaban el tesoro, el grito de ¡ladrones! dado por soldados, confidentes de Ibrahim, detuvo la marcha del ejército. Ibrahim acudió, é hizo arrestar á treinta guardias de los que escoltaban el tesoro. Interrogados é inspirados por los enemigos de Iskender, declararon en presencia de los instrumentos de tortura que eran cómplices de Iskender y que iban á saquear el tesoro en provecho de él.

No se pasó adelante temiendo herir la autoridad del sultan que habia nombrado al vice-seraskier. Acreditada la calumnia por los declarantes bastaba para perder lentamente al rival de Ibrahim. Iskender que presentia su perdicion en la enemistad sorda del gran visir, procuró perderlo á su vez, aconsejándole que fuese directamente al centro de la Persia, á Tauris, en donde podia caer en algun lazo tendido por Tahmash á su ambicion de gloria. Ibrahim siguió este consejo y marchó con ciento cincuenta mil hombres contra esta ciudad. Penetró en ella sin combate, y dirigió al sultan su parte triunfal de sus conquistas. Soliman avanzó tambien con su ejército de reserva,

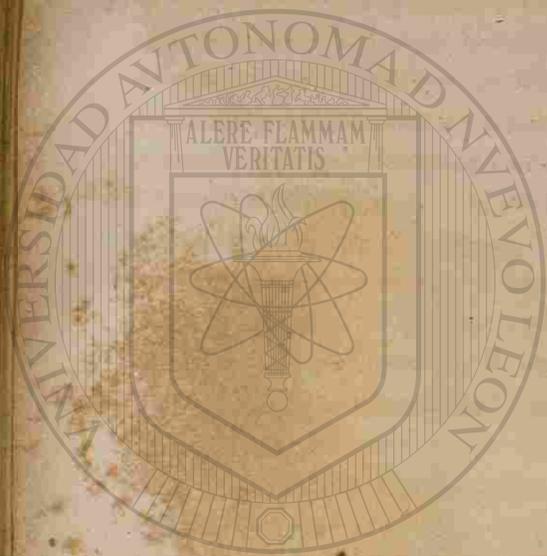
y entró en Tauris como vencedor clemente el 22 de setiembre. Los dos ejércitos reunidos, alentados con la inmovilidad de Tahmasp y las defecciones de sus aliados, se dirigieron temerariamente por caminos impracticables sobre Hamadan, dejando en su tránsito caballos y camellos muertos de hambre. Ibrahim, atribuyendo estos desastres á Iskender, jefe de estado mayor del ejército, logró que fuera destituido por el sultan. Bagdad abrió por fin sus puertas á Soliman. Este era el fin y la gloria de la expedicion, en que queria rivalizar con Alejandro, conquistador de Babilonia. Bagdad debía ser en su pensamiento al oriente de su vasto imperio lo que era Belgrado al occidente. La santidad universal de esta ciudad de los Khalifas engrandecia á los otomanos, en fuerza, magnificencia y situacion. Las tradiciones la convertian en una ciudad casi fabulosa. Era la *casa de la salvacion* consagrada por el trono espiritual de los sucesores del Profeta, apóstoles armados de la *ley sin-sombra*. Almanzor, el segundo khalifa Abbasida, la habia fundado cerca de las ruinas de Babilonia en las márgenes orientales del Tigris, no lejos del Eufrates. La fertilidad de su territorio encendido por el sol, pero bañado por dos rios, le habia hecho dar el nombre de *Eden* ó de *jardin* de donde se deriva Bagdad. El arroz, los dátiles, los limones, los higos, las na-



T. IV. p. 298.

TORRE EN BAGDAD.

ranjas, los melones, las granadas, la caña de azucar, las uvas, las manzanas, los albrichigos coloran sus campiñas con tintas de oro. Las caravanas de la India y de la Arabia, de la Persia, de la Siria, del Egipto se reúnen allí para cambiar las riquezas naturales por sus piedras preciosas, elefantes, caballos, telas de seda, lana y algodón del Industan. Ciento cincuenta torreones flanquean sus murallas que encierran doce leguas de palacios y de bazares: En sus muelles, foso natural por la parte del Tigris, se embarcan los viajeros, los peregrinos y los cargamentos del golfo pérsico. Su río, á quien la rapidez de su corriente ha dado el nombre de *flecha*, la rodea y le envía la fresca saludable de sus aguas. Los sepulcros de los santos del islamismo son piedras miliarias en sus caminos; sus cúpulas resplandecientes brillan á lo lejos como los diamantes de una corona espiritual. El sepulcro monumental de Zobeida, esposa de Harun-al-Raschid, atestigua la grandeza del amor y del sentimiento. Academias árabes atreen y fijan allí á los sabios y á los poetas del Oriente. Las pirámides de huesos humanos, que no han desaparecido completamente, recuerdan la conquista de Timur. Soliman se entregó al ocio por espacio de cuatro meses en una capital que le traía á la memoria que era el señor del palacio de los señores del mundo. Allí vi-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

sitó las ruinas de Babilonia; allá invocó, según los ritos supersticiosos del Oriente, á los genios sepultados bajo estos montones de ladrillos y argamasa. Allí, al decir de las tradiciones persas, pronuncian estos genios los oráculos de la fortuna y de la ambición á los conquistadores que los interrogan; allí oyen los sencillos pastores de camellos del desierto las palabras mágicas que tienen la virtud de trasportar al cielo á las mujeres, que los aman: « *Ellas habitan entonces* »  
 « *por un momento la estrella de la mañana*; ellas to-  
 « can una lira, cuyas cuerdas son rayos de la luna,  
 « y á cuyos compases bailan los astros. »

El corazón de Soliman, poseído ya hasta la esclavitud por una de estas mujeres, sueño de los pastores ó de los padischahs, creía en estas evocaciones supersticiosas del amor. Esta mujer, que había dejado con pena en su harem de Constantinopla, y cuyos hechizos habían luchado dentro de su pecho contra la pasión de la gloria, era la joven esclava rusa Roxelana, que va á tener mucha parte en la historia de su vida.

## XXXIII

Cartas victoriosas, fechadas en Bagdad y dirigidas por Soliman á todos los príncipes de la tierra les hicieron saber el triunfo del sultán. Ibrahim impuso á su señor un crimen involuntario durante su residencia en esta ciudad. Aparentando concusiones y traiciones, Iskender, entregado al gran visir por el sultán, fué colgado ignominiosamente en el mercado de Bagdad. Su hermano, más intachable todavía que él, fué decapitado el mismo día; ocho mil esclavos, propiedad de Iskender-Tchelebi, y criados por él, los unos para las armas, los otros para la ciencia, el gobierno y los negocios de Estado, fueron confiscados y reunidos á los esclavos personales del serrallo del sultán; siete de estos jóvenes, instruidos por este defterdar para el servicio del imperio, llegaron á ser más tarde grandes visires. Este asesinato inicuo y vengativo, alegría de Ibrahim, enseñó al sultán el medio de desembarazarse de un súbdito molesto á su señor. Un embajador francés, Laforet, fué, en nombre del rey de Francia, á felicitar á Soliman á Bagdad

por sus triunfos en Asia. La Francia parecia tener el instinto de la alianza otomana, su mejor garantía contra los temores de monarquía universal, sea de España, sea de Alemania, sea de la Rusia. Las dos naciones identificaban su política, á pesar de la diferencia de sus religiones. La Francia y la Turquía no han temido por su existencia mas que en el momento en que Napoleon olvidó la política vital francesa por complacer la codicia del imperio ruso. La guerra actual expia y rectifica esta falta diplomática del vencedor de Austerlitz.

El primer tratado, bajo el nombre de *capitulaciones*, aseguró á la Francia para sus nacionales, sus correligionarios, sus buques, su comercio, las libertades, la seguridad, la justicia, los privilegios, la propiedad, tan inviolables en Turquía como en la tierra natal. Las dos naciones renunciaron recíprocamente al derecho comun de este tiempo de convertir en esclavos á sus prisioneros de guerra. Este fué el último tratado firmado por el gran visir Ibrahim. Catorce años de poder y casi de co-soberanía habian agotado las fuentes de su favor y de su fortuna. Las murmuraciones de la envidia y las sospechas de su señor se alzaban sordamente contra él. Ya se ha visto por la muerte de Iskender en Bagdad y por la insolencia con que hizo alarde de su poder en

presencia de los embajadores de Carlos V, que no carecian de motivo. Su cabeza ardiente, pero debilitada por el exceso mismo de su prosperidad, sufría los vértigos de la ambicion y de la ingratitude. Una influencia mas sorda, pero mas querida y mas asidua, comenzaba á contrabalancear su influjo en el alma de Soliman. Su amor, hasta entónces concentrado en el harem, iba á penetrar en su política.



## LIBRO VIGÉSIMO

I

La sultana Validé, madre de Soliman, había introducido en el harem de su hijo una esclava rusa, polaca ó circasiana, de extremada belleza, llamada Roxelana. Algunos historiadores franceses atribuyen otro origen á esta esclava. Pretenden que había nacido en el mediodía de Francia, que algunos piratas de Túnez la habían robado de niña en las costas de la Provenza, y la habían vendido en Constantinopla al jefe de los eunucoş de la sultana Validé. Ningun

documento auténtico, ninguna verosimilitud siquiera justifica este novelesco origen de la sultana que gobernó la corte y el imperio, dominando en el corazón de Soliman. Todos los historiadores griegos ó italianos, contemporáneos de Roxelana, están acordes en llamarla la *Sultana rusa*, fuese porque en efecto naciese de raza moscovita, fuese mas bien porque robada, como solia suceder en aquella época, por bandas de cosacos á los circasianos ó los polacos, vendida á los rusos y revendida por estos á los comerciantes griegos del mar Negro, hubiese aparecido como rusa en el mercado de esclavos de Constantinopla. Sus facciones caucasicas y su carácter flexible, seductor y salvaje como el de estas razas destinadas desde su nacimiento á la esclavitud, parece que la asemejaban mas á las jóvenes de la Circasia que á las de Europa. Parecia que ella misma ignoraba su origen; no habia conocido mas familia y patria que los harenes y los eunucos. Su belleza, á juzgar por los retratos ó la tradicion del serrallo, atestigua esta mezcla de sangre asiática y tártara en que los ojos negros, las sedosas cejas, la palidez mate de su rostro, el abandono propio de las bellezas persas, contrastaban con la redondez del rostro, la nariz levantada, los gruesos labios y el encendido color de su piel, rasgos peculiares de las jóvenes del Cáucaso.

Cualquiera que sea el origen de Roxelana, la educacion que le habia dado la sultana madre para hacerla digna de poseer el corazón de su hijo, la habia hecho á los quince años la maravilla y el misterio del haren de la sultana Validé. Su inteligencia cultivada iba á la par con sus hechizos; reunia al conocimiento de las artes sensuales de la música y el baile que se enseñaba á las odaliscas para el recreo de las sultanas y del sultan, el estudio de las lenguas extranjeras, de la historia y de la poesia, que daba mas carácter á su juvenil fisonomia.

## II

Soliman II no habia tenido hasta entonces mas mujer que una esclava circasiana; la ley reciente del imperio exigia que los sultanes no escogiesen sus esposas entre las mujeres libres de sus súbditos, ni entre las princesas extranjeras, para que ningun lazo político de parentesco ó de favor no alterase la soberana imparcialidad del señor supremo, que superior á sus súbditos por su rango, fuese inferior á ellos por su madre, y que el último de los otomanos, llamando

al sultan el *hijo de su esclava*, se sintiese igual y aun mas elevado que su padischah.

Esta esclava circasiana, primer amor de Soliman, habia conquistado su cariño, que aumentó el lazo de cuatro hijos que le dió antes y despues de reinar. Ninguna rival le habia arrebatado hasta este dia las miradas del jóven sultan; su corazon, en amor y en amistad, era de aquellos que se aficionan en lugar de saciarse con los goces. Habia amado locamente á la circasiana, y no buscaba otra pasion. Pero como la muerte le robara tres de los cuatro hijos que habia tenido con ella, la sultana Validé temia que el imperio se fiara á tan frágil esperanza. Sin aborrecer á la Circasiana, deseaba inspirar otro amor á su hijo. El dia en que por la primera vez, en una fiesta dada por la sultana madre, vió Soliman los encantos de Roxelana y descubrió su talento, la mas profunda pasion se apoderó para siempre de su alma. Roxelana, elevada al rango de odalisca favorita, participó oscuramente al principio, á las claras despues, del favor del sultan. La pasion que incendió en su pecho pasó de los sentidos á su alma. Madre de dos hijos, delicias de sus ojos, confidente de su política, reina del serrallo, recuerdo friste de su corazon en la guerra, recompensa de su gloria á la vuelta de sus expediciones, no solo reinaba en el haren sino en el imperio.

Sumisa á la sultana Validé, modesta y cariñosa con la circasiana, estimulaba al sultan á respetar á su madre, y calmaba con sus dones y su subordinacion los celos de la primera esposa. Estas tres mujeres, viviendo en una armonia que constituia la felicidad del sultan y el reposo del haren, se combinaban en su ternura, en su vigilancia, y en su ascendiente sobre sus resoluciones.

Se cree erradamente que los harenes de los príncipes de Oriente son agenos á la política. Se los juzga como gineceos (1) poblados de innumerables odaliscas, alternativamente exaltadas por el capricho del señor ó envilecidas por su cansancio, pero extrañas en su encierro á los intereses mundanos. No hay cosa mas contraria á la religion, á las costumbres y á la historia de los sultanes otomanos. Las odaliscas, que se convierten á menudo en concubinas, forman, por lo general, el acompañamiento de los sultanes, esclavas privilegiadas del serrallo, adorno de las fiestas del haren. Independientemente de las madres, de las tias, de las hermanas del sultan, que viven en constante familiaridad con su hijo, su sobrino, su hermano, que poseen palacios y pensiones pingües administrados por sus agentes, las esposas ó favori-

(1) Habitación de la esposa griega.

tas del sultan se mezclan en todos los negocios que agitan al divan, á la córte ó al imperio. Los eunucos, intermediarios degradados, pero privilegiados entre ellas y el mundo, les hablan libremente de los negocios de Estado. Los kyayas de los sultanes, especie de curadores de sus bienes, y ministros particulares de sus intereses, son elegidos por lo comun entre los primeros funcionarios del serrallo ó del ejército. Estos ministros comunican libremente con ellas para recibir sus órdenes ó darles cuenta de su desempeño á través del velo ó de la cortina que oculta su rostro. Ellos las informan de todo lo que puede servir ó perjudicar sus intereses; ellos les inspiran afecto ú antipatía hácia los hombres de Estado; conciertan con ellas las insinuaciones, las palabras, las intrigas que pueden ser útiles á sus protegidos y nocivas á sus enemigos. Así, todos los partidos exteriores tienen echadas raíces en el corazon de las madres, de las hermanas, de las esposas, de las favoritas del haren. Las facciones políticas son allí tanto mas activas dentro, quanto son mas negligentes fuera. Sean las que fueren las leyes, las costumbres, las religiones, la mujer no pierde nunca su influjo en el ánimo del hombre; ella los trasforma. Las opiniones de los círculos en el Occidente son intrigas en los harenes de Asia; pero medios diferentes fundan las mismas influencias.

## III

Mucho tiempo hacia que la omnipotencia del favorito, del gran visir Ibrahim, cuya ambicion se revelaba cada vez con mas insolencia, habia inspirado recelos á las tres sultanas de Soliman. Su lenguaje en las conferencias para la paz con el Austria revelaba que hacia alarde de dominar á su señor. No contento con la amistad que lo habia elevado á tanta altura, codiciaba ponerse al nivel con su bienhechor. El trono de Hungría lo habia tentado; aun se asegura que le parecia demasiado subalterno para él y que pensaba en el de los otomanos, acostumbrados á verle mas bien como colega que como ministro de Soliman. Como para presagiar á los demás su grandeza futura, habia agregado á todos sus títulos, durante la guerra de Persia, el título de sultan, especie de privilegio sagrado reservado por el uso á los jefes y á los principes de razas soberanas.

Soliman habia visto en este orgullo el primer sintoma de la ambicion del flautista de Magnesia. La

desconfianza y los celos penetraban por la primera vez en su alma.

Un sueño, semejante á un remordimiento, que habia tenido en Bagdad pocos dias despues del suplicio de Iskender, perturbaba, tiempo hacia, su reposo. Habia creído ver al defterdar, inmolado por la envidia de Ibrahim, coronado en el cielo con la aureola de su inocencia, y echándole en cara con enojo el haber sacrificado á uno de sus mejores servidores por satisfacer la ambicion de un visir que no podia sufrir rival ninguno, ni aun al mismo emperador. Despues de estas quejas, el fantasma de Iskender se habia inclinado hácia el sultan para extrangularlo. Soliman se habia despertado lleno de terror.

Este sueño era efecto de las meditaciones que lo agitaban de dia. Habia llevado su amistad hasta los limites de la flaqueza; esta amistad, convertida en temor y remordimiento, lo castigaba por su exceso.

La sultana Validé y su favorita Roxelana sabian qual era su agitacion. Estas dos mujeres la envenenaban enumerando los favores que habia dispensado á un favorito soberbio siempre, criminal ya, pronto ingrato, y que apoderándose, decian ellas, á la vista de los otomanos, de todo el mérito y de toda la gloria de su reinado, dejaba solo al sultan la responsabilidad de sus crímenes. Exponianle como revelaciones

sinistras los rumores vagos de conspiraciones y de usurpacion que se oian en el haren contra Ibrahim. Soliman comenzaba á temer al amigo á quien tanto habia engrandecido. Dueño del ejército, de los genizaros, de los ulemas, de los altos empleados del serrallo que le debian su fortuna, y que se habian acostumbrado á ver en él la sombra del sultan, Ibrahim podia eclipsar con una palabra á su señor, llamar á un niño al trono para perpetuar su imperio con la minoridad, ó quizá acabando de un golpe con toda la familia imperial, proclamarse como cuñado del sultan y padre de un hijo descendiente de Othman, tutor y dueño vitalicio del imperio. La audacia con que habia tomado el título de sultan sin permiso de Soliman parecia una preparacion á este crimen. Estos presentimientos de la trama á que daban cuerpo las angustias del sultan y las sordas murmuraciones del serrallo, fueron quizá agravadas por algunos indicios domésticos que no permitieron á Soliman vacilar mas entre la amistad y la seguridad del trono. Pero revelar sus sospechas era prevenir al conspirador para que anticipara la ejecucion del crimen; era menester anticiparse para lograr buen éxito. Soliman, por el interés de su vida, de su trono y de su familia, ocultó á todos, excepto á su madre y á las dos sultanas, la resolucion que adoptaba con tanta

pena. Disimulado por prudencia, no dejó descubrir en su fisonomía ni sus sospechas, ni su proyecto de venganza. En tanto que meditaba la muerte del rival, continuaba halagando al amigo.

IV

Por un privilegio de favor que databa de su juventud en Magnesia, la familiaridad de Ibrahim, á quien el sultan trataba como hermano, no se paraba si quiera ante la puerta del haren. Tenia costumbre de venir todos los dias despues del divan á cenar con Soliman en el palacio de sus mujeres; se acostaba en su propio cuarto en una cama que los eunucos le preparaban junto á la del sultan. En la noche del 3 de marzo de 1536, Ibrahim cenó con Soliman sin desconfianza, y se durmió á los piés de su señor. Soliman fingió tambien dormirse; pero apenas se quedó traspuesto Ibrahim, á una señal convenida entre el emperador y las sultanas, cuatro mudos, instrumentos de las ejecuciones secretas del haren, apostados en una habitacion próxima, levantaron la cortina y precipitándose sobre Ibrahim con el cordon en la mano,

le echaron el nudo al cuello, y lo despertaron sobresaltado para morir. La lucha del jóven y vigoroso albanés contra los cuatro mudos no fué ménos terrible que su estupor, á juzgar por el tumulto que se oyó aquella noche desde los jardines, por las contusiones que tenia el cadáver del favorito, y por las señales de sus sangrientas manos que se mostraban un siglo despues en las paredes de la habitacion. Corrió el rumor de que el sultan habia vengado con esta muerte, no solo un crimen político, sino tambien algunos de esos atentados domésticos, misteriosos, imperdonables, que en su familiaridad del haren habia podido cometer la audacia del jóven visir.

Sea como quiera, el serrallo al despertar supo la desgracia de Ibrahim, viendo su cadáver en la puerta del haren. Si tenia un partido, su muerte lo desbarató; si era inocente, la envidia lo declaraba culpable. Nadie se compadeció del hombre que cayó en una noche de lo alto de su fortuna y de su poderío en brazos de la muerte. Ibrahim habia abusado por lo ménos de su prosperidad, crimen de los advenedizos. La suerte le pareció un derecho, y su amigo el instrumento de su suerte. Habia servido á su señor, pero habia acabado por servirse á sí mismo bajo el nombre de sultan. Prodigio de favor, prodigio de ingratitud, lo fué tambien de la versatilidad del

hado. Un dia lo habia elevado, una noche lo derribó. El sultan, despues de haber dejado contemplar su cadáver, como para atestiguar su crimen, ordenó que lo sepultasen casi oscuramente en Galata, en el jardín de un pobre convento de dervises. Su único monumento fué un ciprés, semejante á aquel á cuya sombra habia encontrado el padischah catorce años antes cerca del arroyo de Magnesia al jóven esclavo, tocador de flauta. Sus innumerables esclavos y sus incalculables riquezas volvieron al manantial de donde habian salido, á los bienes del serrallo.

Los historiadores otomanos observaron que Ibrahim fué extrangulado el mismo dia en que murió César en el senado de Roma, como si la historia del ambicioso romano, que el griego ambicioso estudiaba sin cesar en Plutarco, hubiese querido señalar proféticamente la misma fecha al castigo de la ambicion, próspera largo tiempo y defraudada al fin. Pero el visir, restaurador de la autoridad de su señor, vencedor de los húngaros, sitiador de Viena, domador de Tauris, conquistador de Bagdad, muerto sin reverses, y tal vez sin mas crimen que el de su grandeza, no dejó de ofrecer, aunque jóven, el ejemplo de uno de los ministros mas entendidos y afortunados del imperio otomano.

## V

Ayas-Bajá recibió al dia siguiente el sello del imperio que quitaron los mudos al cadáver de Ibrahim. Ayas-Bajá era un griego, albanés como su predecesor, que habia adoptado el islamismo en su juventud con la indiferencia que caracteriza la promiscuidad de los cultos en la Albania. Tres hermanos suyos, educados en la religion cristiana, eran frailes de un convento de Valona, patria de su madre. Su recuerdo y el de sus hermanos, junto con el hábito de ver profesar dogmas diversos, lo hacian propicio y aun parcial en favor de los cristianos. No tenia ni el genio, ni los inconvenientes del carácter de Ibrahim. Su mérito á los ojos de Soliman consistia en no poder jamás ni eclipsarlo ni venderlo; gozaba de una reputacion modesta pero asentada. Solo se le atribuia una pasion que enerva, pero que entre los otomanos no deprava, la de los deleites sensuales. Tan crecido era el número de las favoritas y esclavas que poblaban su haren en Constantinopla, que una vez se contaron en un año cuarenta cunas en su serrallo, y

á su muerte, dejó, segun la crónica, ciento veinte hijos de ambos sexos para perpetuar su estirpe.

Ayas-Baja, sin pretender gobernar él solo, se contentó con ser el instrumento flexible é íntegro del sultan. El imperio, bajo este señor que habia permitido por generosidad que se atribuyeran sus obras á su favorito, no se apercibió de la transicion de un visir al otro. La inteligencia y el corazon de Soliman se revelaron mejor que nunca despues de la muerte de su ministro.

VI

La fortuna acababa de suscitarle el único hombre que faltaba á los otomanos, un hombre de mar. Este hombre era Khairaddin, conocido en Europa en las tradiciones populares de las costas con el nombre de Barbaroja. Su historia, despojada de las fábulas que la adulteran, está dictada por el mismo Soliman al analista turco de las guerras navales de los otomanos.

Khareiddin Barbaroja era el cuarto hijo de un spahi de Macedonia, llamado Yacub, retirado del ser-

vicio y establecido en Mitylene para comerciar con Esmirna y con las costas de Africa. Sus hijos, codiciando una fortuna mas rápida que la que se adquiere lentamente por medio del tráfico, armaron barcas piratas en el Archipiélago. Sus empresas, y los despojos de los buques cristianos de Rodas, Venecia y Francia, llevaron su fama hasta Túnez, cuyo sultan los recibió en sus escuadras de corsarios, y, les dió muy pronto el mando de algunas expediciones á los puertos de Africa poseidos por los españoles. Los tres hermanos de Khairaddin perecieron combatiendo con él contra los españoles, á quienes les quitaron Argel.

El último señor de Argel hizo homenaje de la soberanía de esta ciudad á Selim I para que le prestara ayuda contra los cristianos y los berberiscos. Selim I le envió como signo de investidura un caballo, el sable y el tambor, atributos del sandjak y el título de beglerbeg. Construyó y armó flotas, desembarcó á menudo en Sicilia, aterró las costas de Italia, de España y de Francia, quemó las naves de estas potencias, peleó con Andres Doria, el héroe naval del Occidente, lo venció, se apoderó en Andalucía de ochenta mil esclavos moros y los trasportó á Argel para poblar el Africa. Llamado á Constantinopla por Soliman llevó consigo cuarenta y cinco

bajeles que dispersaron al cruzar el Adriático, la flota combinada que capitaneaba Andres Doria.

El sultan le encomendó la construccion y el armamento de la marina. Creador y almirante á la vez de la flota otomana tomó posesion del Mediterráneo, como si fuera su elemento. Se dirigió á las costas de Italia, quemó buques, destrozó los puertos de la Calabria, pensó en conquistar la Sicilia y Malta, se apoderó de los castillos y de los pueblos situados en las orillas del golfo de Nápoles, hizo cautivos á sus habitantes, y extendió por todas partes el terror del nombre de Barbaroja, sustituido al de Khairaddin. Las guarniciones del papa y del rey de Nápoles no eran suficientes para proteger sus ciudades. Desembarcos nocturnos é invasiones repentinas llevaban al interior á los piratas del almirante otomano.

En una de estas noches siniestras fué tomada y saqueada por Barbaroja la ciudad de Fondi, sitio abrigado y delicioso entre Roma y Nápoles, sin que la librasen los muros y torreones que la circundaban. No instigó al almirante, al asaltar á Fondi, ni la sed de sangre ni la del pillaje. La fama de la belleza de dos hermanas, hijas del príncipe Gonzaga, habia ido de Italia á Constantinopla, propagada por los versos de los poetas y las narraciones entusiastas de los peregrinos. Una de ellas, semidivinizada por los cantos de

los italianos y de los españoles bajo el nombre de Juana de Aragon, vivia en Roma; la mas jóven y mas hermosa, Julia, habitaba en Fondi, en el palacio de su marido, Vespasio Colonna, príncipe romano. Khairaddin deseaba ardientemente ofrecer á Soliman esta Elena de Italia. Informado por sus espías de que Julia residia en Fondi durante el estío, boga con una numerosa escuadra en el golfo de Gaeta, desembarca con setecientos turcos en la costa, atraviesa silenciosamente los olivares, sorprende á los centinelas, escala los muros, y despierta sobresaltada, con el hierro y el fuego, á la ciudad dormida. Todo parece ó huye ante sus sicarios; centenares de mujeres medio desnudas son impelidas con el sable en la mano hácia la playa. Mientras embiste el palacio de Colonna, que indican los espías á sus soldados, Julia, sorprendida durmiendo, se evade medio vestida por sus jardines, que comunicaban al campo. Un caballero suyo, encargado de proteger el palacio en ausencia de su marido, la sigue con la espada desenvainada, resuelto á morir en defensa de su honor. La coloca por delante en su caballo, y parte sosteniendo á la fugitiva en sus brazos á través de las tinieblas oyendo los gritos de las víctimas, y viendo el resplandor de la ciudad incendiada, que deja á sus espaldas. Los turcos lo persiguen en vano hasta las gargantas

de las montañas; su presa codiciada se les escapa, gracias al generoso caballero. La aurora derrama su luz sobre Julia y su salvador, detrás de las colinas de los Abruzos; pero el pudor de Julia se ruboriza y se indigna de haber sido profanada por las miradas de su servidor. El caballero, asesinado algunos días después por su orden, recibe la muerte en recompensa de su irreverente abnegación.

Los soldados de Khaireddin, furiosos con la pérdida de su presa, se vengaron devastando los altares y los sepulcros del palacio de Colonna. Esta horrible noche del saqueo de Fondi resonó en toda Italia, y acrecentó el terror del nombre de Barbaroja en aquellos mares. Los pintores pusieron en todas partes el retrato de Julia de Colonna, causa involuntaria de la ruina de su patria.

## VII

Nombrado capitán-baja, Barbaroja conquistó á Túnez y el fuerte de Goleta. Andres Doria los recobró tras de un heroico sitio con el ejército de Carlos V. Los españoles, al volver á entrar en Túnez, repro-

dujeron los horrores de los turcos. Treinta mil mahometanos fueron pasados á cuchillo por el crimen de mahometismo: diez mil esclavos, reducidos á la condicion de brutos. Las mezquitas fueron derruidas; el robo y las violaciones señalaron la entrada de Carlos V; solo sus tropas alemanas no imitaron el sanguinario fanatismo de los españoles. El emperador entregó Túnez á Mulei-Hassan, imponiéndole un vasallaje que degradaba su soberanía.

Durante estos acontecimientos de Africa, Soliman II, en una tercera campaña de Persia, volvía á Tauris y á Bagdad, y trataba á los persas mas bien como súbditos que como vencidos. Una disciplina severa y una magnanimidad política hacian respetar en estas capitales las vidas, las costumbres, la religion de los habitantes; esta campaña le valió tanta gloria como bendiciones.

Barbaroja decidió al sultan, á su regreso á Constantinopla, á que declarase la guerra Venecia. Los bajeles de la república habian ido en las expediciones de Andres Doria, almirante de las escuadras combinadas de España y de Italia á la Morea. Luis Gritti, el hijo natural del dux de Venecia Andrés Gritti, confidente y consejero del divan bajo el ministro Ibrahim, habia perecido asesinado por un albanés. Su influjo no protegía ya á su patria. Soliman II, con-

de las montañas; su presa codiciada se les escapa, gracias al generoso caballero. La aurora derrama su luz sobre Julia y su salvador, detrás de las colinas de los Abruzos; pero el pudor de Julia se ruboriza y se indigna de haber sido profanada por las miradas de su servidor. El caballero, asesinado algunos días después por su orden, recibe la muerte en recompensa de su irreverente abnegación.

Los soldados de Khairaddin, furiosos con la pérdida de su presa, se vengaron devastando los altares y los sepulcros del palacio de Colonna. Esta horrible noche del saqueo de Fondi resonó en toda Italia, y acrecentó el terror del nombre de Barbaroja en aquellos mares. Los pintores pusieron en todas partes el retrato de Julia de Colonna, causa involuntaria de la ruina de su patria.

## VII

Nombrado capitán-baja, Barbaroja conquistó á Túnez y el fuerte de Goleta. Andres Doria los recobró tras de un heroico sitio con el ejército de Carlos V. Los españoles, al volver á entrar en Túnez, repro-

dujeron los horrores de los turcos. Treinta mil mahometanos fueron pasados á cuchillo por el crimen de mahometismo: diez mil esclavos, reducidos á la condicion de brutos. Las mezquitas fueron derruidas; el robo y las violaciones señalaron la entrada de Carlos V; solo sus tropas alemanas no imitaron el sanguinario fanatismo de los españoles. El emperador entregó Túnez á Mulei-Hassan, imponiéndole un vasallaje que degradaba su soberanía.

Durante estos acontecimientos de Africa, Soliman II, en una tercera campaña de Persia, volvía á Tauris y á Bagdad, y trataba á los persas mas bien como súbditos que como vencidos. Una disciplina severa y una magnanimidad política hacian respetar en estas capitales las vidas, las costumbres, la religion de los habitantes; esta campaña le valió tanta gloria como bendiciones.

Barbaroja decidió al sultan, á su regreso á Constantinopla, á que declarase la guerra Venecia. Los bajeles de la república habian ido en las expediciones de Andres Doria, almirante de las escuadras combinadas de España y de Italia á la Morea. Luis Gritti, el hijo natural del dux de Venecia Andrés Gritti, confidente y consejero del divan bajo el ministro Ibrahim, habia perecido asesinado por un albanés. Su influjo no protegía ya á su patria. Soliman II, con-

fiando en la pericia naval de Barbaroja, lo envió al Adriático, y él mismo, acompañado de sus dos hijos Mohammed y Selim y del gran visir, marchó contra Valona.

La vanguardia de Barbaroja, compuesta de doce buques, y mandada por Ali-Tchelebi, encontró á Doria, que habia salido de Messina, á la entrada del Adriático. Aun no bañaba el sol con sus rayos mas que el tope de los mástiles. A medida que iluminaba los puentes, se vió á Doria sobre el banco de su galera, cubierto con una capa encarnada, con la espada desnuda en la mano, señalando con el gesto á los capitanes, que lo rodeaban, los bajeles turcos, que cada uno de ellos habia de embestir. El fuego comenzó con el dia; en dos horas los doce barcos otomanos, echados á pique ó incendiados, habian desaparecido ante la flota de Doria.

El héroe genovés habia pagado con su sangre esta victoria, y entraba herido en el gólfó de Messina, cuando Barbaroja se presentó con sesenta galeras y diez mil hombres de desembarco delante de la Pulla replegándose luego por orden de Soliman á Corfú, la antigua Corcyra, la reina de las islas Iónicas. Esta isla era el baluarte marítimo del Archipiélago veneciano. Todas las fuerzas de mar y tierra de la república estaban dispuestas para defenderla. Barbaroja,

acercándose al ejército otomano que mandaba el sultan en Valona, desembarcó allí con veinticinco mil hombres á las órdenes del gran visir Ayas-Bajá, La isla entera; exceptuando la ciudad de Corfú, cayó en poder de los otomanos. Despues de un sitio mortífero, Soliman abandonó este escollo de sus armas como habia abandonado á Viena. Este príncipe, muy diferente de Mahomet II y de Selim I, no se obstinaba nunca contra la fortuna. Calculaba el precio de la sangre de sus soldados y lo comparaba al valor de una conquista, demasiado cara. Sabia subordinar su orgullo á su humanidad. Volvió humillado á Constantinopla.

Sus tenientes vengaron este revés en Hungría, exterminando tres ejércitos del Austria y expulsando Barbaroja á los venecianos de las fortalezas de la Morea y de las islas del Archipiélago que habian reconquistado bajo el reinado de su padre. Scyros ó Syra, celebrada por Homero á causa de su pirámide verde, salpicada de blancos vellones de carnero; Scyros en donde Aquiles, disfrazado de mujer, habia seducido á Deidamia; Pathmos, en donde el evangelista san Juan habia escrito el Apocalipsi, el libro de las profecias de la religion cristiana; Egine, coronada con su templo de Júpiter, blanqueando en la cima de sus bosques en frente del blanco Partenon

de Atenas; Paros, cuyas canteras de mármol habian surtido de divinidades á un mundo antiguo; Tiné ó Tenos con sus sonoros manantiales, y conservando la postrera su independencian en medio de un archipiélago, reconocieron la soberanía de Soliman.

## VIII

Mientras iba el sultan á Moldavia á establecer un príncipe tributario expulsado por la ambicion de su hermano, Barbaroja, saliendo del puerto de Constantinopla con una flota de ciento cincuenta velas, recorrió el mar del Archipiélago y el del Egipto, y devastó por la primera vez la isla de Candia, verdadero reino insular de los venecianos, defendido por ciudades tan inexpugnables como Rodas y Malta. De Candia el almirante otomano se dirigió hácia Prevesa, vecina á Actium. Esta costa se hallaba amenazada por una flota de doscientos buques venecianos, españoles, pontificios, genoveses, mandados por Doria. La única táctica de Barbaroja, la que hace triunfar en el mar al mas intrépido, fué la impetuosidad de sus maniobras. Lanzó á toda vela sus veín-

ticinco galeras al centro de la escuadra coaligada, la abordó, la incendió, la dispersó, y obligó á Doria vencido á buscar asilo bajo las baterías de la isla de San Mauro. Los buques cautivos, conducidos en triunfo á Constantinopla, consolaron á Soliman del revés de Corfú. Barbaroja fué hecho por él casi el árbitro del mar.

En tanto que el sultan establecía así la supremacia del pabellón turco en el Mediterráneo, hacia construir á Suleiman, bajá de Egipto, una escuadra de ochenta bajeles en el mar Rojo para dominar la Arabia y amenazar las Indias. A pesar de la edad y la obesidad de Suleiman el Gordo que no podia levantarse de su divan sin el auxilio de cuatro robustos esclavos, este almirante, de un genio tan activo como era pesado su cuerpo, recorrió el mar Rojo, sometió á Aden, cruzó el mar de las Indias, sitió y asoló las posesiones portuguesas de la costa india, y volvió á Suez cargado de despojos y de esclavos despues de diez meses de navegacion. El sultan lo llamó á Constantinopla, y le dió el título de visir en recompensa de su nueva expedicion á la Arabia.

## IX

El gran visir Ayas-bajá murió de la peste en medio de estos triunfos marítimos. Soliman II nombró en su lugar á Lutfi-bajá, albanés literato y político, uno de los historiadores de este reinado, que pone en mejor luz los sucesos de su época. Lutfi-bajá se había casado con una de las hijas del sultán; pero la indiferencia con que trataba á su esposa, castigada con una pronta desgracia, no le dejó por mucho tiempo la administracion del imperio. Merced á Barbaroja celebró una paz corta con Venecia.

El Austria negociaba, al paso, con Soliman para obtener su parte, siempre disputada, de la Hungría. Zapolya, cliente ingrato de los turcos, había concluido una paz péfida con el archiduque Fernando. « Estos reyes, » exclamó Soliman al saber esta traicion de los dos príncipes, « son indignos de llevar coronas en sus cabezas, porque ni el temor de Dios ni la vergüenza ante los hombres han podido impedirles faltar á la gratitud y á la fé jurada. »

Zapolya murió en Ofen poco tiempo despues de

ser conocida su ingratitud en Constantinopla. Quince dias despues de su muerte, su mujer, la reina Isabel de Hungría, fué acusada de haber ocultado la preñez y el alumbramiento para conservar como madre y como regente el trono á que habia subido por su matrimonio con Zapolya. Indignada de esta odiosa acusacion, la ternura maternal venció en su alma al pudor. Se presentó con su hijo en los brazos ante el embajador de Soliman II, y descubriendo con el rubor en el rostro su pecho, vertió algunas gotas de leche en los lábios de su niño para probarle que era madre. El embajador, á quien conmovió esta gracia á la vez femenina y púdica, se arrodilló ante la jóven viuda, colocó su mano sobre la criatura, y juró en nombre de Soliman que no reinaria jamás en Hungría mas que el hijo inocente de Zapolya.

Fernando de Austria avanzaba y sitiaba á Ofen. Soliman II acudió á defender á la viuda y al niño. En el año de 1541, el sultán condujo doscientos mil hombres á Hungría, despues de haber depuesto al

gran visir Lutfi, y nombrado en su lugar á Suleiman el Gordo, hombre de ochenta años de edad, pero guerrero hasta la muerte. El nuevo gran visir permaneció en Asia con el pretexto de atender á los armamentos necesarios para la campaña, pero en realidad para vigilar á Mustafá-Sultan, hijo de Soliman II y de la circasiana, cuya ambicion y favor naciente inspiraban celos á la favorita Roxelana. Rustem-baja, yerno del sultan, que se habia casado con una hija de Roxelana, muy jóven todavía, y que habia sido nombrado segundo visir con el apoyo de la sultana, fué con Soliman á Hungría, encargado de los pormenores del ejército. Su presencia respondia á Roxelana de los consejos que dominarian durante esta ausencia en las tiendas del sultan. El ascendiente de Roxelana crecia en vez de menguar con los años. Aun estaba fresca su belleza, y la madurez de su inteligencia inspiraba confianza al sultan á la par que simpatía. No temiendo que un ministro se convirtiera en favorito, procuraba rodear á Soliman de hombres experimentados en la guerra y los negocios. Rustem y Suleiman-baja compartian el crédito que les dispensaba ella para la gloria del sultan.

## XI

La campaña de Hungría no fué mas que un alarde de las fuerzas de Soliman II en Alemania. Acercándose á Ofen, dirigió al jóven rey, hijo de Zapolya, un mensajero con un presente compuesto de cuatro cadenas de oro de un peso enorme, y de cuatro caballos de guerra magníficamente equipados. Brazaletes, collares, muselinas de la India para la reina madre Isabel, acompañaban á este presente. Como las costumbres otomanas prohibian á la reina el salir al encuentro á su protector el sultan, envió al niño, de un año de edad, con su nodriza y el monge húngaro Martinuzzi, que era su consejero. El niño fué conducido en un carrito dorado. Los magnates de la córte de Zapolya, Petrovich, Podmaniczky, Tœrœk, Bathiany, lo escoltaban á caballo. Tres camareras se hallaban en el carro del niño-rey. En el dintel de la puerta del sultan, asustado por el brillo de las armas, no se dejó coger el niño y se echó á llorar en los brazos de la nodriza. Esta mujer se vió obligada á llevarlo ella misma hasta el trono del sultan.

Desconfiando este príncipe de los húngaros desde

que descubrió las inteligencias de Zapolya con la corte de Viena, había resuelto apoderarse de Ofen, y conducir á la reina Isabel con su hijo á Constantinopla para ser tutor de ámbos. Informada la reina de este designio había procurado ganar por medio de regalos la amistad de Roxelana y de la sultana Mihrmah, hija de Soliman y mujer de Rustem. Estas dos sultanas influyeron por medio de Rustem en el ánimo de Soliman y vencieron su política por medio del sentimiento. Contentóse con ocupar á Ofen militarmente y unir esta fortaleza al imperio hasta el reinado del rey menor. A Isabel le señaló por residencia la Transilvania. El aga de los genizaros intimó á la viuda que saliera del palacio y que comprara parejas de bueyes para trasportar sus riquezas y sus muebles á su nuevo destino. Los magnates cómplices de la negociación de la corte de Ofen con la de Viena fueron enviados cautivos al castillo de las Siete Torres en Constantinopla.

## XII

Entretanto, el archiduque Fernando, celoso del favor del sultan, se aprovechó de la presencia de So-

liman II en Ofen para enviarle embajadores y presentes. Estos, enumerados en los archivos del serallo, se componian de una hermosa copa de oro, cincelada por los artistas florentinos; de un reloj que marcaba las horas, los dias, los movimientos periódicos de los astros; de un libro que explicaba la invencion y el mecanismo de esta obra maestra. Los embajadores de Fernando dirigieron en aleman un largo discurso al sultan para inclinarlo á la paz. Sentado bajo un dosel de brocado en el palacio de Ofen, con su escudo, su maza de armas, su arco, sus flechas, y su sable en la mano, con los ministros en pié detras de él, escuchó desdeñosamente á los oradores.

« ¿Qué dicen esos hombres? ¿Qué es lo que quieren? » preguntó á Rustem. « Si no tienen mas que decir, que se retiren. » Les rehusó la paz que no tuviese por preliminar la evacuacion de todo el territorio húngaro, concediéndoles una tregua para reflexionar. Uno de estos negociadores, el anciano conde de Herberstein, habiéndose arrodillado para besar la mano al padischah, se sintió atacado de un violento dolor de riñones que le impedia el levantarse sin auxilio de un sirviente, Soliman que lo observó, le tendió la mano para ayudarlo á ponerse en pié. « Dejadlos partir, » repitió á sus visires.

## XIII

Las tropas de todas armas, los bagajes, los sesenta mil camellos que llevaban las tiendas y los víveres estaban alineados en la pradera de Ofen. Rustem los hizo desfilar en presencia de los embajadores de Fernando. « ¡Y bien! » preguntó Rustem á Herberstein, despues de la revista, « ¿Qué es lo que dirás á tu señor? » — « Que he visto las fuerzas del « mayor imperio del universo. »

Soliman volvió lentamente á Constantinopla sin haber encontrado enemigos. Durante su viaje, Barbaroja habia vencido á Carlos V y á Doria, ó por mejor decir, los elementos habian vencido por él en la rada de Argel. Ciento cincuenta buques españoles é italianos habian sufrido averías en una tempestad agravada con un combate naval. Hernan-Cortés que habia conquistado pocos años ántes el imperio de Megico, se salvó á nado y fué un momento esclavo de los musulmanes de la costa. Carlos V, privado por este desastre de los socorros y los víveres que aguardaba por mar, se retiró, vencido por los elementos

de debajo de los muros de Argel, dejando la tierra á los árabes y el mar á Barbaroja.

Los embajadores de Francia, Paulin y Laforet, habian acompañado á Soliman á Hungría para excitarlo á emprender esta campaña naval contra Carlos V. Tambien se mezclaron con un zelo mas otomano que cristiano, en las negociaciones de Soliman con Venecia para apartar á esta república de toda alianza alemana en contra de los turcos. Soliman mandó á Barbaroja que se pusiera en todo de acuerdo con el rey de Francia. Paulin y Pellicer, enviados por él á Constantinopla, se embarcaron en la flota de Barbaroja para comunicar á los otomanos el espíritu de su corte y la desercion política del gabinete de Fontainebleau. Iban en el navío de Barbaroja, cuando este almirante abordó á Mesina, abrasó el castillo y cogió entre los despojos á la hija del gobernador español, cuya belleza habia provocado la temeridad del almirante otomano. Se la llevó consigo y se casó con ella.

La flota, dirigida siempre por los dos diplomáticos franceses, recorrió el Mediterráneo, hizo víveres en las islas del golfo de Gaeta, abordó á la embocadura del Tiber, hizo temblar á Roma y huir á los romanos á las montañas de la Sabina. Por fin fué á echar el ancla en Marsella como puerto amigo, para unirse con la escuadra francesa y sitiar juntas á Niza. Bar-

baroja, azote del mar, fué en Marsella el héroe de las fiestas y del entusiasmo de los provenzales. El patriotismo de la nacion veia en él mas bien un aliado que un musulman. Las antipatías religiosas desaparecian ante las simpatías políticas. La Francia temia mas la monarquía europea de la casa de Austria que la preponderancia asiática de Soliman. Niza vió por la vez primera en el mar el pabellon otomano y el francés, reunidos para defender el equilibrio y la libertad de las potencias.

## XIV

Estos años de paz fueron empleados por Soliman II en reformar la administracion de sus vastas provincias desde Bagdad y la Etiopía hasta Ofen. Dió gobiernos á sus dos hijos; á Mohammed el de Sarukan con el sueldo de sesenta mil ducados de oro; á Selim el de Koniah. En un divan solemne recibieron el tambor, el estandarte y el arco, insignias de su autoridad casi soberana.

En el entretanto, Fernando, cansado de negociar en vano en Constantinopla, habia puesto sitio á

Pesth; Soliman indignado habia vuelto á tomar el camino del Danubio. El imperio entero parecia que salia con él de su capital. El 25 de abril de 1543 desfiló por sus puertas el cortejo armado del padischah. Los aguadores encargados de tener siempre sobre los camellos los odres llenos para apagar la sed del ejército: trescientas recuas de mulas, de siete mulas cada una, con los bagajes y el tesoro de la corte; novecientos caballos de mano conducidos por sus palafreneros; novecientas recuas de dromedarios ó cinco mil cuatrocientos camellos de carrera, cargados con víveres y municiones; mil armeros para reparaciones; quinientos mineros para minar las murallas, ochocientos artilleros para el servicio de las piezas; cuatrocientos agas, kiayas, etc., para la administracion militar, los grandes dignatarios del serrallo, el copero mayor, el tesorero general, el aposentador de la corte, dos mil spahis á caballo, con sus estandartes rojos; dos mil caballos á sueldo del sultan, con sus estandartes verdes; dos mil ginetes extranjeros con estandartes blancos; dos mil silihdares con colores amarillos; dos mil auxiliares con enseñas verdes, blancas, rojas y amarillas; los miembros del divan, los secretarios de estado, los jueces del ejército, los cuatro visires de la cúpula, así llamados por el privilegio que tie-

nen de sentarse en el divan debajo de la media naranja, que le da luz; los demas visires precedidos por las colas de caballo, signos de su dignidad, los cazadores, halconeros, escuderos del sultan, que conducen los caballos de su servicio particular, animales escogidos en todas las provincias de su imperio, árabes, persas, turcomanos, caramanios, con arneses de seda y oro, bocados y estribos de plata; trescientos camareros á caballo; doce mil genizaros armados de sables, de lanzas, de arcabuces, que llevaban delante tres colas de caballos, teñidas con el henné, y detrás siete estandartes rayados con franjas doradas, y siete colas de caballos flotando en la punta de elevadas lanzas, cien trompetas y tambores, que llevaban sus instrumentos al cuello, pendientes de cadenas de oro, cuatrocientos solaks ó guardias de corps, que rodeaban al sultan con un cerco de hierro, de penachos, de banderas y aljabas en movimiento; en fin, el mismo Soliman montado en un caballo persa cuyo encendido color deslumbraba como un rayo del sol, y que se entreveia unicamente entre el plumaje ondulante de los solaks; tal era la pompa personal del sultan que abria la marcha del ejército.

## XV

No describiremos esta campaña, cuyos principales acontecimientos fueron la conquista de Gran, la alianza con la Polonia, que solicitaba el apoyo del mas terrible de sus vecinos para apaciguar sus disensiones intestinas; la union de diez mil tártaros, auxiliares obligados de los turcos en sus campañas del Nerte y la libertad de Pesth.

La vuelta del sultan á Constantinopla, despues de haber distribuido al ejército en sus acantonamientos de invierno, fué entristecida por la muerte del mas querido de sus hijos, de Mohammed, gobernador de Sarukhan. Lo lloró como parte de la gloria que debia sobrevivirle y que se eclipsaba ántes que él. El gran arquitecto Sinan recibió el encargo de edificarle una mezquita en forma de sepulcro, cuyo carácter sombrío y severo inspirase el dolor al paso que estimulara á la oracion. Trescientos mil ducados de oro ó diez y ocho millones de francos fueron consagrados por el padre al sepulcro de su hijo. Agregó á este edificio escuelas, y hospicios en donde se daba de comer á los

pobres, para perpetuar con las bendiciones de los otomanos la memoria del hijo predilecto de su corazón. Selim, gobernador de Konia, recibió, á la muerte de su hermano, el gobierno de Surakhan ó de Magnesia, mas próximo y mas importante que el que tenia. Preferido despues de la muerte de Mohammed, no era el mayor de los hijos. Mustafá, hijo de la circasiana, sospechoso á su padre, y alejado de Amasia, sintió vivamente esta injuria. Bayezid ó Bajazet, el mas jóven de los hijos de Roxelana, estaba nombrado para gobernar la Caramania, pero su juventud lo retenia aun en el serrallo.

El gran visir Suleiman-bajá, con noventa años de edad y una gordura monstruosa, fué separado honrosamente y reemplazado por Rustem-bajá, favorito de las sultanas, esposo de la sultana Mirmah, hija de Soliman. Rustem habia nacido en Croacia, se habia educado entre los pajes, y habia subido de grado en grado al rango de escudero, beglerbeg y luego gran visir. Era un soldado y un cortesano hecho para servir y obedecer. Barbaroja, cargado de gloria y de dignidades, murió aquel año en Constantinopla. Este hijo del pobre spahis Yacub de Mitilene legó al morir al sultan mil doscientos esclavos y cien mil ducados de oro. Otro tanto legó á su hijo. Su sepulcro existe escondido entre la yedra y bajo los cipreses en

un pequeño promontorio del Bósforo, arrullado por el murmullo de las olas del mar que enrojeció con tantas victorias. Mas feliz que Temístocles duerme en paz en las playas que engrandeció con sus triunfos.

Alternativas incesantes de guerra y de negociaciones entre Viena y la Puerta ocuparon durante estos años casi estériles, el pensamiento del gran visir. Carlos V y Fernando, los venecianos y los franceses, los polacos y los rusos se disputaban abiertamente la amistad de estos otomanos considerados poco ántes los enemigos comunes de la cristiandad. La religion no tenia parte alguna en las negociaciones de las potencias. El Austria se humilló hasta el punto de comprar la paz, sino la alianza, á precio de un tributo annal de treinta mil ducados de oro con un tratado firmado en Andrinópolis.

Un esclavo bosniaco, educado como el gran visir Rustem, entre los pajes del serrallo, Mohammed Sokolli comenzaba á ganar ascendiente por su talento en el seno del divan. Su nombre se derivaba del lugar de su nacimiento, que era el castillo de Sokol, construido como un nido sobre una roca piramidal de la Bosnia, y llamado á causa de su situacion el *nido del halcon*. Soliman II le nombró despues de la muerte de Barbaroja capitan bajá, ó gran almirante

de sus flotas. Al mismo tiempo hizo mufti á Abun-Sooud, juriconsulto consumado.

Uno de los generales de su padre, Selim I, Kosrew-bajá, cayó en desgracia por haber dicho unas palabras insolentes al gran visir en presencia del sultan. Este antiguo general no pudo sobrevivir á la privacion de sus honores. La primera vez que quiso montar á caballo despues de su degradacion, miró á su alrededor, y no vió ni los pajes, ni los guardias, ni los capitanes dorados que lo acompañaban en el campamento y en la córte; se apeó con indignacion diciendo que valia mas permanecer sentado en los almohadones de su haren que mostrarse sin aparato alguno á la vista de los otomanos habituados á su esplendor. Dejóse morir de hambre, suicidio orgulloso, desusado en una raza para quien es la virtud del hombre la resignacion fatalista.

## XVI

Un enviado de Alaeddin, sultan de las Indias, que venia á implorar la proteccion de Soliman contra los portugueses, fué admitido á presentar sus regalos y

su peticion al divan. Para deslumbrar al embajador indio le hizo asistir el sultan á una de sus entradas en Constantinopla de vuelta de una cacería en los bosques de Andrinópolis. Cuando los diferentes cuerpos de su escolta, armeros, artilleros, spahis, silih-dars aparecieron con sus uniformes brillantes de plata y oro, el embajador, creyendo que era el grupo de los cortesanos del padischah, se levantó respetuosamente de su asiento; el aga de los genizaros, rodeado de sus oficiales, le pareció el sultan; los visires le causaron una ilusion semejante. Desengañado por los intérpretes que lo rodeaban, se quedó tan confuso cuando vió á Soliman en medio de un velo resplandeciente de sables, cascós, penachos y plumeros, que permaneció inmóvil y mudo ante aquel representante de Allah sobre la tierra.

Roxelana envió al príncipe indio presentes de telas magníficas, bordadas por sus propias manos. Ella decidió al sultan, en provecho de su hijo Selim y de Rustem, á sostener la causa de Alaeddin contra los portugueses y los persas. Ismael Mirza, hijo del shah de Persia provocó el primero la guerra con una irrupcion sobre Erzerum y la derrota de Iskender-bajá, que defendia la frontera. El gran visir Rustem y Mohammed-Sokoli, beglerbeg del ejército de Europa, recibieron órden de ir á reunirse con todos los con-

de sus flotas. Al mismo tiempo hizo mufti á Abun-Sooud, juriconsulto consumado.

Uno de los generales de su padre, Selim I, Kosrebajá, cayó en desgracia por haber dicho unas palabras insolentes al gran visir en presencia del sultan. Este antiguo general no pudo sobrevivir á la privacion de sus honores. La primera vez que quiso montar á caballo despues de su degradacion, miró á su alrededor, y no vió ni los pajes, ni los guardias, ni los capitanes dorados que lo acompañaban en el campamento y en la córte; se apeó con indignacion diciendo que valia mas permanecer sentado en los almohadones de su haren que mostrarse sin aparato alguno á la vista de los otomanos habituados á su esplendor. Dejóse morir de hambre, suicidio orgulloso, desusado en una raza para quien es la virtud del hombre la resignacion fatalista.

## XVI

Un enviado de Alaeddin, sultan de las Indias, que venia á implorar la proteccion de Soliman contra los portugueses, fué admitido á presentar sus regalos y

su peticion al divan. Para deslumbrar al embajador indio le hizo asistir el sultan á una de sus entradas en Constantinopla de vuelta de una cacería en los bosques de Andrinópolis. Cuando los diferentes cuerpos de su escolta, armeros, artilleros, spahis, silihdars aparecieron con sus uniformes brillantes de plata y oro, el embajador, creyendo que era el grupo de los cortesanos del padischah, se levantó respetuosamente de su asiento; el aga de los genizaros, rodeado de sus oficiales, le pareció el sultan; los visires le causaron una ilusion semejante. Desengañado por los intérpretes que lo rodeaban, se quedó tan confuso cuando vió á Soliman en medio de un velo resplandeciente de sables, cascós, penachos y plumeros, que permaneció inmóvil y mudo ante aquel representante de Allah sobre la tierra.

Roxelana envió al príncipe indio presentes de telas magníficas, bordadas por sus propias manos. Ella decidió al sultan, en provecho de su hijo Selim y de Rustem, á sostener la causa de Alaeddin contra los portugueses y los persas. Ismael Mirza, hijo del shah de Persia provocó el primero la guerra con una irrupcion sobre Erzerum y la derrota de Iskender-bajá, que defendia la frontera. El gran visir Rustem y Mohammed-Sokoli, beglerbeg del ejército de Europa, recibieron órden de ir á reunirse con todos los con-

tingentes del imperio en Tokat. Tokat era en Asia lo que Belgrado en Europa, la base de operaciones de los turcos en Persia. Los dos visires, reunieron allí en pocos meses ciento cincuenta mil hombres y veinte mil genizaros. Aun estaba indeciso el sultan entre confiarles la dirección de la campaña de Persia, ó ir él mismo á medirse por tercera vez con enemigos que no le habian parecido dignos de él. Una razon de estado, oculta largo tiempo en los pliegues de un impenetrable secreto lo decidió.

## XVII

El poeta guerrero Schemsi, aga de los spahis, hombre iniciado en todos los misterios de familia y de política del serrallo, llegó inopinadamente de Tokat, encargado de una confidencia verbal del gran visir. Rustem advertia leal ó astutamente á su señor que existian en el ejército, y sobre todo entre los genizaros, gérmenes de una conspiracion sorda, desde que su hijo Mustafá habia llegado al campamento con sus tropas personales de Amasia.

Se ha visto que estos recelos y temores de la popu-

laridad y la ambicion del joven Mustafá no eran recientes en el serrallo; ya ántes de la última campaña de Hungría, su padre, informado del ascendiente que tenia en las tropas asiáticas, habia dejado al gran visir Suleiman en Brusa para que observara de cerca las intrigas ó los movimientos de este príncipe. Selim I habia hecho aprender á los otomanos con su crimen, que un hijo ambicioso é impaciente es el mas peligroso pretendiente al trono de su padre. Aunque Mustafá, hijo de la sultana circasiana, fuese el primogénito de los príncipes hijos de Soliman, el amor que profesaba á Roxelana, el prestigio de esta sultana y la preferencia con que miraba el padre á Selim y Bayezid, hijos de Roxelana, debian hacer temer á Mustafá que á la muerte de su padre los manejos del serrallo y del divan, vendidos á la favorita, podrian costarle el trono con la vida. Tales temores eran capaces de compelerlo al crimen. Su título de primogénito de los hijos del sultan, su carácter belicoso, simpático á una raza guerrera, su liberalidad para con los soldados, su dulzura para con el pueblo, su destreza en el manejo de las armas y del caballo, su elocuencia marcial, las gracias de su figura, el sentimiento mismo de compasion que inspiraba su desgracia y su alejamiento de la corte, convertian á Mustafá en el favorito de los campamentos.

Su presencia en el ejército de Koniah reanimó estas impresiones en el corazón de los soldados. El gran visir Rustem, yerno de Roxelana, interesado en la grandeza futura de los príncipes hermanos de su mujer, descubrió con el instinto del terror y quizá del odio esta predilección con que miraban las tropas á Mustafá. El favor de un ejército que puede dar un imperio, aunque inculpable respecto del que lo ha conquistado, es fácilmente criminal á los del que lo teme: Rustem juzgó por ciertos síntomas y revelaciones, que los partidarios de Mustafá solo aguardaban la ocasión. La larga ausencia del sultan durante una campaña en que el joven príncipe se atraería aun involuntariamente las miradas y alcanzaría algunos laureles, le pareció que ofrecía demasiada tentación á su virtud.

« Ya, » decía el poeta Schemsi al sultan en su confianza, « ya los genizaros, ávidos de cambios, repentan en voz alta que el sultan, envejecido precozmente por el peso del imperio y por once campañas, no era capaz de llevar á los otomanos al Eufrates, el Tigris y el Oxus; que era menester un reinado rejuvenecido á un imperio que no debía envejecer jamás con sus señores; que el ejército debía dar y quitar el trono; que el príncipe coronado en Koniah por mano de los soldados sería

« aclamado sin resistencia en Constantinopla; que el entusiasmo del campamento confundiría las inicuas predilecciones del serrallo; que el gran visir Rustem, favorito de una favorita, era el único obstáculo que encontraría el ejército para la manifestación de este sentimiento general; que su cabeza, cortada en medio de una sedición militar, dejaría á las tropas en libertad de expresar este notable cambio; y que Soliman, relegado durante su vida al serrallo de los sultanes decrepitos de Demótica acabaría en paz su vida con las mujeres que habían enervado su energía. »

## XVIII

Estas murmuraciones referidas por Schemsi, y exageradas probablemente por Roxelana, no dejaron vacilar un instante á Soliman. Para evitar el peligro envió al gran visir orden de disolver el ejército, y á Mustafá lo invitó á volver á Amasia con las tropas de su provincia, anunciando que iría en persona al principio del otoño á tomar el mando de la expedición de Persia.

Plantó con efecto sus tiendas en Scutari, el 28 de agosto de 1553, en medio de sus tropas escogidas, mandadas por sus antiguos compañeros de gloria; dió al sultán Bayezid, uno de los hijos de Roxelana, el gobierno de Andrinópolis durante su ausencia; autorizó á Selim, segundo hijo de Roxelana, gobernador á la sazón de Magnesia, á que lo acompañase á la campaña de Persia, deseando que se reflejase en este jóven príncipe, objeto de su cariño, suficiente gloria para merecer la candidatura al trono.

Tambien llevó consigo á Zeanghir, tercer hijo de Roxelana. Este jóven príncipe, privado por la naturaleza de dones exteriores, no servia para manejar el sable, ni presentarse á caballo al frente de las tropas; cojeaba un poco; uno de sus hombros, mas alto que el otro daba á su estatura un aspecto desgraciado, que lo condenaba á la soledad y á la inmovilidad del serrallo. Pero todos los dones del alma, del corazón, de la inteligencia y del carácter compensaban en él estas diformidades del cuerpo. Ellas habian hecho á este jóven el mas querido de su madre, el mas querido de su padre, que se deleitaba con sus conversaciones de una sabiduría precoz, una viva sencillez y una agudeza muy notable. Lo llevaba consigo á todas sus campañas como al mas seguro confidente de sus inquietudes y al mas amable desahogo de sus ócios.

Zeanghir, aunque hijo de distinta madre que la de Mustafá, amaba á este hermano con una ternura, que vencía en su pecho las rivalidades de la sangre y los celos de familia. Estos dos príncipes se querían, á pesar del ódio mútuo de sus madres, con uno de esos afectos apasionados que constituyen, por decirlo así, el despotismo de la naturaleza.

## XIX

Sin desconfianza, al saber el movimiento de su padre, Mustafá fué á reunirse con sus tropas al ejército imperial en el cuartel general de Eregli, entre Brusa y Tokat. Su inesperada presencia, el número y la disciplina de sus ginetes, sus hermosos caballos, la riqueza de los trajes y de las armas, la varonil confianza del jóven guerrero que los mandaba, causaron en el campamento un murmullo de entusiasmo que pareció al sultán la confirmación de las acusaciones del gran visir. Los genizaros, celebrando ver al príncipe que debía pelear y reinar un día á su cabeza, se agruparon al rededor de sus tiendas para saludarlo en presencia del campamento.

Sus gritos y felicitaciones, comunicadas por delatores apostados, fueron interpretadas como indicios de una próxima é inevitable explosion. Celebróse un largo consejo nocturno entre los visires y el sultan. El mismo Zeanghir no asistió, la llegada de su hermano querido lo inundaba de alegría. Esperaba restablecer en la campaña la intimidad que habia estado como en suspenso durante su separacion, y le sorprendia y disgustaba la tardanza que oponia á la entrevista la etiqueta de la córte.

Soliman habia mandado decir á Mustafá que lo admitiria al besamanos que tendria lugar al día siguiente en su tienda.

XX

Con efecto, despues de la oracion del mediodía, los visires y los generales fueron á buscar al jóven príncipe á sus tiendas para acompañarlo á la audiencia del sultan. Mustafá estaba vestido con un rico caftan; montaba un caballo turcomano, digno, segun la expresion árabe, *de ser el trono de un sultan*. Los soldados acudian en tropel á saludarlo, al pasar, como á

su ídolo. Las aclamaciones que resonaban en torno suyo, llegaban hasta el fondo del divan de su padre. Soliman juzgaba sediciosos aquellos gritos de entusiasmo. Esta idolatría por su hijo le parecia exigirle su abdicacion, y no se irritaba ménos como padre que como soberano. No era él uno de esos hombres cuyo carácter se abate con los clamores de un populacho ó de una soldadesca embravecida. Su corazon resistia tanto mas á una degradacion voluntaria cuanto con mas insolencia se le insinuaba. Recordaba la condescendencia de Bajazet II, bajando del trono para ir al destierro, y hallando la muerte entre el destierro y el trono. El asesinato de sus hijos predilectos, la ruina de Roxelana, la tiranía del ejército, la anarquía del imperio, el eclipse de su gloria al declinar su vida, se erigian ante él para mandarle olvidar que era padre, si queria continuar siendo soberano y sobrevivir con la reputacion de grande hombre. A quien aguardaba no era á su hijo, sino al rebelde que venia á pedirle el imperio por la voz de sus cómplices. No vaciló mas.

## XXI

El crimen de Mustafá consistía en murmuraciones del ejército y las esperanzas que inspiraba su juventud. Se apeó del caballo y entró en la tienda de su padre para prosternarse á sus piés y recibir el ósculo en los ojos, signo patriarcal de ternura que los superiores, los ancianos, los padres dan en Turquía á aquellos, en quienes tienen depositado su cariño. Había guardado sus armas segun el uso establecido para los hijos de los sultanes, que gozan del privilegio de presentarse armados en presencia de su padre. Los chiaux que estaban de guardia en la primera sala le desarmaron. Esta ofensiva precaucion le hizo encenderse y palidecer; sin embargo, obedió.

Al entrar en el segundo recinto en donde creía ver á su padre abriendo los brazos para recibirlo, halló la mas profunda soledad, dudaba de penetrar en el divan, cuando la cortina que lo separaba del salon de las audiencias, corriéndose de repente, le mostró en vez de su padre un grupo siniestro de mu-

dos ejecutores de las sentencias de muerte del serrallo. Estos verdugos, precipitándose sobre el jóven príncipe, le echaron al cuello la cuerda de un arco, lazo ordinario de que se sirven para extrangular á sus víctimas. La inocencia, la admiracion, el horror del suplicio, la indignacion, la juventud que rechaza la muerte, dieron á Mustafá fuerzas para romper la cuerda, apartar el brazo de sus verdugos, derribarlos en tierra, arrostrándolos hasta la puerta de la sala de los chiaux como arrastra el toro las cuerdas que le han echado para matarlo. Ya sus gritos invocaban con el nombre de su padre el socorro de los genizaros, amotinados al rededor de las barreras que cercan á distancia las tiendas del sultan; su voz, oida por ellos, podia cambiar su suplicio en coronacion, Soliman, testigo oculto de aquella lucha descubre la cortina que lo separaba de la escena del homicidio; lanza una mirada significativa á los mudos, reprendiendo su lentitud y amenazándolos con la muerte. Mustafá al aspecto de su implacable padre, olvida el defenderse y muere derribado bajo las rodillas de los mudos. La cortina vuelve á correrse.

Soliman manda extender el cadáver de su hijo en una alfombra y exponerlo como un reto á los ojos de los genizaros consternados. Sabe que las facciones sucumben con sus idolos, y que nadie se atreve á

confesar el pensamiento del crimen, cuando el crimen no tiene móvil ni esperanza.

El aspecto del cuerpo inanimado de Mustafá infundió con el luto el terror y el silencio en el ejército. Los soldados desfilaron con los ojos húmedos, pero los labios sellados, ante su ídolo de la mañana, y volvieron á sus tiendas para llorar su pérdida.

Una decision del mufti, juicio sagrado que cierra la boca á la murmuracion, fué publicada en el campamento, única obligacion impuesta á los sultanes sobre sus golpes de estado. Estos juicios están siempre concebidos bajo la forma de una pregunta anónima dirigida por el soberano al intérprete de la ley, y bajo la forma de una respuesta igualmente anónima y breve á la pregunta.

« Un mercader de esta ciudad, decia el cartel, ha confiado á su esclavo Zair, durante un viaje, á su esposa, sus hijos y su comercio. Su esclavo, ménospreciando las leyes, ha dilapidado la hacienda de su señor; ¿ qué pena merece el esclavo Zair? »

« — El esclavo Zair merece la muerte, » respondia el mufti.

Esta sentencia del órgano supremo de la justicia acalló toda murmuracion. El crimen era supuesto desde el momento en que el juez autorizaba la muerte.

Solo un corazon protestó en el campamento en favor de la inocencia de Mustafá y contra el rigor de su padre; este corazon era el de un amigo. Zeanghir, el hijo de Soliman y de Roxelana, acudió al rumor de la lucha de Mustafá con los mudos; pero solo llegó á tiempo para asistir al último suspiro de su hermano. Se echó sobre su cadáver cubriéndolo de besos, llenó la tienda con sus sollozos y las imprecaciones que pronunciaba contra los calumniadores y los asesinos de su hermano. Soliman, para quien estas quejas eran mas crueles que el remordimiento, mandó sacar á Zeanghir del lado de Mustafá; pero ya era demasiado tarde; el dolor habia hecho pedazos el corazon de Zeanghir; en lugar de un cadáver, llevaron dos á la vista del padre. Descargando un golpe sobre el hijo de la circasiana habia herido al de Roxelana; la amistad fraternal habia vengado á la naturaleza.

Dudóse del crimen ó de la inocencia de Mustafá este don Carlos de los otomanos, inmolado por su

padre. Soliman no era un Felipe II. Es difícil imaginarse que un príncipe como Soliman, que no tuvo mas debilidades que las del corazón, y que prefirió á menudo la amistad, el amor y la familia á los deberes del soberano, despues de haber sospechado mucho tiempo, aguardado muchos años, perdonado una vez, esperado siempre, se hubiese decidido á castigar á un hijo en una inminente sedicion sin violentar la naturaleza, y sin estar convencido de la necesidad de derramar su propia sangre para salvar su dinastía y su imperio.

Esta fué la opinion de los otomanos al dia siguiente del homicidio. Mas se compadeció al padre que lo que se acusó al soberano. El gran visir Rustem-bajá, á quien reprochaba el ejército el haber exagerado ó supuesto el peligro, se atribuyó la justicia ó el crimen para dejar la compasion al sultan. Solicitó dejar el sello del imperio y aceptar con la aparente desgracia la responsabilidad y el odio de la ejecucion. Ahmed-bajá, general amado de las tropas, fué nombrado gran visir en lugar suyo.

Pero ántes de entregar el sello del estado, Rustem habia afianzado con otro asesinato la seguridad del sultan y la sucesion al trono de los hijos de su madre política, la sultana Roxelana. Mustafá tenia un hijo en rehenes y cuidado por su madre en el serrallo de

Brusa. Temióse que los genizaros, trasportando á este niño el afecto que tenían á su padre, pusieran la corona en su cabeza con una nueva sedicion. La madre, que temblaba en Brusa por los dias de su hijo, amenazados por Roxelana, no consentia en separarse de él un solo instante; creia que su presencia lo defenderia de todo peligro.

Rustem, en el momento de la muerte de Mustafá, envió secretamente á Brusa á un jefe de los eunucos del serrallo, encargado de dar muerte al hijo de Mustafá. El eunuco fingió querer dar una funcion campestre á la sultana y á su hijo en una quinta de recreo cerca de Brusa. El niño precedia á caballo á su madre, encerrada, segun costumbre, con sus mujeres en un carro con celosías doradas, tirado por bueyes. Sus miradas no perdian de vista á su hijo.

El eunuco, para burlar su vigilancia maternal, habia ordenado á los conductores del carro que rompieran el eje, como por casualidad, en el camino. Miéntras lo componian, excitó al jóven á que se adelantara un poco para llegar mas pronto á la quinta. No descubrió el muchacho el lazo y apresuró la marcha de su caballo. En el momento en que se apeaba en el umbral del kiosko, el eunuco sacó el cordon fatal, y se lo presentó en nombre de su abuelo. «El sultan, le dijo, quiere que ceséis de existir ahora mismo. —

Esta orden es para mí la de Dios, » respondió el niño educado en la adoracion de la voluntad suprema; y él mismo tendió su cuello al verdugo.

Entretanto la madre, con un presentimiento siniestro, se habia apeado, y corria trémula y con los cabellos desordenados en busca de su hijo. Ella tropezó con su cadáver en las escaleras del kiosko. Así fué como supo par la muerte de su hijo, el asesinato de su marido.

## XXIII

Soliman II no se sonrió despues de este horrible crimen. No buscó tampoco distracciones á su melancolía mas que en el campamento y los negocios del estado. Su rápida expedicion á Persia fué terminada por un tratado de paz negociado miéntras se peleaba, y firmado durante la retirada á Amasia.

Una intriga atribuida á Roxelana lo llevó desde Amasia á Constantinopla. Esta sultana, desembarazada de toda competencia al trono por parte de los hijos de la circasiana, queria ahora libertar á su hijo predilecto Bayezid, de la concurrencia de su hijo pri-

mogénito Selim, á quien destinaba Soliman para que le sucediera en el trono. Bayezid recordaba con su fisonomía y su carácter la belleza y el genio de su madre. Juntos imaginaron un plan novelesco bien combinado para asegurar al hijo la herencia del imperio. Dispusieron que un esclavo cuyas facciones se parecian á las de Mustafá, representara el personaje del príncipe muerto, y sublevara con esta semejanza y una fábula popular á los partidarios de Mustafá en la Turquía europea. Esta fábula debia de reunir al rededor del supuesto Mustafá á los soldados y el poblacho de las márgenes del Danubio; Bayezid debia, ó unirse á ellos ó combatirlos, igualmente seguro de ser proclamado por los rebeldes, si triunfaban, descubriendo la ficcion de su esclavo, ó de merecer bien de su padre, si los dispersaba con el auxilio de sus tropas. Esta pérvida astucia engaña fácilmente á soldados fanáticos y á una plebe ignorante. El falso Mustafá sublevó la hez de los cuarteles y del paisanaje de Nicópolis, y marchó aumentando sus fuerzas sobre Constantinopla.

La prontitud de Soliman desbarató este plan. Desdeñando medirse él mismo con un impostor, mandó pasar á Europa al gran visir Ahmed-bajá con un cuerpo escogido de genizaros y de spahis. Vencido el impostor en el primer encuentro, cayó en manos de

Ahmed. En el tormento declaró su complicidad con Bayezid. Al volver á Constantinopla, Soliman mandó echar al mar al esclavo y sus sectarios; temia verse obligado á castigar por segunda vez á la faz del mundo el crimen doméstico de un hijo, y á desgarrar el corazon de su madre. Atribuyendo Roxelana la falta de su hijo á su inexperiencia obtuvo el perdón de Bayezid prometiendo su arrepentimiento. Pero el culpable, teniendo á la vista el cadáver de Mustafá, temblaba el presentarse ante su padre.

Como para agravar su terror, Soliman rehusó recibirlo en el serrallo. Le concedió una audiencia secreta en un kiosko aislado, cercado de bosques á las orillas del Bósforo, llamado la caravenería de los carios. Bayezid, al apearse del caballo en aquel sitio retirado, fué desarmado por los mudos, como lo habia sido su hermano. No dudó de su suerte, y se estremeció como si estuviera bajo la mano del verdugo.

« No temas nada, hijo querido, no temas nada, » le gritó desde el fondo de una tribuna enrejada una voz en la cual reconoció la de su madre; « allá soy yo. » Tranquilizado Bayezid con tan dulces acentos, se presentó no obstante un poco turbado en presencia del autor de sus dias. Soliman le habló como un padre indulgente. Despues de una conversacion mezclada de severidad y de lágrimas, mandó traer el sor-

bete de la reconciliacion. La mano de Bayezid tembló al acercar la copa á los labios; esta copa de paz habia reemplazado muchas veces en Oriente la copa de la muerte. Soliman dejó á su hijo sentir un instante la angustia de la duda; luego, tomando él mismo la copa la bebió. Bayezid perdonado volvió á su gobierno de Amasia á tramar, instigado por su madre, nuevas conspiraciones contra su hermano.

## XXIV

Entretanto Roxelana no podia perdonar al gran visir Ahmed el haber sondeado demasiado y haber revelado las faltas de su favorito. Era menester quitarle la vida para que murieran con él los misterios que habia conocido y los mas culpables que tal vez habia entrevisto en la conducta de la favorita y del hijo. Ella incriminó sus actos á los ojos del sultan; ella le recordó que su elevacion al grado de visir no habia sido mas que una concesion á los murmullos de los genizaros al dia siguiente de la muerte de Mustafá. Rustem habia sido el bueno, el generoso, y Ahmed habia sido el recompensado. Los genizaros

habian triunfado en él; quien sabe si no aspiraba á gobernar por medio de ellos? El ministro, contando con el favor de los sediciosos, no podia estar inocente; la prudencia, y acaso la justicia exigia que se le apartara de las gradas del trono. La única desgracia que arrebató á las facciones sus esperanzas es la muerte: la del fiel Ahmed fué decidida.

No podia sospecharla Ahmed; sin embargo, un gran visir se hallaba siempre en aquella época entre el favor y el cordon. Nunca brillaba sobre sus cabezas el rayo que los heria. Pocos dias despues de la reconciliacion de Bayazid y de Soliman, Ahmed, al entrar en el serrallo, se vió detenido en el umbral por el jefe de los chiaux de la cámara: « Haz tu oración, » le dijo el ejecutor, « el padischah quiere que mueras. » — « Moriré, » respondió Ahmed sin preguntar su crimen y sin murmurar contra su destino.

Todo lo que solicitó fué morir extrangulado por mano de un amigo que lo acompañaba, y no por las infamantes de los mudos. Exhaló su último aliento perdonando al señor ingrato ó engañado que ordenaba su suplicio.

Rustem, el yerno de Roxelana, alejado unicamente por cálculo al morir Mustafá, fué llamado al poder.

## XXV

La mezquita de Soliman II, llamada *Solimanieh*, el mas espléndido monumento del reinado y de la capital, fué inaugurada el 16 de agosto de 1556. Soliman habia invertido en ella ochocientos mil ducados de oro y quince años de trabajo. El jardin de esta mezquita encerraba el sepulcro de su fundador; las cúpulas, los alminares, los pórticos con surtidores de agua, las puertas cinceladas por el arte arábigo, las columnas de granito rojo, los obeliscos que habian soportado en otros tiempos las estatuas de Vénus y de Justiniano; los capiteles de mármol de Paros, las galerías, las tribunas, los púlpitos, los candelabros de bronce dorado, los vidrios transparentes, en que el sol dibuja jardines de flores ó letras resplandecientes con el nombre de Aláh; las escuelas, los seminarios, los hospitales adyacentes, los plátanos y los cipreses que destacan su sombría verdura sobre el fondo claro de las fachadas, hacen de la Solimanieh la diadema de Constantinopla.

Mientras que Soliman construía esta obra maestra

habian triunfado en él; quien sabe si no aspiraba á gobernar por medio de ellos? El ministro, contando con el favor de los sediciosos, no podia estar inocente; la prudencia, y acaso la justicia exigia que se le apartara de las gradas del trono. La única desgracia que arrebató á las facciones sus esperanzas es la muerte: la del fiel Ahmed fué decidida.

No podia sospecharla Ahmed; sin embargo, un gran visir se hallaba siempre en aquella época entre el favor y el cordon. Nunca brillaba sobre sus cabezas el rayo que los heria. Pocos dias despues de la reconciliacion de Bayazid y de Soliman, Ahmed, al entrar en el serrallo, se vió detenido en el umbral por el jefe de los chiaux de la cámara: « Haz tu oración, » le dijo el ejecutor, « el padischah quiere que mueras. » — « Moriré, » respondió Ahmed sin preguntar su crimen y sin murmurar contra su destino.

Todo lo que solicitó fué morir extrangulado por mano de un amigo que lo acompañaba, y no por las infamantes de los mudos. Exhaló su último aliento perdonando al señor ingrato ó engañado que ordenaba su suplicio.

Rustem, el yerno de Roxelána, alejado unicamente por cálculo al morir Mustafá, fué llamado al poder.

## XXV

La mezquita de Soliman II, llamada *Solimanieh*, el mas espléndido monumento del reinado y de la capital, fué inaugurada el 16 de agosto de 1556. Soliman habia invertido en ella ochocientos mil ducados de oro y quince años de trabajo. El jardin de esta mezquita encerraba el sepulcro de su fundador; las cúpulas, los alminares, los pórticos con surtidores de agua, las puertas cinceladas por el arte arábigo, las columnas de granito rojo, los obeliscos que habian soportado en otros tiempos las estatuas de Vénus y de Justiniano; los capiteles de mármol de Paros, las galerías, las tribunas, los púlpitos, los candelabros de bronce dorado, los vidrios transparentes, en que el sol dibuja jardines de flores ó letras resplandecientes con el nombre de Aláh; las escuelas, los seminarios, los hospitales adyacentes, los plátanos y los cipreses que destacan su sombría verdura sobre el fondo claro de las fachadas, hacen de la Solimanieh la diadema de Constantinopla.

Mientras que Soliman construía esta obra maestra

de la arquitectura mixta de los árabes, de los griegos y de los otomanos, Roxelana y su hija la sultana Mihrmah, esposa del gran visir Rustem, se construían igualmente sus mezquitas, la una para dar sombra al sepulcro de Roxelana en Scutari, la otra para el de Mihrmah en el fondo del golfo del Cuerno de Oro, en la pendiente de la colina de Aiub.

El schah de Persia juzgó estas obras bastante históricas para enviar á Soliman una embajada de felicitacion por haberlas concluido en su reinado. El estilo de la carta del schah de Persia atestigua la deferencia de los principes de Oriente al hijo de Selim I : « O tú, » decia la carta, « tú que eres favorecido por la gracia divina, tú que has sido colmado con los dones del omnipotente, ¡ sultan de las dos facas del globo, khan de los dos mares ! Tú que eres igual á Salomon, sultan Soliman, que tus es-

« tandartes flotan eternamente al nivel de los cielos, »  
 « ¡ que los títulos de tu reinado, se graben en la memoria de los hombres en tablas imperecederas ! »

La esposa favorita del schah de Persia escribió á la esposa favorita del sultan, á Roxelana y á su hija Mihrmah, felicitaciones semejantes por los monumentos piadosos que estas dos sultanás habian hecho levantar.

« Que las mas fervientes oraciones que Dios escu-

« che, » dice la sultaná persa á la sultaná rusa, « sean dirigidas al señor de aquella que está circundada con el esplendor de la estrella matutina, hermosa como *Feringhis* poderosa como *Balkis*, noble como *Suleikha*, pura como *María*, la favorita de los siglos, la sultana *Khasseki*, ¡ porque el Coran bendice á los que edifican casas para el Señor y descansan á su sombra ! »

La respuesta de Roxelana sacaba tambien sus imágenes de la religion, de la historia y de la poesia : « Yo he recibido, » decia Roxelana, « como un don del paraiso, las perlas de las oraciones mas brillantes del rosario de los ángeles, el coral mas perfumado de los votos de los creyentes en las mezquitas ; estos votos me son dirigidos por aquella que está dotada con la juventud de las huris, con la virtud de *Suleikha*, con el poder de *Dario*, y que es señora del señor del Iran, la María inspirada por la sabiduría de Jesus, la estrella de la majestad, la perla de la corona de castidad, cubierta con el velo del pudor, la mujer oculta á las miradas de los profanos. »

Roxelana, querida de Soliman II como siempre, madre de dos hijos herederos del imperio, temida de los visires, honrada por el pueblo, ilustre por su fama en todo el Oriente, dominando en su edad

madura por sus consejos tanto como habia dominado en su juventud por su belleza, que aunque declinando conservaba, murió pocos dias despues de haber acabado la construccion de su tumba.

Soliman, que perdía con ella el encanto de sus primeros años y el apoyo de su vejez, quiso tenerla cerca de sí despues de su muerte, y depositó su cadáver en su propio sepulcro. Su dolor fué inconsolable. El hombre capaz de amar con tanta constancia á una sola mujer en medio de las licencias de la poligamia, y la esclava capaz de haber inspirado tal amor á su señor, no fueron sin duda indignos el uno del otro. Las grandes pasiones suponen almas grandes; el amor no es mas que un atractivo, pero su constancia es una virtud.

Los misterios del haren, entreabiertos por la ignorancia y la envidia de los contemporáneos, han hecho atribuir á la sultana rusa ambiciones y asesinatos, cuyas verdaderas causas no han traspirado fuera de los muros del serrallo; pero esta es la desgracia de los gobiernos despóticos, que ni pueden justificar sus actos, ni motivar sus medidas. Su terrible silencio deja campo libre á las conjeturas y á la calumnia. Los fantasmas son hijos de las tinieblas. La historia no se atreve en esta oscuridad ni á alabar ni á criticar la memoria de la favorita de Soliman. Si se le

atribuyen sus crímenes y sus debilidades, preciso es tambien atribuirle sus virtudes, porque ella tuvo mucho ascendiente en su corazon, en su vida y en su gloria.

## XXVI

El favor de Rustem sobrevivió á su madre política. Viejo el sultan le dejó manejar á su antojo las negociaciones con el Austria, que llenaron los últimos años de su reinado. Pero ya las disensiones ambiciosas de Selim y de Bayezid emponzoñaban la vejez de su padre. Documentos preciosos y secretos, ministros del odio mútuo de estos dos príncipes, esclarezcan hoy estas rivalidades.

Bayezid habia vuelto á su residencia de Amasia; Selim, gobernador de Sarukhan, residia mas cerca de su padre, en Magnesia. Selim tenia interés en perder á su hermano, cuyas intrigas le revelaban un competidor terrible. Uno de los confidentes de Selim, Mustafá-Beg, hombre de dos caras y dos lenguas, confidente en otro tiempo de Bayezid, le ofreció tender un lazo á su hermano. Selim consintió en ello,

Mustafá-Beg, autorizado para ser traidor, escribió á Bayezid que Selim, príncipe abandonado á la ociosidad y á las delicias de Magnesia, era el único obstáculo para su advenimiento al trono, pero que este obstáculo era fácil de vencer con una hostilidad declarada y una guerra abierta, en las que la victoria favorecería indudablemente al mas valiente. Aconsejaba pues á Bayezid que escribiera á su hermano una carta provocativa que lo impulsara á algunas medidas de fácil incriminacion á los ojos de Soliman.

Bayezid siguió este pérfido consejo, enviando á Selim con un escrito injurioso insultos simbólicos, una cófia, un vestido de mujer y una rueca. Soliman, informado por Selim de este ultrage, envió un emisario á Bayezid con una severa reprimenda. Mustafá-Beg, para culpar á Bayezid con una aparente rebelion contra la reprension de su padre, apostó cerca de Amasia gentes de su confianza que mataron al enviado del sultan. Soliman, engañado por este crimen, envió á Mohammed-Sokolli á la cabeza de veinte mil hombres contra su hijo. Los dos ejércitos se encontraron en Koniah; Bayezid vencido se refugió en Amasia, y desde allí escribió á su padre una carta de arrepentimiento pidiéndole su perdon para sí y para sus cuatro hijos. Mustafá interceptó esta carta. Indignado Soliman con este silencio se dirigió hácia Ko-

niah. Bayezid, seguido por algunos miles de partidarios huyó con su mujer y sus hijos á Persia. El pueblo y el ejército lo lloraron; gozaba del favor de los otomanos, como habia gozado del de su madre, á causa de su belleza, de su valor, y de su constancia en no amar mas que una sola mujer. Las costumbres licenciosas de Selim, su cara redonda y colorada, sus ojos saltones como los de un hombre del Norte, su precoz obesidad que lo hacia pesado á pié y ridículo á caballo, despopularizaban á Selim á los ojos de los soldados.

## XXVII

Soliman II y Selim escribieron al schah de Persia para que rehusara la hospitalidad al rebelde. El schah no obtemperó á esta odiosa solicitud. Bayezid, independientemente de sus derechos como huésped, era por la Persia una prenda de intervencion futura en los negocios de Turquía. Al llegar Bayezid á Tauris con su haren y sus tropas, fué recibido como un rey. Tahmasp hizo derramar sobre su cabeza treinta

vasos llenos de monedas de oro, de perlas y piedras preciosas. Nueve caballos de raza, con caparzones guarnecidos de oro y de rubies, le fueron presentados por el caballero del schah. Los cortesanos del schah y los compañeros del príncipe turco rivalizaron en destreza y fuerza en el manejo del caballo y la lucha á la vista de los dos príncipes. Ofendido Soliman por esta acogida hecha á su rebelde hijo, escribió mas duramente á Tahmasp: « *El amor y la cólera emanan igualmente de Dios,* » le decía: « *Hacer bien á los perversos es hacer mal á los buenos.* »

Una correspondencia envenenada se siguió por espacio de mucho tiempo entre las dos córtes: « Este orgulloso persa coronado, este schah, privado de razón recibe en su territorio á mi culpable hijo; no creo ya en sus palabras, y voy á armarme contra él. »

Entretanto el carácter belicoso de Bayezid y las tropas que habian entrado con él en Persia, comenzaban á causar inquietud al schah. « Desconfiad, le decian, de un hijo que ha levantado la mano contra su padre; él medita el asesinaros para apoderarse de vuestros estados. »

Un dia en que asistía con Bayezid á una funcion militar, los recelos del schah, provocados por sintomas calumniosos, fueron tan repentinos y extremados

que se levantó de su asiento y volvió á palacio bajo el pretexto de una súbita indisposicion. Bayezid, informado de las sospechas que le habian inspirado al schah, y de los peligros que á él mismo le amenazaban, se revolcó de desesperacion por la alfombra, y quiso matar por su propia mano á su mujer y sus cuatro hijos para libertarlos del enojo de los persas engañados, que asediaban su apartamento. Pareció que la tempestad se disipaba; pero pocos dias despues, en un festin que le daba el schah, se precipitaron los guardias sobre Bayezid, lo ataron á él y á sus cuatro hijos, los metieron en un calabozo y mataron á traicion á mil de sus compañeros de destierro. Esta carnicería era el preludio de otro suplicio.

Las dos córtes se habian entendido por medio de negociadores recíprocos. Un embajador de Selim, Ali-Aga, que era al mismo tiempo un verdugo ejercitado, llegó á Tauris con el pretexto de felicitar al schah. El rey le preguntó si sabia distinguir á Bayezid entre otros otomanos, encerrados con él en la cárcel de su capital. Ali-Aga contestó que no le habia visto desde su infancia y que no estaba seguro de reconocerlo, á no ser por sus cejas arqueadas y ojos negros. Para evitar todo error, el schah mandó afeitar la barba y los cabellos del infortunado Bayezid. Ali-Aga, introducido despues en su prision, ex-

trángulo á Bayezid y á sus cuatro hijos, que cayeron sobre el cadáver de su padre.

Toda la Persia lloró el asesinato de un huésped y de un cautivo de la nacion y el de cuatro niños inocentes. Los cinco cadáveres, llevados por Ali-Aga á Selim, fueron sepultados en la primera ciudad del territorio turco, en Siwas, cerca de la puerta del Norte, en donde su cúpula entristece todavía al pasajero.

Así pereció el hijo mas amado y mas digno de serlo de Roxelana, á quien su predileccion presagió el trono y solo preparó su ruina.

Pocos dias despues de haber recibido la notificacion de este crimen, Soliman, condenado dos veces á gozarse en la muerte de sus hijos, pasó á caballo con ánimo deliberado por delante de la casa del embajador persa para mostrarle su gratitud, y para que viese que soportaba sin pena el peso de los años y los negocios. Trescientos mil ducados de oro, enviados á Tauris por Pertew-bajá pagaron á los persas la sangre del rival de Selim.

El gran visir Rustem, que temia el reinado de Selim, y que nutria en secreto hácia Bayezid la predileccion de Roxelana y de su mujer la sultana Mirmah, murió de dolor al saber el asesinato de este príncipe.

La fortuna de los otomanos y el genio de Soliman, experimentado en el conocimiento de los hombres, le habian preparado un sucesor capaz de sostener la decadencia de un reinado, en Mohammed-Sokolli; pero este no sucedió inmediatamente á Rustem.

Las riquezas de Rustem recordaban las de los prócsules romanos Crasso y Lúculo. Ochocientas alquerías en Europa y en Asia, quinientos molinos, dos mil esclavos, tres mil caballos de guerra, mil doscientos camellos, cinco mil caftanes de honor, destinados para regalos, ocho mil turbantes, dos mil corazas, seiscientas sillas de caballo bordadas de plata, ciento treinta estribos de oro, setecientos sables incrustados con piedras finas, ochocientos Coranes, treinta de ellos con encuadernaciones enriquecidas de diamantes, una biblioteca de cinco mil volúmenes, la carga de oro y alhajas para ciento veinte acémilas, en fin, dos millones de ducados de oro en sus arcas; tales eran los tesoros acumulados en pocos años en las manos de un gran visir que gastaba con tanta prodigalidad como recibia de su señor. El fisco rebosaba igualmente con las rentas que venian de las provincias y de los tributos de la conquista.

## XXVIII

Ali el gordo, llamado así por su enorme corpulencia, que le hacia buscar inútilmente en toda la Arabia un caballo bastante fuerte para soportarlo, recibió el sello del estado á la muerte de Rustem. Era hijo de un dalmata de Brazza, prisionero desde su juventud, y educado en el islamismo. Uno de sus tios, Kyaya y favorito de Ibrahim, lo hizo subir de grado en grado hasta aga de los genizaros. Nombrado en seguida gobernador de Egipto y bajá de tres colas, la viveza de su imaginacion y la gracia de sus réplicas contrastaban con la pesadez de su cuerpo. Soliman lo juzgaba mas á propósito para negociar que para combatir. Con efecto, ajustó con Busbek, embajador de Fernando, una paz favorable á Soliman. « Cuando se desea la felicidad del pueblo, dijo á Busbek, al firmar el tratado, no se debe provocar á la lucha al leon dormido. » El Austria se declaró tributaria de la Puerta en treinta mil ducados anuales. Esto era comprar la paz.

La jóven sultana Esma, nieta de Soliman é hija de

Selim, de diez y seis años de edad, fué dada por esposa á Mohammed-Sokolli, segundo visir. Su tia Mirh-mah, hija de Roxelana y viuda de Rustem, habia solicitado retirarse de la córte y ocultar en el antiguo serallo el dolor que le causó el suplicio de su querido hermano Bayezid; sin embargo, poco tiempo despues se reconcilió con Selim, único heredero del trono, y de quien, por consiguiente, habia de depender un día su suerte. Selim seguia en Magnesia entregado á sus violencias y desórdenes habituales. Soliman le escribió una carta muy tierna recordándole los deberes de un musulman, de un hijo y de un soberano. Por toda respuesta, el príncipe degradó al consejero que le habia llevado la reprension de su padre. Queriendo por lo ménos castigar los desarreglos de Selim en los cortesanos que los fomentaban, Soliman mandó cortar la cabeza á Murad-Techelebi, favorito y compañero de libertinaje de su hijo.

## XXIX

Un embajador de Soliman II asistió el 30 de noviembre 1562 á la coronacion de Maximiliano, como

rey de los romanos, celebrada en Viena. La Hungría, la Moldavia, la Valaquia, la Transilvania fueron agitadas por un aventurero, llamado Juan Basílicus, hijo de un mercader de la isla de Candía, que habia sido adoptado por Heráclides, despota de Samos. Este aventurero, inquieto y ambicioso logró del emperador de Austria el reconocimiento de sus pretensiones al principado de Moldavia. Auxiliado por mil quinientos caballos alemanes, destronó Alejandro, wai-vode de Moldavia. Este se fué á pedir socorros á Constantinopla. Pero no teniendo ni ejército ni tesoros para apoyar sus reclamaciones, fracasó minado por las intrigas de los enviados de Heráclides, que ofrecieron á la Puerta un tributo anual de cuarenta mil ducados por la investidura de la Moldavia.

Los excesos y locuras de este aventurero sublevaron muy pronto á los boyardos. En unas visperas sicilianas degollaron los patriotas moldavos en una noche á todos los soldados húngaros y alemanes con que habia infestado Heráclides á su patria, y encerraron en un convento á su madre, á su mujer y á su hija, todavía en la cuna. El mismo, sitiado en uno de sus castillos y obligado á capitular, murió de un golpe de maza que le dió el feroz Tomza, llamado al trono por los moldavos. Este, despues de haber dividido el pan en forma de cruz con el jóven Demetrio,

hijo de Heráclides, en señal de perdon, lo encerró en un calabozo, y le mandó cortar las narices como signo de esclavitud. Indignado Soliman II reprobó esta sanguinaria revolucion de los bárbaros, y restableció al antiguo príncipe Alejandro en el principado de Moldavia.

La Francia pidió al sultan el auxilio de su flota para conquistar la Córcega. Florencia firmó con él un tratado que la igualaba con Venecia en sus relaciones comerciales con la Turquía, y que le aseguraba para sus fábricas el monopolio de las sedas de Brusa, las mas abundantes y las mas estimadas de la Anatolia.

Una inundacion, que sumergió de improviso las campiñas de Tracia durante el equinoccio de setiembre en 1563, se llevó los acueductos, los puentes, las ciudades y las villas de las cercanías de Constantinopla. El rayo arruinó, en una tempestad de tres dias, centenares de quintas de recreo, alminares y mezquitas. Soliman, que se hallaba cazando en el valle de Khalkalidere, se refugió con mucho trabajo en el palacio de Iskender-Tchelebi, uno de sus visires, situado en una eminencia. Las aguas, detenidas en la embocadura de los torrentes por el mar, refluyeron en olas espumosas al rededor del mogote, lo aislaron, se levantaron al nivel de los pisos superiores

del palacio, y amenazaron tragárselo con el sultan. Lo salvó milagrosamente un búlgaro de formas gigantescas que lo sacó de la corriente, y que poniéndolo sobre sus hombros, lo llevó á un kiosko inaccesible á las debordadas aguas. Allí esperó á que estas se retiraran.

El valle de las aguas dulces, el arrabal de Aiub, el Cuerno de Oro, el arsenal, las pendientes de Pera, de Galata, de Tophana, estaban cubiertas de escómbrros, de árboles y mieses. El mar de Mármara, manchado con las aguas turbias de la Tracia, perdió su color por espacio de muchas semanas, pareciendo cambiado en un mar cenagoso. Soliman destinó millones de ducados á reparar y prevenir para lo sucesivo semejante desastre. El acueducto derribado de Justiniano y de Valens llevó de nuevo sobre sus arcos de colina en colina las aguas del Hydralis, riachuelo de la villa de Belgrado á Constantinopla; los puentes de Adriano sobre el Melas y el Athyras cerca de su desembocadura en el mar, fueron reconstruidos.

El arquitecto Sinan hizo sobre arcos de piedra, encima de la parte baja de Tchekmedje (Regium), una calzada que aseguró contra las inundaciones los abastos de la capital por la llanura de Tracia.

## XXX

Solo la isla de Malta ofuscaba el poder otomano al fin del reinado de Soliman II. El sultan, vencedor de Rodas, sufría con impaciencia que se levantase otra Rodas en los mares de Sicilia, y se interpusiera entre sus provincias tributarias de Africa y sus puertos de Europa y de Asia. Su hija querida, la sultana Mirmah, no cesaba de estimularlo á emprender esta conquista como una obra piadosa que le atraeria las bendiciones del Profeta.

La muerte de Barbaroja lo habia privado del único brazo capaz de conquistar á Malta. Sin embargo, un jóven croata, llamado Pialé, paje del palacio en primer lugar, camarero luego y pronto almirante, se habia elevado por su afieion al mar y sus expediciones en la Morea al rango de capitán-baja ó almirante supremo de las flotas otomanas. El sultan, para recompensar su zelo y realzar su autoridad sobre los marinos, habia dado á Pialé por esposa á su nieta la sultana Gewher, hija de Selim. Pialé habia llamado al servicio del sultan á otro Barbaroja, al corsario

del palacio, y amenazaron tragárselo con el sultan. Lo salvó milagrosamente un búlgaro de formas gigantescas que lo sacó de la corriente, y que poniéndolo sobre sus hombros, lo llevó á un kiosko inaccesible á las debordadas aguas. Allí esperó á que estas se retiraran.

El valle de las aguas dulces, el arrabal de Aiub, el Cuerno de Oro, el arsenal, las pendientes de Pera, de Galata, de Tophana, estaban cubiertas de escómbrros, de árboles y mieses. El mar de Mármara, manchado con las aguas turbias de la Tracia, perdió su color por espacio de muchas semanas, pareciendo cambiado en un mar cenagoso. Soliman destinó millones de ducados á reparar y prevenir para lo sucesivo semejante desastre. El acueducto derribado de Justiniano y de Valens llevó de nuevo sobre sus arcos de colina en colina las aguas del Hydralis, riachuelo de la villa de Belgrado á Constantinopla; los puentes de Adriano sobre el Melas y el Athyras cerca de su desembocadura en el mar, fueron reconstruidos.

El arquitecto Sinan hizo sobre arcos de piedra, encima de la parte baja de Tchekmedje (Regium), una calzada que aseguró contra las inundaciones los abastos de la capital por la llanura de Tracia.

## XXX

Solo la isla de Malta ofuscaba el poder otomano al fin del reinado de Soliman II. El sultan, vencedor de Rodas, sufría con impaciencia que se levantase otra Rodas en los mares de Sicilia, y se interpusiera entre sus provincias tributarias de Africa y sus puertos de Europa y de Asia. Su hija querida, la sultana Mirmah, no cesaba de estimularlo á emprender esta conquista como una obra piadosa que le atraeria las bendiciones del Profeta.

La muerte de Barbaroja lo habia privado del único brazo capaz de conquistar á Malta. Sin embargo, un jóven croata, llamado Pialé, paje del palacio en primer lugar, camarero luego y pronto almirante, se habia elevado por su afieion al mar y sus expediciones en la Morea al rango de capitán-baja ó almirante supremo de las flotas otomanas. El sultan, para recompensar su zelo y realzar su autoridad sobre los marinos, habia dado á Pialé por esposa á su nieta la sultana Gewher, hija de Selim. Pialé habia llamado al servicio del sultan á otro Barbaroja, al corsario

Salih-Reis, cuyo nombre era el terror de las madres y de las mujeres en todas las costas del Mediterráneo. Salih era hijo de un pastor del monte Ida, que domina la playa de Troya, en el mar de Tenedos. Temiendo sin cesar ante la vista este elemento, se había lanzado á él desde muy temprano.

Otro corsario célebre, llamado Dragut en Europa y Torghud en Asia, había sido buscado igualmente por el capitán-bajá Pialé para ilustrar la marina otomana. Torghud era hijo de un campesino cristiano del pueblecillo de Serulat, en la costa de Caramania. Hâbil arquero, vigoroso atleta desde su infancia, el instinto de la guerra y de las aventuras lo había llevado á bordo de una barca de piratas que surcaba el golfo de Satalia. Su audacia y su fortuna lo habían hecho llegar al mando de una escuadra de corsarios que había desembarcado en Córcega; hecho prisionero por Andres Doria, en su encuentro cerca de las costas, había remado como esclavo en los bancos de la galera de Doria. Rescatado por Barbaroja, encargado de una expedición contra Nápoles, había devastado á Castellamare, cogido mil niños y mujeres para reducirlos á la esclavitud, atacado las galeras de Malta, arrebatado á la Orden un tesoro de cien mil ducados, formado una escuadra rival de la de Barbaroja, y formado un imperio flotante en el mar Egeo.

Soliman II, que reclutaba en todas partes los generales de mar, raros en su nación, lo había tomado á su servicio, y le había concedido el derecho de izar un fanal sobre la popa, signo de jefe de escuadra. Su vuelta al puerto de Constantinopla, despues de muchas campañas contra Doria, los venecianos y la orden de Malta, se pareció á una exposicion de los despojos del mundo cristiano. Su galera de vanguardia, montada por el capitán-bajá Pialé, llevaba en la popa, sobre la espuma de las olas, el estandarte del ejército español, vencido en Africa, representando un Cristo en cruz. Sobre el puente de los buques que seguian al de los almirantes, cinco almirantes napolitanos, sicilianos y españoles cautivos, iban cargados de cadenas. Los bajeles conquistados, sin mástiles y gobernalle, eran remolcados por los otomanos. El pueblo y el ejército guarnecian las orillas del Bósforo. Soliman asistia á esta vuelta triunfal desde las ventanas de un kiosko que daba al mar. Los prisioneros, descargados de sus hierros despues de este alarde de victoria, fueron encerrados en el arsenal y tratados con los honores que merecia su valor.

Estos triunfos, debidos principalmente á Torghud y á Salih, excitaron al sultan á intentar el asalto de Malta. Pialé mandó la flota como generalísimo; Torghud y Salih las divisiones; el viejo Mustafá-bajá las

tropas de desembarco. Su título de descendiente de Khaled-ben-Walid, porta-estandarte del Profeta, y su edad de setenta y cinco años pasados en los campamentos, le daban un ascendiente casi religioso en el ejército. Siete mil spahis asiáticos, mil de Mitylene, cinco mil genízaros de Asia, treinta mil voluntarios, cuatro mil spahis y genízaros de Andrinópolis, componian, con una numerosa artillería, las tropas sitiadoras. Ciento ochenta y dos buques llevaban los hombres, los cañones, las balas y la pólvora.

El 19 de mayo de 1565, estas doscientas velas blanquearon á los ojos de los caballeros de Malta, y desembarcaron al día siguiente veinte mil otomanos en la playa meridional de la isla. Torghud, que se habia quedado rezagado, apareció dos días despues con quince buques que llevaban á bordo las tropas escogidas. Las baterías dispararon contra el fuerte de San Telmo que respondió como un volcan al fuego de los otomanos. Torghud, que tenia la audacia por toda táctica, ordenó asaltar el fuerte á sus tres mil africanos. A su voz se lanzaron á las murallas como á un abordaje. Mientras que Torghud, de pie sobre una brecha del parapeto, los alentaba blandiendo su sable, una bala de cañon pegó en una piedra, fué de rechazo á su pecho, y lo tendió sangriento y espirante á los piés

del seraskier. Mustafá lo cubrió con su manto para ocultar su muerte á los soldados, y sentándose tranquilamente en su lugar, esperó la victoria ó la muerte con la impassibilidad del héroe.

El fuerte, conquistado con la sangre de Torghud, se rindió despues de tres días de asalto. Bajo sus ruinas se hallaban sepultados setecientos caballeros. El bárbaro y fanático vencedor hizo descuartizar los cadáveres y clavar sus miembros desgarrados sobre tablas flotantes en forma de cruz, que las olas llevaron al pié de las murallas de la ciudad. El gran maestro La Valette, francés como Villiers de l'Isle-Adam, habia jurado no entregar á los turcos mas que un sepulcro. El consternó la humanidad y deshonoró su causa sobrepujando la atrocidad de los bárbaros. Los caballeros degollaron á sangre fria á los esclavos turcos encerrados en la isla, y cargaron los cañones con sus cabezas para enviarlas como un desafio á muerte á los otomanos.

Hassan, hijo de Barbaroja, se reunió pocos días despues á la flota con treinta bajeles y tres mil artilleros. Yerno de Dragut, venia á vengar al padre de su esposa. Encomendósele el asalto del fuerte San Miguel, promontorio avanzado, que cerraba el puerto. Dos meses, doce asaltos, seis mil muertos en el ejército y las galeras de Pialé no pudieron vencer la

intrépida resistencia de Lavalete y de su puñado de héroes.

Pialé y Mustafá se hicieron otra vez al mar el 11 de setiembre sin llevar al sultan otro fruto de su expedición mas que el vencimiento humillante de sus armas. El cristianismo había triunfado sobre un escollo merced al valor de unos cuantos caballeros. El capitán-bajá Pialé recibió la orden de entrar en el puerto con la flota durante la noche para ocultar á los otomanos tan vergonzosa derrota. Soliman no dirigió la palabra al anciano Mustafá, cuando se presentó en el divan como quinto visir.

No pudiendo el sultan sufrir la humillacion de su renombre al declinar su vida, quiso recobrar su fama dirigiendo en persona una campaña sobre el Danubio. Su hija Mihrmah, zelosa musulmana, le echaba en cara sin cesar que olvidaba la primera virtud del Coran, que consiste en derramar su sangre peleando contra los infieles. Arslan ó el Leon, gobernador de Ofen, ansioso de pelear contra el Austria, empenó la lucha sin aguardar las órdenes del divan. El conde de Salm, general de las tropas del emperador, se batió con Arslan, rechazó á sus tropas y pasó á cuchillo indistintamente á los otomanos y los húngaros, de quienes se titulaba el libertador.

Soliman acudió por fin con el gran visir, los dos

ejércitos de Europa y de Asia, y con todos los generales formados por él en sus catorce campañas. La edad y las enfermedades le impedían montar á caballo. Atravesó la Tracia, la Bulgaria, la Servia, en un carro semejante á una tienda movable, de donde no se apeaba mas que por la noche. El gran visir lo precedía á alguna distancia á fin de arreglar y ensanchar el camino de los Balkanes para que pudiese pasar su carruaje. Recobrando Soliman su vigor primitivo en Belgrado, á la vista del territorio enemigo, atravesó el Danubio á caballo entre las filas de sus dos ejércitos y plantó sus tiendas en Semlin. El joven rey de Hungría, Sigismundo Zapolya, vino á saludarlo como á su protector, rodeado de cuatrocientos magnates á caballo. Los presentes que traía á Soliman podían pagar con su valor un reino; el de Soliman era un trono. Juró este no volver á Constantinopla sin dejarlo completamente dueño de sus estados. El emperador selló este juramento besando á Sigismundo en los ojos.

Un puente sobre el Drave, formado con ciento veinte pontones, de cinco mil codos de longitud permitió pasar al ejército á la Transilvania. Sentado Soliman sobre el puente de una galera dorada que le habían traído de las bocas del Danubio, asistió á este pasaje, saludado por las salvas de su artillería y las

aclamaciones de doscientos mil soldados. Dirigió las tropas á Szigeth, punto que queria convertir en un baluarte otomano como Ofen y Belgrado.

El gobernador de Ofen, el intrépido y desgraciado Mohammed-Beg, apellidado Arslan ó Leon, se incorporó con el sultan en el famoso pueblo de Siklos, célebre en la Hungría por la excelencia de sus vinos. Los reveses de Arslan, al començar la campaña, su agresión prematura contra el conde de Salm, y sobre todo las cartas interceptadas de este general, en las que hablaba injuriosamente del gran visir Mohammed-Sokolli, arrancaron á Soliman el consentimiento secreto de su muerte.

Al día siguiente, sin sospechar la suerte que le aguardaba, se presentó Arslan con una magnífica escolta de coraceros delante de las tiendas del sultan. Se apeó á la entrada de la tienda del consejo y se sentó en el divan en calidad de visir para tomar parte en las deliberaciones. El gran visir se levantó, y acercándosele con faz indignada:

« ¿Qué pretendes hacer aquí? le dijo. ¿Quién te ha dado la orden de abandonar las tropas? ¿A quién has entregado el mando de Ofen, que te está confiado? El padischah te habia nombrado beglerbeg, y tú has entregado sus provincias á los infieles. ¡Desdichado de tí, miserable! Tu sentencia de

« muerte está pronunciada. Haced desaparecer á este hombre de la surfaz de la tierra, añadió dirigiéndose á los chiaux. »

Arslan salió de la tienda, arrastrado por los chiaux con sable en mano. El anciano visir Ayas-bajá, su antiguo amigo, que se hallaba presente, le dijo con compasion: « Ya lo ves, Arslan, las cosas de este mundo son transitorias y cortas; arrepiéntete y vuelve tus miradas al cielo. » Arslan le dió las gracias con una mirada, y volviéndose hácia el verdugo: « Mi querido señor, le dijo, abrevia el dolor, y aplica bien el pulgar á la garganta. » Y poniéndose de rodillas, se dejó estrangular sin un gemido.

Este suplicio, infligido á un general y á un valiente, cuyo crimen era haber desobedecido y no haber vencido, fortificó la obediencia y estimuló la abnegacion. El ejército y el sultan, al llegar el 5 de agosto ante Szigeth, hallaron la ciudad defendida mas que por los recodos del Almas, por el valor del héroe Zriny, que la mandaba.

Sin temer los doscientos mil hombres que cubrian las dos márgenes y las colinas, Zriny hizo plantar una cruz de hierro en el torreón de la fortaleza, mandó cubrir sus murallas con un lienzo de color de sangre, y revestir la torre con planchas de estaño, que resplandecian con los rayos del sol, para que sirvie-

ran de punto de mira á las balas de las baterías turcas. Obligado muy pronto á abandonar la parte baja de la ciudad, la incendió ántes de replegarse á la ciudadela. En vano ofreció Soliman á Zriny la soberanía de la Croacia por la entrega de la plaza; en vano mandó llevar á la vista del fuerte á un hijo de Zriny, hecho prisionero en una salida, con el verdugo con el sable en la mano, para arrancar una concesion al padre en presencia del peligro de su hijo; nada conmovió al héroe. Mas fácil era demoler á Szigeth que conquistarla.

Después de quince días de inútiles asaltos, los otomanos dieron fuego á una mina, que habían practicado bajo el bastion principal, volando con ella un lienzo de muralla. La torre central que contenía la pólvora era la única que quedaba en pié en medio de los escombros. Zriny, decidido á sepultarse bajo este monumento, depositario de su honra y de su nombre, preguntó á sus compañeros quienes eran los que estaban decididos á morir. Seiscientos se presentaron: él los arengó mas que como un soldado, como un mártir; en seguida mandó á su camarero Francisco Cserenkoe que le trajese su túnica de seda, se echó al cuello su cadena de oro, se cubrió la cabeza con un birrete negro bordado de oro y con un penacho de plumas de garza real, sujetas con un bro-

che formado de diamantes, metió en su escarcela cien ducados con el busto del sultan, «á fin, dijo, que el soldado que levantase su cuerpo, no se quejara de haber hallado un despojo vulgar,» y se metió en el pecho las llaves de la ciudadela.

« En tanto que este brazo, añadió, pueda moverse « para defenderlas, nadie arrancará de mi poder estas llaves ni estas monedas. Sobre mi cadáver las « cojerá quien quiera; pero he jurado que en el campamento turco nadie me verá vencido y cautivo. »

Eligió entre cuatro sables de honor que había recibido en recompensa de sus hazañas, durante su vida de soldado, el mas antiguo de todos ellos. « Con esta arma, dijo á sus compañeros, que he recibido « en el campo de batalla, voy á presentarme hoy « ante el trono de Dios para oír mi sentencia. »

## XXXI

Su bandera le precedía; su paje llevaba detras de él su escudo; bajó al patio sin casco y sin coraza; arengó con marcial y santa elocuencia á los seiscientos caballeros y soldados á quienes había comunicado

su heroísmo, é hizo resonar tres veces por encima de las murallas el nombre de Cristo. Al tercer grito, se abrieron las puertas; un mortero vomitó su carga de metralla sobre la columna de los turcos, que cubría el puente levadizo. Zriny se lanzó sable en mano con su puñado de valientes sobre aquella multitud de enemigos. Atravesado por dos balas que le entraron en el pecho y cinco flechas clavadas en la garganta, cayó sobre los cadáveres de su escudero y su paje, muertos á su lado. Los genizaros, que habian retrocedido ante el vigor de esta salida, se acercaron al verlo en tierra, lo levantaron, y respirando todavía, lo llevaron en hombros á la presencia de su agá. Lo tendieron sobre uno de los enormes cañones con que habian destruido la ciudad, y le cortaron la cabeza sobre aquel tajo digno de él.

## XXXII

Los turcos se precipitaron en la ciudadela por encima de los cadáveres de seiscientos compañeros de Zriny, encadenaron, inmolaron, se llevaron las mujeres, y los niños que quedaban en la plaza. Corta-

ron la barba y quemaron los cabellos del camarero Cserenkoe, del tesorero y el copero de Zriny.

Habiendo preguntado el gran visir al jóven copero qué tesoros tenia su amo escondidos bajo las ruinas: « Mi señor, respondió con ostentacion el húngaro, « poseia cien mil escudos, mil copas de oro de todos « tamaños, y una rica vajilla; todo lo ha destruido: « escasamente deja cincuenta mil ducados en una « gabetta; pero deja tesoros de pólvora que van á es- « tallar á vuestros piés y sumergiros entre los escom- « bros que habeis quemado. » A estas palabras, la pólvora, encendida por el paje sepultó á cinco mil vencedores bajo los muros derruidos de la fortaleza.

El último suspiro de Soliman se exhaló á la luz y al ruido de esta explosion de Szigeth. Enfermo de una disenteria, y debilitado por las largas fatigas de esta guerra, murió en la noche del 5 al 6 de setiembre, con la alegría de este último triunfo.

El gran visir Mohammed-Sokolli, que ocultaba por órden suya su enfermedad á las tropas, disimuló con mayor cuidado su muerte. Temiendo que una indiscrecion revelase el suceso ántes de tiempo, hizo desaparecer al médico que lo habia asistido en sus últimos momentos. Feridum, secretario intimo de Soliman, y Djafar, su primer escudero, amigos ambos de Sokolli, fueron los únicos confidentes de este

secreto. El gran visir, falsificando el estilo y la letra del difunto, difundió por el ejército cartas de Soliman, en las que este soberano felicitaba á sus soldados, se lamentaba de no poder recompensarlos por su propia mano, y ordenaba á su visir que condujera el ejército á Belgrado.

Las tropas, acostumbradas á ver al sultan encerrado dentro de las celosias doradas de su litera, no sospecharon su muerte. El ejército marchó con lentitud hácia Belgrado, llevando consigo el cadáver de su principe que parecia llevar consigo la fortuna de los otomanos, elevada á su apogeo por Soliman y destinada á menguar despues de su muerte. En efecto, con Soliman, á quien Hammer llama Suleyman, se mide en esta época la grandeza del imperio otomano.

## XXXIII

La historia lo ha comparado á Luis XIV : de este monarca tuvo el largo reinado, la majestad, la eleccion de los hombres, la dicha de descubrirlos, de reconcentrar en su persona el esplendor con que deslumbraban su siglo, la autoridad que se hace obede-

cer, la fidelidad que sostiene á los buenos servidores; pero no tuvo por precursores á un Richelieu, y un Mazarin, que le prepararan su reinado. El fué su Richelieu y su Mazarin. Hijo de un padre bárbaro, soldadesco y parricida, hizo salir de la anarquía y del despotismo de los campamentos, en los que hallaba el imperio, la civilizacion, la gerarquía y la legitimidad del poder monárquico, restauradas, ó creadas por sus instituciones. Para juzgar imparcialmente su reinado no es necesario mas que echar una ojeada sobre el estado en que recibió y dejó el imperio. Los otomanos no eran mas que soldados; él formó con ellos una nacion.

## XXXIV

Durante sus catorce campañas últimas, este pueblo se habia asimilado á Rodas y Belgrado, dos bastiones del imperio, el uno terrestre, marítimo el otro. El Egipto, la Siria, la Mesopotamia, Medina, la Meca, Bagdad, la Crimea, las dos costas del mar Negro, las bocas del Danubio, la Moldavia, la Valaquia, la Servia, la Transilvania, la Croacia, la Albania, la

Morea, la Hungría hasta Ofen y Szigeth, parte de la Polonia, estaban sólidamente incorporadas en la monarquía ora por medio de gobernadores directos, ora por príncipes nacionales tributarios, feudalizados en el imperio : confederacion inmensa que se extendia desde el Tigris, el Nilo, y el Éufrates hasta el Danubio, sin acepcion de razas ó religiones, y que encerraba al imperio otomano en un círculo de aliados, cuyo centro motor era Constantinopla. El imperio romano, en sus mejores tiempos de expansion, y el de Constantino en Bizancio no habian cubierto con sus legiones una superficie tan vasta de tierras. Ciento veinte millones de súbditos reconocian la autoridad de Soliman II.

Pero no bastaba conquistar, era preciso constituir el gobierno, y aquí es donde aparece el genio de este legislador. El estudio de sus instituciones iluminará la historia de la economía religiosa, civil, judicial, administrativa, rentística y militar de los turcos á fines del gran reinado de Soliman. Un pueblo se resume en su constitucion. Sus armas lo engrandecen; su organizacion lo perpetúa : Nueve reinados habian dado espacio á la Turquía; Soliman por sus leyes les habia abierto un porvenir.

## XXXV

El Coran era todo el código : el cuerpo de los ulemas era su intérprete. La teología y la jurisprudencia eran una misma profesion. Pero era necesario procurar al cuerpo de estos teólogos jurisconsultos la ciencia, la gerarquía, la mútua intervencion, la independencia, la dignidad moral que respondiesen de la inteligencia, de la moralidad y de la autoridad de sus decisiones. En ellos radicaba toda la parte civil del gobierno; ellos eran para los turcos de Soliman en el siglo XVI lo que era la Iglesia con su autoridad, sus dignidades, sus riquezas, su enseñanza universal y sus tribunales eclesiásticos en el Occidente despues de Carlo-Magno.

Pero Soliman, juntamente khalifa y soberano, les habia impuesto una organizacion, una disciplina, un modo de ascender, reglas que los príncipes cristianos de Occidente no osaban imponer á los ministros del pontífice romano. Los dos poderes, el espiritual y el temporal no coexistian en Turquía. El soberano se confundia con el pontífice, el multi nombrado y de-

puesto por él y los ulemas no eran mas que su consejo de conciencia. Solo que para que este consejo de conciencia apareciese independiente, Soliman habia hecho de él un cuerpo que tenia cierta analogía con los parlamentos bajo la monarquía francesa.

Este cuerpo se instruía y se reclutaba en los seminarios de las mezquitas, pagados por medio de fundaciones ó asignaciones del Estado. Soliman habia reglamentado estos candidatos para las primeras dignidades de la magistratura de los ulemas, dividiéndolos en diez categorías con sueldos gradualmente correspondientes. Era menester pasar de un grado á otro á juicio de sus pares para llegar á lo sumo de la gerarquía. Los ulemas, admitidos así en la corporación, gozaban del doble privilegio de ser eximidos de toda contribucion y de transmitir hereditariamente, no sus funciones, pero sí sus propiedades á sus hijos. Este privilegio, en un país en donde la confiscacion era la ley comun, constituía en los ulemas una fácil aristocrácia de fortuna, que indicaba una verdadera perpetuidad indirecta de riquezas, de independenciam, de consideracion y de superioridad sobre las otras clases de la nacion. De esta suerte quiso Soliman asegurar para el porvenir la preponderancia de una clase civil sobre la oligarquía militar, vicio esencial de un pueblo conquistador.

## XX XVI

Las leyes penales, arbitrarias hasta entónces, se mandaron escribir para arreglar los juicios. Los delitos contra las costumbres, ó los crímenes contra la inviolabilidad de la mujer, primera propiedad de los otomanos, fueron, los unos suavizados, los otros agravados. Las miradas y las palabras dirigidas por un individuo á la esposa ó la hija de un otomano, fueron castigadas con diferentes multas. Por el rapto de una jóven ó de un muchacho imponía al delincuente la pena capital. Las riñas entre hombres ó mujeres, la barba arrancada, la amenaza, los golpes, el homicidio fueron proporcionados al daño causado.

El robo, el pillaje, reprimidos por penas en armonía con los crímenes solo fueron castigados con la mutilacion de la mano en el robo del caballo; con la muerte, en los casos de robo con fractura ó rapto de un esclavo. Las ciudades y villas fueron responsables del valor de las cosas robadas con violencia dentro de su jurisdiccion. El falso testimonio, la moneda y

escritura falsas fueron castigados con la mutilacion de la mano. Los calumniadores, los difamadores, los usureros que prestaban á mas de once por ciento, los malos tratamientos de los animales que auxilian al hombre, obra animada de Dios, recibieron castigos legales. El precio de los artículos de consumo y aun los de lujo fueron sujetos á un máximum, segun su abundancia ó escasez. El uso del vino, prohibido expresamente por el Coran, tolerado por el uso constante que se hacia de él, fué declarado un atentado á la religion, á las costumbres, á la ley.

El uso del café acababa de ser introducido en Siria por los camelleros de la Arabia. Habian estos observado que sus fatigados camellos recobraban fuerzas y daban muestras de alegría y de embriaguez despues de haber ramoneado este arbusto. Las mismas sensaciones experimentadas por ellos despues de haber bebido el cocimiento de su grano, introdujo la aficion en el desierto, y se propagó hasta Constantino-  
pla. Abriéronse casas para preparar esta bebida á los ociosos; se llamó á estos establecimientos cafés, del nombre del arbusto, y se hicieron sitios de reunion peligrosos para la tranquilidad, como las casas en donde se vendia al vino. El gobierno hizo examinar á los ulemas si el café no estaba comprendido, como bebida embriagadora, en la prohibicion del vino,

proscrito por el Coran. Las opiniones fueron contradictorias y las penas diferidas. Los unos llamaban el café enemigo del sueño y de la *secundidad*; los otros, *genio de los ensueños y fuente de la imaginacion*.

El carácter dominante del código penal de Soliman fué la mitigacion de las penas, la supresion de la muerte en los delitos secundarios, la multa decretada por el juez, sustituida á la ley feroz del talion, aplicada por la venganza del hombre ultrajado en sí ó en su familia.

## XXXVII

La hacienda pública se regularizó bajo el reinado de Soliman II; la renta emanó con abundancia de cuatro fuentes regulares:

Los derechos de aduana, que consistian en dos por ciento para los musulmanes, cinco por ciento para los súbditos tributarios, y diez por ciento para los extranjeros.

El diezmo impuesto á todas las producciones de la tierra era de un vigésimo sobre los productos culti-

escritura falsas fueron castigados con la mutilacion de la mano. Los calumniadores, los difamadores, los usureros que prestaban á mas de once por ciento, los malos tratamientos de los animales que auxilian al hombre, obra animada de Dios, recibieron castigos legales. El precio de los artículos de consumo y aun los de lujo fueron sujetos á un máximum, segun su abundancia ó escasez. El uso del vino, prohibido expresamente por el Coran, tolerado por el uso constante que se hacia de él, fué declarado un atentado á la religion, á las costumbres, á la ley.

El uso del café acababa de ser introducido en Siria por los camelleros de la Arabia. Habian estos observado que sus fatigados camellos recobraban fuerzas y daban muestras de alegría y de embriaguez despues de haber ramoneado este arbusto. Las mismas sensaciones experimentadas por ellos despues de haber bebido el cocimiento de su grano, introdujo la aficion en el desierto, y se propagó hasta Constantino-  
pla. Abriéronse casas para preparar esta bebida á los ociosos; se llamó á estos establecimientos cafés, del nombre del arbusto, y se hicieron sitios de reunion peligrosos para la tranquilidad, como las casas en donde se vendia al vino. El gobierno hizo examinar á los ulemas si el café no estaba comprendido, como bebida embriagadora, en la prohibicion del vino,

proscrito por el Coran. Las opiniones fueron contradictorias y las penas diferidas. Los unos llamaban el café enemigo del sueño y de la *secundidad*; los otros, *genio de los ensueños y fuente de la imaginacion*.

El carácter dominante del código penal de Soliman fué la mitigacion de las penas, la supresion de la muerte en los delitos secundarios, la multa decretada por el juez, sustituida á la ley feroz del talion, aplicada por la venganza del hombre ultrajado en sí ó en su familia.

## XXXVII

La hacienda pública se regularizó bajo el reinado de Soliman II; la renta emanó con abundancia de cuatro fuentes regulares:

Los derechos de aduana, que consistian en dos por ciento para los musulmanes, cinco por ciento para los súbditos tributarios, y diez por ciento para los extranjeros.

El diezmo impuesto á todas las producciones de la tierra era de un vigésimo sobre los productos culti-

vados, de un décimo sobre los frutos ó cosechas espontáneas de la tierra, como bosques y pastos.

La contribucion territorial pesaba igualmente sobre los productos agricolas ó sobre el mismo suelo, independientemente de sus productos. Este impuesto basado en un catastro, institucion antiquísima en Oriente, es invariable. En caso de inundacion, sequía ó esterilidad, se dispensa del pago al contribuyente.

Por último, la capitacion, impuesto por cabeza, es proporcional y progresiva. Los súbditos son divididos en tres clases; los ricos, la clase media, los pobres. Las personas incapaces de satisfacer por medio del trabajo, este tributo al Estado, las mujeres, los menores, los ciegos, los esclavos, los enfermos, los hombres dedicados á la vida contemplativa y la mendicidad religiosa están exentos.

Otras dos fuentes irregulares, las confiscaciones y los productos de las minas, daban sumas considerables al tesoro. Toda mina de oro, de plata, de hierro, de plomo, de cobre, debe el quinto del producto al Estado. Casi todas estas contribuciones, excepto la confiscacion, estaban arrendadas á especuladores que pagaban una cautidad fija al Estado, á su riesgo y peligro.

## XXXVIII

Estas rentas ingresan en cuatro cajas del tesoro destinadas cada una de ellas á un gasto determinado: la primera recibe el producto de los diezmos y las minas, con la parte del botin legal (el quinto) correspondiente al soberano en los despojos de la guerra; esta caja cubre las atenciones de los huérfanos, de los indigentes, y de los viajeros.

La segunda recibe el producto del impuesto territorial, de la capitacion, de las confiscaciones y de los tributos; y paga las construcciones y conservacion de las plazas fuertes, de los puentes, hospederías públicas, sueldo de los ulemas y de los militares; es el presupuesto de la instruccion pública, la magistratura y el ejército.

La tercera caja recoge el producto de las sucesiones abintestato que corresponden al fisco; y con ellos se pagan los hospicios, las enfermerías, los gastos de entierro de los pobres que mueren, los niños expósitos: tambien sirve para pagar las penas impuestas á los culpables insolventes, en virtud de este princi-

pio del Coran : « La limosna toca la mano de Dios  
« antes de caer en la del pobre. »

La cuarta caja es depositaria del producto de las aduanas. Sus ingresos se aplican á los socorros que el Estado debe á los musulmanes no propietarios, á los deudores insolventes, á los voluntarios que combaten por la patria, á los peregrinos de la Meca imposibilitados de pagar los gastos de su peregrinacion, á los transeuntes extranjeros, que se encuentran desprovistos de recursos en medio de su viaje, á los esclavos que no pueden pagar el precio contratado con sus señores en cambio de su libertad.

## XXXIX

El sultan saca del tesoro general una lista civil ó subsidio consagrado al esplendor de su trono. El intendente de su casa recibe para este uso una suma fija de ochocientas cincuenta mil piastras; novecientas mil para los gastos del antiguo serrallo, retiro de sultanes y sultanas, doscientas cincuenta mil para la casa de los pajes. El intendente de las cocinas dispone de novecientas mil piastras; el de las caba-

llerizas de trescientas mil; el jefe de los eunucos negros de seiscientas mil para los gastos del haren imperial.

La sultana Validé ó madre de los príncipes reinantes tiene dominios y patrimonios personales, lo mismo que los príncipes y las princesas de la casa imperial. Tierras de considerables rentas son distribuidas como un suplemento de sueldo entre los grandes visires, los capitanes bajás, gobernadores de provincias.

Los feudos militares ó *timars* pagan la caballería, y se aplican como sueldo al mayor número de los funcionarios públicos.

El clero, las mezquitas, la magistratura, las escuelas, las bibliotecas no son pagadas por el Estado, pero perciben sus asignaciones de fundaciones pias y de los *wakufs*, depósitos inviolables de manos muertas, que están bajo la tutela y administracion de las mezquitas.

## XL

Todos los años se arregla el presupuesto de gastos ó ingresos; el estado no tiene deuda pública. El te-

tesoro particular del sultan y el tesoro público son distintos. El sultan presta al tesoro en caso de necesidad, y se indemniza cuando repara sus pérdidas.

El defterdar es ministro de hacienda; él recibe todas las tardes la cuenta de los ingresos y de los gastos del tesoro público, y la comunica dos veces por semana al gran visir. El prest regular de las tropas es su primer deber y su mayor responsabilidad.

## XLI

La administracion de la guerra es el objeto preferente de un pueblo conquistador. La paz es sin embargo el principio de los otomanos, segun las palabras del Profeta : « El hombre es obra de Dios; malo dito sea quien ose destruirlo. » La guerra, añaden los comentaristas, no debe tener mas objeto que el de propagar la palabra de Dios, servir la fé, y evitar las calamidades nacionales. Cuando se declara la guerra, todo musulman es soldado, todos deben marchar y combatir sin paga, si no puede el tesoro hacer frente á los gastos públicos. Los que poseen bienes deben

ofrecerlos para ayudar á soportar los que ocasiona la guerra.

Cuando el Estado no arma á todo el pais debe alistar primero á los celibatos. El sultan debe hacer intimaciones ántes de romper las hostilidades. Debe economizarse la sangre de los prisioneros, de las mujeres, de los insensatos, de los niños, de los enfermos. La ley prohíbe mutilar al enemigo, cortar las narices, las orejas ó cualquiera otro miembro del cuerpo humano.

Los que profesan el mahometismo son admitidos en el ejército. La religion es el principal título de la patria.

## XLII

Soliman reformó y completó bajo muchos aspectos el estado militar terrestre y marítimo de los otomanos. La armada se componia de trescientos buques; el ejército regular de trescientos mil hombres; la artilleria movible de trescientos cañones. Los genizaros, cuyo origen hemos explicado, los djebedjis ó armeros, los topdjis ó artilleros, los soldados del

tren de artillería formaban la infantería otomana; los spahis y los silihdares, la caballería.

Se dejó de alistar forzosamente á los hijos de los cristianos en los genízaros, y si alguno se alistaba voluntariamente, no estaba obligado á abjurar su religión. Este cuerpo, convertido casi en hereditario, se reemplazaba con los hijos y los parientes de los genízaros muertos. Cada uno de estos regimientos tenia una escuela civil y militar. La recepcion de un genízaro era solemne é imponente. El candidato, introducido despues de la oracion en el cuartel, era revestido, en presencia del regimiento, de la gorra y del manto; en seguida iba á besar la mano del coronel, que le daba el nombre de camarada yoldasch. Se inscribia su nombre en la lista, y el aga de los genízaros, cogiendo al soldado por la oreja con una mano, le daba con la otra un golpecito en la nuca, signo de la disciplina á que se sometia.

Este cuerpo, compuesto por espacio de mucho tiempo de doce mil hombres, llegó á sesenta mil bajo Soliman, y poco despues á doscientos mil. La reprension, el encierro, la fustigacion, la cárcel perpétua, en fin la muerte, eran las penas disciplinarias prescritas por los reglamentos de Soliman.

El sultan quiso ser alistado honoríficamente entre los genízaros. Una sala del trono se reservó en el

cuartel del orta imperial, para recuerdo de esta confraternizacion del soberano y del soldado. Cada vez que pasaba el emperador por delante de los cuarteles, tenian los genízaros derecho para presentarle una copa llena de sorbete. El jefe de los eunucos negros llenaba la copa de oro, y la devolvia en nombre de su señor al oficial para sus soldados.

Además de estos cuerpos de infantería, de caballería y de artillería, nervios del ejército, las milicias de los feudos ó *timares*, segun la condicion de su feudal investidura, enviaban bajo Soliman doscientos mil hombres al ejército activo.

## XLIII

Rendimientos provinciales en maderas de construccion, resina, pez, brea, cáñamo para cordelería, lienzos para velas, servian para la conservacion de la flota. Nicomedia daba el pino y el roble; la Cavalla el hierro; la isla del Negroponto la brea; las orillas del mar Negro el cáñamo; las fábricas de los Dardanelos los lienzos. Las grandes ciudades marítimas estaban obligadas á presentar uno ó mas buques,

completamente equipados. Galípoli, Salónica, Constantinopla vieron alzarse fundiciones de cañones de bronce, fraguas para las áncoras, fábricas de pólvora. Además de la escuadra del mar Rojo que navegaba entre Suez y la India, dos escuadras salían todos los años en la primavera del puerto de Constantinopla para ir á cruzar, la una en el mar Negro (Ponto Euxino), la otra en el mar de Siria (Mediterráneo), con el objeto de apaciguar las revueltas, recibir los tributos, dar caza á los piratas, y mostrar á los tributarios de Africa, á los aliados y á los enemigos, la potencia naval del imperio.

El gran almirante ó capitán-bajá, casi absoluto en su autoridad, fué llamado *soberano del mar*. Las treinta islas del Archipiélago constituían su sueldo; seiscientos oficiales, servidores ó esclavos componían su casa; los honores que se le tributaban eran casi iguales á los del gran visir.

Ninguna potencia europea ó asiática recibió de la naturaleza, por la geografía y el material de marina, mejores condiciones de preponderancia naval; pero los reglamentos de Soliman y sus sucesores no pudieron prevalecer sobre el genio original de los tártaros, nacidos para la tierra, no para el mar. Los moros de Africa, los árabes y griegos, tributarios de los otomanos, fueron los únicos que dieron días de gloria y

dominación naval á las flotas del imperio. En tierra hacían la guerra los turcos por sí mismos; en mar, por medio de sus aliados ó esclavos. De ahí su inferioridad en las batallas navales, aunque fuesen superiores en sus arsenales.

## XLIV

Con la constitucion de la familia habia convertido Soliman en leyes las costumbres, usos, tradiciones y tolerancia religiosa de los musulmanes.

El matrimonio estaba declarado religiosa y civilmente obligatorio para la propagacion de la especie humana. Aunque el Corán, que habia reformado en Arabia la promiscuidad de sexos, permitiese tomar hasta cuatro mujeres, rara vez se casaban los turcos mas que con una. No podían desposarse con sus esclavas sin darles antes libertad. Estaba prohibido todo matrimonio entre una mahometana y un infiel.®

El marido de muchas mujeres no podía favorecer á una á expensas de las otras; aun en caso de enfermedad le estaba vedado vivir con una de sus esposas sin el consentimiento de las demás. Si tenia que via-

jar y no le permitian sus medios llevar consigo sino á una de sus mujeres, no podía elegirla, sino que decidía la suerte. Tenia no obstante algun privilegio la que se habia casado primero, segun aquella máxima del Profeta : « Se ama lo nuevo, y se respeta lo antiguo. »

El marido daba á sus esposas para alojamiento, sustento, servicio y diversiones, lo que la ley prescribia, en proporcion de su fortuna. Sin su consentimiento no podia obligarlas á mudar de patria ó pueblo, ni á seguirle en sus viajes; tampoco podia rehusarles el permiso de ver á sus padres y próximos parientes una vez al ménos por semana. El divorcio estaba sometido á condiciones muy severas, que garantizaban á la mujer de los caprichos ó calumnias del marido.

Tenia por correctivo la repudiacion aquel pasaje del Coran : « Dios maldice al que repudia á su mujer solo por antojo. » La mujer repudiada tenia derecho de quedarse con sus hijos de ambos sexos y educarlos.

El padre y madre contraian para con sus hijos el deber de alimentarlos, á los varones hasta la mayor edad, y á las hembras hasta la época de su matrimonio.

Los hijos debian proveer á la subsistencia de sus

padres y próximos parientes. Podia apropiarse el padre el fruto del trabajo del hijo, y casarlo á su arbitrio durante la menor edad; pero en llegando á la mayoría no podia disponer del mismo sin su consentimiento.

La paternidad del Estado se extendia á los niños expósitos ó abandonados. La sociedad colectiva los adoptaba, sustentaba, vestia y educaba á costa del Estado. La ley los presumia y declaraba libres. « El que encuentre un niño en la puerta de una mezquita ó baño, en la calle ó en el campo, dice el código, debe llevárselo consigo y no descuidar nada para salvarlo. Si el que ha recogido á un niño lo adopta, contrae respecto de él los deberes y derechos de padre, y lo mismo recíprocamente. Si nadie le adopta, queda pupilo del Estado. »

## XLV

La administracion del imperio, esta faz de la civilizacion otomana, defectuosa en todos tiempos hasta nuestros días, se resentia de la naturaleza de gobierno de conquista, de súbditos tributarios mas

bien que ciudadanos, de proconsulados delegados en lugar de administradores responsables, y de la diversidad de razas, costumbres y religiones en las provincias agregadas sucesivamente. No podía haber unidad administrativa, donde no había unidad en los súbditos. Todo era feudal y arbitrario en una sociedad conquistadora, que dominaba por medio de sus delegados, y no gobernaba por sí misma. Sin embargo, bajo la dirección de Soliman empezaba á regularizarse el régimen administrativo.

Dos grandes consejos de estado ó divanes regían y vigilaban la administración del imperio. El primero de estos divanes, ó sea el divan político, judicial, administrativo y supremo, se reunía en el serrallo del sultán, bajo una cúpula construída por Soliman para estas sesiones al que asistía él mismo, ó se creía que asistía detrás de una ventana cubierta con una cortina. Reuníase el divan una vez á la semana, y se componía de ocho consejeros, los mas altos funcionarios del Estado, bajo la presidencia del sultán. Había en la cúpula un sofá semicircular, cubierto de paño de oro, donde tomaban asiento los grandes dignatarios, admitidos á la discusión de los negocios de estado. El gran visir se sentaba en medio, en frente del resto del consejo; el gran almirante ó capitán-baja, á la derecha del gran visir, y á la iz-

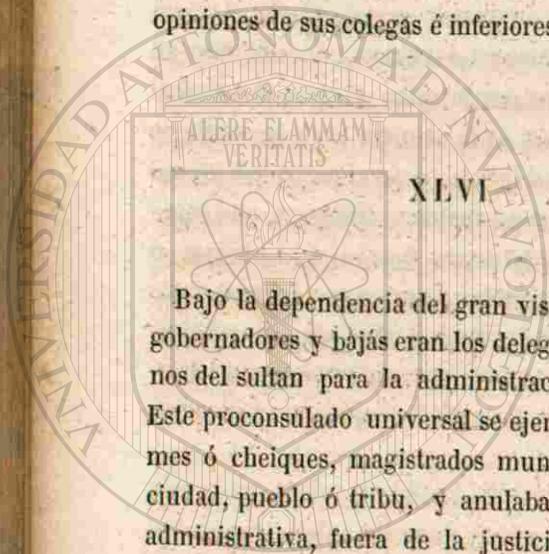
quierda de este, los dos jueces mayores del ejército y los grandes oficiales del imperio. Podían asistir también los bajás de tres colas y visires que se hallasen en Constantinopla.

Una minuciosa etiqueta, arreglada por el gran maestre de ceremonias, señalaba á cada uno su rango, sitio y paso por la sala. Abriase la sesión al salir el sol. Despues de la primera parte se servía la comida al divan en la sala, y en el peristilo á los mil doscientos genízaros, spahis y silihdares, que componían la guardia del divan. Servían á los últimos en vasos de cobre pirámides de arroz cocido y sazonado con azafrán. Si se negaban á gustarlo, era señal de mudo descontento y próxima sublevación, que advertía á los visires la necesidad de inquirir las causas de su disgusto.

Concluida la comida, recibía el sultán, en la sala del trono, al gran visir y miembros del divan: tal es el divan imperial ó consejo de ministros.

El de la puerta ó del gran visir se reunía cinco veces á la semana, no estaba rodeado de tanto misterio, pero era igualmente solemne. Asistían todos los grandes oficiales del gobierno; se admitía al pueblo á presentar sus reclamaciones; era mas bien tribunal que consejo. Para la deliberación y solución de los negocios administrativos convocaba el gran visir

otros divanes mas confidentiales, sometiendo al sultan sus decisiones. Esponia por sí mismo la materia de que se iba á tratar, y daba su parecer el último, para no poner obstáculo á la libre emision de las opiniones de sus colegas é inferiores.



Bajo la dependencia del gran visir y el divan, los gobernadores y bajás eran los delegados casi soberanos del sultan para la administracion del imperio. Este proconsulado universal se ejercia por los azames ó cheiques, magistrados municipales de cada ciudad, pueblo ó tribu, y anulaba toda gerarquía administrativa, fuera de la justicia que administraba el cadí. Asi el imperio no era mas que una confederacion de provincias arbitrariamente regidas por gobiernos absolutos, dependientes de un visir absoluto que no daba cuenta de su administracion á la ley, sino á un señor que lo era todavia mas, teniendo en la mano la cabeza y no el brazo de sus lugartenientes. El gobernador mismo, el bajá confundia en sí todos los poderes; el ejército, la ad-

ministracion, la hacienda, la policia, y la ejecucion ó prevaricacion de las leyes; cobraba los impuestos, arrendaba diezmos y aduanas, conferia y retiraba feudos, alistaba tropas, imponia multas y las percibia; condenaba á penas corporales, á prision, aun á la muerte; declaraba y hacia la guerra á las tribus vecinas á su gobierno, en una palabra, reinaba, gobernaba, administraba, padre ó tirano de su provincia, segun sus virtudes ó sus vicios.

Era administrar un imperio con un ajuste á destajo, era el estado perpétuo de sitio en manos de un próconsul militar. Concibese el inconveniente de semejante confusion de poderes administrativos, arbitrariamente ejercidos, léjos de la vista y brazo del soberano, sobre poblaciones que no tenían mas recurso que el llanto ó la sedicion. Por esto, mientras el imperio se engrandecia en el centro por la conquista, y se perfeccionaba por las leyes, letras, artes, lujo, gloria y diplomacia, en la circunferencia se degradaba con la administracion. La falta de organizacion administrativa era el vicio organico de la raza otomana, inherente á su naturaleza original de tribus independientes y pueblo conquistador. Faltaba el ministerio del interior; habia mil ruedas, y ningun resorte para arreglar el movimiento gerárquico y uniforme de la vida nacional.

Ningun progreso administrativo era posible ó duradero con un sistema que hacia de las provincias otras tantas satrapías como en Persia, donde el administrador era la administracion.

Por este vicio declinaba el imperio, se empobrecía, esterilizaba y despoblaba las provincias como nacion, al paso que subia á su apogeo á los ojos de la Europa, como ejército y como capital. El genio de la religion, la justicia, la legislacion y la guerra respiraba en este pueblo, el genio de la regla, la unidad, la uniformidad y la responsabilidad gerárquica, que es el de los pueblos occidentales, continúa formando hasta nuestros dias una gran laguna en su naturaleza y destinos. Poseia un territorio inmenso, riqueza de suelo, clima y poblacion, activas é incalculables, y no sabia aprovecharlas. Suelo, pueblo y riquezas, todo debia esterilizarse en sus manos. Contándose se ha apercibido demasiado tarde de este vicio de organizacion administrativa; corrigiéndole por medio de sus príncipes reformadores y hombres de estado, puede regenerarse. A este precio tiene que pagar este pueblo, no solo la grandeza, sino la existencia. A conseguir esta regeneracion social han dedicado su vida y reinado los dos últimos sultanes Mahmud y Abdul-Medjid. Si su pueblo los comprende, serán algo mas que los últimos emperado-

res, serán los primeros patriotas de la raza de Othmán.

## XLVII

En el reinado de Soliman se habia elevado la córte hasta la majestad de institution politica: la tienda de Othman era ya un palacio comparable con el de los sucesores de Kosroes ó Constantino; estaba completo el serrallo. Con sus patios, jardines, aguas, bosques, kioskos, cúpulas, harenés y dependencias sobre la peninsula avanzada de Bizancio, entre dos mares, era este edificio una capital exclusivamente para el príncipe.

Contenia el primer patio una doble hilera de edificios, donde estaba el tesoro público, el jardin de los Naranjos, la panadería, el arsenal, la casa de moneda y las grandes cuadras. El segundo patio estaba separado del primero por una bóveda en donde los visires, gobernadores y bajás en desgracia esperaban junto al alojamiento del verdugo su sentencia, el favor ó el súplicio. Encerraba este patio los archivos, sala nueva del divan, almacen de tiendas de campaña, guarda-ropa, alojamiento del jefe de eunucos y las cocinas.

En la extremidad del patio, una tercera puerta, llamada de la Felicidad, conducía al santuario interior del palacio, habitado por el sultán y su harem. Este múltiple palacio estaba compuesto de un gran número de edificios ó kioscos separados unos de otros por jardines. Resplandecían muchas cúpulas de techumbre de plomo, entre cipreses, pinos y plátanos, á través de los cuales se veía á trozos en azulado horizonte el mar y el cielo. Parecía que la naturaleza agreste, el silencio y la soledad de los bosques habían acompañado al genio pastoral y contemplativo de los príncipes otomanos hasta en el tumulto de una vasta capital y la majestad del trono.

## XLVIII

La corte del sultán recordaba á un tiempo la familia, la tribu y el ejército. No contenía el serrallo ménos de doce mil comensales, comiendo el pan del señor.

Por una reminiscencia de la autoridad paternal tan reverenciada por los orientales, el oficial mas íntimo é inseparable del sultán reinante era su antiguo pre-

ceptor ó khodja, anciano cuyos consejos reemplazaban á menudo las lecciones que él había dado en su juventud.

Venia en seguida el imán ó anunciador mayor de palacio, asistido de treinta y dos muezines elegidos de entre los de voz melodiosa, para convocar á la oración desde la cima de los alminares, y para salmodiar con el imán en la mezquita particular del serrallo.

Después el médico mayor (hakim-baschi) ayudado por veintidos médicos y cirujanos de segundo orden, miembros del cuerpo de los ulemas.

Astrónomos y astrólogos oficiales, encargados del estudio del cielo para determinar las horas propias para los actos de la vida pública ó privada del sultán.

El miralem ó porta-estandarte del príncipe, mandando los ujieres exteriores, dirigiendo los cuerpos de música militar de palacio, encargado de remitir á los gobernadores y bajás las banderas y colas de caballo, insignias de su dignidad.

El jefe de los bostandjis, gobernador del serrallo, de las casas de recreo del soberano, de las playas del Bósforo y Propóntide, y piloto de la barca del sultán, cuando navega el príncipe en los dos mares. Le pertenece la policía del serrallo; los carceleros y verdugos ejecutan sus órdenes; asiste á los supli-

En la extremidad del patio, una tercera puerta, llamada de la Felicidad, conducía al santuario interior del palacio, habitado por el sultán y su harem. Este múltiple palacio estaba compuesto de un gran número de edificios ó kioscos separados unos de otros por jardines. Resplandecían muchas cúpulas de techumbre de plomo, entre cipreses, pinos y plátanos, á través de los cuales se veía á trozos en azulado horizonte el mar y el cielo. Parecía que la naturaleza agreste, el silencio y la soledad de los bosques habían acompañado al genio pastoral y contemplativo de los príncipes otomanos hasta en el tumulto de una vasta capital y la majestad del trono.

## XLVIII

La corte del sultán recordaba á un tiempo la familia, la tribu y el ejército. No contenía el serrallo ménos de doce mil comensales, comiendo el pan del señor.

Por una reminiscencia de la autoridad paternal tan reverenciada por los orientales, el oficial mas íntimo é inseparable del sultán reinante era su antiguo pre-

ceptor ó khodja, anciano cuyos consejos reemplazaban á menudo las lecciones que él había dado en su juventud.

Venia en seguida el imán ó anunciador mayor de palacio, asistido de treinta y dos muezines elegidos de entre los de voz melodiosa, para convocar á la oración desde la cima de los alminares, y para salmodiar con el imán en la mezquita particular del serrallo.

Después el médico mayor (hakim-baschi) ayudado por veintidos médicos y cirujanos de segundo orden, miembros del cuerpo de los ulemas.

Astrónomos y astrólogos oficiales, encargados del estudio del cielo para determinar las horas propias para los actos de la vida pública ó privada del sultán.

El miralem ó porta-estandarte del príncipe, mandando los ujieres exteriores, dirigiendo los cuerpos de música militar de palacio, encargado de remitir á los gobernadores y bajás las banderas y colas de caballo, insignias de su dignidad.

El jefe de los bostandjis, gobernador del serrallo, de las casas de recreo del soberano, de las playas del Bósforo y Propóntide, y piloto de la barca del sultán, cuando navega el príncipe en los dos mares. Le pertenece la policía del serrallo; los carceleros y verdugos ejecutan sus órdenes; asiste á los supli-

cios; es invisible; su nombre espante el terror; tiene á sus órdenes mil quinientos bostandjis ó jardineros armados, elegidos entre seis mil jardineros de los palacios imperiales que forman parte de la guardia del sultan.

El escudero mayor (ó mirakor) administra las praderas del dominio personal del monarca desde Andrinópolis hasta Brusa. Dos mil seis cientos escuderos y un cuerpo de seis mil paisanos búlgaros, palafreneros y criados de ejército están á sus órdenes.

Ciento cincuenta capidjis-baschis ó jefes de los ugieres de puertas, elegidos entre los hijos de los grandes dignatarios, bajas y begs, guardan las puertas del serrallo. Acompañan por destacamentos al sultan á la mezquita; introducen en audiencia á los embajadores; llevan á los gobernadores de provincia, generales y visires en desgracia, mensajes de destierro ó muerte.

Ochocientos aparejadores de tiendas, cuyo encargo es plantar y extender las tiendas del sultan y haren en las colinas del Bósforo ó los jardines del serrallo para las diversiones y descansos de la corte. Estos desempeñan las funciones del verdugo. Cierta número de ellos está siempre en la bóveda de la puerta que conduce del segundo patio á la puerta de la Felicidad.

El tesorero mayor (ó kaznedar), que tiene los registros del tesoro, y vela sobre el depósito de armas, vestidos de honor, pieles, plumas y caftanes que distribuye el sultan en sus audiencias.

El intendente de la mesa del sultan, con cincuenta sub-intendentes á sus órdenes, está encargado de servir á los visires, el día que hay divan, la comida que hacen en palacio para apresurar la expedición de los negocios.

El panetero mayor, que cuida de ciento cincuenta panaderos; el jefe de las cocinas, dirigiendo á doscientos cocineros; el oficial mayor de helados, sorbetes, frutas y confituras, con un número igual de servidores y oficiales.

## XLIX

La guardia militar ó doméstica, compuesta de solaks ó guardias de corps, está dividida en cuatro compañías, ó incorporada honoríficamente en los genizaros. Ciento cincuenta peiks, vestidos con túnicas de tisú de oro ceñidas al cuerpo con un cinturón de pedrería, y con sable corto de puño de oro. Doce

de los mismos rodean al sultán cuando sale de ceremonia.

Dos mil quinientos bostandjis haciendo parte de los genizaros para el sueldo, guardianes de las casas de recreo, huertas, flores, jardines del sultán y haren.

Cuatrocientos balladjis (ó rajadores de leña), encargados de la guardia especial de los príncipes y princesas del haren imperial.

Quince compañías de chiaux, especie de tropa de policía, siempre bajo la mano del soberano ó de los grandes visires, para ejecutar las órdenes urgentes.

Ochocientos guardas de puertas exteriores de palacio. Uno de ellos lleva siempre un taburete de plata sobre el cual pone el sultán el pié cuando monta ó se apea del caballo. Se llama oficial del taburete.

El silihdar, gran maestro de palacio, ó camarero mayor del príncipe, lleva suspendido del hombro izquierdo el sable del sultán.

El tehokadar ó gran maestro del guarda-ropa, sigue al soberano á la mezquita, y echa al pueblo puñados de oro.

El aga del estribo se lo presenta al sultán cuando monta á caballo.

El aga del turbante cuida de estas prendas del príncipe.

El secretario particular (ó katib) lleva en una bolsa bordada de oro los utensilios para escribir que puedan necesitarse en cualquiera circunstancia. Recibe los memoriales y se los lee al sultán.

El tehokadar-baschi, ó primer ayuda de cámara, marcha en los cortejos á la derecha del príncipe con la mano encima de la grupa del caballo.

Los guardas del tesoro imperial. Están encerrados estos tesoros en cuatro espaciosas salas de bóveda y en vastos subterráneos al abrigo de incendios. Allí están colocados en orden todos los objetos preciosos, acumulados desde el origen de la monarquía. En los mismos se conserva un retrato y un traje completo de cada príncipe que ha ocupado el trono. Registros comprobados con frecuencia, y autorizados á cada verificación con la firma del ministro de hacienda, atestiguan el estado de este tesoro ó museo del imperio.

Los mudos, especie de eunucos de la palabra, agregados á los dormitorios y tiendas del sultán y grandes dignatarios. Entienden y hablan por señas un lenguaje convenido, que comprenden las personas del serrallo, el haren y el emperador mismo.

Los enanos, mónstruos disformes que divierten con sus bufonadas á la corte. Si son eunucos, llevan del serrallo al haren, y traen del haren al serrallo los

mensajes de los sultanes á las *cadinas* (favoritas), y de las *cadinas* al sultan.

Seiscientos pajes, juventud educada con el mayor esmero en Galata y en el serrallo para reclutar los servicios públicos de la córte y el ejército. Hacen en palacio por espacio de siete años un servicio honorífico, y pasan de allí á los grados superiores del ejército.

Doscientos eunucos negros á las órdenes del *kislar-agá*, velan dentro y fuera del haren del emperador.

Ochenta eunucos blancos. Estos no salen nunca de palacio. Su jefe es el primer oficial del serrallo. La ambicion de ocupar este primer puesto en la domesticidad íntima, compensa en ellos la pérdida de la virilidad. Lo mismo que en el palacio de los emperadores griegos cristianos, sucesores de Constantino, se vengan algunos con el talento, el valor y el genio administrativo de la afrenta hecha á la naturaleza. *Ghaznefer-agá*, jóven húngaro, educado entre pajes y grato á *Selim*, consintió voluntariamente en que le hicieran la mutilacion para llegar á ser jefe de los eunucos blancos ó *capu-agá*. Consiguio en efecto este destino y le conservó por tres reinados consecutivos con un ascendiente soberano.

## L.

El haren es el palacio de las mujeres. Por razones de estado que hemos enumerado mas arriba, desde *Ibrahim I*, que se casó con una de las mujeres libres de su haren, á la cual dió el título de *schah-sultana* ó emperatriz, ningun soberano otomano se casó civilmente. Algunos contraen matrimonios religiosos ante el *iman* : pero el haren se halla poblado de esclavas. Algunas son compradas por la camarera mayor, la mayor parte son presentes ofrecidos por las *sultanas* madres ó hermanas, por los gobernadores de provincias, dichosos con tener eventualmente algun dia una proteccion ó inteligencias secretas cerca del señor. A estas esclavas escogidas se les da una educacion digna de su destino. Se les enseñan los principios de la religion musulmana, la lectura, la escritura, la música, el baile, el bordado.

Las favoritas de título, escogidas entre esta coleccion de bellezas por el soberano, son llamadas *cadinas* ó *khatuns*, nombre que indica condicion elevada. Como las esposas legítimas, son cuatro, cada

una de ellas posee un palacio separado. Para su servicio tienen otras jóvenes esclavas. De esta manera se atrajo Roxelana las miradas de Soliman entre las de su madre la sultana Validé. El haren imperial es habitado algunas veces por quinientas ó seiscientas esclavas. Las gobierna una aya mayor, llamada *kiaya-khatun*, mujer de mucha autoridad. El sultán la llama *madre ó Validé*; cuando no existe la sultana madre.

Cerca el haren una elevada muralla. Se entra en él por un corredor cerrado por dos puertas de hierro y dos de bronce. En el centro del recinto está el kiosko del sultán. Las dos piezas principales de este kiosko son la sala del trono y la cámara del lecho. Comunica con una sala espaciosa de baño, con pavimento de mármol y cuya cúpula se halla sostenida por columnas de pórfido. Otra sala circular llamada el *Sofá* se alza entre el kiosko del sultán y los apartamentos de las *cadinas*. Estos, compuestos de doce cuartos cada uno, están distribuidos por antigüedad entre las cuatro favoritas. Cada uno de estos pequeños palacios tiene su baño particular, sus jardines, sus surtidores, sus flores, sus bosquecillos. Un baño, comun al resto del haren está abierto noche y día.

Las favoritas no pueden visitarse sino con permiso del sultán ó del aya mayor. Sus trajes revelan el lujo

del Oriente; chales de cachemira, pieles, diamantes y perlas cubren sus vestidos ó sus muebles. Cada una de ellas recibe para vestirse sesenta mil piastras anuales que salen de la caja de dotacion de la Meca y de Medina. El sultán visita raras veces el interior del haren. Cuantas veces entra en él, lleva babuchas herradas de plata, cuyo sonido sobre las baldosas de mármol previene á las mujeres que eviten su mirada.

Cuando una de las *cadinas* llega á ser madre, fiestas espléndidas, de las que participan todas las mujeres del haren; celebran la dicha del padre y la gloria de la esposa. El gran visir regala la cuna; las sultanas echan en ella puñados de oro y ricas telas. Las diversiones del haren consisten principalmente en días de campo pasados en los jardines del serrallo bajo tiendas erigidas con este objeto, en carreras de carruajes enverjados ó en barcas veladas á través de los sitios deliciosos del Bósforo, ó en compañía del sultán en sus jardines de estío en las costas de Asia y de Europa. Ellas salen del serrallo antes del amanecer. Los eunucos negros las escoltan, vigilando para que no profane el misterio de su paseo ninguna mirada casual.

Al advenimiento del príncipe hereditario al trono, la sultana madre es conducida con una pompa admirable del antiguo serrallo al palacio. Los gastos de su

casa son pagados por el tesoro del sultan. Además goza de una pension anual de ochenta mil piastras. Entónces llega á ser en efecto la verdadera emperatriz. Ella reina por la maternidad, por la ternura, á veces por el talento. Las sultanas validés ó madres no llaman jamás á su hijo sobre el trono mas que *mi leon*.

Las hijas y sobrinas del soberano son llamadas sultanas. Sus madres las educan. Si las pierden, se encomiendan al cuidado de otra *cadina* sin hijos. Aun muy jóvenes se las casa con visires, bajás, dignatarios del imperio que el sultan quiere honrar con su favor. Sus maridos no pueden casarse con otras mujeres, y se les obliga á separarse de aquellas con quienes estaban casados anteriormente. Sus hijos varones, victimas de la razon de Estado, son condenados á muerte al nacer, dejándoles sin atar el cordon umbilical.

Los sultanes padres ó hermanos suyos le hacen frecuentes visitas. Ellas tienen mucho influjo en el ánimo y la politica de los príncipes.

## LI

Durante la vida del sultan, sus hijos gozan de la libertad. Su circuncision á la edad de siete años es celebrada con fiestas nacionales. Cuando muere su padre son encerrados en el serrallo. Su habitacion toca al haren, y está rodeada de paredes cubiertas con bojes sombríos. Constitúyenla doce kioskos ó palacios separados. Cada uno de estos kioskos está circundado de paredes que guarnecen un jardincillo con una fuente. Cada uno de estos príncipes prisioneros, separados del mundo, es servido por doce esclavas y algunos esclavos. No pueden verse entre sí sin permiso del sultan. Les está prohibida toda correspondencia con el exterior. No conversan mas que con sus madres, cuando se les permite salir del antiguo serrallo para visitar á sus hijos. Eunucos negros y mujeres estériles son la única distraccion que se concede á su aburrimiento. Al concluir un reinado, allí va el imperio ó buscar su nuevo señor.

## LII

Al salir del haren, el sultan, restituido á la vida pública, pasa á los apartamentos del palacio, accesibles á sus oficiales, á sus ministros, á sus servidores. El silihdar le presenta allí el café: el tchokadar el sorbete; los ayudas de camara el almuerzo en una bandeja dorada y en vasos de porcelana. Un precepto religioso prohíbe el uso de la vajilla de plata y oro por respeto á los dones de Dios. La comida es breve, acompañada por la música del palacio. Sucédenla los trabajos ó los placeres del día.

Después de las audiencias ó divanes, el príncipe monta á caballo ó entra en una barca para visitar una de las innumerables quintas de recreo, palacios ó kioskos que forman sus delicias, en los sitios mas risueños de Europa ó de Asia, sobre el Bósforo. Las barcas imperiales, imitando el cuerpo, y el pico de las aves que mojan en las ondas, se llaman *Kirtan-guitchts*, del nombre de la golondrina. Trece pares de remos cadenciosos las hacen volar por el mar. Un dosel de escarlata, con franjas de oro, y piñas rojas

por remate, ofrece sombra al soberano. El bostandji-baschi tiene el timon. La córte sigue ó precede en barcas tan magnificas, aunque de ménos remos que la del sultan.

La equitacion, la caza, el djerid, el tiro del arco, la conversacion con los favoritos, el espectáculo de las carreras ó de los bailes, la vista del mar, de los jardines, de los surtidores, de las flores, sirven de grato soláz al príncipe. Algunas veces, vestido con un traje vulgar y seguido á distancia por algunos visires disfrazados como él, el sultan recorre á caballo las calles de la capital para ver por sus propios ojos el estado de la policia, de las costumbres, y la ejecucion que reciben las leyes. El pueblo que lo reconoce, respeta el incógnito de su señor. El resto del día lo consagra al imperio y los esplendores del serallo, ó á distraerse en los misterios del haren.

## LIII

El imperio, establecido así por Soliman con sus leyes, sus costumbres, su constitucion militar, la administracion de sus provincias, la economía de su

hacienda, su mecanismo monárquico, no se caracterizaba ménos por su política. Esta nacion, esta familia, este divan, que no habian tenido hasta entónces mas que fanatismo, desbordamientos, ambiciones, poseian ya una política.

Esta política del divan, instintiva al principio, se habia convertido en sistema racional, perceptible al ojo de la historia en todos los actos, y todos los pasos de la monarquía otomana. Los soberanos y los grandes visires se la transmitian hacia un siglo, como la tradicion del genio del imperio. Soliman la habia dejado señalada para sus sucesores en la guerra y las negociaciones. Distinguíasela por algunos rasgos generosos, por síntomas discretos que contrastaban con la política apasionada, fanática y desordenada de sus predecesores.

He aquí en que consistia la política de Soliman, conservada en el imperio hasta nuestros dias :

Conquistar y asimilarse, en Oriente, desde el Oxus hasta el Nilo, desde los tártaros de Crimea hasta los moros de Africa, todas las poblaciones musulmanas, encerrarlas en un haz mas ó ménos homogéneo en manos de los sultanes en Constantinopla; rehacer militar y políticamente, en beneficio de los turcos y para su gloria, la monarquía universal y religiosa de los khalifas; con este objeto, incorporar el Egipto y

la Siria, feudalizar las potencias berberiscas, subyugar, seducir ó proteger las tribus georgianas, circasianas, tártaras del litoral del mar Negro y el Caspio, y las del Cáucaso; crear una marina en el mar Rojo para dominar desde allí las dos costas de la Arabia, y llevar el nombre y las armas de los otomanos hasta las Indias mahometanas; envolver así la Persia, única potencia belicosa y musulmana capaz de disputar el Asia á los turcos, y con el pretexto de sofocar allí el cisma, incompatible con la unidad del patriotismo religioso de los mahometanos, reducirla al estado de vasallaje ó arruinarla.

En Asia pues, paz, tolerancia, proteccion, aun para los cristianos, que se adherian á esta universalidad del imperio otomano, centro de la liga musulmana; guerra eterna á los cismáticos persas : tal era el sistema razonado ó instintivo del divan. La propaganda encubria la conquista.

## LIV

En Europa, variaba este sistema á merced de los acontecimientos, de la facilidad ó de las resistencias

que encontraba la política otomana por mar y tierra en su invasión al otro lado del Archipiélago ó del Danubio.

Los obstáculos que el cristianismo patriótico de las potencias occidentales habia opuesto en la márgen opuesta del Danubio á las armas otomanas, habian hecho desesperar á Soliman y sus predecesores de la conquista del Occidente. Muchos ejércitos habian perecido en las llanuras de la Hungría, retrocedido ante Huniades, y combatido en Varna, no por la extension ilimitada sino por la salvacion del islamismo y la defensa del territorio. El sitio de Viena, puesto en vano, una y otra vez les habia revelado el vigor del patriotismo occidental, evocado en Alemania, en Italia, en España, en Francia y en Inglaterra por la fraternidad de la raza y la comunidad del cristianismo. Una liga de las potencias cristianas, motivada por el peligro de la ambicion y del proselitismo otomano mas allá del Danubio, era en adelante el único dique que se podia oponer en Europa á los turcos.

Soliman y su consejo habian comprendido al fin este peligro; por esta razon renunciaron ó aplazaron indefinidamente todo proyecto de extender sus conquistas en Alemania. Su sistema por esta parte se convertia en defensivo en vez de ser ofensivo, político

mas bien que musulman. El divan lo resumia en algunos axiomas que constituian la esencia de la diplomacia de Soliman y de sus ministros.

Crear baluartes inexpugnables para defender el imperio, como Belgrado en la orilla derecha del Danubio, entre este rio y las gargantas del Balkan; proteger al otro lado del Danubio una liga de potencias secundarias, separadas por la fuerza y por los intereses de la Alemania, y convertirlas en una vanguardia, en una confederacion danubiana bajo el protectorado y el influjo otomano; formar con este objeto del reino húngaro un virreinato tributario de la Puerta, interesado igualmente por su antipatía contra la Alemania en ofrecer á los turcos sus plazas fuertes, sus campos de batalla, sus soldados, hacer de la Valaquia y de la Moldavia dos provincias tributarias, cristianas de religion, pero otomanas de patria; halagar y proteger la inquieta y anárquica Polonia contra la Alemania por una parte, contra los rusos y los tártaros por otra; contemplar á los rusos, potencia oscura todavía é indecisa entre la Europa y el Asia, que podia ser un dia aliada útil ó enemiga terrible del imperio.

En fin, tratar en vez de combatir con los emperadores de Alemania; mantener á la corte de Viena en una perpétua negociacion entre la guerra y la paz,

según fuesen las disposiciones con que celosa de la Hungría y de la Polonia, aceptara ó rechazara demasiado tarde el influjo de los turcos en el litoral del Adriático; con esta situación fuerte sobre el Danubio, ocuparse con perseverancia en realizar la conquista y la nacionalización de las montañas europeas, que se extienden desde la Macedonia al golfo de Venecia; incorporar sólidamente en el imperio la Albania, la Servia, la Grecia, la Dalmacia, la Iliria, la Estiria, la Bosnia, la Croacia, las islas Jónicas; en una palabra, estrechar el poder veneciano hasta que Venecia, desarmada y enclavada en el territorio otomano, se viese forzada á dejar caer de sus débiles manos los puertos de la Morea, las islas de Candia y de Chipre, verdadero reino que esta república defendía aun contra los turcos en los mares del Levante.

Con este propósito, la política del divan consistía, secundada por una habilidad diplomática que le había inspirado la astucia griega, en evitar á toda costa la liga de los emperadores de Alemania con Venecia, en sostener la república contra el imperio, y el imperio contra la república, debilitando así á sus enemigos hasta que Venecia, víctima de esta diplomacia, fuese entregada por la Alemania á los turcos por precio de la paz precaria que el divan

concedería á los emperadores de Alemania en Hungría.

En cuanto á las otras potencias europeas, la política del divan consistía en impedir que formaran entre ellas una liga que pudiese echar á los turcos del Danubio, quizá al otro lado del Bósforo. Las antipatías y las rivalidades de estas potencias entre sí, y sobre todo, la guerra eterna entre la casa de Austria y la Francia, servían bien los designios de la diplomacia del divan. Consideraciones con la Inglaterra y la España, y una amistad indisoluble con la Francia, afianzaban esta profunda política de los otomanos.

Para hacerla aceptable á las córtes y pueblos cristianos de estas diversas potencias, era preciso hacer desaparecer entre la Turquía y la Europa, el antagonismo religioso que las cruzadas habían sembrado como un segundo espíritu nacional en Occidente y en Oriente; era menester proclamar por ambas partes la tolerancia y la inviolabilidad de los cultos, la igualdad del derecho de gentes para los adoradores del Cristo y los discípulos de Mahoma; era necesario también reconocer y respetar á los cristianos griegos ó católicos del imperio, sino los derechos y el título de los otomanos, á lo ménos su nacionalidad, su patria, sus ciudades, sus propiedades, su comer-

cio, sus costumbres y sus altares. Esto recomendaba el mismo Coran respecto de los pueblos conquistados y tributarios; esta era la política liberal de Soliman en Moldavia, Valaquia, Hungría, Grecia, Siria, y en la misma Constantinopla. La diferencia de religion constituía contra los cristianos una inferioridad civil y política, pero no autorizaba ninguna tiranía legal sobre la persona, las costumbres, la propiedad ó la conciencia de los súbditos cristianos. La Turquía estaba en guerra con los príncipes, pero no con los dogmas. Al extenderse se habia secularizado su propaganda, se podian contraer alianzas con ella sin abjurar su Dios.

## LV

La literatura otomana habia seguido, bajo los últimos reinados y especialmente bajo el de Soliman, los progresos de la civilizacion y de la política. Las artes, las ciencias, las letras que se eclipsan con los príncipes conquistadores, renacen con los legisladores. Él mismo cultivaba la filosofía y la poesía; sus versos los firmaba con el pseudonimo de Muhibbi, palabra

que significa el *hombre de corazon simpático*. Sus composiciones poéticas, marcadas con el sello de una moral piadosa y de una pasión tierna por la felicidad de los pueblos, se resienten de la negligencia del guerrero y el hombre de estado que suelta la espada para coger la pluma. Pero admiraba en los otros con entusiasmo la perfeccion de sus obras, y perdonaba á los escritores de su época las ofensas que infería á veces su genio poético.

El mayor poeta lírico, Abdul-Baki, el *Inmortal*, así llamado ántes de morir, escribía bajo los auspicios de su reinado. Abdul-Baki se atrevió á celebrar en una elegía, semejante á la de La Fontaine sobre la desgracia de Fouquet, la muerte del infortunado Mustafá, sacrificado por su crimen ó acaso por su virtud. Estos versos fúnebres, muy pronto populares en Turquía, encerraban muchas quejas inarticuladas contra el padre de Mustafá. Las lágrimas del poeta quemaban la herida del corazon del padre y del sultán. Se creyó que Abdul-Baki seria estrangulado.

Soliman premió su valor en vez de castigarlo; él mismo envió al autor un poema en el que se felicitaba de haber reinado por los derechos que le daba su nacimiento en un siglo ilustrado por uno de esos genios, que reinan por la superioridad que les da la naturaleza sobre el resto de los hombres; él

cio, sus costumbres y sus altares. Esto recomendaba el mismo Coran respecto de los pueblos conquistados y tributarios; esta era la política liberal de Soliman en Moldavia, Valaquia, Hungría, Grecia, Siria, y en la misma Constantinopla. La diferencia de religion constituía contra los cristianos una inferioridad civil y política, pero no autorizaba ninguna tiranía legal sobre la persona, las costumbres, la propiedad ó la conciencia de los súbditos cristianos. La Turquía estaba en guerra con los príncipes, pero no con los dogmas. Al extenderse se habia secularizado su propaganda, se podian contraer alianzas con ella sin abjurar su Dios.

## LV

La literatura otomana habia seguido, bajo los últimos reinados y especialmente bajo el de Soliman, los progresos de la civilizacion y de la política. Las artes, las ciencias, las letras que se eclipsan con los príncipes conquistadores, renacen con los legisladores. Él mismo cultivaba la filosofía y la poesía; sus versos los firmaba con el pseudonimo de Muhibbi, palabra

que significa el *hombre de corazon simpático*. Sus composiciones poéticas, marcadas con el sello de una moral piadosa y de una pasión tierna por la felicidad de los pueblos, se resienten de la negligencia del guerrero y el hombre de estado que suelta la espada para coger la pluma. Pero admiraba en los otros con entusiasmo la perfeccion de sus obras, y perdonaba á los escritores de su época las ofensas que infería á veces su genio poético.

El mayor poeta lírico, Abdul-Baki, el *Inmortal*, así llamado ántes de morir, escribía bajo los auspicios de su reinado. Abdul-Baki se atrevió á celebrar en una elegía, semejante á la de La Fontaine sobre la desgracia de Fouquet, la muerte del infortunado Mustafá, sacrificado por su crimen ó acaso por su virtud. Estos versos fúnebres, muy pronto populares en Turquía, encerraban muchas quejas inarticuladas contra el padre de Mustafá. Las lágrimas del poeta quemaban la herida del corazon del padre y del sultan. Se creyó que Abdul-Baki seria estrangulado.

Soliman premió su valor en vez de castigarlo; él mismo envió al autor un poema en el que se felicitaba de haber reinado por los derechos que le daba su nacimiento en un siglo ilustrado por uno de esos genios, que reinan por la superioridad que les da la naturaleza sobre el resto de los hombres; él

lo llama *Immortal* y le predice que las edades futuras ratificarán ese título, el mas bello que puede alcanzarse en vida tan transitoria como la humana.

A la muerte de Soliman, Baki escribió una oda fúnebre considerada por los otomanos como *el sepulcro mas espléndido*, consagrado á un grande hombre por la poesia.

Nueve poetas inferiores al *Immortal*, pero superiores á todos los que habian admirado los otomanos rivalizaban con Abdul-Baki y disputaban á este Píndaro de los turcos la popularidad y los favores de Soliman. Hammer, el Quintiliano de la literatura otomana, enumera con arreglo á los anales y las bibliotecas del imperio sus nombres y sus obras. Eran estos, el muftí Abu-Soud, que lloró tambien la muerte de Soliman, su señor y su amigo; Khiali, tan rico de imágenes, que el sultan comparaba sus palabras á los diamantes, despues de asignarle una pension de diez mil piastras; Ghazali, el único que profanaba el amor, esta virtud del corazon, asociándolo al libertinaje, que es su sacrilegio; Fuzuli, el Anacreonte de los turcos, que cantó los delirios del ópio y del vino, y las ternuras de Leila y de Medjnun; Djelili, á quien inspiraron las aventuras persas de Schirin, asunto inagotable para los orientales; Fikri, que describió en verso la marcha luminosa de los

astros; Rewani, autor del libro de los Placeres; Lamii, que introdujo en Turquía las fábulas de Bidpai, poesia pueril y parabólica que encanta eternamente la infancia de los hombres.

Otros ciento cincuenta escritores ó poetas eminentes brillaron en este reinado literario en Constantinopla. Trescientos ilustraban las provincias lejanas del imperio. Una historia universal del persa Lari, llamado por Soliman de Tauris á la córte, sirvió para difundir en Turquía las nociones generales de la historia y para desacreditar los cuentos que falsean las ideas y que extravian al pueblo. Birgeli, cuyas obras se reimprimen todavía, escribió los comentarios de la jurisprudencia y la legislacion.

Los Anales del imperio, redactados sucesivamente por cinco historiógrafos, registraron dia por dia los acontecimientos nacionales.

El carácter de estos historiadores otomanos es la sinceridad, el énfasis y el escrúpulo llevado á la exageracion; pero corregidas por los venecianos y las correspondencias de los embajadores residentes en Constantinopla, estas memorias históricas no dejan oscurecido ningun carácter ni suceso de la historia otomana. Ningun pueblo posee en sus archivos mas documentos acerca de su propia historia. La mayor parte de ellos están redactados por visires, ó por ele-

vados funcionarios del serrallo, testigos, confidentes ó actores de los dramas que escriben. Cuando el hecho puede deshorrar al sultan, no mienten, se callan, el silencio es su lisonja. Esta laguna en la narracion la llenan las noticias dirigidas por los agentes diplomáticos á sus córtes. El ministro de negocios extranjeros, Feridun, y los dos nischandjis, Mustafá-Djelalzadé y Mohammed-Ramazanzade, son en el reinado de Soliman los mas ilustres y los mas completos de estos historiadores hombres de estado.

LVI

La filosofía y la religion, esta filosofía popular, se depuraron como la política, las costumbres, las leyes, las artes y las letras bajo esta época culminante de la civilizacion otomana. Los dogmas, puerilizados hasta entónces por las supersticiones y las fábulas que habia agregado la Arabia á la sencillez del Coran, se esclarecian bajo la pluma de los comentaristas y reformadores. El islamismo remontaba cada vez mas desde su naturaleza á un theismo constituido en culto y una conciencia humana escrita. La única de-

finicion de Dios enseñada en las mezquitas y las escuelas del imperio basta para dar una idea del dogma fundamental, de donde emanan todos los demás.

« ¿Qué es el Coran? » decia el catequista musulman.

— « El Coran, respondia el neófito, es la palabra « increada de Dios; él está escrito en nuestras lenguas, grabado en nuestros corazones, articulado « por nuestros lábios, oido por nuestros oidos, en los « que se recibe el sonido de la palabra, pero no la « palabra (el verbo) misma, que es eterna y existe « por sí. »

— « ¿Qué dice el libro? » prosigue el catequista.

— « Dice, respondia el neófito, que el criador de « este mundo es Dios (Aláh); que Dios es único y « eterno, que vive, que es todopoderoso, que lo sabe « todo, que está dotado por sí mismo de voluntad y « de accion, que no hay en él ni forma, ni figura, « ni límites, ni número, ni partes, ni multiplicaciones, ni divisiones, porque no es cuerpo ni materia, que no tiene ni principio ni fin, que es por « sí mismo sin nacimiento, sin generacion, sin lugar en el espacio, sin habitacion fuera del imperio, « del espacio y del tiempo, incomprendible en su naturaleza y sus atributos. — Así, prosigue el catequista, Dios está dotado por sí mismo de vida, de

« poder, de voluntad, de accion y de palabra (verbo);  
 « esta palabra eterna no tiene letras, ni caracteres, ni  
 « sonidos, y su naturaleza puede definirse solo como  
 « lo contrario del silencio. »

La oracion, la vida moral y la caridad eran las prescripciones únicas pero imperativas y generales del culto, y la autoridad de estas prescripciones no sufría ni excepciones, ni condescendencias, ni debilidades en sus ministros en favor de los mismos sultanes. Su lenguaje no se plegaba ante los vicios del príncipe. Amurat II, entregado á desórdenes reprobados por el Coran, es apostrofado sobre el puente de Andrinópolis por el predicador,

« ¡ Sultán augusto! » le dice el hombre de la ley sagrada, « no teneis tiempo que perder para detene-  
 « ros en la pendiente del abismo; abierto bajo vues-  
 « tros pasos por vuestros pecados, y vuestras preva-  
 « ricaciones contra la santa religion! Tocais al tér-  
 « mino de vuestro reinado y al último soplo de  
 « vuestra vida; el ángel de la muerte está á las  
 « puertas de vuestro serrallo, abrid vuestros brazos  
 « y recibid con resignacion este mensajero del cielo:  
 « este es el destino de toda la humanidad. Dichoso  
 « el hombre que piensa y se prepara para ello du-  
 « rante su vida! ¡ Apresuraos pues, ó padischah! á  
 « borrar con vuestras lágrimas de arrepentimiento

« las manchas de vuestros pecados, para merecer la  
 « felicidad eterna, prometida á los que siguen el ca-  
 « mino de los buenos, y mueren en él! »

El sultán, conmovido y contrito, paró su caballo, y pronunciando el acto de fé, se golpeó el pecho, corrigió sus costumbres, y vivió en la oracion y la austeridad hasta el fin de sus dias.

Bajazet II, libertino tambien, sufrió con igual deferencia la censura religiosa de los *mollas* y de los jueces de *Brusa*. Habiendo querido este soberano ser testigo en una causa que interesaba á uno de sus favoritos :

« Creemos en vuestra palabra, » le dijo el molla Fenarizade, juez religioso que presidia el tribunal, « pero no podemos admitir el testimonio de vuestra  
 « alteza en una causa jurídica. »

Admirado y ofendido, el sultán preguntó al molla el motivo de la recusacion. « La ley exige, » contestó Fenarizade, « que se admita el testimonio de los mu-  
 « sulmanes que practican el culto exterior, y como  
 « vuestra alteza no hace las cinco oraciones prescri-  
 « tas en comun á los fieles, no podemos en concien-  
 « cia oirla como testigo. »

Humillado y arrepentido, Bajazet se sujetó desde aquel dia á hacer sus *namaz* ú oraciones en la mezquita y con el pueblo.

Los dogmas del islamismo se elevaban cada vez mas por los sabios en la época de Soliman, en las sectas y las escuelas á la filosofía trascendental.

Viendo Kamran, dicen las crónicas, que se acercaba su fin, dijo á los discípulos que rodeaban su lecho de muerte: « Yo creo en la divinidad del Criador, en la profecía de la inteligencia, en la santidad del alma razonable, en el cielo universal establecido para *Kiblah* ( templo, altar, horizonte de la Meca, hacia el que se debe mirar en el acto de oracion), y detesto todas las demás supersticiones. »

Antes de espirar, recogió este filósofo sus fuerzas, y pronunció con convicción el nombre del Ser Existente por sí mismo, del alma, de la inteligencia, de la razon y del mundo, obra del Criador. Los discípulos repitieron en coro las palabras que pronunciaba como fórmula de fé hasta el último y eterno silencio. Habia vivido mas de cien años y conservado hasta el término de su vida su inteligencia y su piedad en toda su fuerza y ardor.

## LVII

Tal era la elevacion de las instituciones, del gobierno, de las artes, de las letras, de la filosofía, de la religion de los otomanos á la muerte de Soliman II. La civilizacion y el imperio no habian cesado de desarrollarse desde Othman hasta él. No se puede calcular hasta qué grado de poder y de progreso, y cuanto hubiera durado así el imperio subiendo cada vez mas, prescindiendo de las causas sordas de decadencia que comenzaban á revelarse en la naturaleza del gobierno otomano. Las principales, perceptibles desde aquel tiempo al ojo del filósofo y del estadista, nos parecen haber sido :

1º La poligamia, que, constituyendo anárquicamente la familia, introducía hasta la imperial la confusión de los derechos de nacimiento, perjudiciales á la constitucion incontestable y evidente de los derechos de la soberanía hereditaria por el orden de la primogenitura;

2º La sucesion al trono, mal asentada en la persona de los hijos del sultan, obligando á los herma-

nos á matarse entre sí á la muerte de su padre para evitar las competencias de familia;

3º La constitucion primitiva de los turcos en tribus patriarcales, las unas nómadas; las otras sedentarias, prestándose mal á la unidad de la nacion, única forma vital y duradera de los imperios;

4º El defecto de homogeneidad de raza, de religion, de costumbres y de patriotismo en esta vasta y confusa aglomeracion de súbditos que da la conquista, pero que no asimila tan pronto al pueblo conquistador, de donde resulta la desigualdad, y por consiguiente la iniquidad en las condiciones civiles de los súbditos;

5º El gobierno de las provincias por medio de sátrapas, ó bajás, la falta de administracion uniforme y universal sin la que se explota un territorio, pero no se gobierna, no se civiliza, no se enriquece ni puebla una nacion;

6º En fin, la identidad en la constitucion civil de los otomanos, de la ley religiosa, de la ley civil y de la ley política, de suerte que el legislador y el soberano no podian tocar á la ley para corregirla sin que pareciese que tocaban al mismo tiempo al dogma inviolable y eterno, vicio de las teocracias, que sancionan los abusos y condenan todo progreso como un sacrilegio.

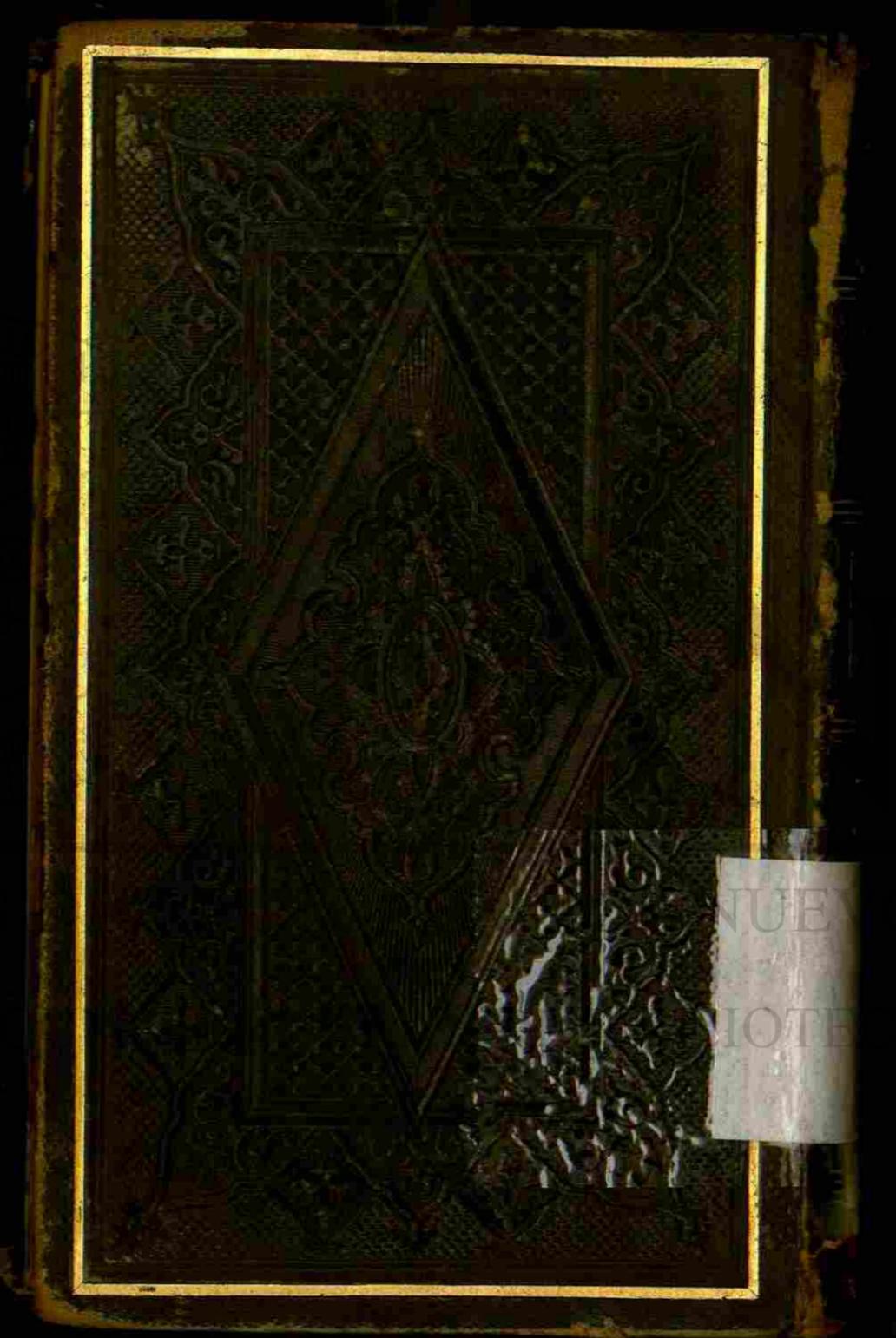
Hé aquí las causas someramente expuestas de la decadencia del imperio, que la prosperidad del reinado de Soliman ocultaba á las miradas de los otomanos, y que nosotros vamos á ver desarrollarse bajo sus sucesores con una rapidéz igual á la de su ascenso.

Hé aquí los vicios que la experiencia, única escuela de los pueblos, la virtud de los últimos sultanes y las luces de los hombres de estado otomanos trabajaban medio siglo hace por extirpar, con el noble fin de regenerar el imperio.

FIN DEL TOMO CUARTO.



BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO



NUE  
IOTE